

A
507

Debit	Flavor	Sum. retro	Debit	Flavor
56.000	100	76.10	666.280	(35.7)
100.000	635	8.	4.228	
935	8.	912.16	1.201	
411	12	12	1.674	
2.000	856.26	856.26	852	
470	50	50	2.700	
846	150	150	1.850	
600	560	560	1.017	
938	1.820	1.820	927	
776	30.20	30.20	640	
972	1.299	1.299	1.106	
1 028	224	224	800	
400	964	964	1.270	
716	8.000	8.000	1.680	
783	92.798.17	92.798.17	722	
938	212	212	1.381	
968	1.500	1.500	880	
780	29	29	1.000	
520	1.560	1.560	822	
12:500	2.22	2.22	1.502	
542	14	14	884	
240	2.52.8.28	2.52.8.28	486	
525	4	4	220	
488	92	92	942	
621	97	97	1.143.17	
563	14.22	14.22	1.380	
424	1.636	1.636	700	
524	1.170	1.170	800	
994	214	214	953	
420	582	582	493	
1 046	1.560	1.560	809	
608	23.26	23.26	520	
818	1.941	1.941	620	
10.000	899	899	712	
800	2.600	2.600	1.851	
797	272	272	800	
799	217	217	2.060	
62	30	30	533	
	30	30	529	
	728	728		
	90	90		
	100	100		
	600	600		

A-5077

LA FILOSOFÍA MORAL
DECLARADA, Y PROPUESTA
Á LA JUVENTUD

POR LUIS ANTONIO MURATORI,
BIBLIOTECARIO DEL SERENÍSIMO SEÑOR
DUQUE DE MÓDENA, &c.

TRADUCÍALA DEL TOSCANO

El P. M. Fr. ANTONIO MORENO MORALES, *Trinitario de
la Provincia de Castilla, Teólogo de la Real Junta de
la Inmaculada Concepcion.*

Añádense las Advertencias Morales de Monseñor César
Speciano, Obispo de Cremona.

TOMO I.



MADRID. MDCCLXXXVII.

Por BENITO CANO, Impresor en esta Corte.

Con las licencias necesarias.

LA FORTUNA MORAL

DECLARADA, Y PROPUESTA

A LA JUVENTUD

POR LUIS ANTONIO MURATORE

Director de la Revista "La Fortuna Moral"

Editorial de la Revista, S.A.

REPUBLICA DE COLOMBIA

IMP. DE LA REVISTA "LA FORTUNA MORAL"

Alcalá, 1910

En las librerías de la Avenida de las Américas, Bogotá

Se vende en el extranjero

TOMO I



IMPRESOR: MURATORE

For Dime One, Impresor en este Continente

En las librerías extranjeras

AL ILL.^{MO} SEÑOR
 D. JUAN JOSEPH GARCIA ALVARO,
 OBISPO DE CORIA,
 DEL CONSEJO DE SU MAGESTAD, &c.

ILL.^{MO} SEÑOR.

*L*os que saben (y no son pocos) quantos
 y quan poderosos motivos impelen mi grati-
 tud á que ponga á la frente de este tal qual
 trabajo mio el respetable, y venerable nom-
 bre de V. S. I. (venerable digo por la digni-
 dad del Ministerio Apostólico, que lo es
 por tantos títulos), no extrañarán el que lo

aij ha-

II

haga con todo mi corazon, y con el mas afectuoso rendimiento; ántes bien extrañarian, y me censurarían de ingrato, si dexase de hacerlo. Con todo, no bastarian tan fuertes como justos impulsos para determinarme á sobresaltar é inquietar la natural delicada modestia de V. S. I. con una Carta Dedicatoria, aun quando hubiese de incurrir en aquella nota fea, que acompaña á la ingratitud; porque me consta quanto se resiente V. S. I. y quanto le mortifica el que su respetable nombre salga al público en semejantes Cartas, que el abuso ha hecho ya sospechosas en nuestros dias. Pero ¿cómo podré resistirme á los incontrastables esfuerzos de la equidad y justicia, con que la misma Obra, que por la primera vez sale al público traducida en nuestro idioma, corre impetuosamente, y con agigantados pasos á presentarse á V. S. I. sin buscar otra recomendacion, que la que ella misma lleva consigo en la materia de que trata, y su objeto precioso? Ella misma, Señor Ilustrí-

trísimo, libre, y desembarazada de aquellos cuidados, por no decir enfadosos empeños, que suelen traer consigo las Cartas Dedicatorias, y solamente con el sencillo antiguo paisano ropage de una sincera oferta, camina presurosa á presentarse á V. S. I. sin que basten á detenerla, ni la consideracion de su notoria pequeñez (por lo que mira á la traduccion,) ni el sagrado respetuoso carácter de la Dignidad, que tan laudablemente exercise V. S. I. en la Santa Iglesia; ni otros aparentes estorbos, que en la realidad solo vienen á ser temores vanos.

La Filosofia Moral del grande Luis Antonio Muratori es, Ilustrísimo Señor, la que corre presurosa á presentarse al Illmo. Venerable Decano de los Obispos de España, porque así lo pide como de justicia una Obra de esta naturaleza; pues segun el dictamen de muchos sabios, que la han leído en su propio idioma, y de algunos otros, que tambien la tienen leída

IV

en el que se presenta ahora, no es otra cosa que un Catecismo, un Compendio de la Doctrina christiana, en el qual no solamente se instruye á la Juventud, para que desde sus primeros años se acostumbre á llevar con gusto el suave yugo de la Ley Santa de Dios, y camine sin tropiezo por las derechas sendas de la virtud: mas tambien se manifiesta á todo fiel Christiano el norte fixo, y seguro para llegar al puerto de aquella felicidad, que buscan en esta vida, y la mas dichosa de la vida eterna.

¿ A quién, pues, sino á V. S. I. habia de irse por sus pasos contados, como solemos decir, "el excelente Tratado de la Filosofía Moral, que ha publicado el célebre Luis Antonio Muratori, Bibliotecario del Serenísimo Señor Duque de Módena, impreso en Verona año de 1735. (Esta es la noticia que nos dan de esta Obra los eruditos Autores del Diario de los Literatos de España: oigamos ahora su censura, tom. 4. art. 21. Noticias Li-

terarias extrangeras). “ Aunque este título, dicen, no ofrezca sino una Moral puramente filosófica y natural, sin embargo, este tratado está lleno de máximas christianas, muy conformes al fin que se propuso el Señor Muratori, que fué instruir el corazon, y formar las costumbres de la Juventud. „

Nadie extrañará, Señor Illmo, que una obra tan preciosa, como ventajosa á nuestra Santa Religion, y al buen orden, y gobierno del Pueblo Christiano, se enderece por sí misma, y sin ageno impulso á buscar el apoyo mas seguro en la sagrada persona de V. S. I. cuyos vivos deseos de establecer y perfeccionar el antiguo diseño, que para la instruccion de la Juventud en su Obispado dexó delineado mas ha de un siglo el Illmo. D. Gabriel Galarza, antecesor de V. S. I. han apurado los arbitrios y diligencias de su santo zelo, para que tengan su debido efecto tan justos y loables deseos, adelantando V. S. I. quan-

tiosas sumas de sus propias rentas para el establecimiento, y subsistencia del Colegio Conciliar, á cuyo fin tiene V. S. I. presentados y aprobados por el Supremo Consejo de Castilla los Estatutos y Ordenanzas, esperando solamente proporcion y ocasion de emplear los caudales destinados para esta obra tan piadosa, para que rindan los frutos necesarios á la manutencion de Colegiales y Maestros.

Tampoco extrañarán este obsequio tan debido todos aquellos que tengan ciertas noticias (¿y quién no las tendrá en nuestra España?) del santo zelo, infatigable cuidado y vigilancia con que ha gobernado y gobierna V. S. I. su Santa Iglesia, proveyéndola de los mas importantes socorros, así espirituales, como temporales en sus necesidades mas urgentes; pues todo esto les hace ver con la mayor claridad, que la Filosofia Moral Christiana camina, como á su centro, á quien pudo servir de original para que la co-

pia-

piase su erudito Christiano Autor.

No lo soy yo de estas verdades, Illmo. Señor, pues no hago otra cosa en esto, que repetir los ecos de aquellas voces, que con eloqüencia mas elevada, aunque muda, nos dicen las obras públicas, que á mayor gloria de Dios, y con los auxilios de su santa gracia, ha practicado, y practica V. S. I. para sostener y aumentar el decoro de la Santa Iglesia, que como Esposa querida ha puesto á su cuidado la Divina providencia. Estas verdades innegables, estas obras buenas á todas luces, que á todo el mundo estan patentes, ponen á cubierto la sinceridad de mi buena intencion de no expresar en esta Carta la menor cosa de que pueda resentirse la delicada y escrupulosa circunspeccion de V. S. I. quien ya no tiene derecho alguno á que no se hable de sus buenas obras, quando son públicas; ántes por serlo, tienen licencia para alabrarlas los que deben hacerlo: á V. S. I. solamente le queda li-

ber-

VIII

*bertad de tener reservada en su corazon
la intencion de agradar con ellas á solo
Dios.*

*Estas buenas obras, nos dice el Padre
San Gregorio exponiendo el cap. 12. del
Evangelista San Lucas, son aquellas lu-
cientes antorchas, que deben tener en sus
manos los siervos de Jesu-Christo, y mas
particularmente los Superiores y Prela-
dos, para que las vean todos, y se encien-
dan los corazones de nuestros próximos
y hermanos á la imitacion de tan santos
exemplos, tomando de ellos por de conta-
do la mas oportuna ocasion de glorificar
al Padre Celestial; y vea ya V. S. I. que
aun quando yo quisiera hacer el desenten-
dido, y no tocar en esta Carta las obras,
que siendo públicas, son tambien efectos
de la religiosa piedad y fervorosa caridad
de V. S. I., complacera en esto sin duda
su natural envidiable modestia; pero no
lograria el que callen y enmudezcan las
mismas obras, siendo cierto en este caso,
que*

que si homines tacuerint, lapides clamabunt.

Y sino ¿ cómo se podrán impedir, ó hacer que no se entiendan y perciban aquellas mudas, pero penetrantes voces, con que se explican los mármoles de la Santa Iglesia de Coria, en las bien sentidas inscripciones, con que publican las muchas y muy costosas obras que la sostienen y adornan, ya en los considerables reparos de su antigua fábrica, ya en haber hecho servible para el uso de las Procesiones de aquel Venerable Cabildo el Claustro de aquella Iglesia, que por la humedad del sitio y considerable desigualdad de su pavimento, estaba casi sin uso para dicho efecto; ya con haber levantado desde los cimientos en el mismo Claustro una hermosa, y bien executada Capilla, que sirve de Baptisterio, con todos los adornos convenientes, y decorosos para un ministerio tan santo?

¿Cómo no se oirán, ó se podrán desatender los gritos, que sin cesar estan dando

las

las Iglesias de los Lugares el Cabezo, y la Perga, fabricadas de planta á expensas de V. S. I. cuyo caritativo zelo le hizo emprender estas fábricas hasta perfeccionarlas y surtir las de todo lo necesario para el culto divino, á fin de que aquellos pobres vecinos de los mencionados Lugares, situados en las ásperas sierras de las Batuecas, no se privasen de oír Misa muchos dias de Fiesta, por los peligros á que se exponían, así ellos, como los Sacerdotes, que habían de venir á celebrar el Santo Sacrificio desde los otros Lugares, á que los mencionados son anexos?

¿Quién tapará la boca, para explicarme de este modo, no solamente á la Iglesia del Lugar que llaman Casares, añadida en una tercera parte, por haberse aumentado considerablemente aquel Pueblo, mas tambien á casi todas las del Obispado, que para reparar sus quiebras, y proveer sus Sacristías de Ornamentos y Vasos Sagrados, recurren continuamente á

la

la religiosa caritativa liberalidad de su Padre y Pastor, que jamas supo negarse al pronto socorro de semejantes necesidades, gastando en esto solamente muy excesivos caudales? Bien altamente grita en este tono, digo en esta determinada especie de agradecimiento, la Santa Iglesia Catedral de Coria, cuya Sacristia (ademas de lo que dexamos referido perteneciente á lo exterior de su fábrica) se halla noblemente enriquecida, y notablemente aumentada, con muchos y exquisitos ternos completos para las festividades mas solemnes, con preciosas alhajas y Vasos sagrados, que por serlo, tocan mas de cerca al culto divino; y últimamente con un copiosísimo surtido de otros Ornamentos, que aunque menos preciosos, no son menos costosos y necesarios.

Y pasando ahora de los Templos materiales á los Templos vivos de Dios, que son los fieles, y los pobres, ¡quién podrá contener á estos para que no griten incesante-

men-

XII

mente, como lo hacen, publicando lo mucho que deben á la caritativa liberalidad de su amado Padre y Pastor? Estos mismos, Señor Ilustrísimo, son los que á voz en grito publican constantemente, que en su cuidadoso Pastor, y benéfico Padre tienen un Fiador, un Tesorero general para el pronto remedio de sus necesidades: estos mismos nos aseguran, que á excepcion de aquellos precisos gastos indispensables para la manutencion de su reducida familia, y la decorosa, aunque siempre modesta subsistencia de su Dignidad, todo el remanente de sus rentas, todo se emplea, todo se gasta en socorrer las necesidades de las Iglesias, y de los pobres. De aquí resulta el que unidas las voces y los gritos de unos y de otros, se redobla el dulce canto y armonía sonora, aumentándose el bien concertado clamor, que ni V. S. I. puede impedir, ni aun quando yo callase, dexaria de percibirse.

Actualmente se percibe esta suave, y

sonora melodía en la restauracion del Hospital de Coria, cuyo abandono, por la poca seguridad de su antigua fábrica, por sus tenues rentas, y de consiguiente por la inaccion ó floxedad de sus Ministros, lo habian puesto en tal decadencia, que aun los pobres mas desvalidos rehusaban entrar en él á curarse, pretextando lo mal sano del sitio, con lo demas que dexamos ya insinuado; pero todo lo ha remediado el caritativo zelo de V. S. I. con cuyas órdenes y socorros se ha reparado y restablecido la ruinosa fábrica del Hospital, se han hecho todas aquellas piezas acomodadas para el alivio de los enfermos; y para su asistencia la mas exácta, tanto espiritual, como corporal, ha dado el Señor Obispo orden absoluta á su Mayordomo para concurrir al socorro y alivio del cuerpo con todas las rentas de su Obispado; y para el mas importante del alma, ha encargado á los asistentes y Capellanes, que velen con el cuidado posible: lo ha surtido de buenas cam-
mas

mas y demás muebles, que necesitan casas semejantes; y finalmente, desterrado, y desvanecido aquel antiguo horror, que retraia á los pobres para no entrar en él, vienen ahora con gusto á disfrutar las comodidades, que les franquea su caritativo Prelado.

Con esto ya ve claramente V. S. I. que no puede ménos de resonar en toda la tierra el armonioso concierto, que resulta de la caridad, amor y misericordia, al qual entonan las obras públicas, que en desempeño de su Ministerio Apostólico ha hecho y hace V. S. I. con los auxilios divinos; y de consiguiente no puede llevar á mal, ni resentirse su modestia de que yo refiera en esta Carta algo de lo mucho bueno, que es público y notorio, contentándose mi buen afecto con exponer, no lo que precisamente pueda resultar en alabanza de V. S. I. sino es lo que resulta en mayor honra y gloria de Dios, que es el Autor de todo lo bueno, y quiere que

que á este fin se vean las buenas obras de sus Siervos, y esten patentes á los ojos de todos, como efectos luminosos de aquellas virtudes morales christianas, de que resulta al Señor tanta gloria, quando se alaban por ser públicas. De las otras que practica V. S. I. cuyo exercicio y efectos no salen tanto al público, por contenerse algunas en el recinto de su Palacio, y otras aun mas preciosas en el gabinete interior de su alma, me guardaré yo muy bien de hablar la menor cosa en esta Carta, por no mortificar á V. S. I. aunque algo pudiera decir de propia experiencia.

La que de muchos años tengo de la benignidad de V. S. I. me hace esperar que se dignará de recibir con su natural humanidad y agrado este corto tributo de mi reconocimiento, y creer que la Filosofia Moral, entretexida y apoyada con la doctrina y máximas del Evangelio, se presenta á V. S. I. como á su Protector y Patrono.

Séalo en buen hora por muchos años. V. S. I. que así lo desea todo su rebaño, y así lo pide á la Santísima Trinidad este su mas rendido y obligado servidor y humilde Capellan de V. S. I. que besa su sagrado Anillo,

*Fr. Antonio Moreno Morales,
Trinitario.*



PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

DOS cuidados que se reputaban por muy graves, fatigaron en otros tiempos la atención de los Traductores: era uno de ellos el ponderar su trabajo hasta el encarecimiento, persuadiendo con razones, y manifestando con exemplos, que el traducir de uno á otro idioma no es exercicio tan facil como parece á primera vista, ni tan mecánico y despreciable que no tenga su mérito y premio proporcionado en el tribunal de los doctos, aspirando alguna vez al que se mereció el Autor original. Otro de los cuidados de los Traductores era el de exâgerar, sin olvidar los méritos del Autor, la Obra que traducian, encareciendo la utilidad y aun la necesidad de lograrla en el idioma propio del Traductor ó en otro mas comun, como es el Latino, al qual por su mayor extension se han traducido mediante la fatiga y desvelo de varones muy doctos y santos, todas ó las mas de las obras de los Santos Padres de la Iglesia Griega, sin contar por ahora las traducciones que de los Libros Sagrados hicieron los mismos Santos Padres á su idioma nativo.

Estos eran los asuntos mas triviales, que por lo comun daban materia á los Prólogos de los Traductores; pero extendido ya en estos tiempos en el comercio de los literatos este ramo de traducciones, y refinado el gusto en esta parte, nos hacen ver en él algunos sujetos de no vulgar criterio, doctrina y erudicion, que no

se debe gastar tiempo en aquello primero, por ser empeño ocioso (vanísimo lo llama un docto) el persuadir que el traducir bien no dexa de tener dificultad. Tampoco debo gastarlo en persuadir aquello segundo; porque la utilidad recomendable y apreciable de esta Obra se manifiesta claramente en las repetidas ediciones que se han hecho de ella desde el año de 1735, en que salió al público la primera vez en Verona; y en los quince años que sobrevivió su Autor, se reimprimió repetidas veces en varias Ciudades de Italia, siendo de la décima impresion de Venecia en el 1766. el original que me ha servido para esta traduccion. Ni ménos debería fatigarme molestando á mis lectores con la relacion de méritos y relevantes prendas del Autor de esta Obra, á no precisarme á repetir algo de lo mucho, que sobre estos dos puntos es notorio al Orbe Literario, algunos rumores, aunque falsos, que viviendo el Autor, y aun despues de muerto, se esparciéron, y acaso aun corren entre el vulgo de los doctos (que tambien el mundo de los sabios tiene su vulgo), que si no han podido obscurecer la brillante antorcha del buen nombre y fama del Perfecto Luis Antonio Muratori, por lo ménos han pretendido disminuir sus luces.

Para decir algo de esto, me excusa casi todo el trabajo el Compendio que de la vida del Muratori se imprimió en Venecia el año pasado de 1756, que compone un tomo en quarto grande, bastante corpulento, en el qual D. Juan Francisco Soli Muratori, Presbítero, sobrino del Autor, que se crió y vivió con él desde muy niño, comprehende los sucesos mas memorables, desde el nacimiento hasta la muerte de su tio Luis Antonio; la qual, atendidas sus notables circunstancias y las mu-
chas

chas virtudes que practicó viviendo , propias de un verdadero Christiano , de un buen Sacerdote , de un zeloso Párroco y Ministro del Altísimo ; los exemplos que dió de todas ellas en la carrera de su dilatada laboriosa vida , hacen creer piadosamente , que en el acatamiento de aquel Señor , que es el exemplar y el premio de las virtudes , fué tambien muy preciosa su muerte , la qual acaeció el día 23 de Enero del año 1750. á los 77 años , tres meses y dos dias de su edad.

Mas porque no todos tendrán á mano , ni aun acaso noticia del citado Compendio , poco conocido en España , y por ser muy diminuta la que de la vida y hechos del Muratori nos ha dado el Traductor de otra Obra suya (*la Fuerza de la humana fantasia*), impresa en Madrid el año pasado de 1777 por D. Manuel Martin; me ha parecido conveniente el copiar algunas noticias autenticadas, que ponen fuera de toda duda el buen concepto en que el Orbe Literato christiano y piadoso ha tenido siempre á este hombre grande y erudito insigne.

Fué , pues , el Prefecto Luis Antonio Muratori uno de aquellos grandes ingenios que suele producir la naturaleza de siglo en siglo ; y si bien se advierte , no parece que fué bastante un siglo solo para comprehender este ingenio tan peregrino , pues ya en los años de 1697 y 98 habia dado á luz los dos tomos intitutados *Anecdota Latina* , impresos en Milan , que admiráron los eruditos. Prosiguió despues en sus tareas literarias hasta la mitad de este siglo , produciendo tantas y tan excelentes Obras en tan diversas materias y diferentes asuntos , que solo su catálogo ocupa muchos folios , como puede verse en el ya citado Compendio.

No debe causar maravilla que á un sugeto tan vir-

tuoso y docto no le faltasen émulos y aun enemigos furiosos, que siguiendo la costumbre del mundo, persiguen á los buenos. No es de mi asunto el formar aquí un panegírico de sus virtudes, ni el hacer una exácta apología de todas sus producciones literarias: de aquellas únicamente insinuaré la que no puede ocultarse, y á la que no pueden obscurecer las nieblas de la envidia, ni dañar los tiros de la maledicencia: hablo de aquella moderacion christiana, que como muralla incontrastable determinó levantar en la fortaleza de su corazon para impedir la entrada al sutilísimo y alhagüeño enemigo de la ambicion. Desde que se consagró al Señor, haciéndose Sacerdote, que fué por los años de 1695, hasta el de 1733, en que por sus achaques le fué forzoso el renunciar la Parroquia, se contentó con la tenue renta que daba de sí el Curato de Santa María la Pomposa de la Ciudad de Módena: cosa verdaderamente digna de que se considere y se admire, ya por haber sido este empleo un teatro hermoso, donde por tantos años se dexó ver con admirables aumentos la fervorosa caridad y santo zelo de este buen Párroco, como tambien porque á estas bellas prendas hizo resaltar la desinteresada modestia de un hombre, que sin duda tuvo las ocasiones mas oportunas de haber conseguido Dignidades Eclesiásticas de mucho esplendor y crecidas rentas; pues para todo esto lo disponia y proporcionaba el aprecio y estimacion, que hicieron de su persona el Emperador de Alemania, los Reyes de Francia, Cerdeña, é Inglaterra, y otros muchos Príncipes Eclesiásticos y Seculares, que noticiosos de su gran talento y virtud, le buscáron en muchas ocasiones, y no se dedignáron algunos de estos personajes de tratarlo y comunicarlo

por

por medio de cartas muy honoríficas y expresivas, que pueden leerse en el apéndice de la ya citada Vida. Algunas de sugeto muy eminente en santidad y doctrina, copiaremos mas abaxo en este Prólogo.

De esta christiana envidiable moderacion, compañera inseparable de la humildad verdadera del Muratori, fué hija, digamoslo así, aquella invicta paciencia, con que sufrió muchas y atroces injurias, que por escrito y de palabra dispararon contra su persona algunos de sus émulos. Como fueron tantas y tan varias las obras que dió á la pública luz este grande hombre, y en muchas de ellas tocó las materias con alguna delicada erudicion, que tenia visos de novedad, fueron tambien muchos los que quisieron manifestar la suya escribiendo contra él, y no pocos los que atropellando las leyes de la moderacion, lo ultrajaron con sus escritos, hiriéndole no solamente la delicada y apreciable prenda de su reputacion y buena fama, mas tambien censurando de sospechosa y poco segura su doctrina. Tampoco debo entrar en exâminar este punto, que pide mas extension que la de un Prólogo, y mayor caudal de doctrina y erudicion que la que se halla en mí: no dexó de hacerlo el Muratori, cuyas respuestas llenas de urbanidad y modestia christiana, se hallan y son parte de sus obras.

Pero yo, en obsequio de la verdad, y por no ser comun en nuestro idioma el ya citado Compendio de la Vida del Muratori, solamente traduciré con la fidelidad posible, no todos los elogios y alabanzas de aquellos eruditos, que viviendo aun, y despues de muerto el Prefecto Luis Antonio, emplearon sus doctas plumas para eternizar su memoria, y se hallan impresas en las **Actas de varias Academias Literarias**, de que fué Socio

de gran mérito, porque para esto no bastaria un tomo muy grande: me ceñiré únicamente á trasladar lo que de la doctrina y virtudes del Muratori nos dexó escrito el Gran Pontífice Benedicto XIV. justo apreciador de estas prendas, cuya censura y testimonios comprende el de muchos autores que pueden citarse, y bastarán para sosegar el ánimo á qualquiera que tenga noticia (¿y quién no la tendrá en todo el Orbe?) de un tan docto y Santo Pontífice.

No conocia este Santísimo Padre al Muratori sino por sus escritos, hasta el año de 1728, en que siendo ya Próspero Lambertini Obispo de Ancona y Cardenal de la Santa Iglesia, escribió su Eminencia desde Bolonia su patria, donde casualmente se hallaba entónces, una carta al Marques Orsi, en la qual hacia honrosa memoria del Muratori: se creyó éste obligado á dar las gracias á su Eminencia, y lo hizo por una carta igualmente humilde y expresiva, á la qual con la fecha del 18 de Octubre del mismo año respondió el citado Eminentísimo benignamente, manifestando al Muratori los deseos que habia tenido su Eminencia de conocerlo y tratarlo; en cuyo asunto le habla en su carta de este modo: "He buscado siempre la ocasion de manifestar
 „ á V. S. el grande aprecio y estimacion que me ha me-
 „ recido y he tenido de su persona, siendo el dicta-
 „ men que he formado de ella, el de calificarle por el pri-
 „ mer erudito de Italia, uniformándome en esto con el
 „ dictamen de los demas Sabios; y hallándome por un
 „ accidente en esta mi patria, después de 26 años de
 „ ausencia, y debiendo responder á una carta de nues-
 „ tro Marques Orsi, he creído deberme explicar en ella
 „ y confirmar por escrito, quanto de palabra he ma-

„ ni-

35 nifestado y defendido en Roma; y no siendo esto otra
 35 cosa que un efecto de rigurosa justicia, debido á su gran
 35 mérito, por tanto, no debia V. S. haberse molestado
 35 con la muy cortes y expresiva carta que me dirigió
 35 el 15 del corriente, en que con excesiva bondad y
 35 afecto me promete hacer memoria de mí quando
 35 dará á la pública luz la Crónica de Bolonia, &c.,,
 35 y un poco mas abaxo añadió su Eminencia: *Deseo*
unir algunas de mis obras ya trabajadas, y darlas
al público; y en este caso recurriré al Abate Murato-
ri para lograr en él un sabio docto y sincero corrector.

Pasó despues el Eminentísimo Lambertini desde la
 Santa Iglesia de Ancona á la de Bolonia su patria, y de-
 seando conocer de vista al que ya conocia por sus obras
 y cartas: habiendo venido su Eminencia en el Otoño del
 1731. á recrearse y descansar á una Casa de Campo
 del Caballero Marques Orsi, que estaba cerca de Móde-
 na, donde residia el Muratori, le convidó el Marques
 para que viniese unos dias á pasarlos en compañía de
 su Eminencia: admitió el convite, y en los tres dias que
 acompañó al Cardenal, hizo este Purpurada tales extre-
 mos de amor, manifestó tanta benevolencia y confian-
 za al Muratori, que todo el tiempo que les dexaban li-
 bre otros negocios y cumplimientos, lo empleaban es-
 tos dos hombres grandes en diálogos de literatura y
 erudicion, dando cuenta su Eminencia al Muratori de la
 grande Obra, que tenia entónces entre manos dispues-
 ta ya para imprimirla, *de Servorum Dei Beatificatio-*
ne & Canonizatione.

Restituido el Cardenal á Bolonia, le remitió el Aba-
 te Luis Antonio el pequeño Libro de Lesio Crondermo,
 que habia dado al público, al que su Eminencia, despues
 que

que supo que los Prolegómenos eran Obra del Muratori, habia manifestado grandes deseos de leerlo, acompañándolo con una carta suya. Respondió su Eminencia á la carta, agradeciendo el regalo, y entre otras muchas expresiones, que manifiestan el sincero afecto de aquel Eminentísimo al Muratori, son dignas de especial atencion, las que pongo aquí. *Teniendo yo (le dice el Cardenal) una estimacion muy alta y sincera de vuestra sabiduria, y protestando de no ceder á otro alguno en el afecto á vuestra persona, y concepto de vuestra gran virtud &c.*

Ellecto Sumo Pontífice el Cardenal Lambertini, remitió al Muratori por medio del Cardenal Tamburini los quatro Tomos *de Beatificatione &c.* de que ya hemos hecho mencion, y el Muratori escribió las gracias al Santísimo Padre en una carta como suya, su fecha el 9 de Octubre de 1744. Respondióle el Santo Padre el 21 de dicho mes y año en otra en forma de Breve, asegurándole Su Santidad el gran concepto y estimacion que hace de su persona, y el verdadero afecto que le profesa, siendo acreedor á todo por ser *un buen Sacerdote, y el decoro de la Literatura Italiana; pues por él se dexa ver la Italia, no solamente igual, sino tambien superior á qualquiera otra parte del mundo.* Prosigue el Santo Padre en esta misma Carta ó Breve, dando razon al Muratori de sus estudios y de las obras que quiere publicar en Roma, y le dice que manifiesta todo esto á un *buen Maestro;* lo abraza y da su Bendicion Apostólica.

Otra carta confidencial escribió este Sumo Pontífice al Abate Muratori, su fecha en Roma el 18 de Septiembre de 1745, en que Su Santidad le da las gracias por la memoria que aquel quiere hacer en los anales de Bolo-

nia,

nia, que estaba para publicar, del Pontificado del Santo Padre, hijo de aquella insigne Ciudad; para cuyo efecto le dice el Santo Pontífice que le remitirá todo quanto le pide el Muratori, á fin de que *con su notoria prudencia haga el uso que le parezca conveniente*: lo abraza y le da su santa Bendicion.

En otro Villette de amigo, que acompaña el Santo Padre á una de sus Obras, con que regala al Muratori, escrito el 22 de Marzo de 1747, le llama *nuestro muy estimado Abate Muratori*. En otras muchas cartas y villetes del mismo Sumo Pontífice se encuentran muy apreciables expresiones, que manifiestan el cordial amor que le profesaba, y el alto concepto que habia formado, y aprecio que hacia de su persona, de su erudicion, literatura y virtud, tratándole siempre con la honorífica familiaridad de *mi Abate Luis Antonio Muratori*.

Pero el testimonio mas auténtico y monumento mas honorífico y glorioso, que comprehende, y en que se compendian los mas altos elogios, que al Muratori dispensó este Sumo Pontífice, es una carta, que en forma de Breve y con data del 25 de Septiembre de 1748 le dirigió el Santo Padre con la ocasion que brevemente referiré. Noticioso el Muratori de que Su Santidad habia escrito al Inquisidor General de España sobre las materias que ocurrieron entónces, en orden á los escritos del Cardenal de Norris, previniendo á S. I. que las Obras de aquel Purpurado, y las de otros Autores insignes y clásicos, nombrando y especificando determinadamente á los Bolandistas, al Tillemont, al Bosuet y Muratori no debian prohibirse absolutamente, aun quando se encuentren en ellas algunas cosas que desagraden, y que acaso deberian prohibirse en las obras de

de otros Autores de menos nombre, no tan buena fama é ínfima clase &c. Noticioso, decia, el Muratori de esta carta, en que el Santo Padre hace mencion de sus Obras determinadamente, dirige otra á Su Santidad, su data en Módena el 16 de Septiembre de 1748, en que le manifiesta la tristeza y amargura, que oprime su corazon, por haber llegado á su noticia el contenido de la mencionada carta: Recurre por tanto á Su Santidad, como á Padre amoroso, á fin de que le manifieste las cosas que se hallan en sus escritos dignas de censura, para que precediendo el arrepentimiento y la obediencia, pueda retratarlas y esperar el perdon y alivio de su pena, practicando la penitencia saludable que Su Santidad quiera imponerle. Esta carta es breve, pero tan amorosa, tan dulce, tan obsequiosa, tan devota y expresiva de las angustias en que se halla su corazon, y de los ansiosos suspiros con que implora y desea el remedio, que no parece puede darse pieza mas bella: la concluye apelando á la caridad, é interpellando la justicia del Santo Padre, *á fin de que el humilde siervo de Su Santidad Luis Antonio Muratori no quede para lo sucesivo con un lunar tan feo.*

A esta carta respondió prontamente el Sumo Pontífice con otra en forma de Breve, su data el 25 del mismo mes de Septiembre, la qual he reservado de intento, omitiendo otras muchas, para que se vea la estimacion que hacia aquel gran Pontífice de la literatura, erudicion y virtud del Muratori. Le refiere Su Santidad toda la historia de la carta que escribió al Señor Inquisidor General de España, cuyo asunto no es necesario, ni oportuno el copiarlo aquí, pues basta para nuestro intento el traducir fielmente lo que para consolar

al Muratori le responde el Santísimo Padre.

“ Quanto hemos escrito (le dice) al Inquisidor de
„ España en orden á vuestras Obras, nada tiene que ver
„ con algun dogma ó disciplina. Lo que de vuestras
„ Obras no se ha admitido bien en Roma, ni vos de-
„ biais lisonjearos que jamas pudiese ser bien admitido,
„ es lo que mira á la jurisdiccion temporal del Sumo
„ Pontífice en sus Estados; porque aquí se camina y
„ procede en esto con diversos principios, no admitién-
„ dose por verdaderos algunos supuestos, como ni tam-
„ poco algunos hechos. Estad, pues, seguro (prosigue
„ el Santo Padre) que si las cosas dichas las hubiera in-
„ sertado en vuestras Obras algun otro sugeto, las hubiera
„ prohibido esta Congregacion del Indice, lo que no se
„ ha executado por ser público el afecto que os tenemos,
„ y porque es notoria la estimacion, que juntamente
„ con todo el mundo hacemos de vuestra virtud, habien-
„ do creído siempre que no convenia el disgustaros por
„ la diversidad de sentencias en materias que no pertene-
„ cen al dogma, ni á la disciplina eclesiástica; aunque
„ todo gobierno se halle en posesion de prohibir aque-
„ llas obras en que se contienen cosas que no le agradan,
„ y que no se conforman con su modo de pensar.

„ Esta es (concluye Su Santidad) la pura, cándida
„ y verdadera historia, sin mas reflexiones, ni conse-
„ quencias que las que vos podeis hacer y deducir con
„ vuestro serio juicio y discernimiento, observando jun-
„ tamente como habemos guardado y tenido la consi-
„ deracion debida á vuestra persona y á vuestras Obras;
„ y entre tanto abrazándoos con todo el corazon, os da-
„ mos la Bendiccion Apostólica. Datum Romæ apud S.
„ Mariam Majorem die 25 Septembris 1748. Pontifica-

„ tus

„ tus nostri anno IX. Dilecto Filio Abbati Ludovico An-
 „ tonio Muratori , Mutinam. „

Aquí debería concluir este Prólogo, pues parece que no puede decirse mas en el asunto que me propuse para formar, remitiendo á mis lectores al citado Compendio de la vida de este sabio, erudito y virtuoso, si desean noticias mas extensas y circunstanciadas. Por lo que mira á sus muchas producciones literarias, se necesitan pocas reflexiones para demostrar que todas ellas lograron la aprobacion del Gran Pontífice Benedicto XIV. y á tenor de su censura, en ninguna de ellas se encuentra la menor cosa contraria al dogma, á las buenas costumbres ó disciplina eclesiástica: con registrar la data de la Carta en forma de Breve, que acabamos de copiar, se convence claramente esta verdad, pues desde el 25 de Septiembre de 1748 hasta el 23 de Enero de 1750, en que Murió el Muratori, no sabemos que diese al público Obra alguna; porque los diez y seis meses que sobrevivió, casi todos los pasó batallando con su penosa última enfermedad, la que apenas le permitió tomar la pluma en la mano para continuar el Compendio de las Obras de S. Juan Crisóstomo, que con otros muchos y muy preciosos manuscritos han quedado inéditos.

El mismo año de 48 por el Octubre comenzó el Muratori á sentirse indispuerto: agravósele la enfermedad el 17 de Noviembre; y aunque en este intermedio se recobró algun poco, pero no pudo trabajar en todo este tiempo; siendo constante verdad que por lo menos no dió al público produccion alguna de sus tareas literarias; por lo que se infiere claramente, que la sentencia de aquel Juez Supremo por su dignidad, y el mas autorizado y sabio de su tiempo, declara, que todas las Obras del

Pre-

Prefecto Luis Antonio Muratori, ya impresas entónces, se hallan libres de toda Censura Teológica, eternizando y canonizando, digamoslo así, su memoria de una manera muy decorosa y clara, que voy á referir con brevedad.

Murió el Muratori en el año y día ya notados; pero sobrevivió el Sumo Pontífice Benedicto XIV. quien con un nuevo elogio ratificó quantos en varias ocasiones, ademas de las ya insinuadas, habia dado al Muratori, y á sus producciones literarias. Hizo aquel Sumo Pontífice en Roma una nueva impresion con adiciones á su insigne Obra de *Synodo Diocesana*, citando en ella repetidas veces las del Muratori; pero la primera vez que lo cita, lo hace con estas notables palabras: *Bona memoria Ludovicus Antonius Muratori* (*): elogio que en la boca y pluma de un Sumo Pontífice tan santo y docto, equivale á un Panegyrico, y significa aun mas de lo que suena, y sin duda que suena por todo el Orbe Literato quando se registra estampado en una Obra tan celebrada y preciosa como lo es la ya citada, que ningun Sabio dexará de tenerla ó haberla leído, ó por lo ménos no faltará esta doctísima y elegantísima pieza en ninguna Biblioteca pública.

No es razon el molestar mas la atencion de mis lectores sobre una cosa tan clara y conocida, como lo son las Obras del Muratori en la República de las Letras; solamente debo prevenirles que si acaso no encontrasen la traduccion que les presento correspondiente á la idea que ya tienen, ó en virtud de tantos y tan autorizados elogios han formado de este virtuoso erudito, culpen únicamente al Traductor, que no ha sabido penetrar los de-

(*) Tom. 1. edit. Ferrar. anno 1760. fol. 280.

delicados y substanciosos conceptos del Autor original para trasladarlos á nuestro idioma con la correspondiente energía. No me avergüenzo de confesarlo así; porque así lo siento en realidad, protestando del mismo modo, que me he esforzado lo que he podido para ajustar la traduccion al sentido del original. Si de este tal qual trabajo resultase alguna cosa de provecho, se deben dar las gracias á nuestro buen Dios Trino y uno, que es el Autor de todo lo bueno.



PRÓLOGO
DEL AUTOR.

EL que no sea práctico del Mundo Literario y no haya visto otros muchos libros, que tratan de materias morales, al ver que sale al público este trabajo mio, es muy verisimil que lo reciba benignamente, presintiendo que puede serle provechoso: el título solo basta para acreditarlo; y supuesto que tales personas, ni conozcan ni hayan leído otros libros de argumento semejante, puede suceder que deseen este; mas para el que no es forastero en el pais de las letras y sabe la copiosa provision de libros que hay en él, pertenecientes á la Filosofia Moral, no sucederá así; porque no imaginando que aquí se encuentre alguna cosa nueva, juzgará que no tiene necesidad de aprender en este tratado lo que ya en otros tiene aprendido.

A la verdad, escribió Platon cosas muy bellas y excelentes de la Filosofia de las costumbres, y su doctrina se halla ilustrada por algunos sabios que le siguiéron, principalmente Plotino y Marsilio Ticino. Tenemos tambien algunos fragmentos del impio Epicuro, que corrigió, aumentó y adornó el célebre Gasendo, de modo que pueden ser útiles en el estudio de esta materia.

Apénas se hallará algun Sabio, que en el discurso de su vida no haya dado algun paseo por el

dilatado, bien que árido campo de la Filosofía de de los Estoycos, esto es, en los libros de Séneca, de Epícteto y de sus antiguos Comentadores ó de Justo Lipsio grande, apasionado y devoto de aquella secta. Tambien es famoso entre otros Marco Tullio, y merecen ser leidos sus libros morales: pero sobre todos los mas antiguos, se debe hacer aquí memoria de Aristóteles, á cuya penetracion y gran capacidad, ademas de otros beneficios en esta línea, somos tambien deudores de haber sido el primero (á lo ménos de aquellos cuyos escritos han llegado á nosotros) que con bello método, utilísimos documentos y mucha destreza compuso algunos tratados de esta Filosofía, de manera que hasta estos últimos siglos no se ha creido que pudiera decirse, ni pensarse mejor sobre esta materia, como se ha creido lo mismo de su Lógica, su Filosofía natural y su Metafisica: por tanto puede decirse, que han sido innumerables los que en los dos últimos siglos se han dedicado á declarar y exponer la Filosofía Moral Aristotélica; y aun en nuestro idioma Italiano se leen muchas exposiciones sobre esto mismo.

Viniéron despues otros Literatos, que con delicada sutileza tratáron de las pasiones humanas, y han explicado los diversos genios, y hecho varios retratos de los hombres, en lo que se han señalado muchos Escritores Franceses. Los Cartesianos tambien nos han dado varios compendios de esta misma Filosofía, de manera que no faltan, ántes bien abundan los libros y libros útiles y bellos de esta noble ciencia.

Ni yo pretendo aquí censurar á alguno de los

muchos que han fatigado y trabajado sobre este asunto , ni tampoco intento desaprobare la lectura de alguno de ellos ; ántes bien quiero animar á los jóvenes (y todos deberian acompañarme en esto) para que lean y estudien en muchos de ellos , y sobre todo en la mencionada Moral de Aristóteles , la qual siempre será un excelente modelo de la vida civil , sin apartarse de la moral. No obstante todo esto , casi me atrevo á decir que nuestro idioma vulgar no tiene un curso completo de esta Filosofía , ni me determinaré á asegurar si lo tienen otras Naciones en sus propios idiomas : hablo de una Filosofía que no se avergüence , ni desdén de ser christiana , que se halle desembarazada de varias questões inútiles y metafísicas que se han introducido en ella , debiendo esta ciencia , segun mi dictamen , conducirnos á la práctica de las buenas costumbres sin embarazarnos en questões litigiosas y sutiles , que solo deben reservarse para los que gustan de apacentar su entendimiento y exercitar su ingenio en semejantes laberintos : de una Filosofía , digo , que descendiendo de los principios universales á los particulares , nos haga ver al hombre práctico en sus operaciones y costumbres ; y que de tal modo esté trabajada y dispuesta , que principalmente pueda servir de socorro y alimento á los ignorantes y ménos doctos , que son la mayor parte de los que componen este baxo mundo. Ultimamente de una Filosofía , que haga lo posible por descubrir y manifestar los primeros principios , y causas de nuestras acciones buenas ó malas ; porque con este conocimiento es mas fácil el regular y nivelar por él nuestra vida,

practicando las primeras y evitando las segundas, verificándose aquí la sabia observacion de Virgilio:

Felix qui rerum potuit cognoscere causas.

Por tanto aprovechándome de las luces que nos dexáron los antiguos, y han aumentado los modernos, me he determinado, ya que no pueda formar, por lo ménos á delinear como en borrón, una Filosofía Moral. Si he logrado con alguna utilidad y tolerable método el desempeño de esta idea, que me he propuesto, no toca á mí el juzgarlo. No me he empeñado en seguir puntualmente las pisadas de Aristóteles, como lo han practicado hasta aquí sus expositores; porque estoy persuadido á que se puede llegar á un mismo término por caminos tan buenos como distintos, lisonjeándome de que ninguno tendrá por ménos conveniente el que he tomado, atendida la materia de que se trata, ni acaso será ménos útil al que leyese esta obra.

Mas, por ventura ¿habrá quien la lea? Por lo que á mí toca, protesto francamente que mi intencion en darla á luz, no se dirige á la instruccion de los ancianos, á quienes ya supongo bien instruidos en la ciencia del vivir bien; ó bien sea por los muchos desengaños, que han pasado ó han visto; ó ya por el rumor que resuena en sus oidos de la próxima é inevitable muerte: ni ménos sale á luz para los sabios Maestros, de quienes mas presto debo yo esperar buenos avisos y documentos, que presumir el dárselos: solamente han sido los jóvenes el principal motivo, y objeto para escribir este tratado;

por-

porque juzgo que la juventud es el tiempo mas oportuno para aprender á vivir, no solamente en aquella edad, mas tambien en todas las que se siguen: no porque haya tiempo, ni edad en que no convenga el enriquecer nuestra alma con importantes conocimientos, y singularmente con aquellos, que sin duda son los que pertenecen á la moral: asimismo los jóvenes son los que mas necesitan aprender á vivir y saber gobernarse quando van á entrar, y ántes de engolfarse en el borrascoso mar de este mundo, y antes que por falta de luz tropiecen y caygan en varios indecentes errores y lamentables vicios, á que por lo comun se halla expuesta aquella fogosa y atolondrada edad; la qual, quando ha tomado un buen camino, suele andar derecha todo el resto de su vida, siendo una lamentable desgracia, si se extravia por lo dificil que es entónces el volver á caminar rectamente.

Por esto, luego que el entendimiento de los jóvenes se ilumine de alguna manera con la Lógica, Física y Metafísica, que deben preceder al estudio de la Filosofia Moral, importará mucho el que se aplique á esta ciencia, mas útil y necesaria que ninguna de las otras. Ni para esto bastan los compendios; porque en las artes y ciencias en poco se distinguen una ligera y superficial tintura, y el no haberlas saludado nunca. En esta especialmente conviene desmenuzar las materias, ilustrarlas con exemplos, y pegar como con un tenaz y fuerte barniz los buenos documentos en la memoria y en el ánimo, para que se hallen dispuestos á practicarlos.

¡Qué bella cosa seria el ver á nuestros jóvenes

rumiar, el oírlos conferenciar entre sí los documentos para vivir bien, razonar y aun disputar de la hermosura, y efectos excelentes de las virtudes, de las malas conseqüencias de los vicios, y de las pesadas y feas burlas que de quando en quando pueden hacernos las desenfrenadas pasiones y bestiales apetitos! De estos jóvenes bien criados y bien instruidos deseo yo abundante cosecha en la República: y si para este efecto pudiese influir de algun modo este libro, será bien recompensado mi trabajo. Nada mas busco, nada mas deseo.



TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE TOMO PRIMERO.

CAP. I..... **D**E la utilidad, y necesidad que tiene el hombre de estudiarse á sí mismo. XX Pag. 1.

CAP. II..... De los principios de las acciones humanas, y primeramente del cuerpo, que influye en ellas. 27.

CAP. III.... Cómo las costumbres del hombre puedan de algun modo depender del cuerpo, según la varia disposicion de su cerebro ó cabeza. 50.

CAP. IV.... De las diversas inclinaciones de los hombres á causa de sus varios cuerpos y espíritus. 69.

CAP. V..... De la variedad de los cerebros humanos, que influye en la variedad de las costumbres. 89.

CAP. VI... De la fantasía, y cómo influya en las acciones del hombre. 98.

CAP. VII.. De la razon. 115.

CAP. VIII. Del buen uso de la razon. 140.

CAP. IX.... De la libertad, uno de los principios y condiciones necesarias de las acciones humanas, y de la conciencia. 156.

CAP. X..... De la ignorancia y opinion que causan los errores en las acciones humanas. 170.

CAP. XI.... De los pecados de los hombres. 187.

CAP. XII... Del apetito universal, que se llama amor propio ó del apetito de la felicidad. 195.

CAP. XIII. Del deseo de los bienes y del aborrecimiento de los males. 204.

CAP. XIV. Del apetito de la conservacion del propio individuo, y de la propia especie. 216.

CAP. XV.. Del apetito de la libertad dividido en dos, esto es, en deseo de independenciancia y deseo de superioridad. 225.

CAP. XVI. Del apetito del placer, de lo verdadero y de lo hermoso. 236.

CAP.

XXXVIII

CAP. XVII.	<i>Del apetito de la propia estimacion y alabanza.</i>	245.
CAP. XVIII.	<i>Del apetito de la hacienda.</i>	254.
CAP. XIX.	<i>De la batalla y de los efectos de los apetitos humanos.</i>	259.
CAP. XX.	<i>De las pasiones del hombre.</i>	267.
CAP. XXI.	<i>Qual sea la felicidad que puede esperar el hombre en este mundo y que esta propiamente debe colocarse en la tranquilidad del ánimo.</i>	284.
CAP. XXII.	<i>De los medios con que puede conseguirse la felicidad de que es capaz el hombre sobre la tierra, esto es, de la virtud.</i>	299.
CAP. XXIII.	<i>De lo honesto, de lo justo y de la virtud, si por su naturaleza, ó esencialmente sean cosas buenas y del orden que quiere Dios en el hombre.</i>	314.
CAP. XXIV.	<i>Del orden que el hombre debe tener para con Dios ó la Religion.</i>	339.
CAP. XXV.	<i>Del orden que debemos tener y conservar con los otros hombres, y primeramente de la Justicia.</i>	355.



DE LA FILOSOFÍA MORAL

CAPÍTULO PRIMERO.

De la utilidad, y necesidad que tiene el hombre de estudiarse á sí mismo.

§. I.

A Bunda de libros el mundo, y abunda demasiado; pero el mas vario, el mas grande, y el mas admirable de todos ellos, es el mismo mundo, aun hablando solamente de la tierra, que es la que cupo en suerte á los hijos de Adan. Este es el libro que tenemos todos á la vista, y del que cada uno somos algun folio miéntras vivimos en él. Tiene en algunas partes este libro unas cifras obscurísimas, y muy imperceptibles por nuestros ojos: otras que aunque por su naturaleza se manifiestan á todos, y á cada uno; mas por la distancia de lugar ó tiempo solo pueden saberse por noticia, ó relacion de otros, que muchas veces está sujeta á engaños y errores: otras partes en fin tiene, que, ó por descuido, ó por ignorancia nuestra dexamos de conocerlas. Reparad en los muchachos, rústicos, y otras muchas gentes, metidos en el cascaron de un Pais pequeño, en el que todos tienen solamente un oficio: qué saben estos de mundo? Solamente lo que ven, y oyen,

Tom. I.

A

Y

y de esto únicamente la superficie, semejantes á los que se hallan envueltos en una espesa niebla, que solo distinguen los objetos á una corta distancia; pero al fin hay muchísimos que se empeñan en el conocimiento de este gran teatro; y estos son aquellos que se aplican al estudio de varias artes, y nobles ciencias, cada una de las quales puede facilitarlos el conocimiento de alguna de las partes de este todo. La Geografía por exemplo, nos hace viajar toda la superficie de la tierra descubierta, sin movernos de un sitio, ni dar un paso. La Astronomía hace lo mismo respecto de los cuerpos celestes. La Física, la Metálica, la Medicina, la Química, y Botánica con otras semejantes facultades, nos hacen ver los cuerpos terrestres y acuáticos, su naturaleza y propiedades. La Historia, la Cronología, y la Erudicion nos manifiestan el mundo ya pasado. No hablo de otras artes, y ciencias menores; pues aunque estas puedan enriquecernos de ideas, de conocimientos y sentencias; pero ninguna de ellas puede ayudarnos mucho para el conocimiento del mundo. Un buen Lógico, Metafisico, y aun un buen Legista, lleno de Digestos, de párrafos, de conclusiones y excepciones, quando no ha estudiado otra cosa, se reputará fácilmente por un forastero del mundo en muchas ocasiones. Otros por el contrario, sin haberse fatigado tanto la cabeza sobre los libros, llegarán á tener mayor conocimiento del mundo, y podrán ser Maestros de otros, por haber viajado, y hecho, qual otro Ulises, diligentes observaciones en diversos Países, y sobre las diversas costumbres de sus habitantes, ó por haber manejado negocios importantes, y haber tenido altos empleos en las grandes Cortes; pero sobre todos el Filósofo es el que se dedica á esta profesion. En el teatro del mundo cada uno hace de comediante: el Filósofo hace propiamente de miron, ó auditorio, porque mas bien que otros sabe observar, y juzgar quien representa bien, ó mal su papel.

§. II.

NO hay duda que quanto mayor es el conocimiento que se tiene de este grande emporio , que se llama mundo , tanto mayor será el apreciable provecho , ó á lo ménos el deleyte que de esto recibirá el hombre sabio. *Digo del sabio* , y hablo de aquel que tiene la razon vigorosa y activa , el entendimiento claro , amante de la verdad , y de lo bueno , y un corazon inclinado al bien ; porque para ciertos sugetos de talentos cortos , y entendimientos confusos y apocados , lo mismo es enviarlos á pasear el mundo , que hacerlos caminar por la posta metidos en una maleta. Los malos , quanto mas estudian y aprenden , tanto son mas perversos , y dañosos á otros , y á sí propios. Mas si yo preguntase qual de las criaturas , que se ven sobre la tierra , es la mas noble , la mas admirable y estimable , no mereceria ser llamado hombre el que no respondiese al punto , que es el hombre mismo : con que es muy puesto en razon , que la aplicacion , y estudio de los mortales , ántes que á las demas criaturas , se dirija , y emplee en conocer al hombre ; y tanto mas debe esto practicarse , porque siendo todos los hombres de una especie , quando nos empleamos en conocer á otros , debemos conocernos á nosotros mismos , que es un conocimiento de suma importancia ; y no solamente útil , pero aun tambien necesario para regular bien la vida presente , y esperar un feliz suceso para la futura. Aquel *nosce te ipsum* ; esto es , estudia , y aprende bien á conocerte á tí mismo , fué una de las mas celebradas sentencias de los sabios antiguos , muy verdadera en todos los tiempos , y digna de que se escriba en las fachadas de todas las casas , para tenerla siempre en la memoria. Pero la dificultad está en entender bien esta sentencia ; porque no solamente los hombres ya hechos , pero aun los niños , sin fatigarse , ni estudiar mucho , saben distinguir un hombre de un caballo : discurrirán , y hablarán de su figura

ra, de su color, de su language: acaso sabrán informarnos de su bondad ó malicia, de su temperamento fogoso ó pacífico, si es de un entendimiento mediano, ó sublime, si es plebeyo ó noble. Además de esto un Anatómico nos dará largas disertaciones, y lecciones en orden á la maravillosa estructura interior del hombre; de todos los líquidos, los humores, vasos, y otras partes que le componen en quanto animal material. Otras lecciones nos dará la Mecánica en orden á sus movimientos: otras la Medicina por lo que mira á sus enfermedades; pero no por esto habrémos llegado ni aun á la antesala del *nosce te ipsum*: aun se nos quedará oculta la parte mas importante, y preciosa de esta obra admirable, que formáron las manos del mismo Dios. El conocer, pues, al hombre, y de consiguiente el conocerse el hombre á sí mismo, consiste en descubrir los diferentes, y secretos muelles y ruedas, que como criatura racional le mueven á tantas, y tan diversas acciones morales, ya buenas, ya malas, ya indiferentes, y la raiz y principio de los vicios y virtudes, costumbres y pasiones, y las reglas que deben observarse para gobernarse á sí propio prudentemente, para comunicar loablemente con otros, y para desempeñar las obligaciones contraídas con Dios, como supremo Señor del Universo, consigo mismo, y con los superiores, inferiores é iguales. Esto se llama verdaderamente estudiar al hombre, y entrarse en su íntimo gabinete. Pero lo que mas importa, y lo que con mas especialidad debemos considerar es, que comparando este estudio con todos los otros, exceptuando el que se termina á Dios, con el fin principal de servirle, y amarle (el qual si bien se reflexiona entra tambien en el conocimiento, y estudio de nosotros mismos, por ser el Omnipotente Dios nuestro primer principio, y deber ser nuestro último fin): este estudio, decia, nos es de suma importancia, y mas necesario que los otros, ya que de Dios hemos recibido tantos privilegios y beneficios.

§. III.

Tanto el *ser* como el *vivir* conviene confesar que son los grandes bienes, que debemos á la naturaleza; pero aun mayor que estos es el de estar dotados de razon; ademas de esto el buen uso de ella, y saber vivir honestamente, ocupan un grado superior, ó por mejor decir, es incomparablemente el mayor de estos bienes: porque á la verdad ¿de qué sirve la razon en un hombre, que no sabe obrar de otro modo que una bestia? ¿Y de qué sirve la vida á una persona, quando por no vivir bien se hace á sí un notable daño, lo hace no menor á los otros, y tira ácia sí la tremenda indignacion de Dios? Oimos muchas veces nombrar la *sabiduría*. ¿Y qué cosa es esta sino el deseo de agradar á Dios? y quando se pueda, sin ofenderle, agradar tambien á los otros hombres, y procurarse á sí propio en quanto sea posible la tranquilidad de cuerpo y alma, por medio de operaciones honestas, justas, y convenientes á una criatura tan noble, y tan superior á los brutos, qual es el hombre. No debe dudarse, que todas las ciencias y facultades honestas, que se estiman, y aprecian en el mundo, llevan consigo mismas el carácter de la hermosura y belleza; y qual mas, qual ménos, pueden causar utilidad, y dleyte al cuerpo, y al ánimo de los mortales, que las exercitan; y pueden servir de adorno, y alivio á la sociedad humana; pero sepátemos este gran capital, que incluyen en sí las diversas ciencias de aquella verdadera sabiduría, que consiste en conocer el hombre á Dios, y á sí propio, y en la práctica de las virtudes, y halláremos unos árboles cubiertos de un hermoso follage, pero desprovédidos de fruto, si acaso por desgracia no producen alguno mortalmente venenoso; porque la verdadera ciencia de las ciencias consiste en el conocimiento de Dios, y de sí mismo, para amar sobre todas las cosas aquel Monarca supremo, que nos crió, y mantiene sobre la tierra, y puede, y aun desea darnos á su

tiempo la mas perfecta, y eterna felicidad; y juntamente para que arreglándonos á la razon, y á las leyes justas y santas, que para nuestro mayor bien nos ha dado nuestro buen Dios, pasemos tranquila y santamente los pocos días, que como peregrinos caminamos sobre la tierra. Serán laudables, serán deliciosos, y aun acaso útiles los otros estudios; pero este es necesario. Ciertamente que reflexionando que el hombre impelido de una fuerza secreta, que por la misma naturaleza le conduce á desear su propia felicidad (como de hecho cada uno la desea, y no puede ménos de desearla), y no conociéndose otro camino mas seguro para lograr algun grado de felicidad en esta vida, y todo el lleno de ella en la otra, que la posesion, y la práctica de la sabiduría, y la virtud; al punto se dexa entender de cuánta importancia es al hombre el estudio de sí mismo, y el aprender lo que conduce á la verdadera sabiduría, y virtud; y lo que puede alejarle de esto, para saber ser bueno, vivir como sabio, pasar con tranquilidad los días de su vida, y en buena armonía con Dios, consigo mismo, y con los demas hombres.

§. IV. Consigamos las mismas ventajas que se consiguen en el mundo, y en la otra vida, por el estudio de la Filosofía Moral, y de la Religión.

Observemos con algun cuidado, que son dos los socorros y luces que Dios ha dado á la humana naturaleza para que pueda llegar á la posesion y goce de la sabiduría: estos son la *Religion*, y la *Filosofía Moral*. Quanto á la primera, que es mucho mas importante que la otra, pluguiese al Señor, que así como todos por su gran misericordia la profesamos, creyendo, y siguiendo las banderas de su bendito Hijo Jesu-Christo, nuestro Señor y Legislador, siendo ya por esta creencia miembros de su Iglesia Santa; del mismo modo pusiesemos toda nuestra aplicacion, y estudio en aprender sus máximas y santos documentos para practicarlos con fidelidad y cuidado; pues de este modo

no necesitaba mas cada uno de nosotros para llegar á ser buen Filósofo, y constantemente bueno, y aun santo. Verdaderamente que si cada uno de los hombres ajustase su vida con la Ley santa de Jesu-Christo, el mundo, que en sí es tan horrible y feo, mudaría de rostro, y se dexaria ver hermoso y bello, por el buen orden de amor, y caridad que reynaria entónces entre los sequaces de la divina Ley. Ni con el nombre de *Religion* quiero que se entienda precisamente el estudio de la Teología, ya sea Dogmática, Escolástica ó Moral, en que no pocos emplean útilmente el capital de muchos años y muchas fatigas. Por *Religion* entiendo al presente el creer, adorar, amar, y obedecer á Dios del modo que nos enseñó Christo Salvador nuestro, que se empleó todo en reconciliarnos, y hacernos amados de su Eterno Padre, y coherederos de su gloria despues de esta vida. A excepcion, pues, de algunas verdades, que claramente nos ha manifestado, y propuesto el mismo Dios, y que solamente piden de nuestra parte la fe, y que todo fiel Christiano debe saber y creer, las demas (generalmente hablando) no hay obligacion á estudiarlas; y pueden los de la plebe dexar este cuidado á los Teólogos y Maestros de la Ley. Despues de estas pocas verdades contemplativas, que iluminados con la luz de la fe sobrenatural debemos creer, el cuidado, y objeto principal del Hijo de Dios ha sido el instruirnos y enseñarnos aquellas verdades, á que deben dirigirse nuestras acciones para agradar, y no disgustar con ellas á Dios, para dar á Su Magestad un digno culto y honor, y para llenar todas las obligaciones del amor, que sobre todas las cosas debemos al mismo Señor, y por su respeto á los demas hombres nuestros hermanos. Para esto sí que nos quiere Dios, y llama á todos, tanto idiotas, como doctos. En este estudio es necesario que se empleen todos. Pueden ciertamente ser útiles, y honestas (ademas de las verdades ya insinuadas) otras muchas especulaciones, y disertaciones de

todo aquello que está sobre nosotros (ojalá quiera Dios no sean demasiado atrevidas, vanas y superfluas): porque al fin, no queriendo el Señor dar fomento á la humana curiosidad, deberá contenerse en sus límites el ingenio humano, sin adelantarse á querer saber mas de lo que puede, lisonjeándose á las veces de poder, á fuerza de discursos alambicados, penetrar, y describir lo que Dios tiene reservado, y escondido en sus tesoros. Pero nos hemos de persuadir en que dichos conocimientos especulativos no son, ni pueden llamarse fundamento, fin, ni objeto de la santa Religión Jesu-Christo. El amor de Dios y del prójimo, la reforma y enmienda de nosotros mismos, el exercicio de las santas virtudes, en una palabra, obras, y mas obras no pide nuestro Maestro Divino; y estas las pide solamente en recompensa de su amor, de los beneficios que nos ha hecho, y para gloria de su Eterno Padre, á quien solamente agradan estas obras, y no las viciosas y desordenadas. También las pide para beneficio nuestro, para que nos hallemos bien sobre la tierra, é incomparablemente mejor en el Cielo. De este Cielo mismo descendió el Hijo de Dios para mostrarnos el camino de la vida activa, y de la virtud verdadera. Vienen aquí muy á propósito aquellas admirables palabras de su Santo Apóstol Pablo, que escribe á Tito (*Tit. 2. cap. 2.*) de este modo: „Se ha de-
 „xado ver á todos los hombres (dice el Apóstol) la
 „gracia de Dios Salvador nuestro, enseñando á todos
 „que renunciando, y abjurando la impiedad, y deseos
 „del siglo, vivamos en él sobria, justa, y piadosa-
 „mente, esperando la esperanza eterna, y la venida
 „de la gloria de nuestro gran Dios, y Salvador Jesu-
 „Christo, que ha dado su vida por nosotros, á fin de
 „liberarnos del cautiverio de la culpa, y de formar
 „y establecer para sí propio un Pueblo agradable, y
 „limpio, que se emplee en buenas obras.“ Veis aquí,
 no ya el único, pero sí el principal objeto que se propuso el Hijo de Dios quando se dignó de venir á habitar
 en-

entre nosotros. No fué, no, ciertamente el de manifiestarnos todos los arcanos del Cielo: no el hacernos á todos Maestros y Doctores de Teología, sino el de elevar nuestras almas, y enderezar nuestros corazones á Dios, y hacernos obrar como personas racionales y sabias. Las lecciones que nos da son bien claras, y aunque no sean muchas en el número, pero son muy eficaces substancialmente, y tan fáciles de aprender, que aun la gente mas ignorante del Pueblo las puede estudiar. Basta leer, ó por lo ménos saber lo que contiene su Evangelio admirable, y las preciosas Epístolas que nos dexaron sus Santos Apóstoles para que observemos una prudente conducta en toda nuestra vida, sirviendo en ella á Dios en justicia y santidad, procurando al mismo tiempo lograr sus bendiciones santas, y aquel dichosísimo Reyno con que nos convida á todos. El que atentamente, y con rectitud de corazon estudiase estas divinas lecciones, y las pusiese por obra, no necesita otros estudios, y sin aplicarse á otra Filosofia Moral, llegará á ser un excelente Filósofo. No obstante esta grande luz, y auxilios del Cielo ¿de dónde proviene que aun entre los Christianos sea tan copiosa la multitud de los malos, tan dilatado el Reyno de los vicios, y tan estrecho el de las virtudes? Vemos, pues, esta misma infalible Religion, que tantos profesan, desacreditada con las perversas costumbres de muchos, rasgada en algunos Países con varios cismas, supersticiones, y oposicion de doctrinas, y en otros la hacen servir á sus propios intereses, y ambicion.

§. V.

NO es este lugar propio de inquirir, y explicar las originales causas de tantos desconciertos, abusos, é injurias que se hacen á este amable don del Cielo: mi argumento pide que yo hable y trate del otro auxilio secundario con que al hombre puede facilitarse el camino de la sabiduría; esto es, del método con que

sabía y rectamente pueda regular sus acciones morales, quiero decir de la Filosofía de las costumbres. No trae su origen del Cielo esta ciencia, porque viene de las observaciones y reflexiones que han hecho los sabios y antiguos Filósofos; con todo eso puede y suele servir de grande utilidad á la Religión, y á la misma Teología. Ni se le puede negar la preeminencia entre las otras Ciencias y Artes que han cultivado los hombres, exceptuando la misma Teología. Dexamos ya dicho el grande interes que tiene el hombre en conocerse á sí mismo; pues ved aquí una maestra, que como por la mano nos lleva á este utilísimo conocimiento: ved aquí otra antorcha que nos sirve como de escolta en el insigne estudio del hombre, y de la sabiduría, descubriéndonos las raices y principios de las virtudes y vicios, los apetitos, las pasiones, y otras causas, que influyen en las costumbres de los mortales; y por las que son dignas de alabanza por virtuosas, ó de vituperio por viciosas. Ciertamente no habrá jóven alguno (con estos hablo yo principalmente), el qual preguntado si desea ser sabio, y vivir segun las reglas de la prudencia, absteniéndose de aquellas acciones, que con daño y vergüenza suya lo desacrediten, no responda al punto que lo desea. Este es ciertamente el oficio de la Filosofía Moral, el enseñar á ser sabio; á esta ciencia mas que á otra alguna se diéron los antiguos Filósofos, y estudiándola encaneçian: y no se llamáron Filósofos precisamente porque estudiáron la Lógica, Física, y Metafísica, ni porque se aplicáron al estudio de la Astronomía, Matemática, ni Eloqüencia, ni por el de otras Ciencias, sino por el de esta Filosofía; no significando otra cosa el nombre de Filósofo, que el de *ansioso, amante, amador, ó deseoso de la sabiduría*. Por tanto siempre me ha causado maravilla el ver como en las Escuelas, y aun hasta en algunas célebres Universidades de nuestros tiempos, se tiene tan poco cuidado de aquella, que sin duda es el nervio principal de lo que se llama

ma

ma *Filósofo*. Llámense enhorabuena con este nombre la Lógica, la Metafísica, y la Física, á lo que no me opongo; pero no podrá negarme el justo apreciador de las cosas, que lo mejor, y lo mas importante de la Filosofía no consiste en la ciencia de las costumbres, y en el estudio de las acciones morales del hombre. Bueno es el aprender á pensar bien, y á librarse en las conversaciones de las falacias propias y ajenas; siendo esto muy necesario para adelantar y aprovechar en otras ciencias, y aun para el trato comun de la vida humana. Bueno es tambien el conocer por medio de la Física las obras maravillosas de Dios, aunque para muchos, que nada piensan de esto, ni buscan á Dios en sus observaciones físicas, solo suele servir esta ciencia de llenarles su entendimiento de curiosidades vanas. Bella cosa es asimismo el elevarse sobre todo lo que es material, adquiriendo, y variando las ideas intelectuales, porque todo esto puede servir como de escala para llegar al conocimiento del mismo Dios; pero despues de estos estudios, que pueden ser útiles, debemos confesar que la mas importante utilidad resulta del bien obrar; y esta es la ciencia que debemos aprender, el obrar como criaturas racionales; porque á la verdad ¿qué aprovecha el pulir, y perfeccionar nuestro entendimiento, enriqueciéndolo de noticias, si todo esto no se emplea despues en dirigir nuestra voluntad á la eleccion del bien, y fuga del mal? De esto depende la felicidad, ó la desgracia, la gloria, ó la infamia de los hombres, y juntamente el estado bueno, ó malo de la república: ¿cómo se atribuirá un hombre el título de *Filósofo*, ó *Amador de la sabiduría*, quando no hace caso de lo que verdaderamente hace al hombre sabio? Es preciso no confundir la ciencia con la sabiduría: la primera se halla en los doctos: la segunda se encuentra solamente en aquellos que saben vivir con Dios, y para Dios, con los otros hombres, y consigo mismos. El ser docto, ó Doctor pertenece á pocos: el vivir sabiamente, ó el vivir

vir bien es, y debe ser el empleo y oficio de cada uno. Ni yo pretendo persuadir que lo mismo es darse al estudio de la Filosofía Moral, que al instante ser sabio, y arreglado en la vida civil: es demasiada la flaqueza de la naturaleza humana: son muchas nuestras enfermedades y vicios, y no pequeña nuestra desatención. Entre tantos que profesan nuestra Religión, no vemos los afortunados progresos correspondientes á sus sólidos, y fuertes principios, aunque superiores á los de toda humana Filosofía, ni que produzcan tan nobles efectos. Basta dar una ojeada á la numerosa chusma de malvivientes, que inundan, é inficionan el mundo Christiano. Con todo, si los Maestros de otras ciencias suelen alegrarse, y dar por bien empleado su trabajo, quando de cien discípulos los diez (y á veces solos cinco) salen aprovechados, deberíamos prometernos iguales ventajas de la escuela, y enseñanza de la Filosofía Moral; y mas considerando que los progresos en otras ciencias dependen por lo comun de la capacidad, y buen entendimiento de los discípulos, en que no tiene parte, ni puede dársela el Maestro; pero en el estudio de la Filosofía Moral, basta un mediano ingenio para comprehender sus principios y preceptos, corriendo despues el mayor aprovechamiento por cuenta de la voluntad, de que ninguno carece.

§. VI.

Y Ademas de esto siempre será muy conveniente que no se despida la juventud de las Escuelas, sin que primero haya aprendido de algun modo lo que es el conocerse á sí propio, y sepa lo que son las pasiones y apetitos, quáles sus batérias secretas, y quáles los diversos efectos que causan, y al mismo tiempo lo que es virtud, y lo que es vicio. Con mejor efecto que no otros estudios, será bien empleado el tiempo en esta para aprender lo que puede contribuir no poco á librarnos, y sanar de nuestras voluntarias locuras, y á formar un hombre

bre sabio y prudente , librándonos de muchos engaños , incomodidades y deshonras , haciéndonos felices con utilidad ventajosa , así para nosotros , como para el público. Si acaso estas máximas no produxesen tan bellos frutos en el corazon de los jóvenes por decontado, verémos que acaso los producen en otro tiempo. Puede ser que la nave no llegue al deseado puerto ; pero entretanto pide la prudencia que no se entregue al mar sin un buen equipage , y un diestro Piloto, que esté bien informado del viage y rumbo que debe tomar , y tenga conocimiento de las tempestades que pueden sobrevenir. ¿Es cierto que nuestra vida aun mucho mas que el mismo mar se halla cercada , y agitada de furiosos vientos , recias mareas , peligrosos escollos , ocultos y traidores bancos, y otros muchos enemigos? Cómo, pues, se atreven muchos á entrar en este borrascoso mar del mundo , con tanta ansia , con tanto gozo y tanta alegría , quando despedido aquel sobrestante de sus acciones exteriores , que guardaba , y velaba sobre ellos , no substituyen otro ayo interior, que como á gente poco experimentada los manifieste tantos , y tan graves peligros, los aparte del mal , y los estimule al bien? Añádase á todo esto , que la Filosofia Moral puede , y suele servir de un poderoso refuerzo á la misma Religion , ó bien sea para enseñar á otros sus grandes máximas , ó bien para practicarlas el mismo que las enseña. Expone , y hace ver la sagrada eloqüencia , y los preceptos del altísimo con manifestarnos ya los premios , ya los castigos que tiene preparados el justo Juez de todos : anima , y esfuerza á los buenos : atemoriza , y pone miedo á los malos : declama con fuerte grito unas veces contra un vicio y pecado, otras contra varios , y otras contra todos, de que hay abundante cosecha en el mundo. No pueden explicarse fácilmente , cuánto mas fructuosas son las fatigas de los Sagrados Oradores , quando bien instruidos en lo que es el corazon humano, saben unir á la palabra de Dios los documentos de la Filosofia

filosofía Moral, manifestando el origen de los vicios, las astucias de las pasiones y apetitos, y descubriendo otras causas de nuestros engaños y locuras. Asimismo luego que el hombre junta con los documentos del santo Evangelio las luces de esta Filosofía, sabe conocer, y discernir mejor aquellos enemigos, que sin haber venido del infierno nació con el hombre mismo, y viven con él en una misma casa. Sabe qué cosa es aquella concupiscencia de que habla el Apóstol Santiago en su Cañónica, y por la que somos incitados, y movidos para obrar lo malo, sirviendo este conocimiento para cautelarnos, y fortificarnos contra sus impetuosos asaltos. Ya que otra cosa no sea, por lo ménos, despues que un joven ha mamado la leche de la Religión, y tomado buenas lecciones de la Filosofía Moral para saberse gobernar con juicio, y prudencia en aquella norma debida, y carrera que ha tomado, será tanto mas inexcusable si no lo hace, que justamente merecerá el título de insensato y loco; pues así debe llamarse todo aquel que entregándose á los vicios, y despreciando el camino de las virtudes, manifiesta claramente que ni teme á Dios, ni estima á su honor propio, ni se ama, ni estima como debe á sí mismo; y quando juzga que ha descubierto la senda de la felicidad, no repara que ha tomado el camino que tarde, ó temprano lo lleva al precipicio, y al país de los vanos, é infructuosos arrepentimientos.

§. VII.

Ofréceseme quando escribo esto, y no dexa de representármese la fea y despreciable figura que siempre ha hecho, y al presente hace el mundo en vivir á su modo, y con burlarse de quien ha pensado remediarlo en algo, y ponerlo en buen camino. Platon intentó reformar y componer este monstruo inquieto, injusto, rebelde y obstinado; pero apenas lo intentó, quando conoció que seria mas fácil hacer blanca la piel de un Etiope atezado, que el reformar el mundo. Mas

di-

diré sobre esto: el mismo mundo alguna vez se ha puesto á tiro, y en disposicion de procurar remedio á sus males y desórdenes; pero la grave, y pestífera enfermedad que padece, inutiliza, y se burla de qualquiera medicina que se le aplique. Dése una breve ojeada á la diversidad de gobiernos establecidos en los pueblos, que son el remedio que han inventado los sabios políticos, y con que creyeron haber hallado el antídoto, y medicina preservativa para las enfermedades que los grandes estados padecen, y al fin se hallará que el mundo es un enfermo, que aunque mude de postura, volviéndose de un lado al otro, siempre se encuentra gravemente achacoso: todo esto es cierto, y yo lo veo; pero no lo es ménos, el que no por esto deben despreciarse los Médicos, que por su parte hacen quanto pueden para restituir la salud á los enfermos, y precaver á los sanos, aun quando á su buena intencion no correspondan los efectos; antes bien debe el público apreciar, y alabar su trabajo y cuidado. Importa mucho mas sin duda la salud espiritual del ánimo, que la del cuerpo, y de consiguiente las medicinas que se aplican á uno, y á otro; por tanto interesa mucho el público en que estas las apliquen muchos, y de diversos modos, y con distintos métodos, y que continuamente se predique sobre este asunto, como suelen hacerlo los Oradores Sagrados á sus respectivos auditorios. Algun fruto se coge por lo comun; y si muchas veces no se logra la conversion de los malos, se consigue á lo ménos que los buenos no degeneren, y sean malos. Fuera de que no debemos desesperar de la enmienda de estos, ni juzgar que siempre, y por siempre permanezcan en sus malas inclinaciones; antes bien los exemplos de tantos, que desde el batallon de los vicios pasaron á las banderas de las virtudes, nos hacen ver claramente quan útiles, y necesarios son estos Médicos de las almas, esto es, de los Zeladores, y sabios Ministros de la Santa Religion, y los doctos Maestros de la Filosofia Moral.

§. VIII.

MAS habiendo hablado ya un poco contra el mundo, y habiendo de hablar acaso en adelante mas por extenso, deseo por lo mismo manifestar mi sentimiento en orden á su mérito y demérito. Digo, pues, que qualquiera que reflexione sobre este gran teatro de las cosas humanas, encontrará fácilmente en él dos aspectos, ó fachadas. Mirándolo por un lado, enamoran sus cosas, causando placer y maravilla, y son al parecer dignas de toda alabanza. Mirándolo por otro lado, no se ve otra cosa que vanidad, defectos, deformidad, y alguna vez materia horrible y despreciable. Estas dos fachadas tiene el mundo, y otras tantas tiene el hombre considerado en general, y aun muchas veces en particular. Cierito es que qualquiera que se deleyta en el estudio de la Física, y se pone á contemplar las obras que con tan gran variedad y abundancia crió y mantiene sobre la tierra el imperio eficaz de Dios, no sabe admirar bastantemente el artificio, y orden de tan gran variedad de criaturas, especialmente de las vegetables, y de las que se mueven por sí, dispuestas todas con inexplicable delicadeza, así en su todo, como en qualquiera de sus partes, para hacer aquella figura, y conseguir aquel fin, que se propuso Dios en su creacion. En un solo gusano, en una sola hormiga, y en una mariposa, se contiene hermosura tan superior, que basta para conocer con evidencia la mano maestra de Dios, y para excitar nuestro corazon á cantar Himnos de alabanza al Criador, tan sabio como poderoso, siendo este conjunto de tan diversos, é innumerables cuerpos, dispuesto todo (como lo vemos) para utilidad, servicio y delicia de los hombres. Júntese á esto otro inmenso ejército de obras, que produce el arte humano; esto es, de aquel ingenio inventor, que el mismo Dios ha dado al hombre, que aunque son inferiores á las del Criador, con todo son admirables, útiles y deleytables, y muy á propósito para aumentar los

los bienes, las comodidades, y felicidades del hombre mismo. Y ved aquí una fachada del mundo agradable, y admirable en todo. Volvamos ahora los ojos á la otra fachada, y hallaremos en este mismo mundo una masa interminable de males, cuyo catálogo podía llenar muchos folios; pero yo los insinuaré con un solo rasgo, trayendo á la memoria las guerras de unas criaturas con otras, y principalmente las de los hombres: las tempestades de rayos, granizo y relámpagos: la rabiosa ferocidad de los vientos, así en la tierra, como en la mar: la esterilidad, y la inundacion de las campañas, presagios de la carestía, y últimamente los terremotos. No paso adelante por no acabar de decir, que esta gran tropa de males acaso es pequeña, respecto á la otra, que el hombre ocasiona á sí propio, y á los demas hombres; porque tambien el hombre tiene dos aspectos, ó fachadas muy diversas: por la una se dexa admirar una bellísima y estupenda obra del Divino y Omnipotente Arquitecto, no ya por lo que solamente mira al cuerpo, por ser esta la parte ménos principal de esta hermosa fábrica, y se distingue de los demas animales por esta sola; pero lo que le eleva sobre todos es su entendimiento, su voluntad, y su memoria, su ingenio, y su juicio; cuyas prerrogativas le hacen penetrar, racionando, hasta el interminable pais de lo eterno é infinito, y con ellas ha sabido inventar tantas Artes, tantas Ciencias y Leyes, que aun puede poseer y perfeccionar, y es capaz de ilustrarse con acciones gloriosas y nobles, y aun mucho mas por el exercicio de muchas virtudes: en una palabra, él puede, si quiere, acercarse al trono mismo de la Deidad, á cuya semejanza fué formado, mediante la meditacion, y puntual observancia de las Leyes divinas y humanas. El que mire al hombre por esta parte, hallará en él admirables preciosidades; y este conocimiento lo guiará como por la mano al de aquella omnipotente que lo crió. Pero si miramos al hombre por la parte opuesta, lo hallaremos

con un copiosísimo equipage de feos defectos, sujeto al error, y al pecado: señoreado tiranamente de sus pasiones, que lo extravían del camino recto, agitado fieramente de los torbellinos de los vicios; y ved aquí los muchos males de cuerpo y espíritu de que abunda el mundo, muchas veces por culpa del hombre mismo; de modo que la misma admiración se pasma al considerar su grandeza; y no sé si esa admiración alcanza para ponderar sus desdichas y miserias. Por tanto la Sagrada Escritura, aludiendo á estas dos diversas fachadas del hombre, dice á Dios en una parte (Psalm. 8 v. 7.): *Vos, Señor, habeis criado al hombre poco diferente de los Angeles, le habeis coronado de honor y gloria, y dado el señorío sobre todas las obras de vuestras manos.* Y en otra parte dice (Psalm. 143. v. 4.): *¡O Señor! ¿qué cosa es el hombre, que merezca el que os deis á conocer á esa criatura? ¿Qué cosa se halla en él, que merezca vuestra atención? ¿Por ventura es otra cosa mas que un poco de vanidad, ó por mejor decir la misma nada?*

Ordinariamente el juicio que hacemos los hombres de la hermosura ó fealdad del mundo, no nace de una idea clara, ni de un exácto conocimiento, ó meditacion profunda de los bienes y males, que con *discordia concordia* caminan sobre la tierra. Nace sí, por lo comun, de la situacion y estado en que nos hallamos en este mundo. Quando uno se siente robusto y sano en su persona, bien provisto de comodidades para pasar la vida, libre de fatigas y afanes, rodeado de gustos y placeres; para este tal es el mundo un pais felicísimo, una deliciosa morada, que no la cambiaria acaso con la del Paraiso. Esta es comunmente la idea que del mundo tienen los jóvenes. Al contrario, para aquel que combatido, y abatido por las continuas enfermedades y dolores del cuerpo, castigado con el azote de la guerra,

angustiado con la infelicidad y pobreza ; oprimido con la molesta pesadumbre de la calumnia , afligido por el desamparo de una cárcel obscura y hedionda , agoviado con el peso de persecuciones continuas y tiranas , poseído insensiblemente de una fiera melancolía , ó de otros accidentes tristes , que insultan continuamente á los hombres : para estos digo ¡ó , y cómo el mundo viene á ser un Reyno de infelicidad , patria de las miserias , y habitación de los trabajos y desdichas ! Pero el hombre sabio , estudiando en este gran libro del mundo con atención y cuidado , no regulándose por lo que le pasa en el mundo , sino por lo que son en sí mismas las cosas , juzga con rectitud no solamente de lo bueno y malo , que el mundo encubre y descubre , mas tambien de quanto se halla en el hombre ; y en uno y otro encuentra muchas cosas buenas , mezcladas con otras tantas malas. Así lo ha querido ó permitido el Criador. La causa de que esta gran máquina , esta república tan poblada de criaturas vivientes se halle tan adornada y rica de tantos bienes , y al mismo tiempo con tanta abundancia de males ; el por qué habiendo salido de las manos de Dios (que no sabe hacer sino cosas perfectas) se hallan en ellas tantas imperfecciones , tantas guerras , vicios y defectos innumerables , nos lo enseña la revelación , refundiendo la causa de tantos males en el pecado del primer hombre ; y aun que esto no nos fuera revelado , la Teología natural nos enseña , que deberíamos alabar y venerar el alto consejo de Dios , que ha criado en este mundo tantos bienes , y permitido tantos males , para que seámos humildes , no nos dexemos llevar de la soberbia , y velemos siempre sobre la terrena felicidad , considerándola tan fugaz é inconstante , como lo es verdaderamente ; fuera de que el estímulo de los males que nos rodean , debe traernos á la memoria , que la gozosa posesion de los bienes presentes , no debe ser nuestro último fin ; y que debemos buscar un país mejor que este que habitamos , y que no hemos de hacer capital

de estos bienes terrenos, porque se hallan, ó estan cerca de acibararse con los males que nos rodean; y tambien porque los bienes dichos durarán poco tiempo; y si el atrevimiento de algunos pasa á mover quèstiones, y proponer dudas, sobre el por qué Dios ha fabricado este mundo tal qual es, y ha permitido que se reduzca á tan baxo estado; ó por qué ha permitido que lo mas precioso de este nuestro mundo, qual es el hombre, esté sujeto, y tan inclinado y propenso á engañarse y pecar, y que reynen en el mundo tantos desórdenes, engaños é iniquidades; y por qué ha querido castigar en sus descendientes el pecado del primer Padre, con otras muchas quèstiones excitadas, y agitadas, no ya con humildad, docilidad y sumision, si bien con una refinada malicia de los mal creyentes, de que abunda nuestro siglo: el hombre sabio se atrinchera y fortifica con las razones, que sobre estos puntos han dado los mejores Filósofos y Teólogos. Y si tal vez no llega á desatar y disipar todas estas dificultades aparentes, se aquieta y sosiega al fin, adorando los altos juicios de Dios, siendo evidente, que este beatísimo y perfectísimo Señor, nada puede haber hecho, nada permitido sin que se sirva de la justicia y bondad, que por su esencia son ambas infinitas, y puede poner á sus criaturas aquellas condiciones que juzga ser convenientes al dictamen de su altísima incomprendible Sabiduría, inseparable de la justicia, de la caridad y misericordia. Ciertamente que debe mirarse como una insufrible temeridad el querer nosotros, gusanillos humildes de la tierra, dar la ley á un Criador, que por sus esenciales atributos tiene el no poderse engañar, ni producir fuera de sí cosa que falte al buen orden, y á la rectitud; y seria bien debido, y mucha razon, que agitándose entre nosotros los Católicos varias quèstiones en orden á los decretos y voluntad de Dios, en vez de sutilizar tanto ya por descos, ya por presuncion de entender aquello que es muy difícil (ó por mejor decir imposible al entendimiento humano),

nos aquietasemos, descansando en aquellas santas palabras del Apóstol, que sabia mas que nosotros, y exclamásemos humildemente con él (Rom. 2. v. 13.): ¡O altitud y profundidad, ó abismo de las riquezas de la Sabiduría y Ciencia de Dios! ¡quán incomprendibles son sus juicios y decretos, y quán secretos sus caminos! En estas materias saben mas los humildes, que todos los Filósofos y sabios del mundo. A la verdad (ojalá no fuese así), quanto con mayor cuidado é intensa aplicacion se estudia en este gran libro del mundo, tanto mas se descubren en él vanidades ridículas, errores, despropósitos, vicios y fábulas, ocasionado todo esto unas veces de la ignorancia, y otras de lo limitado de nuestra capacidad y entendimiento; si ya no se consideran estos males como efectos de la ambicion, del interes, de la luxuria y de otros innumerables defectos, y pasiones arraigadas en el hombre, de manera, que alguna vez aun los hombres sabios suelen dar voces diciendo, que es muy feo y perverso el mundo. Así lo publicó uno de los mas sabios Monarcas que han gobernado la tierra, en aquella sentencia famosa: *Vanitas vanitatum, & omnia vanitas*. Pero debemos observar al mismo tiempo que estos desórdenes morales que hay en el mundo, de ninguna manera provienen de Dios; no por cierto: provienen sí del hombre mismo, á quien el mismo Dios ha querido darle el libre alvedrío, y con él la potestad de obrar el bien, y el mal, para que huyendo del uno y abrazando al otro, se abriese el camino para conseguir el inexplicable premio que le está preparado en el Cielo: Quiso tambien el Señor enriquecerlo con la luz de la razon y preciosa joya de la conciencia; esto es, aquel conocimiento, ó sea dictamen, que le inclina á practicar el bien y apartarse del mal, sin hablar ahora de otros auxilios sobrenaturales, que la benéfica liberalidad del Señor reparte á todos los mortales, y mas principalmente á los que adoran, y siguen sus santas leyes. Culpa es del hombre el no querer usar bien de su razon, y el querer

governarse solamente por sus extravagantes apétitos; y en vez de aplicarse á la práctica de los documentos, que lo dirigen y enseñan el camino del bien vivir, se abandona á seguir el de sus pasiones desordenadas; y en lugar de la razon, toma por consejeros sus propios sentidos. Ademas de esto, aunque sea cierto que en qualquier país, entrando tambien aquellos que abundan de Predicadores Evangélicos, hay una gran cosecha de hombres malos y viciosos, con todo, el que lo reflexionase, hallará que no es tan excesivo el número de los malos, que no pueda contraponerle otro quasi igual de los buenos. Asi como Dios por una de las invariables leyes de su providencia ha hecho, y hace que en todos los países nazca un número casi igual de varones y hembras; observándose lo mismo en las otras especies de animales, secreto que á la verdad nos puede parecer milagroso; pues en un año podrian nacer, ó todos varones, ó todas hembras, y con todo, el Sapientísimo Autor de la naturaleza ha dispuesto de tal modo los cuerpos, que nazcan de uno y otro sexó tantos individuos quantos son necesarios para conservar la especie: del mismo modo ha querido, y quiere que el número de los buenos pueda igualar al de los malos en este mundo. Por buenos entiendo yo aquí aquellos hombres, que teniendo una recta voluntad, y buena inclinacion, se dedican mas presto á huir del mal, y á obrar el bien, y no dexan de ser tales, aun quando tenga algun defectillo y flaqueza condenable á la naturaleza humana. Ni tampoco intento aquí establecer en el número de buenos y malos una igualdad geométrica, pudiendo algunas veces ser mayor el número de los unos que de los otros, segun la concurrencia de varias circunstancias, de que no hablo ahora. Lo cierto es, que está en nuestra mano el alistarnos en la compañía de los buenos, si ya no lo estamos: esto es lo que Dios desea, esto manda, y esto pide nuestra propia utilidad. Ahora pues: dónde está nuestro juicio, quando estimamos mas bien nuestro propio mal, y queremos mas la indigna com-

compañía de los malignos y perversos enemigos de Dios, y de sí mismos, que la sociedad apacible de los buenos, y el recto camino de los justos? Pero sobre todo debemos aquí considerar, que por mas que las presuntuosas cavilaciones del hombre sepan levantar nubes, y suscitar dudosas quèstiones sobre la economía con que ha fabricado y gobierna este mundo, el que sabe mas que nosotros, sobre la Religion, ó en órden á los principios de las virtudes, por mas que no convengan en otros puntos y materias las opiniones de los Filósofos, y otros Escritores, al parecer juiciosos, por lo ménos todos ellos convienen concordemente en este principio, á saber: *que solo el camino de la virtud debe elegirse, y que sola ella es laudable*: ni hay otro modo ni medio, que por lo regular pueda hacer que gocemos de la paz y tranquilidad, ó de los bienes del alma y cuerpo, de que somos capaces en este mundo, y que en él apetecen y desean hasta los mismos viciosos, sino el amor práctico de las virtudes, y el apartarse de los vicios é iniquidades. Esto no admite disputa: y por tanto es inexcusable el que abandonando el recto camino de los sabios, que es el de la virtud, toma el de los ignorantes viciosos, viviendo sin ley ni freno que le contenga, y acaso afeando y reprobando en los otros aquello mismo que él está practicando. Diré mas, y lo diré suspirando; esto es, que en el estudio y conocimiento que hace el hombre del hombre mismo, pueden encontrarse dificultades tan obscuras, que aun el ingenio mas perspicaz no pueda desatarlas; pero lo que no tiene duda es, que ninguno se engañará siguiendo el camino de la virtud, y huyendo el del vicio; porque aquella, y no éste, es conforme á la razon, y digna de la criatura racional, hecha á imágen y semejanza del mismo Dios; y á la virtud está vinculado cierramente, no solo el amor que conserva la sociedad humana en comun, mas tambien la felicidad de cada uno en particular. Todo lo contrario debe decirse del vicio; pues ademas de transformar en bestias á los hombres, y pri-

varlos de los mayores bienes, es el instrumento y medio mas eficaz para hacerlos infelices.

§. X.

Reflexiónese aquí oportunamente, que las enfermedades del alma no son ménos en número que las del cuerpo. ¿Qué otra cosa es qualquier enfermedad de nuestro cuerpo, que una alteracion, un desconcierto de alguna parte líquida ó sólida del cuerpo mismo, por el que se pierde la bella composicion y armonía entre las partes de esta hermosa máquina, en que consiste lo que nosotros llamamos salud ó sanidad perfecta? Tambien hay salud ó sanidad en el alma, y esta consiste en aquel concierto y armonía que tienen todas sus operaciones con la rectitud de la razon; y quando se pierde esta armonía y buen concierto, ya el ánimo está enfermo y achacoso por algun defecto ó vicio. Cierto es que á un jóven no se le podrá persuadir tan fácilmente que las enfermedades del ánimo son mas perniciosas que las del cuerpo, siendo esto ciertísimo; porque aquellas se conocen presto por el dolor que causan, ó indisposiciones que desazonan; y por tanto se buscan prontamente los remedios; pero las enfermedades del alma, no siempre causan dolor, y se hacen sentir, ni muchas veces se conoce su gravedad; porque el que debe conocer y sentir en este caso es el ánimo mismo; y este es el enfermo. Ahora, pues, *la Filosofía Moral es el Médico de nuestros ánimos*. Como el cuerpo para recuperar la salud perdida, ó conservar la que goza, necesita de antidotos y medicamentos, de dietas é incisiones, y otros muchos auxilios; así el ánimo necesita de los documentos de la *Filosofía Moral* para mantener la armonía y buen temperamento de la virtud de los apetitos y deseos, la moderacion de las pasiones, y una tranquilidad constante, y continuo amor á lo bueno y verdadero, pues que en todo esto consis-

siste la perfecta y deseada salud del ánimo. ¡Pobres de nosotros atolondrados! pues siendo tan diligentes y cuidadosos para buscar quanto creemos ser á propósito para curar las mas leves enfermedades de nuestro cuerpo, no hacemos la menor diligencia para curar las del ánimo, que sin duda son mas peligrosas y dañosas que las primeras. Los vicios que por lo comun son la causa de nuestras miserias, nacen en nosotros, y crecen como la mala yerva, sin cultivo ni cuidado: basta el no arrancarlos de raiz para que en poco tiempo cubran, y se dilaten por todo el terreno. Al contrario las virtudes son como la yerba provechosa y saludable, que se halla en las huertas y jardines, que es necesario plantarla, cultivarla, escardarla y limpiarla de quando en quando de las malas yerbas que la rodean y sofocan. Este oficio de buen jardinero y hortelano pertenece, como ya hemos insinuado, á la Religion y á la Filosofia Moral: por tanto, así jóvenes como ancianos, deberian poner en esto un gran cuidado; pues importa mucho á todos el tener el ánimo sano, como el no dilatar el ejercitarse en este estudio, sino comenzar desde luego: á toda clase de gentes es provechoso, como lo advierte Horacio, á ricos, á pobres, á jóvenes y ancianos.

Aequè pauperibus prodest, locupletibus aequè,

Aequè neglectum pueris senibusque nocebit.

Especialmente deben aplicarse á este estudio los jóvenes ántes de entrar en la peligrosa carrera del gran mundo, y ántes de hacer uso de la libertad que tanto desean. Libres ya de aquellos Directores y Maestros, que contenian los ímpetus de aquella edad viva y fogosa, caerán en vergonzosos errores, en precipicios desgraciados y lamentables, quando no vayan escoltados de las luces de la verdad, de principios y fundamentales máximas de la Religion verdadera, y de los documentos de la Filosofia Moral. Siendo, pues, la sabiduría no solo el mas propio y precioso adorno de la vejez, mas tambien la muralla

mas

mas fuerte para contener, y sostener el impetuoso torrente de la fogosa juventud: ¿cómo podrá ser sabio un viejo, que no hizo provision de esta Filosofía quando mozo? Por tanto conviene aplicarse á ella con teson en la edad juvenil, el que quiera que le acompañe hasta la muerte. Finalmente, si es vergonzoso el no haberse aplicado hasta ahora á este estudio, no lo es ciertamente el aplicarse de aquí adelante. Sabios, pues, y dichosos aquellos mancebos, que con gusto se dedican á aquellas lecciones que pueden serles tan provechosas, no solo para adquirir buena fama, y ser hombres de mérito en esta vida; pero tambien, y mas principalmente para lograr la eterna Bienaventuranza, que es y debe ser el fin de nuestra carrera. Si con tiempo tomasen por Maestros á la Religión, y á la Filosofía Moral, y aprendiesen sus máximas para practicarlas, lograrán facilmente, con la direccion de estos diestros pilotos, llegar al mas seguro y deseado puerto, por ser estos los que trabajan en introducir y mantener el buen orden en las civiles sociedades, en hacer que brillen nuestros talentos para nuestro provecho, y el de los otros, á fin de que cada uno con tranquilidad y decencia represente en el teatro de este mundo el personage que Dios le ha encargado: y esto baste por ahora.

Para instruirnos en la Santa Religión tenemos los libros divinos de la Sagrada Escritura, y Maestros que nos lo expliquen: tenemos las obras de los Santos Padres, y otros devotos Escritores; á estos debemos recurrir facil y provechosamente. El que desearé alguna otra tintura de los documentos que puede suministrar la Filosofía Moral, quando no tenga directores mejores y mas diestros, siga leyendo este discurso.

CAPITULO II.

De los principios de las acciones humanas,
y primeramente del cuerpo, que influye
en ellas.

§. I.

EMprendiendo, pues, este viage, es necesario desde luego el conocer cuáles son los principios que influyen en las acciones morales del hombre. Estos son dos, el cuerpo y el alma. Por lo que mira al cuerpo, acaso parecerá cosa extraña, que yo me atreva á señalarle por principio de las operaciones morales del hombre, quando es constante y manifiesto, que así las costumbres, como las operaciones, ó virtuosas, ó viciosas de la criatura racional, todas pueden y deben atribuirse al alma. Pero debe considerarse, que el ánimo humano, sino en todo, por lo ménos en gran parte, depende de los sentidos y órganos del cuerpo para sus operaciones. Fuera de que el mismo cuerpo, á causa de sus movimientos, sus humores y espíritus, tiene muchas veces un influxo poderoso en las operaciones del ánimo. Finalmente, en una infinidad de objetos corpóreos se encuentra mas poderosa fuerza para mover é inclinar el entendimiento y la voluntad del hombre á muchas y diversas acciones y pasiones: y como el cuerpo mismo por sí es instrumento para que el alma conozca otros muchos cuerpos distintos; por tanto viene á ser en cierta manera, como un *principio ocasional* de las operaciones morales del hombre. Esto se declarará quando se pruebe. Ni puede fácilmente comprehenderse, si primero no ponemos los ojos de la consideracion (quanto puede extenderse nuestra vista en esta materia) en aquel íntimo comercio que hay entre esta tierra *organizada*, que formó la poderosa mano de Dios, y el alma que la

vi-

vivifica, unida tambien al cuerpo por la disposicion admirable del mismo Supremo Artífice. Dixe *quanto puede extenderse nuestra flaca vista en esta materia*, porque es forzoso confesar con San Agustin, y aun la misma experiencia nos lo hace conocer, que esta misma alma, cuya facultad de conocer y amar se extiende á casi infinitos objetos corpóreos é incorpóreos, no tiene las luces necesarias para conocerse á sí misma, ó por lo ménos la faltan microscopios para registrar los ocultos rincones, digámoslo así, de su propia esencia; y si no sabe poco el que sabe quanto en esto puede saberse, sin duda será una loca temeridad el querer investigar lo que no se puede saber; así como será un descuido culpable el ignorar lo que ante todas cosas debe saberse.

§. II.

NO se duda que es opinion de la Escuela Peripatética, que el alma del hombre *está toda en todo el cuerpo, y toda en qualquiera parte del mismo*, donde á las veces siente dolor, y obra los efectos proporcionados á las varias necesidades, así de la vida, como de las sensaciones, y otras muchas acciones del hombre. Otros son de dictamen que la propia y fixa mansion del alma es la cabeza sola, desde donde, como reyna, manda á las demas partes del cuerpo, y adonde recibe continuamente las embaxadas y obsequiosos tributos de los otros miembros. Cierto es tambien que muchos de los antiguos juzgáron, que el trono ó asiento propio del alma es el *corazon*, fixando juntamente en él el asiento de la *voluntad* (y en este sentido se toma muchas veces esta palabra *corazon*, y en el mismo la usaremos alguna vez); con todo, no estamos obligados á seguir esta opinion. El corazon no es otra cosa que un músculo, ó parte muy principal del cuerpo humano, y uno de los primeros principios y órganos de la vida del hombre; pero nunca jamas morada ó albergue, ni del en-

tendimiento, ni de la voluntad del hombre. Al contrario, nosotros francamente podemos determinar y establecer el asiento mas principal del alma, así del entendimiento, como de la voluntad, en el *cerebro*, ó en la parte que vulgarmente llamamos *sesos*. Una breve y atenta reflexion nos hará ver claramente, y aun tocar con la mano, que nuestras consultas, nuestras resoluciones y pensamientos, todos se fabrican dentro de nuestro cuerpo. Ni estamos obligados á juzgar bien fundada la opinion de *Cartesio*, que propone el trono del alma en la *glándula pineal*; ántes nos será permitido el creer como mas verosimil, que el cerebro, segun se ha explicado arriba, sea habitacion propia del alma, donde ella exercita todas sus operaciones, como el aprender, dividir y combinar varios objetos: en una palabra, el *pensar*, y el *querer*, y desde allí arregla todos aquellos movimientos del cuerpo, que estan sujetos á su jurisdiccion; porque hay algunos otros que dependen del cuerpo solo, y son necesarios á él como vegetable y sensitivo, los quales se hallan en el hombre, y en él mismo se practica, sin que los regule, ni dirija el alma, y aun algunos contra su mandamiento. Demos ahora una ojeada á esto, que hemos llamado *cerebro* (ó *cerebellum*, que así lo llaman los Anatómicos.) Hállase compuesta esta parte de una materia tierna á manera de cera blanda, dividida en muchas glándulas, que pueden llamarse, y yo llamaré *celdillas*, bien distribuidas, y cubiertas con la meninge, ó pia madre con sus fibras, y venas repartidas con bella economía, cada una en su propio lugar, varias membranas, tegumentos y huesos, que sirven como de murallas y bastiones á la eminente fortaleza donde reside la alma. No ignoro que muchos Autores antiguos han delineado en este recinto diversos quarteles, alojando en uno la *primera apprehension*, en otro el *sentido comun*, en otro la *fantasia*, y en otro la *memoria*, &c. Pero han ideado esta division aquellos mismos fundamentos y autoridad con que hicé-

ciéron la division de los Cielos alguna vez , adaptando á las estrellas varias figuras , dándole al fuego su propia esfera , y formando , segun sus caprichosas ideas, cosas imaginadas , pero nunca vistas. Por tanto será mas simple , y acaso se acercará mas á lo verdadero , el modo con que los modernos Filósofos explican el admirable comercio que hay entre el cuerpo , y el alma unidos, y con el que exercitan aquellas funciones , que en su creacion les señaló el sapientísimo Arquitecto que los hizo.

§. III.

Obsérvase en la delicada y artificiosísima máquina del cuerpo humano , que estan tan bien ordenados y repartidos en ella los nervios , como lo estan las gúmenas , y demas cordage en un navío bien equipado y dispuesto : unos son macizos y gruesos , otros sutiles y delgados , y otros sutilísimos , los quales , ó ya separados y sueltos , ó ya unidos los pequeños á los grandes , mantienen una correspondencia estrecha y continua entre el cerebro , el corazon y los sentidos , ó sensorios del cuerpo humano. Tienen ademas de esto dos officios ; porque , ó ya sea á la impresion que hacen los cuerpos externos , mediante la sensacion , ó bien á la menor insinuacion del alma , forman estos el vario movimiento de las membranas , y conducen al cerebro , que es el asiento del alma , todo quanto se presenta á los sentidos , subministrando al alma misma el modo de conocer los objetos exteriores , sus diversas figuras , movimientos y qualidades. Todo esto sucede así , porque una parte de estos nervios con uno de los extremos va á terminar en los ojos , en las orejas , en las narices , ó en la lengua ; y la otra parte , bien sea por la medula espinal , ó por otros conductos , va á terminar en el corazon ; y esparciéndose por todo el cuerpo por diversos canales ó filamentos , vienen á terminar no solamente en las manos , que son el sensorio principal del tacto,

mas

mas tambien á la cutis de los demas miembros , por no hablar de las otras partes del hombre. De aqui se infiere que todas las cuerdas y nervios de la máquina corporea del hombre , ó mediata ó inmediatamente, van á terminar dentro del cerebro , llevando allí todas las noticias de quanto los objetos externos han estampado en nuestros sentidos. Cómo se hace esta maravillosa manobra , y como exerza este magisterio nuestra alma, lo explican difusamente los Anatómicos mas famosos , y principalmente el célebre Modenés Gabriel Falloppio ántes que todos , y despues los famosos Malpihi , y Willis. Yo solamente insinuaré aquí aquello que baste para dar alguna idea á los menos inteligentes. Luego que se presenta á nuestra vista algun objeto iluminado y colorido por medio de la luz , llevan los rayos de esta á nuestros ojos la figura y colores de aquel objeto , y forman en la retina del ojo una pequeña , pero muy perfecta imagen del objeto mismo. Esta imagen por medio del nervio que llaman óptico , ó de otro modo que han imaginado los hombres sabios , pasa á la region del cerebro , y allí se imprime. No se comprehenderia facilmente esta ingeniosísima pintura (si así puede llamarse), y el modo con que se traspaasa y penetra hasta el mismo gabinete de nuestra alma , si el arte , que quiere imitar la naturaleza , no nos hiciera ver el mismo efecto en lo que llamamos cámara óptica ; cuyo tubo ó cañon armado de vidrios u cristales , y presentado á la vista de una torre , un palacio , jardin , ó plaza , viene á formar en un espejo en una camareta obscura la imagen pequeña , pero perfecta , de aquel objeto que está distante. Del mismo modo el sonido de las palabras , ó el ruido que cerca de nosotros hacen otros cuerpos , moviendo y modificando el ayre , va luego á herir el delicado tímpano de nuestros oidos. Estámpase esta modificacion en los nervios , que del tímpano terminan en el cerebro , y por su medio se imprime allí , bien que de un modo incógnito , una idea del sonido de las palabras , y de los cuerpos

pos mismos. Que desde las manos y la cutis , que cubre lo demas del cuerpo , pase al cerebro una idea del calor, del frio , de lo suave , y de lo áspero , y de otras diversas qualidades y modificaciones , que se hallan en los cuerpos externos , lo acredita y enseña la experiencia; y todo Filósofo juzga que esto se hace por medio de los filamentos , ó cuerdas de los nervios , que van á terminar en el dicho cerebro ; pero en quanto á la presteza y velocidad con que esto se hace , aunque no pueda declararse con certeza , puede conjeturarse y explicarse competentemente, siguiendo la opinion de algunos Filósofos modernos, que se explican diciendo, que así como una cuerda bien tirante y extendida en una harpa , ú otro instrumento , quando es herida en uno de sus extremos, inmediatamente se resiente la percusion en el otro ; del mismo modo pasa el mecanismo entre los nervios y el cerebro : de manera , que herido un extremo con el tacto externo de otro cuerpo en alguno de los sensorios, segun se ha explicado , ú por medio de la cutis , que cubre el cuerpo á que estan unidos los filamentos , ó cuerdas de los nervios , inmediatamente , y sin tardanza alguna es llevado este movimiento ó configuracion al otro extremo del nervio , que termina , y está unido al cerebro ; y mediante este aviso , sabe , y se informa nuestra alma (que tiene allí su principal residencia) la modificacion del cuerpo extraño , ú objeto que le toca. Si no es que digamos, que los espíritus animales , que segun la opinion comun se forman de la mas pura sangre del hombre en el mismo cerebro , son aquellos velocísimos correos , que caminando por la cavidad ó canal de los nervios , dan fuerza á los músculos , mandándolos al mismo tiempo que muevan los miembros, y que juntamente reciban las impresiones de los cuerpos extraños , para llevar con presteza suma estas noticias al alma , imprimiendo en el cerebro aquella modificacion misma , que recibieron ellos por mandado del alma.

MAS como quiera que esto suceda, aunque ignoremos el modo de tan admirables operaciones, no podemos dudar de ellas, enseñándonos la experiencia que á la region del cerebro son conducidas todas las nociones ó conocimientos, las trazas, las imágenes de tantas acciones, figuras, qualidades, movimientos, palabras, sonidos y modificaciones de los cuerpos que estan fuera de nosotros, y allí se imprimen con tan buen orden, y con tanta fuerza, que aun despues que se han ausentado de nosotros, ó desvanecidos aquellos objetos, aun en cierta manera los tenemos presentes, por estar impresos ó pintados en la blanda masa de nuestro cerebro ó sesos, mediante la especie que allí esculpiéron. Admirable por cierto es este laboratorio, ó taller formado por la omnipotente mano del Criador. No puede negarse esta verdad al contemplar que de casi infinitas cosas físicas, que registran nuestros sentidos, se forma un compendio, breve á la verdad, pero invisible é insensible, que sensiblemente se va á aposentar en el pequeño recinto de la cabeza del hombre, adonde llega con gran presteza, y se stampa muchas veces con una tenacidad maravillosa. Debe tambien causar gran maravilla el que se haga todo esto sin que una imagen se confunda con la otra ordinariamente, y que un número casi infinito de ellas, quede bellamente ordenado, y dispuesto en el cerebro humano, el qual formó el supremo Artífice de tal modo, que ni fuese tan duro, que no pudiesen esculpirse en él las imágenes de los objetos externos, ni tan blando, que no pudiesen durar impresas en él mismo por algun tiempo. Pon-gámonos á considerar la cabeza ó cerebro de un hombre sabio, y verdaderamente erudito; y si podemos, detengamos la admiracion y el pasmo. Hállanse allí los elementos, y vestigios de su idioma nativo, y acaso los de otros idiomas extrangeros, que por de contado llevan consigo millares de voces, y palabras distintas,

y diversas las unas de las otras. Hállanse igualmente impresas allí las imágenes de innumerables acciones así privadas, como públicas; de innumerables personas, lugares, animales, qualidades, y circunstancias; y si sabe la Geografía, crece sin medida el número de los lugares, montes, rios, mares, &c. Si además de esto es grande, y puntal histórico, no puede decirse la extraña multitud de tiempos, de hombres, que vivieron en los pasados siglos, y de acciones inconexas, que con sus especies se unen en el interno gabinete de este hombre. Auméntase este caudal con grande exceso quando este hombre mismo haya adquirido el conocimiento de los innumerables objetos, que comprehenden las diversas artes, y ciencias que hay en este mundo. Todo este casi infinito ejército de imágenes, aun quando nos las figuramos muy pequeñas, y aunque sean de cosas materiales, debería cada una pedir su propio nicho ó lugar donde colocarse; y en este caso sería necesario un campo, y receptáculo dilatadísimo, porque de otra manera la una debería echar fuera, y borrar la otra. Podemos muy bien escribir en un pequeño folio un discurso ó razonamiento; pero si en este mismo intentásemos escribir qualquiera otra cosa con distintas palabras, ó se borra y pierde aquella primera escritura, ó es confunden ambas. No sucede así por lo comun en el cerebro humano, que aunque es sitio reducido y estrecho, está lleno de innumerables lineamentos, impresiones, ó retratos de objetos físicos; y todos sin trabajo, ni fatiga nuestra van á colocarse donde les toca; y de una vez puestos en su lugar, conservan muchas veces este sitio por mucho tiempo, sin que por lo comun haya ruina ó disension entre ellos, y sin que se les cierre la puerta á otros muchos, que quieren alojarse en el mismo quartel. En cuya consideracion es muy debido que exclamemos, y digamos: Admirable es Dios en sus obras: admirable en la diversidad de tantas, y tan diferentes criaturas animadas, é inanimadas, grandes, y pequeñas,

ñas, que su poder inmenso ha criado en este mundo; pero admirabilísimo en la construcción de la máquina del cuerpo humano, y especialmente de la cabeza ó cerebro del mismo cuerpo: y por tanto es un ignorante necio el que no conoce y no cree en Dios: ignorante mas que los troncos, y los brutos el que no lee, ni adora su omnipotencia en sus criaturas; llegando al extremo de la necedad el que juzgase imprudente, que tanta variedad de obras naturales, que con tan admirable perfección y buen orden se ven en este gran teatro del mundo, puedan ser efectos de la contingencia, y acaso, sin intervencion de una mano maestra, acompañada de un infinito poder y sabiduría.

§. V.

Obsérvese que hasta aquí ha sido mi intencion el hablar solamente de las imágenes de las cosas materiales y sensibles, que pueden juntarse en el admirable almacén de la cabeza del hombre. Pusieron los antiguos la fantasía, ó sea imaginación, en una parte de esta cabeza ó cerebro. Segun lo que llevamos dicho hasta aquí es muy verosimil que esta fantasía, sea el mismo cerebro, que recibe todas estas imágenes ó lineamentos, y está fecundado de tan grande, y copioso número de ideas de los objetos físicos, y sus qualidades. Ni es necesario el reducir esta fantasía á un solo, y determinado sitio de la cabeza. A mí me parece que toda la blanda masa del cerebro constituye, y abraza á la dicha fantasía, porque toda ella está compuesta de una misma masa; esto es, de aquella blanda materia, dividida mediante una sutilísima tela ó meninge, en tantas celdillas ó aposentos, dentro de los quales van á fixarse, y colocarse las imágenes que reciben los sentidos, y que son conducidas allí mediante los nervios, como ya hemos dicho; y de estas imágenes unas mas, y otras menos, á medida de la mayor, ó menor impresion que ha-

hacen los objetos en los sensorios del hombre, se fixan en aquellas celdillas, y excitan ó mueven pasiones diversas. Solamente podria acaso imaginarse otro distinto sitio para cada una de las imágenes de cada uno de los sentidos (séame lícito el usar de esta voz *imagen*, para significar todas las trazas ó ideas que nos entran por los sentidos); de manera, que aquellas que pertenecen al sentido de la vista, por exemplo, ocupasen la parte que corresponde á los dos nervios que parten desde los ojos, y así á proporcion de los demas sentidos. Pero no pudiendo el ojo, ni la mano de los Anatómicos mas atentos discernir el hilo mas mínimo de esta delicadísima tela, porque todo lo descubierto hasta aquí no ha pasado de las partes mas gruesas del cerebro; por tanto importa, y sirve poco el idearse mas bien este modo que el otro para colocar la fantasía, ó los fantasmas en éste ó el otro sitio de la cabeza: lo que basta por ahora á nuestro intento es el pasar estas imágenes á la region del cerebro, y darles allí su alojamiento propio, segun nos lo enseña la experiencia que tenemos, ó podemos tener todos, como se verá mas adelante. Ademas de las mencionadas imágenes, que producen las cosas físicas y sensibles, se halla en el hombre otra clase de imágenes, que podemos llamarlas ideas, y estas tambien en copiosísima abundancia, y de una extension prodigosa. Estas son las imágenes intelectuales, que no provienen de los sentidos, ni se componen de la materia: pero solamente las forma nuestra alma para objetos puramente espirituales muy diversos de lo que es materia, y por tanto las llamaremos imágenes espirituales. Forman esta clase todos los pensamientos del hombre: sus precisiones, abstracciones, distinciones, máximas y juicios. Las definiciones, ó razones de las cosas, sus relaciones, y universales, los racionios, las ciencias, y otras muchas operaciones, conocimientos y conceptos del entendimiento humano. Y si es objeto digno de admiracion y pasmo este reyno material fabricado por el mismo

Dios,

Dios, donde se hallan tantas, tan bellas y distintas criaturas como vemos sobre el haz de la tierra; quanto mas debe excitar nuestra admiracion la consideracion de este otro reyno espiritual, obra prodigiosa, y aun el mayor prodigio que ha obrado el mismo Artífice Soberano? Cierto es que esta maravilla es ménos atendida, y entendida del vulgo; pero no por esto dexa de ser bien conocida, alabada y admirada de todos aquellos que mas emplean en su contemplacion los ojos del entendimiento, que los del cuerpo. Tienen tambien los brutos su fantasía; tienen sus sentidos y nervios, que igualmente conducen á su cerebro las especies de los objetos corpóreos; y aunque esta imaginativa sea entre ellos muy diversa, por causa de la diferente organizacion de sus respectivas cabezas, recogiendo algunos de los mas industriosos muchas, y otros ménos especies de los cuerpos externos; y no obstante ser mas ingeniosa, delicada, y muy diversa la fábrica y contextura de la cabeza ó cerebro humano, que el de los brutos, y aun mayor el cerebello ó sesos de un hombre, que los de un buey ó un elefante; con todo tienen tambien los brutos, como los hombres, lo que el Criador ha fabricado y puesto en ellos; esto es, sentidos ó sensorio, nervios, y cerebro ó cabeza, y de consiguiente fantasía; y hay muchos entre ellos que exceden notablemente á los hombres, ya en la perspicacia de la vista, ya en la vivacidad y delicadeza del oido, ya en la fuerza del olfato y sutileza del tacto. Pero con todo hay entre los brutos y el hombre una diferencia casi infinita; porque toda la esfera, y capital de aquellos se reduce y contiene dentro del recinto de objetos, y especies materiales; esto es, de imágenes que producen los cuerpos, y que llevan ó conducen los nervios á la interna region de sus cerebros; quando el hombre, ademas de excederlos casi infinitamente en esta linea de imágenes sensibles, tienen tambien, ó puede tener el extenderse por el dilatadísimo y mas preciso reyno de pensamientos,

tos, imágenes é ideas, no ya sensibles, corpóreas, sino espirituales, y exêntas de toda materia. Tambien pido aquí licencia de llamar imágenes á todas estas cosas, aunque no deban llamarse así hablando con propiedad. Esta numerosísima clase de ideas ó imágenes, que convienen, y son propias del hombre miêntas vive en este mundo, son las que forman el reyno racional, en el que produce el hombre efectos tan admirables y diversos, entendiendo, tratado y separando delicadamente con sus discursos, no solamente las cosas materiales y terrenas, mas tambien las celestiales, espirituales y divinas, como son Dios, y los espíritus, el tiempo, las razones universales de las cosas, con sus relaciones y propiedades. Sírvese tambien de ellas para inventar, procurar y conseguir tantas comodidades adornos y delicias del cuerpo: para gobernar pueblos, manejar artes, tratar ciencias, y aun otras muchas cosas, con raciocinio, sutileza, é ingenio. Y siendo cosa ciêrta, que dentro de nosotros mismos tenemos una grande abundancia de estas ideas espirituales; y no siendo posible por otra parte, que un principio puramente material pueda producir acciones espirituales, como ni un sujeto todo material algo que no sea material tambien; de aquí podemos pasar ahora al conocimiento de la esencia espiritual de nuestra alma propia.

§. VI.

Resta el que nosotros hallemos un lugar ó asiento propio y determinado donde poder colocar estas imágenes intelectuales ó espirituales, que ó bien recibimos de otros hombres, ó bien las formamos en nosotros mismos, mediante el discurso ó raciocinio; y de un modo ú otro las conservamos ó podemos conservar en la memoria, como sucede con las otras imágenes sensibles. Podiamos citar algunos Filósofos, que colocan estas imágenes en la misma memoria, que ellos creen,

creen, llaman una de las tres potencias del alma. Permítaseme el decir, que no hay necesidad de buscarles á estas ideas espirituales un alojamiento, ó cosa distinta de la que sirve para esto á las ideas materiales y sensibles. Me parece que el mismo cerebro y fantasía en que se alojan las unas, pueden tener su posada las otras: no porque lo incorpóreo ó espiritual pueda imprimirse en lo corpóreo por sí mismo, siendo cosas muy diferentes é inconexas la materia y el espíritu; ni puede ser que lo que carece de partes extensas, como es el espíritu, pueda pegarse, digámoslo así, ni unirse á la cantidad que tienen dichas partes; sino porque dichas imágenes se imprimen, ó pueden imprimirse en el cerebro humano por medio de signos, ó señales sensibles. Cómo se hace, ó puede hacerse esto, fácilmente nos lo enseña, ó puede enseñarlo la experiencia que tenemos en una invencion admirable del ingenio humano. Y á la verdad ¿qué otra cosa es el escribir materialmente, que dar cuerpo, digámoslo así, á nuestros pensamientos, y pintar y hacer visible aquello, que por su naturaleza no se contiene en la esfera de la vista? Esto, que con propiedad puede llamarse imprimir nuestros conceptos espirituales en una superficie corpórea, como puede discurrirlo cada uno, no se hace pegando ó imprimiendo en el papel nuestros mismos pensamientos, porque esto no es posible; ni tampoco se imprimen las palabras, porque no puede tener efecto, que el sonido de una voz, ó el ayre modificado en que consiste la palabra, aunque sea, como lo es, una cosa material, pueda pintarse, ni dársele consistencia sobre una hoja de papel. Hácese, pues, esta maniobra maravillosa, imprimiendo sobre el papel con buen orden y concierto ciertas señales sensibles y materiales, que llamamos *letras*, ó *caracteres*. Estos son para nosotros indicios ó señales de las palabras, y las palabras son signos ó bien de los conceptos agenos, ó de los nuestros propios. Lo mismo sucede en la Aritmética y Matemática,

ca, que con varias líneas, números y otras señales, que ha inventado la industria humana, nos pintan y hacen en cierto modo sensibles tantos conocimientos y verdades ocultas espirituales y intelectuales. Además de esto, nosotros mismos por medio de las palabras que pronunciamos, llevamos, y como que transportamos á la fantasía de quien nos escucha, los conceptos de nuestra mente, del mismo modo recibimos en nosotros, ó en nuestra fantasía los de aquellos que nos hablan: de modo, que todo este mutuo comercio se tiene y mantiene por medio de signos ó señales sensibles, que estampadas en nuestra fantasía, dan á conocer á nuestra alma las cosas insensibles y espirituales, significadas por ellas. Finalmente, después que allá en nuestro interior meditamos ó formamos los pensamientos, los racionios, y otras imágenes abstrahidas y separadas de toda materia; nos servimos de las palabras, no ya de las externas y pronunciadas, sino de las internas, que conservamos en el depósito de nuestro entendimiento, grabándolas después en la fantasía; son las señales materiales que indican, y hacen recapacitar á nuestra alma quanto habíamos ántes pensado. Esto nos persuade suficientemente á que juzguemos, que no obstante que la fantasía ó cerebro humano solamente reciban imágenes sensibles y materiales: con todo, atendida su configuración ó variedad de senos ó receptáculos, puede también recibir y conservar las imágenes de los pensamientos, y de otras nociones espirituales; no porque estas se peguen, digámoslo así, á la masa corpórea del cerebro, sino porque en él se imprimen aquellas señales ó caracteres materiales, que registrados ó leídos después por el alma misma, la representan, y hacen conocer todo lo espiritual de que ántes fueron indicantes ó signos. De hecho sucede, que luego que la fantasía se amodorra y entorpece, ó bien por el mucho vino, ó por alguna enfermedad, vemos que juntamente con ella se desconciertan, así las imágenes corpóreas,

reas, como las espirituales, que se hallan juntas en nuestra cabeza. Ahora, quando esto sea verdad, como para mí lo es, se sigue de aquí parecer superfluo, que para las imágenes del reyno intelectual del hombre se ponga un receptáculo diverso de la fantasía hasta aquí explicada, y que se le llame *memoria*, bastando para conservar las imágenes, así corpóreas, como espirituales, la fantasía misma, que está repartida por todo el cerebro del hombre. Y aunque no admite duda alguna que tenemos memoria, esto es, que nos acordamos de las cosas récogidas en nuestra imaginacion (después diremos el cómo), con todo, no es necesario admitir esta memoria por una de las facultades esenciales, y potencia del alma. Las potencias primeras, y como maestras del espíritu humano, son dos solamente: el *entendimiento*, y la *voluntad*, ó bien el *pensar*, y el *querer*. Porque en quanto toca á las almas separadas del cuerpo, ellas conservan el conocimiento de Dios, y de sí mismas; y en el mismo Dios leerán lo que les convenga para entender las cosas puramente espirituales. Fuera de que no le faltan modos y medios al Supremo Artífice para hacer que las almas separadas de la materia, conozcan, se acuerden, y puedan comunicar sus pensamientos á otras almas, como creemos que lo hacen los Angeles.

§. VII.

ADmirablemente fabricado por Dios, y entendido á nuestro modo este prodigioso almacén de la fantasía humana que con tanto primor ha dispuesto el Autor de la naturaleza, el qual en un espacio tan reducido, como lo es el de nuestra cabeza ó cerebro, encierra un número sin número de imágenes, que representan no ménos las cosas materiales, que las espirituales, y estan muy bien ordenadas no pocas veces; es muy conveniente y aun es necesario el admitir una potencia, que mande en este pequeño reyno, y lo gobierne mediante su

in-

influxo. De hecho, nosotros nallamos dentro de nosotros mismos, esto es, en nuestra cabeza, una fuerza ó impulso, que á su modo va considerando y juntando estas imágenes; y esto es lo que llamamos *pensar*, *entender*, *juzgar* y *raciocinar*. Nosotros conocemos, y ademas conocemos tambien que conocemos, juzgamos y pensamos. El conocer y el querer nunca pueden ser qualidades, ni convenir á la materia, como ni tampoco el dar principio al movimiento; porque la materia no se mueve por sí quando no es movida; y por esto el hombre advierte, y percibe dentro de sí mismo una facultad ó potencia para comenzar el movimiento, y para suspenderlo quando quiera, sin dependencia alguna de la materia. Y cierto es, que la materia por sí misma, jamas puede ser un principio activo, ni mover á otros, quando ella no es movida; y mucho ménos puede entender por sí sola. Ademas de esto percibimos tambien una fuerza ó potestad, que desde nuestro gabinete interno manda como, y quando quiere á toda la máquina artificiosa de nuestro cuerpo, y del mismo modo suspende el movimiento comenzado: ella medita con atencion una cosa, quando quiere la dexa, y medita en otra: ella quiere, y apetece un objeto, huye, y se aparta de él segun su gusto; y esto es lo que llamamos *querer*. Esta dominante potestad, segun la opinion de todos, y los mas nobles Filósofos antiguos y modernos, por las razones que todos alegan, y lo que es mas, por la infalible autoridad y revelacion de Christo Señor nuestro, es el *alma racional*, substancia espiritual, substancia inmortal, y por la que los hombres vienen á parecerse á los mismos Angeles. Yo dexaré aquí que otros investiguen, y disputen si la Filosofía puede, ó no llegar á demostrar con argumentos convincentes, que llaman *à priori*, este punto tan relevante. Bástame por ahora el saber, que así como por los efectos conocemos clara y evidentemente, que hay un Espíritu Omnipotentísimo, Criador, Dueño y Director de todas las cosas;

sas; así tambien por los efectos podemos comprender bastantemente la existencia y verdad de estos espíritus, que estan unidos al cuerpo humano, que son criaturas, y siervos de aquel Espíritu Criador, que se llama Dios. Así lo entendió un Gentil (este es Ciceron), quando en su primera Tusculana dixo: *Mentem hominis quamvis eam non videas, ut Deum non vidis, tamen Deum agnoscis ex operibus ejus: Sic ex memoria rerum, & inventione & celeritate motus, omnique pulcritudine virtutis, vim divinam mentis agnoscito.* Aunque no veas el entendimiento humano, así como tampoco ves á Dios, y con todo conoces por sus obras á este Señor; del mismo modo por la memoria, por la invencion, y presteza del movimiento y por la hermosura de toda virtud, debes conocer la divina fuerza del entendimiento. El pensar, el entender, el racionar, el abstraer, el prescindir, el conocer las causas y relaciones de las cosas, y otras admirables operaciones de nuestro entendimiento, que llegan á penetrar y discernir los maravillosos secretos de la Algebra, de la Geometría, de la Metafísica y de la Teología, todas son cosas de que no puede ser artífice, y causa ni el cuerpo, ni la materia. Y aun quando queramos admitir algun principio, ó como vislumbre de discurso en los brutos, eligiendo de éstos los mas advertidos y sagaces, hay tan notable diferencia entre éstos y el hombre, que no se halla la mas leve proporcion. Aunque quando esta comparacion entre los brutos y el hombre pretenda esforzarse de algun modo, mas presto convendria admitir la subsistencia del alma de los brutos despues de muertos, que negar la subsistencia é inmortalidad del alma racional separada de su cuerpo. Tanto mas parece que se eleva sobre la naturaleza de los cuerpos la del alma, si consideramos que ella está dentro de nosotros como un Príncipe absoluto, cuya voluntad está exenta de que la violente alguna fuerza interna; ni hay causa externa superior ó predominante que la necesite y obligue; porque siempre está en la libre potes-

testad del alma el comenzar y suspender el movimiento y curso de sus pensamientos, el obrar ó no obrar, el elegir ó no elegir, el amar ó no amar. Este gran principio, que á costa de una ligera reflexi6n siente y conoce cada uno dentro de sí mismo, por el qual obra, y está dispuesto á obrar con consejo, con razon, y siempre por algun fin que se propone, puede ser una prueba sufficientísima de que ademas de nuestro cuerpo, hay dentro del mismo otro inquilino de mas alta esfera, que vive, obra y manda con diversas leyes, fuerza y manera de las que tiene la materia sola, incapaz por sí misma de semejantes operaciones; por medio del qual puede el hombre discernir y distinguir con ideas claras el bien del mal, lo verdadero de lo falso, y lo hermoso de lo feo. Supongamos que Dios en este instante criase un espíritu (ya que ningun Filósofo juicioso niega la posibilidad de semejantes criaturas), y lo uniese á un cuerpo organizado como el nuestro; ¿haría por ventura este espíritu en este cuerpo mas que hace nuestra alma en el suyo propio? Considerando, pues, nosotros lo que hace, ó puede hacer nuestra alma, debemos consiguientemente juzgar, que ella no es materia, ni modificaci6n de ésta, sino un espíritu ó substancia espiritual. Si es substancia espiritual, se infiere legítimamente, que tambien es inmortal; porque atendiendo á las leyes ordinarias de la naturaleza, ninguna de las substancias, que ha criado Dios, se aniquila jamas, ni la muerte del cuerpo anonada poco, ni mucho al cuerpo mismo; quítale solamente la union que tenia con el alma, y sus diversas modificaciones, que son solo accidentes, pero permanece su substancia, como ántes lo era.

§. VIII.

LA propia y principal habitacion del alma racional se halla en nuestro cerebro, como ya hemos dicho: aquí es donde ella exerce (bien que no sepamos el modo,

do, por lo ménos yo lo ignoro) todas las acciones propias suyas, quales son las espirituales; y además, de orden suyo ó por su imperio, otras muchas materiales, segun la dependencia que de ella tiene el cuerpo mientras dura la union de entrambos. Ella es la que percibe todas las sensaciones que se hacen dentro de nosotros mismos, y conoce las imágenes de los objetos luego que llegan al cerebro. Fué una ingeniosa observacion la de Publio Mimo, floreció en el siglo de oro de la latinidad, quando dixo: *Coeci sunt oculi, quum animus alias res agit*: quando el alma está fixa en algun pensamiento (que es con propiedad lo que llamamos *abstraccion*), entónçes ni ven los ojos, ni los oidos escuchan, porque el amo de la casa no da audiencia á los objetos externos en aquella hora. Esta misma alma es la que repasando las imágenes que ha recibido, considera sus formas y qualidades, descubre sus relaciones y contrariedades. Ella es la que junta á un mismo tiempo imágenes inconexas y disparadas; y midiéndolas con las ideas, con las máximas y reglas superiores de las cosas, descubre si son conformes ó disconformes: esto es, descubre lo verdadero ó lo falso; lo bueno ó lo malo; lo feo ó lo hermoso; y lo que aun es mas, de estas imágenes ó ideas que ha juntado, forma y deduce nuevas imágenes y conocimientos intelectuales, y fabrica sentencias y conceptos puramente espirituales, y hacen otras admirables operaciones, elevándose en ellas sobre todo lo que es materia, y sin que los sentidos cooperen en manera alguna. Todas estas operaciones del entendimiento humano se forjan y fabrican en el gabinete secreto de nuestro cerebro. El vulgo ignorante juzga sencillamente, que sus pensamientos lo enagenan y sacan fuera de sí mismo. Parecele que se halla dentro de aquel cortijo ó casa de campo de donde poco ántes se habia partido. Paséase por las calles de Roma, donde habitó algun tiempo: contempla con gusto en aquella ó aquellas personas que quiso bien, y habla con

con ellas, como si las tuviera presentes; siendo cierto que el alma para todas estas operaciones, no hace otro viage que el del cerebro, registrando las celdillas ó aposentos, deteniéndose donde quiere para exâminar las imágenes de aquella ó aquellas personas, que por medio de los sentidos se grabáron y fixáron allí, cuya vista ó registro hace en cierta manera, que los objetos originales, aunque muy distantes de aquella casa ú oficina, se pongan en su presencia. De manera, que aquel grande equipage que enriquece nuestra fantasía ó cerebro, viene á ser como un libro, en el qual nuestra alma continuamente está leyendo, y no dexa de leer aun quando soñamos, moviéndose aquellas figuras é imágenes, que están allí recogidas de varios modos y diversas maneras, causando unas veces placer y gusto, otras pesadumbre y enfado: unas veces monstruosamente disparatadas, otras ingeniosamente dispuestas, y con un hilo de discurso tan seguido y delicado, que se hace forzoso el confesar, que el alma no hace solamente el oficio de un simple miron, ó auditor en esta comedia de los sueños; sino que tambien hacen su papel, no obstante que durante el sueño carezca del libre alvedrío, que es la perfeccion mas noble, mas señoril y esencial del espíritu humano. Renato Cartesio es de opinion de que nuestra alma siempre piensa y extiende este privilegio aun á los niños encerrados en el claustro materno. Esta opinion puede llamarse incierta ó á lo ménos dudosa. Pero para mí es cierto, apoyándolo con la experiencia del que sueña, que á veces soñamos cosas tan extrañas, que jamas han sucedido, ni nos han pasado por la fantasía; pero tan bien hiladas y adornadas con agudas y delicadas reflexiones, con dichos ingeniosos, sutiles malicias, y otras finezas de esta casta, que no pueden atribuirse solamente á la fantasía, sin que á ella se trasladen todas las facultades de nuestra alma. ¡O buen Dios, cuántas cosas tenemos dentro de nosotros mismos, que no las entendemos! Pero en estas mismas

tinieblas de nuestra ignorancia, se me hace bien perceptible, y entiendo yo, Señor, vuestro infinito poder y sabiduría que ha hecho cosas tan superiores á nuestro entendimiento, aun quando nos lisonjamos de saber tanto. Pero si nuestra alma ó nuestra mente influye en los sueños, y á ella se atribuyen las bellas telas, que se texen muchas veces en nuestro cerebro quando soñamos, ¿de qué proviene que los mas de los sueños sean tan quiméricos y disparatados? ¿Y por qué en aquellos que estan bien ordenados, y en que hace buenas reflexiones y discursos, ha de ser el alma, no ya un mero paciente, sino tambien agente; de modo, que á ella se atribuya la combinacion de varios fantasmas, y nueva formacion de otros, que jamas se imprimieron en la fantasía, siendo cierto, que en aquel punto se halla privada de la libertad, que es un requisito esencial y necesario para la moralidad de las acciones humanas? Este y otros argumentos pertenecientes á la materia de los sueños habia yo propuesto al célebre Filósofo de nuestro tiempo D. Thomas Campalila, Siciliano, como materia digna de sus profundas meditaciones filosóficas: tenia él tambien asunto en tratar de esto mismo; pero acaso las miserables turbulencias de nuestra Italia le han impedido el pensar mas en esto, y á mí el recibir lo que sobre ello podia haber pensado.

§. IX.

EN lo que antecedente dexamos dicho, que el cuerpo para muchas de sus operaciones dependen del alma: no hay en nosotros cosa mas notoria y sabida, que el imperio con que la voluntad ó el alma del hombre manda á los demas miembros del cuerpo el que se muevan ó dexen de moverse y reposen, y la prontitud con que éstos obedecen, quando no hay algun impedimento extraño que los estorbe el obedecer prontamente. Ahora conviene añadir (para entrar en el argumento y asunto que nos hemos propuesto), que tambien nuestra alma depende del cuerpo para exercer muchas de

de sus operaciones. Muchos sabios Filósofos han dudado de la verdad de aquel proverbio Aristotélico: *Que nada hay en el entendimiento humano, que primero no haya pasado por los sentidos*; porque ya hemos dicho se hallan muchísimas nociones, conceptos é ideas puramente espirituales, que el alma no las ha recibido de los sentidos propiamente. El tratar nosotros de Dios, del espíritu ó del entendimiento humano, no se hace de otro modo, que con pensamientos y conceptos, que ciertamente no provienen de los sentidos, ni del reino físico; pero sí son superiores á toda materia y separados de toda idea corporea; y por tanto en las Escuelas se llaman estos conceptos *Metafísicos*. De aquí es, que hablando S. Agustín en el tratado que hizo del espíritu y la letra de aquel que quiere conocer la esencia de su alma, dice así: *Removeat ergo à consideratione sua omnes notitias, quae per corporis sensus extrinsecus accipiuntur. Quae namque corporalia sunt eorumque similitudines, sensus, & imaginationes in memoria infixae quum recordando reminiscuntur ad exteriorem hominem pertinent.* El que intentase conocer su alma, debe apartar de la idea que forma, todos los conocimientos que se reciben por medio de los sentidos exteriores. Porque todas aquellas imágenes que provienen de los cuerpos, sus trazas, sensaciones, semejanzas é imaginaciones; los vestigios ó señales impresas en la fantasía, quando ocurren á nuestra memoria por medio de reminiscencia, todas, todas pertenecen al hombre exterior. Y si esta sentencia comun de los Peripatéticos está sujeta á gravísimas dificultades; con todo, es constante verdad, que nuestra alma depende de los sentidos para aprender y conocer el dilatado campo de los objetos físicos, que no conoceria por sí sola. También es verdad, que sobre las imágenes que ella recibe por la mediación de los sentidos, forma y puede formar innumerables conceptos, juicios y discursos, que sirven ó pueden servir para la vida animal y moral del hombre.

bre. Finalmente es muy cierto que por medio de los sentidos, como la vista, el oído, y otras señales materiales, aprende, ó puede aprender, y formar nuestra alma un infinito número de noticias y conceptos espirituales de otros hombres, siendo este el modo de comunicarnos los unos á los otros nuestros pensamientos, y el mas comun de aprender las ciencias y artes; y de consiguiente tiene necesidad el alma de los espíritus que llaman animales ó nervios; esto es, de los órganos del sentido, para conducir por su medio las imágenes de los objetos y movimientos de los cuerpos al cerebro; y aun mayor necesidad tiene del cerebro mismo, donde van á colocarse y fixarse las pinturillas (sea lícito llamarlas así) de los cuerpos que provienen de los sentidos; porque, como hemos observado poco ha, el alma imprime en la masa del cerebro, que se llama los sesos, y conserva allí las señales de aquellos conocimientos, juicios, racionios y sentencias, y de otros conciertos, y pensamientos espirituales, bien recibidos de fuera, ó bien formados por ella misma en su interior tribunal. Todo esto conviene confesarlo, y podriamos aquí declamar y ensalzar quanto quisieramos nuestra alma racional, llamándola por su dignidad reyna y señora del hombre; y al cuerpo un baxo ministro, ó por mejor decir, un vil siervo; pues á la verdad no desdice este language, quando se habla comparando el espíritu con la materia, la criatura inteligente y agente, con la puramente corporea y pasiva. Pero yo de buena gana quisiera ver qué cosa seria un Rey de unos Estados muy dilatados, con algun Ministro y algun Consejero; pero sin servidores ni súbditos. ¿ A quién mandaria él en este caso? ¿ Quién se emplearia en el tráfico y comercio, y cultivaria la tierra para alimentarlo? ¿ Quién tomaria las armas para defenderlo, y quién le pagaria los tributos? En una palabra, ¿ quién se afanaria continuamente para su custodia, sus placeres y comodidades? Pues otro tanto puede decirse de nuestra alma,

respecto del cuerpo. El Supremo, y sapientísimo Artífice ha unido con estrechísimo lazo estas dos diversas substancias, para que de ellas, así unidas, resulte aquel maravilloso compuesto, que se llama *hombres*; y que haya entre las dos una mutua dependencia, aunque las excelencias, y nobleza del alma exceda en mucho á la del cuerpo.

CAPÍTULO III.

Cómo las costumbres del hombre puedan de algun modo depender del cuerpo, segun la varia disposicion de su cerebro ó cabeza.

§. I.

SUPUESTOS estos principios, que dexamos ya insinuados, pasemos á declarar en qué manera las costumbres del hombre, y sus operaciones morales puedan de algun modo depender del cuerpo, aunque sea cierto, y constante, que el alma sola es su propia causa eficiente. Basta para esto el tender la vista por la numerosa república del género humano, que al presente compone el mundo (por no hablar del ya pasado), para que conozcamos muy presto una diversidad considerable de los innumerables modos, y maneras que hay entre los mismos que componen este dilatado pueblo, siendo de una misma especie. Esta insigne variedad de inclinaciones, de pasiones, de fuerzas, de modos de vida, de acciones, y cosas semejantes, debemos confesar que es un perpetuo elogio de la riqueza, y sabiduría de Dios; el qual, queriendo fabricar este mundo que habitamos y conocemos, bellísimo y graciosísimo, quiso tambien que una de sus principales hermosas prerogativas fuese la diversidad de objetos y de aspectos que lo adornan y hermosean. Séan-

me permitido el tocar segunda vez este punto, para excitar la vituperable pereza de nuestros entendimientos á que admiren las obras de Dios, y conozcan al mismo Señor en ellas. Ciertamente, que si en un Palacio, ó Jardín Real no se viesen mas que muebles, y adornos todos de un mismo género, y hechura, aunque fuese preciosa la materia: si se hallasen solamente árboles, flores, y verduras de una misma especie, entónces la misma abundancia se reputaria por escasez, imperfeccion, y pobreza. Por tanto el Soberano Arquitecto de todo lo criado, ha puesto en execucion la idea que concibió de ostentarse riquísimo, é inmenso en sus obras, intentando juntamente ponernos delante un espectáculo deleitable, y maravilloso con tanta diversidad de criaturas, que comparacen en esta visible máquina. Varios son los elementos, varias las estaciones, varia la superficie de la tierra, varios los árboles, los granos, las flores, las yerbas, y los frutos: distintos los insectos, los páxaros, los cuadrúpedos, los reptiles, las conchas, los peces divididos en tantas, y tan diversas clases; y estas clases aun subdivididas en otras tantas, diversísimas las unas de las otras, las piedras mismas, entrando las preciosas, los metales, los minerales, los mármoles, los licores, y tantas otras obras, que nosotros llamamos una parte de la naturaleza, tan notablemente diversas unas de otras, se nos presentan continuamente á la vista, además de los sonidos, movimientos, colores, y olores que se advierten, y encuentran tan distintos en tanta multitud, y variedad de objetos. Aun hai mas: en las mismas clases de las producciones naturales, podemos en casi todas reparar, y admirar la variedad entre los individuos de una misma especie, siendo por exemplo un caballo, un perro, una paloma mui desemejante á los otros de su especie en la estatura, en el color, en las acciones, en la figura, y aun diferentes los caballos, y perros de un pais de los del otro. Ni aun esto ha bastado al Poderoso Divino Criador: mas allá se extiende su admirable

poder : pues en estos mismos cuerpos inanimados ha hecho ver una maravillosa variedad en sus diferentes figuras y diversas fuerzas , como tambien en las habitaciones , empleos , generaciones , y trabajos á que estan destinados otros muchos vivientes y animados cuerpos. Grande libro es este por cierto , que en todas sus páginas , palabras y cláusulas nos está gritando , que hay un Dios , que es admirable en sus obras. Ni para en esto precisamente : nos representa continuamente otra variedad importantísima en la renovacion y mutacion de individuos de tantas especies , como en la variedad de flores , frutos , yerbas , plantas , animales , &c. cosas todas , que ha querido el Criador sujetar á la corrupcion y generacion. Y así como la hermosura de un teatro consiste en la variedad de los representantes , de las canciones , de la música , de los vestidos , de las máquinas , de las mutaciones , ó tramoyas ; porque el mirar y oír siempre una misma cosa , por noble y hermosa que ella sea , no suele causar gusto ni maravilla , ántes bien fastidia y desazona : así Dios infinitamente mas rico , mas sabio y mas excelente inventor de lo que puedan serlo las criaturas racionales , reproduce continuamente , é introduce en este gran teatro del mundo nuevas decoraciones , nuevas tramoyas , nuevas escenas en la produccion de nuevas criaturas , así vegetables y sensitivas , como racionales , haciendo que se sucedan y substituyan las unas á las otras con un orden invariable y admirable , que los ignorantes tienen por desorden , determinando , que estas hechuras suyas , bien que trabajadas con artificio tan prodigioso , duren en este teatro del mundo por tiempo determinado , viviendo unas por muchos años , otras ménos , algunas pocos meses , otras pocos dias ; y al fin , que todas caminen á resolverse en sus mismos principios , substituyendo el Criador otras en su lugar , que siendo de la misma especie , son en el individuo desemejantes , haciéndose todo esto por el modo , y medio comun y trivial , que nosotros llamamos generacion.

cion. Ahora, pues, a toda esta maravillosa y patente máquina y teatro de la variedad, que apenas hemos delineado con esta breve descripción: á esta, repito, conviene que atendamos y consideremos para alabar y ensalzar la sabiduría del Divino Artífice, y admirar la extensión y hermosura de sus obras, é inferir de la fábrica de este nuestro pequeño mundo, qual será el infinito poder del Criador en la producción ó creación de otros muchos mayores, sin comparación, de los que apenas divisamos un punto desde acá abaxo, como son algunas ó muchas de las estrellas que se presentan á nuestra vista, sin contar las que se nos ocultan por la mucha distancia: y que no podrá haber hecho este mismo Señor en el Reyno de su bienaventuranza, destinado para premio delicioso de sus fieles Vasallos y Siervos, como nos lo enseñan las Sagradas Escrituras con su infalible testimonio? Añádese á esto, que la observacion de esta hermosa variedad, que admitamos en este mundo, debe tapar la boca á todos aquellos ignorantes temerarios, que al ver ciertas partes de este todo, ó bien contrarias, y desagradables á nuestros sentidos, ó bien dañosas á nuestros propios cuerpos, al ver tantos errores, tantos defectos, tantos pecados, tantas iniquidades, que al parecer hacen desordenada esta máquina, y cubierta de imperfecciones, se atreven á prorumpir, si no en voces claras, y perceptibles á lo ménos allá en los adentros de su corazon en voces secretas, y cavilosas dudas en orden á la Sabiduría, y Magisterio del Criador, como si no tuvieramos obligacion de creer, adorar, y venerar por juiciosa, y sabia la mas mínima disposicion, y producción del Supremo Artífice, siendo como somos, criaturas vilísimas, é ignorantes, y casi nada en su presencia; y como si nuestra corta vista pudiese descubrir todos los misteriosos fines, y arcanos de aquella infinita sabiduría, que ha criado, y gobierna este mundo en que vivimos. Cierto es que uno de estos fines es sin duda el haber querido introducir, y man-

tener siempre en este mundo la preciosa joya de la variedad, uno de los constitutivos de la hermosura que resulta de la multitud y diversidad de cosas, á que concurren tambien los monstruos, y todo lo que á nuestros ojos flacos, y corta inteligencia puede parecer imperfecto y defectuoso; porque así como la obscuridad de la noche y sus tinieblas hacen resaltar la luz y resplandor del día, así como la aridez y aspereza de un hórrido y escarpado peñasco hace que sobresalga la hermosura y verdor de un campo fructífero, del mismo modo los que nosotros juzgamos y llamamos males físicos en este mundo, además de ser ó poder ser bienes, si no para nosotros, á lo ménos para otros usos, y para otras criaturas, que habitan sobre la tierra, y son parte de este todo; tienen tambien el oficio de hacer resaltar los bienes que estan esparcidos por toda la tierra; y segun la intencion del Criador, hacen que campee y sobresalga en la variedad misma la perfeccion y belleza del Universo en todas sus criaturas.

§. II.

TRatemos ahora del hombre, que es la parte mas noble de quantas criaturas habitan este globo terrestre, y á quien el Criador ha dado dominio y uso de todas ellas. Este puede ser sin duda digno objeto de admiracion y pasmo, y debe ser motivo de glorificar al Autor Soberano el considerar en él, como un otro mundo; esto es, una grandísima variedad que hay entre los hombres mismos, y sus operaciones: tantas artes, tantas ciencias, tantas maniobras, instrumentos, adornos, fábricas, jardines, y otras obras innumerables, hechas por los mismos hombres con diversos fines, ó para vestirse, ó para defenderse, ó para instruirse, ó para delicias de los ojos, de los oídos, del paladar y gusto: invenciones todas de estas nobles criaturas, por las que se ha introducido en el mundo otra graciosísima, é in-

numerable variedad de cosas. Alabemos, pues, á los hombres, no me opongo; pero acórdemonos de alabar al mismo tiempo, y con mas justo motivo al Señor, que criando al hombre le dió juntamente tanta industria, tanta penetracion, y un ingenio tan singular. Repárese despues en la diversidad de rostros y facciones, de idiomas, de colores, de modos de vivir, de habitaciones, de alimentos, de ropages, de juegos, de sonidos, de costumbres, que se advierten entre los pueblos de diversas Naciones. Aun entre los de una misma vemos continuamente la diversidad de genios, ingenios, inclinaciones, habilidad, y costumbres. Pero lo que principalmente debe llenar todo el espacio de nuestra admiracion es la diversidad notable de tres cosas, que se hallan en los hombres, que son el rostro, la voz, y su caracter, ó modo de escribir. Entre tantos millones de hombres como hay en el mundo, con dificultad se hallará uno, que no se distinga del otro poco ó mucho, en el rostro, en la voz, y en formar los caracteres ó letras, si sabe escribir; y esta es otra maravillosa invencion, provechosísima al comercio humano y á la sociedad; y por tanto bien querida de aquel Autor Sapientísimo, que lo ha hecho todo; porque si faltase esta especie de comercio en el mundo; quién podrá imaginarse los fraudes y picardías de que abundaria toda la tierra? Ciertamente, que ningún hombre sabria como guardarse de otro hombre, y todo seria confusion y desórden.

§. III.

Refiriendo la variedad de hombres, y de las cosas, que de él mismo proceden, he mezclado tambien sus costumbres ó acciones morales, de las que conviene ahora que tratemos. ¿De dónde, pues, proviene (preguntemos esto) tanta diversidad entre los hombres en este punto? ¿de dónde el que unos sean de una índole tan buena, y otros de índole tan perversa? Unos siguen

la senda de la virtud, otros el camino de los vicios. En unos se ven las pasiones bien reguladas, en otros desenfrenadas, y orgullosas. No podemos negar, que algunos hombres sirven al mundo de adorno, otros lo afean, y obscurecen, unos utilísimos, otros dañosos á la sociedad, y comercio civil: de manera, que nosotros estamos viendo una continua escena de bienes, y males, así morales, como físicos, que suelen levantar tumultos en los entendimientos de los hombres, que son, ó demasiado curiosos, ó demasiado soberbios, que querrian, y no saben, ni acaban de entender, cómo de un Artífice tan perfectamente sabio, y bueno, qual es nuestro Dios, pueda provenir una fábrica, y un reglamento, que al parecer envuelve en sí tantos desórdenes, tantos desconciertos, y tan censurables objetos. Por esto los antiguos Maniqueos prorumpieron en horribles abominables sentencias, y sacrílegos efugios; y aun en nuestros días hemos visto algunos, que con alegre corazón andan mendigando quien admire, y aplauda la reproducción, ó renovacion de esta batalla, y el hacer un nuevo proceso contra Dios, y contra los que sostienen, y defienden su honra, y su autoridad, declarándose al mismo tiempo protector, y declamador exágerativo de tales delirios, baxo el zeloso pretexto de defender la fe contra la razon, quando todos sus discursos, y sutilezas se dirigen á ensalzar la razon sobre la fe. Pero observemos como de paso, que nuestro Dios, fecundísimo, y no ménos vario en sus invenciones, ha criado diversos órdenes, aun de las criaturas que conocemos sobre la tierra, con una admirable, y artificiosa graduacion, comenzando desde aquellas que contienen en sí un trabajo artificioso, pero simple, digámoslo así, hasta llegar al hombre, que es la obra mas ingeniosa, y bella que ha salido de sus manos poderosas. Todas estas obras son perfectas en su linea, aunque comparadas entre sí y unas con otras, puedan parecer mas perfectas estas que aquellas, mas ó ménos hermosas ó defectuosas.

Y con todo , según su naturaleza , y esfera , no tiene mas en el hombre un pie que una mano , ni ménos una hormiga ó una araña , que un elefante ó un caballo ; porque todos hacen enérgicamente en el teatro del mundo aquella figura , y oficio para que su Criador los ha destinado. Sabemos por la Divina Escritura , que el hombre en su creacion fué enriquecido por el Altísimo con varios dones , y prerogativas , que perdió en parte por su desobediencia ; pero no obstante , considerado el hombre en el estado en que al presente se halla , es obra perfecta y digna de aquel Soberano Artífice ; de manera , que si Dios lo hubiera criado desde el principio tal qual se halla en el presente estado , no por eso debería ser ménos alabada , y glorificada la bondad , y sabiduría del Artífice Supremo : porque así como el Criador en la formación de un gusano de seda no estaba obligado á darle mayor perfeccion , ni otras propiedades , que las que convienen á esta determinada criatura , así en la formación , ó creacion del hombre , no estaba obligado á formarlo de otro modo mas perfecto , ni á darle otras prerogativas , ni enriquecerlo con otros dones mas que los que son necesarios y convenientes á un animal racional , dotado de libre alvedrio para obrar el bien y el mal , sin precisarle á ninguno de estos dos extremos. Fuera de que el Poder y Sabiduría de Dios , Criador , no está precisamente reducida á solo este mundo , que nosotros llamamos tierra : ha criado el Señor otros muchos , y acaso innumerables mundos. Tales son las estrellas , que á excepcion de algunos Planetas , todas son mayores que nuestro globo terraqueo , por lo que este gran Monarca puede tener otras innumerables gerarquías de criaturas , que nosotros no conocemos , repartidas en sus dilatadísimos dominios : es cierto que tiene uno solo de criaturas racionales , las cuales únicamente gozan de la dichosa necesidad , ó sea libertad feliz de obrar siempre bien , y no poder , ni querer obrar mal : estas gozan del mismo Señor , y de su gloria en aque-

aquella eterna Bienaventuranza. Pero quando Dios quiso formar el hombre, no quiso que fuese Ángel: quiso criar hombres libres, y que viviendo en este mundo, fuesen indeterminados é indiferentes para sus acciones morales; y si son así los hombres por su naturaleza, y porque quiso Dios criarlos así; quién les negará la perfeccion? y quién se maravillará de que unas criaturas libres por su natural constitucion, se determinen voluntariamente á obrar mal, siendo esta una como consecuencia de su propia creacion? Basta el saber que el Señor, como enseñan todos los Teólogos Católicos, nunca concurre á lo que se llama formal del pecado, y á ningun hombre niega los auxilios suficientes para la buena obra, como ni tampoco ha criado alguna alma destinada precisamente al castigo y á la pena. Por lo demas, todos los males morales que se ven sobre la tierra, desde que el Señor Dios por amor de la variedad, y otros altísimos y ocultos fines quiso fabricar esta serie de criaturas racionales y libres para el bien y para el mal, cada uno ve claramente, que todas deben atribuirse al hombre, que usa de la libertad como y quando quiere, con la potestad de no usar de ella, y dexando de obrar cosas malas. Por lo que toca á los males fisicos, estos no deben llamarse tales, respecto al Universo, compuesto de tantos mundos diversos de este nuestro terraqueo, el qual es perfecto, y permanece perfecto en sí mismo; pero son los dichos males una indispensable consecuencia, que se deriva de las leyes con que Dios ha criado y fabricado los cuerpos, y dispuesto el movimiento de este mundo. Será cosa muy perfecta en su género una muestra de relox hecha con todo el arte y primor que cabe; pero porque esta se pare á causa de algun descuido, ó porque otro cuerpo distinto la oprima, y no la permita mover, ó porque otro accidente semejante la deshaga ó altere, ¿dexará por esto de ser excelente su Artífice? De la misma manera, habiendo querido Dios formar el cuerpo humano, y que este se moviese

de

de tan diversos modos, que recibiese las imágenes de otros cuerpos, y que hiciese otras muchas admirables funciones, debía formarlo de una materia, que en parte fuese fluida, en parte blanda, y en parte sólida y dura; pero trabajada con tan maravilloso magisterio como vemos y observamos; y por tanto no debió hacerlo ni de oro puro, ni de puro bronce ó duro marmol, ni de otra materia solamente. Mas habiendo formado el Criador nuestro cuerpo en esta conformidad, se sigue necesariamente, que debe estar sujeto á los encuentros, golpes y opresiones de otros cuerpos distintos, y á las leyes que el Criador sujetó tambien estos otros cuerpos; de manera que así como el que pretendiese que nunca se maltratase una casa, que no se rompiese jamas una rela, que no se hiciese pedazos un vidrio, aun arrojándolo al suelo, que una espada cortante empujada violentamente contra la carne de un hombre, no la rompiese: el que pretendiese, digo, todo esto, seria un necio, y por su parte querria obligar á Dios á que hiciese milagros continuos, quebrantando las leyes que se propuso en la formacion de la naturaleza, y variedad de criaturas que hay sobre la haz de la tierra, y varios movimientos á que estan destinados; del mismo modo se engañaria quien pretendiese que el cuerpo fuese exênto, ó no estuviese sujeto á enfermedades, pestilencias, dolores, carestías, y otros semejantes accidentes, que nosotros reputamos por males, y desconciertos para nosotros mismos; pero no son tales, si se atiende á las leyes y á la armonía con que el Criador ha dispuesto el curso natural de las partes que componen este todo del mundo, que en todas ellas es perfectísimo. En fuerza de estas leyes de la naturaleza, por las quales vemos que en la Primavera brotan las flores, y que en el Invierno se despojan de su verdor los árboles; por estas mismas se intiman al cuerpo humano las enfermedades, á que se sigue la muerte. Y así en vez de levantar temerarias dudas contra el Sapiéntísimo Artífice, en vez de

de olvidarnos con desahogada injuria de lo que somos , y de lo que es nuestro Dios ; esto es , en vez de prorumpir en sacrílegas blasfemias , debemos procurar con todo cuidado y atencion apartarnos de todo lo que sea mal moral , caminando por las derechas sendas de la justicia , y teniendo siempre á nuestra vista al que es Supremo Señor , no solamente nuestro , mas tambien de todas las criaturas del mundo ; deseando este Señor , que nos crió libres en todas nuestras acciones , que al mismo tiempo seamos buenos y Santos , para lo que no dexa de ayudarnos , proponiéndonos premios inmensos , si llegásemos á serlo. A este fin puede y debe excitarnos mas que otra cosa alguna la verdadera y Santísima Religion , que profesamos por medio de sus celestiales documentos : á este mismo puede conducirnos y guiarnos con sus luces la Filosofía de las costumbres , de la qual , despues de otros muchos que la han tratado , intento hacer un modelo.

§. IV.

Y Entrando ya en esta materia , digo , que para discernir bien de donde provenga tanta variedad de acciones morales en los hombres , unas buenas , otras malas , ó sean las virtudes y vicios de las criaturas racionales , que habitan sobre la tierra ; es necesario considerar atentamente no ménos el alma , que el cuerpo del hombre. El alma , por ser esta la verdadera causa de todas las operaciones morales , y porque en ella reside toda la virtud electiva del bien y del mal moral , en que consiste toda la fuerza de semejantes operaciones : el cuerpo , porque este al mismo tiempo puede ser causa ocasional al alma de varias sensaciones y pasiones , que experimentamos en nosotros mismos frecuentemente , y por causa de estas produce nuestra alma muchas operaciones , ó bien laudables , ó vituperables , que pertenecen á la moral y costumbres. Tratando , pues , de estas , no solemos atender á otro principio que á la

potencia, de quien dimanar, como de su principio y madre propia; esto es, á la voluntad; en cuyo arbitrio está el elegir ó no elegir, el determinarse ó no á tales acciones, y tambien al entendimiento, que es otra potencia de nuestra alma, y como consejera, digámoslo así, y directora de la voluntad. Con todo, es tambien necesario que atendamos al cuerpo, y al estrecho comercio que tiene con nuestra alma; pues aunque son dos substancias diversas, se hallan unidas con estrechísima alianza, mientras durase nuestra vida sobre la tierra; y porque nuestro cuerpo es muy necesario al alma para exercer sus funciones, de las que pende el orden y produccion de nuestras acciones morales, se disputa frecuentemente en las Escuelas si son ó no de una misma especie todas las almas, ó si todas tienen los mismos dotes, inclinaciones, ó las mismas fuerzas. El hallar nosotros tanta diversidad en las inclinaciones, actividad y elecciones, y aun en las acciones morales de los hombres, semejantes por otra parte en la naturaleza, da un justo motivo á esta duda. ¿Por ventura, así como son diversos los cuerpos en sus qualidades, atributos y fuerzas, lo son tambien las almas? No me atrevo á sospechar, y mucho ménos á decir, que la diversidad, y diferencia que advertimos en las elecciones y operaciones de las almas, pueda refundirse en su diversa formacion y originaria virtud; porque las almas tienen su origen, y son criadas inmediatamente por el mismo Dios: son substancias incorporeas, y en todo semejantes las unas á la otras. A la union, pues, con el cuerpo, y varios efectos, y conseqüencias de dicha union, debemos referir y atribuir el que las almas sean mas ó ménos defectuosas, activas ó endebles sus operaciones, y el tener una desordenada inclinacion al amor de las cosas corporeas y terrenas, por el qual obren ellas frecuentemente contra la recta razon y la Ley Santa de Dios. Y porque nuestros cuerpos, aunque sean semejantes en muchas de las partes que los componen, y

aun

aun sean en el todo muy uniformes, no dexan de ser ordinariamente desemejantes, y desiguales en alguna de las partes de su forma, ó estructura, y en su vigor, y fuerza; por tanto, puede, y suele esta diversidad, además de otras muchas causas que pueden concurrir, ser tambien ocasion de las diversas operaciones del alma, las quales no por esto dexarán de proceder de un principio libre, y electivo, no bastando la disposicion del cuerpo (quando no se ha perdido la cabeza) á privar al alma de la nobilísima prerogativa de la libertad, tan esencial á las acciones morales, que no serán tales quando no sean libres. Puede el cuerpo influir en semejantes acciones; pero nunca podrá obligar, ó necessitar al alma á que las produzca, ó ponga por obra.

Nosotros podemos atribuir la diversidad que notamos entre un hombre, y otro en quanto al cuerpo, á la diferente masa de que se forma su cerebro, ó á la diversa aptitud, y disposicion de los espíritus animales, que, como dexamos dicho, concurren como correos ordinarios á conducir las imágenes, ó fantasmas de las cosas al cerebro para estamparlas allí mismo, y son como servidores del alma para mover el cuerpo donde ella quiera. El cerebro de uno puede ser mas bien dispuesto, y provisto de mejores espíritus que el del otro. Y asimismo, porque estos espíritus (como se cree) se forman de la parte mas pura, y sutil de la sangre, que está encerrada en las arterias, y esta sangre puede ser diversa en diversos sugetos; por tanto puede haber notable diferencia entre los espíritus de un hombre, y los del otro. Alguno tal vez tendrá pocos, otro no los tendrá con aquella fuerza, y actividad que es necesaria, ya para las funciones del cuerpo, ya para las del alma misma. Para descubrir despues si el espíritu del hombre, esté alojado en una buena, ó mala casa, podrá muchas

veces servir de luz la tachada de ella ; esto es , el rostro , ó la fisonomía. Pero sobre todos , el medio mas proporcionado , y poderoso para descubrir la arquitectura del hombre interior , es el oírlo hablar , porque la conversacion , y el discurso son seguras señales del interior secreto , ó disposicion interior del hombre. *Habla para que yo te vea* , dixo en una ocasion el celebrado Diógenes , antiguo Filósofo , á un mancebo que se le presentó para ser su discípulo. Así debemos practicarlo nosotros. Un trozo de reconocimiento , el componer un libro , y aun una sola carta , ó alguna otra composicion semejante , pueden por lo comun ser las espías mas ciertas , los indicantes ménos falibles de la excelente , ó mezquina arquitectura del cerebro del hombre , y de si en él se alojan espíritus de mucha , ó poca energía , y aun del libre comercio que en aquella obscura , y escondida caverna tiene , ó no tiene el alma para exercitar sus fuerzas naturales.

§. VI.

Y Ciertamente me parece que hay bastante fundamento para inferir , que se debe atribuir á la diversidad de estos espíritus mas principalmente la variedad de talentos , que advertimos en los hombres , si se observa con cuidado , que algunas personas de mucho saber , y gran talento son muy tardos , y no ménos oscuros , y aun les faltan palabras en sus discursos , quando quieren manifestar á otros hombres sus pensamientos. Esta es una señal cierta de que su cerebro ó cabeza está bien dispuesta , y de buena estructura ; pero hai escasez de aquellos vivaces espíritus , que pasan desde el cerebro á la lengua , y mueven con presteza las imágenes internas de las cosas , y de las palabras ; al contrario hay otros charlatanes , y habladores , que parece que tienen en lengua todo su cerebro , ó cabeza , y estan mal contentos consigo mismos , y con los otros hombres.

quan-

quando no logran el hablar quanto quieren. Además de esto debemos observar , y atender á la diversidad de países , y su situación. No puede dudarse que manifiestan por lo comun , y logran mayor vivacidad de ingenio los que nacen en climas calorosos , que los que nacen en los frios ; y de consiguiente los de climas Meridionales ; que los de Septentrionales. Aquel gran mundo ó Planeta del Sol , que tiene tanta parte en este nuestro mas pequeño , y sus infinitas producciones , este mismo es el que con su calor , y fogosidad ayuda al otro calor interno del cuerpo humano , para formar aquellos espíritus auxiliares , que tanto sirven al alma para exercer sus funciones. Si en lugar de este calor predomina el frio externo , tambien se producen estos espíritus ; pero por lo comun son gruesos , y pesados , muy á propósito para dar fuerza , y vigor á las fibras , y músculos del cuerpo ; pero no aquellos sutilísimos , y vivísimos que necesita el alma para moverse con velocidad en el gabinete interior del cerebro ó cabeza. Tambien puede dañar quando el calor es excesivo ; pero paso adelante , y no me detengo en esto. Otra insigne diferencia se encuentra comunmente entre los que nacen en Países baxos y húmedos , y los que nacen en Países altos y secos , como son los montes , las colinas , y partes que se les acercan. El ayre , que es un elemento de una actividad prodigiosa , dentro del qual no sabe el ignorante vulgo que él se halla nadando siempre , como los peces en el agua , no solamente sirve al hombre y á los demas animales para que respiren ; esto es , para aquel concertado movimiento con que se mueven , mas tambien se introduce y penetra por todas sus partes , y especialmente por las fluidas que los componen , y de consiguiente por la sangre , concurriendo con su virtud elástica á mantener vivo y líquido este licor balsámico , y en una continua circulación y rigidez para reparar lo que sale de nuestros cuerpos por la transpiración y otros secretos conductos. Ahora , pues , el que

que nace en terreno lagunoso ó pantanoso, sujeto á nieblas espesas: en una palabra, en terreno de ayre pesado, húmedo y grueso, no tiene ordinariamente aquellos espíritus vivaces, y de igual fuerza, que logran los que nacen, y habitan en las montañas y colinas. El azufre, las sales, y aquellas partículas igneas, que salen de la tierra, y andan volando por la atmósfera, estas son las que concurren á producir espíritus de una fuerza maravillosa; pero careciendo de todo esto el ayre de los países húmedos, y pasando sus vapores á la sangre de quien lo respira continuamente, con dificultad produce semejante sangre espíritus orgullosos y vivos. Por este motivo pasó á ser proverbio entre los antiguos el ayre de la Beozia, para significar, que eran groseros los espíritus que allí se criaban. Al contrario los que nacen y se crian en países de ayre puro y enxuto, este mismo ayre contribuye mucho con su mayor elasticidad á dar mas calor á la sangre, y al sugeto mas aliento y robustez; y quando el ayre contiene en sí mayor porcion de partículas sulfúreas, nitrosas y salitrosas, así como es mas á propósito para producir yerbas de mayor eficacia y virtud, así tambien ayuda mucho á producir espíritus sutilísimos y de mucha actividad para las funciones del cuerpo y del cerebro, y de consiguiente hombres mas industriosos, y de mas prontos y delicados ingenios. Es esta verdad tan cierta, que pasando uno en tiempo de verano, y en una misma Provincia de un país de ayre sutil á otro de ayre mas grueso, miéntras las partes fluidas de su cuerpo no se atemperan al equilibrio del ayre nuevo, y los delicadísimos canales de sus humores no se adaptan al ayre grueso, que respira en aquel país húmedo; está expuesto á graves enfermedades y acaso á perder la vida; lo mismo, aunque ménos veces, puede suceder al que de un país húmedo y de ayre grueso se pase á fixar su habitacion á otro de ayre mas delicado y sutil. Con todo no negaré que estas reglas no tengan su excepcion; pero no porque tengan excepciones, dexarán de ser verdaderas regularmente.

§. VII.

Tambien puede ser causa de la sensible diferencia, que se advierte en las cabezas ó cerebros de los hombres, el nacer ó habitar, ó muy léjos ó muy cerca del mar. Mézclanse con el ayre aquellas sutilísimas exhalaciones salitrosas de este vasto elemento y filtrándose ó pasándose con el ayre mismo, se insinúan é introducen en la sangre, á la qual subministran mayor abundancia de aquellas partículas de que se forman los espíritus mas vigorosos: de manera, que considerando dos Pueblos situados en un mismo clima, pero que uno de ellos esté á la ribera del mar, y el otro mas distante ó tierra adentro, donde tambien lleguen los effuuios ó ayre del mar, que se extiende á algunas leguas, por lo comun serán mas vivos y sutiles los ingenios de los que estan mas cercanos al mar, que los de los otros, que estan mas apartados de él; á la manera que por causa de los vapores cálidos del mar, ciertas Islas del Norte padecen ménos frio, que otros países Mediterráneos, que estan ménos apartados de los Trópicos. De aquí proviene á mi entender, que ciertas Naciones Septentrionales exceden en capacidad, y bondad de cerebro á otras ménos Septentrionales que ellas; porque aquellas gozan de los hálitos é influxos favorables del mar, de que no gozan estas por estar mas apartadas. Dexo de referir aquí otras muchas diferencias, que se advierten en los genios é ingenios de los hombres, y que pueden tener su origen de los montes, rios y vientos, de los effuuios de diversos terrenos, de otras causas; cuya relacion nos apartaria demasiado de nuestro argumento y propósito: solamente diré, que el vivir en país Republicano y tener parte en su gobierno, juntamente con las ocasiones de tratar negocios graves sutil y delicadamente, el acostumbrarse á la eloquencia en disputas y controversias forenses y políticas; todo esto puede contribuir al despejo y perfeccion del entendimiento humano, y

aun á que pasen estos espíritus elevados de padres á hijos. El espíritu baxo y servil, á que estan acostumbrados los moradores de algunos Pueblos desde su niñez, nos hace ver que muchos de estos entendimientos oscuros serian muy lucidos, si tuvieran otra crianza y gobierno: y en aquellos países donde no hay libertad, si se llega á tener parte en el gobierno de los Pueblos grandes ó á tener domicilio en las Ciudades mas populosas, donde suele haber mas policía, y comodidad de cultivar el talento, puede suceder que se adquiriera algun grado de perfeccion, que no se conseguiria fuera de allí.

§. VIII.

A Hora, pues, toda esta variedad de cerebros é ingenios entra tambien en aquel magestuoso diseño, que concibió el Criador, quando formó este globo terráqueo, manifestando su voluntad de que en él hubiese una admirable variedad de cosas; pero especialmente entre los hombres, á quienes el mismo Señor ha dado el señorío de toda la tierra: no porque aquel Artífice Soberano quiera, ni apruebe jamas el error, las locuras, ni los otros muchos defectos de estas notables hechuras suyas: estos defectos y desconciertos, y esta misma tan extraña variedad de personas, de habilidades y fuerzas, toda proviene de la tierra misma, y de aquellas primeras leyes, que el Criador infundió en la naturaleza de los cuerpos, en sus movimientos, encuentros, opresiones y contrariedades. Dos cuerpos fluidos, mezclados uno con otro, suelen, segun la experiencia, convertirse en un cuerpo sólido: ni faltan Químicos que quiten al mercurio su fluidez, bien que ninguno hasta ahora ha llegado á encontrar aquella dichosa transmutacion, para cuyo hallazgo aun en nuestros dias se gasta mucho tiempo y dinero. Así tambien en un país y terreno nacen ciertas yerbas y árboles, que en otros, ó no prevalecen ó duran poco, ó no producen frutos pro-

vechosos; y esto no por otra causa, que por la falta de aquella proporción, que deben haber entre las yerbas y plantas, el ayre, el agua, la tierra y el calor, que necesitan para criarse, y que son de qualidades diversas en diversas tierras y distintos climas: ni podemos negar, que los cuerpos humanos por esta parte dexen de sujetarse á estas leyes. Un hombre dotado de felicísimo ingenio, ó bien de un cerebro trabajado con grande artificio, debería producir otro hombre semejante, debería tambien la infeliz cabeza de otro hombre verse copiada puntualmente en sus hijos; y de hecho muchas veces pasan á los hijos las inclinaciones, los lineamentos y aun las enfermedades de los padres. Con todo observamos y vemos no pocas veces, que estos ingertos son poco semejantes al ramo ó tronco de que fueron cortados; y esto no por otra razon, sino porque el hombre, aunque sea solo el verdadero principio de la corpórea generacion de otro hombre, no puede formar otro como él mismo, sin el concurso de otras causas; y concurriendo la sangre, los espíritus, la leche y aun hasta la fantasía de su consorte para concebir, formar, perfeccionar y alimentar el feto. Suele este por tanto sacar muchas veces figura, fuerzas, espíritus y humores muy distintos de los de su padre, y aun desemejantes á los de su madre, no pudiendo mantenerse sino es con mucha dificultad aquella sola arquitectura, que provenia del padre entre la confusion y mezcla del espíritus tan diferentes. En esto tambien podemos observar el cuidado que ha tenido nuestro Divino Artífice de extender mas y mas la variedad de las criaturas, que ha puesto sobre la tierra, pudiendo muy bien el Señor hacer que cada hombre por sí solo produxese otro semejante; pero no ha querido á fin de hacer mas vario en todas sus partes el gran teatro del mundo; como ni tampoco ha querido, que alguno de los animales nazca en él, sin que se mezclen los cuerpos ó sin algun padre, de sola la putrefaccion de la tierra, como buenamente

se había creído en los tiempos pasados. Finalmente, al tenor de las primordiales leyes de la naturaleza, sucede que salgan diversas las imágenes de los hombres y diversos sus espíritus, por causa de las diferentes fuerzas de quien los engendra y alimenta; reconociéndose distinto fuego y mayores espíritus en los que nacen de padres jóvenes, sanos y robustos, de los que nacen de padres viejos, endebles ó mal sanos. Y aunque de estos últimos puedan tambien salir cerebros perfectamente organizados, con todo, por lo regular aparecerá el defecto de sus padres en sus cuerpos y espíritus.

CAPÍTULO IV.

De las diversas inclinaciones de los hombres, á causa de sus varios cuerpos y espíritus.

§. I.

Repárese que entre las voluminosas obras del insigne Médico Galeno, se encuentra una con este título, que las costumbres del ánimo siguen el temperamento del cuerpo. En prueba del asunto cita varias autoridades de Hippócrates, Platon y Aristóteles, nombres todos venerables: pueden juntarse á estos tambien Parménides, el qual por testimonio del dicho Aristóteles fué del mismo dictamen. Siguiendo, pues, á este famoso Escritor, llamémos á exâmen la inclinacion natural de las personas. Por esta entiendo yo una vigorosa propension y apititud interna, que tiene el hombre á una cierta manera de vivir y obrar, que puede muy bien crecer ó mudarse con la educacion y con los hábitos, que vengan despues; pero que nosotros ordinariamente la llevamos con nosotros mismos desde el vientre de nuestra madre hasta el sepulcro. Todo mancebo, que quiera meter la mano en su pecho, y pensar la indole ó incli-

nacion que le ha tocado por suerte, podrá, si quiere, dar buena cuenta de sí mismo. Quien la reconocerá buena y quien mala: algunos inclinada á la virtud, otros al vicio: aquellos quando se les proponen acciones honestas y laudables, corren á practicarlas sin trabajo, ni fatiga, y sienten en sí mismos un aborrecimiento y odio á las acciones deshonestas y abominables. Y si acaso alguna vez por mera fragilidad humana caen en alguna culpa, al punto se les cubre el rostro de vergüenza, y sienten un vivo disgusto y dolor, y no tardan á volver á entrar en el camino de la virtud. Pueden estos decir con el Sabio: (*Sortitus sum animam bonam*, Sap. c. 8. v. 19.) me ha caído en suerte una buena alma; esto es, segun los Sagrados Intérpretes, una buena índole. Otros por el contrario con alegría se dexan transportar de éste ó de aquel vicio; no bastando las reprehensiones, exhortaciones, y aun castigos para contenerlos; y si alguna vez se logra, apénas se abstienen por tiempo muy breve, quando vuelven á engolfarse en sus apetecidas iniquidades. Quien es tímido, quien terrible, quien vergonzoso, quien descarado, algunos son inclinados á la crueldad, otros á la luxuria, á los latrocinios, á la ociosidad, á la embriaguez, á la avaricia y á otros desórdenes semejantes. No hay duda, que algunos quando se determinan á forjar un engaño, un enredo, una mentira dañosa á otros, sienten en su interior un disgusto de obrar de este modo; pero hay otros, á quienes este modo de obrar no cuesta dificultad alguna, y concurren á semejantes cosas de muy buena gana; y aun parece que los impele á estas operaciones su perversa naturaleza. Nos habrá sucedido muchas veces el encontrar personas tan compasivas y de corazon tan tierno, que no pueden sufrir el que se maltrate delante de ellos un animal irracional: no tienen corazon para ver matar un pollo, ni un cordero; y otras tan crueles y fieras, que aun á sangre fria quitan la vida á un hombre, á un hombre inocente. Esta índole, ó buena ó perversa, esta inclinacion innata y como indeli-

be-

berada propension á las acciones virtuosas ó viciosas ; á quién la debemos atribuir. No ciertamente á nuestras almas, las cuales ningun Christiano se determinará á juzgar que nazcan desiguales entre sí. Puede provenir esta diversidad de hábitos diferentes y contrarios: pero aun ántes de formarse estos hábitos, ó buenos ó malos, encontramos en los hombres estas buenas ó malas inclinaciones: de donde se infiere, que la variedad de índoles procede del cuerpo muchas veces, el qual amasado ó empastado, digámoslo así, de este modo y no del otro, y unido despues con el alma, pasa á ésta no ménos el provecho de sus perfecciones, que el daño de sus defectos naturales; y segun su desigualdad, inclina á su compañera, ó por mejor decir á su señora, á movimientos desiguales de amor ó de odio, y da mayor ó menor fuerza á estos movimientos, y á todas las demas acciones del alma misma.

§. II.

YA es modo comun de hablar el decir, que este ó el otro tiene un buen ó mal natural, para significar esta índole ó inclinacion, que ha nacido con nosotros, y que es un don feliz ó infeliz de la naturaleza. Con este magestuoso nombre de naturaleza, tan familiar á los antiguos Filósofos, y aun al mismo vulgo; no debemos entender ciertamente alguna espiritual inteligencia puesta por Dios, dotada de razon y conocimiento; y que por orden del mismo Señor, y haciendo sus veces gobierne y dirija este mundo, como ha pensado alguno en nuestro tiempo; pero se ha de entender el conjunto de aquellas firmes y constantes leyes, á las cuales desde el principio sujetó Dios todas las criaturas, y sus movimientos, ya libres, ya necesarios, como lo juzgó su infinita sabiduría mas á propósito. Segun estas leyes, precediendo los actos necesarios á la generacion del hombre, vienen á formarse las admirables máquinas de los

cuerpos humanos, que aunque todas sean semejantes en las partes primarias ó substanciales, son diversas ó desemejantes entre sí en las secundarias ó accidentales de su organizacion, algunas muy perfectas, otras ménos, algunas un poco defectuosas, y otras con mas defectos, de lo que resulta aquella variedad increíble, que vemos en la superficie de los miembros de los hombres, en sus humores, en sus espíritus, y principalmente en la estructura ó composicion de sus cerebros, que son el origen de la diversidad de ingenios y diferencia de juicios. Toda esta diversidad que hay entre un hombre y otro, he dicho que es una consecuencia de las leyes primordiales, que estampó Dios en los cuerpos diferentes, de manera, que en la generacion y corrupcion de estos mismos cuerpos, generalmente hablando, no hace Dios otra cosa que concurrir con su influxo universal, como causa primera, sin la qual nada se conserva, y nada pueden hacer las causas segundas. Pero el Señor nada cria de nuevo en la formacion de nuevos cuerpos, solamente cria de nuevo el alma racional, que se une á ellos. Aquí, pues, debería levantar las manos al Cielo, y prorumpir en humilde y afectuosa accion de gracias al Soberano Artífice qualquiera que reconoce en sí una índole buena y una fuerte inclinacion á todo lo que sea virtud, y una aversion á todas las acciones que sean viciosas. Esta es una de las gracias mas singulares, que la diestra del Señor dispensa al hombre en su concepcion. Llámase como bienaventurado, y ciertamente puede decirse afortunado aquel á quien tocó en suerte un cuerpo formado con tal destreza y armonía de partes, que por medio de él experimente el alma una tranquilidad de humores y de espíritus, que le ayuden á obrar solamente cosas honestas bien ordenadas y santas. Si las almas salen todas iguales de las manos de Dios, los cuerpos se hallan sujetos á otros varios accidentes, porque hay entre ellos una gran desigualdad de innumerables modos; y si el Altísimo ha destina-

do

do para nosotros uno de los cuerpos mas bien organizados; esto es, de aquellos que influyen en el alma una poderosa inclinacion á la moderacion de todas sus operaciones; si á este cuerpo mas bien que á otro alguno ha querido unir el alma, que constituye al individuo humano, todo es efecto de su dignacion y misericordia, y por esto debemos darle continuas y humildes gracias, por ser este un anillo ó eslabon muy importante, del qual puede depender la cadena de nuestra mayor felicidad; y así como el externo aspecto es diferente y vario en los cuerpos humanos, así tambien lo es el temperamento interno: suele este durar por toda la vida, tal qual lo sacó cada hombre del vientre de su madre, á no ser que los trabajos, los alimentos, la mutacion del ayre, y especialmente la de la edad muden de algun modo nuestro temperamento; pero nunca será total y perfecto este cambio. Aquel á quien por exemplo la naturaleza ha dado una tal constitucion de humores, que por ella venga á ser colérico, melancólico y flemático, siempre lo será hasta el sepulcro, sino es que la virtud refrene y esconda de nuestra vista de algun modo esta natural disposicion. Ahora, baxo este nombre de temperamento, quiero significar la composicion y mezcla de varios fluidos y humores, que el Artífice Supremo ha dispuesto con tanta simetría en los cuerpos de los animales, y de consiguiente en el del hombre, atentos todos al cumplimiento de su propio officio, sin que el uno confunda ó impida por lo comun el ministerio de los otros; por lo que, ó bien sea la abundancia ó la escasez de los efluvios ó espíritus, que brotan de algunos de estos humores y substancias, ó bien su propia figura, que suele ser muy diversa en diversos sugetos, son en mi juicio no pocas veces las causas mas próximas del influxo, que tienen en las costumbres del hombre. Observamos que la virtud para mantener la especie se halla solamente en los varones, y parece que á esta misma virtud se ha consignado un asiento y lugar determinado en

en la artificiosa y admirable máquina del cuerpo humano; y bien sea que ella rebose de sus mismos vasos, ó bien, como parece mas verosímil, que sus espíritus sutilísimos pasen y se difundan, ó esparzan por los otros fluidos, y por los poros de las otras partes del cuerpo (reconociéndose esto muchas veces por el olor de las carnes de ciertos animales), parece que su virtud y efectos se extienden mucho, sirviendo á producir en el hombre, y aun en los otros animales, un cierto género de vigor y fuerza, y á veces de ferocidad, valentia y furor, que no pueda atribuirse á otra causa que á esta ya dicha. En las hembras, porque carecen de semejantes espíritus, regularmente no se encuentra un igual vigor, ó por lo ménos no tanto como en los varones; y á si éstos, contra la institucion de la naturaleza, les faltase de algun modo la mina de estos espíritus, entónces los hallamos como convertidos en mugeres, tímidos, flacos y sin aquella primera animosidad. Siendo esto así, ya comenzamos á descubrir que en alguna manera nace de este principio, y por él crece el corage y animosidad del hombre; y faltando éste, viene á ser tímido y cobarde. Asimismo no puede dudarse, que de estos mismos espíritus, conducidos desde determinados nervios á la fantasía; esto es, al cerebro, y principalmente quando son irritados, dexa de provenir la ciega y furiosa pasion de la luxuria, la qual fácilmente transfunde en nuestra alma sus movimientos desarreglados, y todo su veneno, y es capaz, si la virtud no la refrena, de arrastrarla á vicios perversos é infames, y aun á bestiales costumbres.

§. III.

Oportunamente se presenta en estos exemplos uno de los influxos, que tiene el cuerpo en el alma; y de éste facilmente se deduce y conoce el taller ú oficina interna, que á la sordina, por decirlo así, pueden hacer
los

los espíritus de otros humores y fluidos de nuestro cuerpo en la parte terrena. Pero lo mas admirable es, que estos espíritus animales llevan consigo una grande actividad y fuerza aun para las funciones intelectuales del alma, y para inclinarla á ciertas operaciones morales. Por mas que se conciban dichos espíritus muy pequeños y compuestos de una materia sutílsima, con todo, siempre conservan la configuracion que traen de la misma materia, de donde nacen y se originan, y esta configuracion puede ser varia, y de consiguiente producir diversos efectos. De la misma manera las sales, no obstante que se comprehenden en una sola categoría de cuerpos sabrosos, con todo se distinguen y dividen en varias clases, á causa de sus diversas superficies, observándose que hay sales dulces, sales amargas, ácidas, agrias, austeras, cáusticas, y de otros varios sabores y figuras, que no tienen nombre en el vocabulario de mi memoria. Hagó aquí mencion de buena gana de las sales, porque es probable, que de aquellas sales volátiles, de que abunda la sangre del cuerpo humano, alambicadas, filtradas y sutilizadas por el calor interno, se forman los mismos espíritus animales en la oficina de nuestro cerebro. Y si á este principio químico quisiese alguno añadir para la formacion de estos espíritus aquellas partículas desmenuzadas y esparcidas de los otros dos principios químicos, quiero decir, del mercurio y azufre, que se creen tienen jurisdiccion en la sangre, añádalos en buen hora, que no me opondré á este modo de pensar, con tal que estemos de acuerdo en admitir como cosa verosímil, por no decir cierta, que las partes mas enérgicas, eficaces y sutiles de la sangre arteriosa, y sus flamantes chispas son aquellas, que á la manera que del vino se saca su espíritu, así ellas de la sangre pasan á ser espíritus animales, y como portadores del comercio, que mantiene la union del cuerpo y alma, y el que tienen estos unidos con los demas cuerpos externos: estos espíritus á proporcion

la

la de la diversidad de las sales y azufres de que son engendrados, tienen entre sí diversa figura, y por tanto diversos efectos. No he llamado lucidos ó flamantes á estos espíritus por puro antojo mío; pues la experiencia demuestra que así en los brutos, como en los hombres, hay algunos, que en la obscuridad de la noche ven los objetos, no por otra razón, sino porque sus espíritus animales envían aquella luz de sus ojos, con la que pueden distinguir los objetos.

§. IV.

CON estas luces pasemos ahora á reconocer los varios géneos de los hombres. Egesipo, por exemplo, es una persona quieta; que naturalmente no se irrita con las injurias, y que para hacerla montar en cólera no bastaría un burro lerdo, aun despues de haberle disparado muchos pares de coces. Los espíritus de este se compondrán de una sal alcálica y dulce. Corina se dexa conocer de todos por una muger de géenio suave y complaciente, no sabe ser desdeñosa, y la cuesta mucho trabajo el hablar enfadada: acaso en ella es muy endeble la vergüenza, que en otras mugeres es una fortaleza insuperable. Sin duda que sus espíritus se componen de una masa de sal dulce. Y quando tambien ella creyese fácilmente lo que todos la dicen, quando sus discursos y razonamientos fuesen por lo comun poco saludados, ó por mejor decir insípidos, se podrá creer que por sus venas y arterias corre una buena porcion de la que llamamos sal fatua; y por tanto deben sus espíritus llamarse mas que dulces ó dulces demasiadamente. Ni son raras estas personas á quienes vulgarmente solemos llamar de pasta dulce. Al contrario Timon, miradlo salvage y tosco en sus modales, áspero en sus respuestas, jamas se rie y jamas habla que no sea con bravatas: quien pudiese registrarlo interiormente, hallaria su sangre llena de una sal volatil, de donde pro-

vienen aquellos espíritus agrios, mordaces y escabrosos. Asimismo encontraria ciertos espíritus sutilísimos y puntiagudos, semejantes á pedacitos de fuego, el que registrase la sangre de Organte, hombre tan pronto á la ira, que una sola palabra, un solo gesto, una ojeada sola basta para encendérsela. De esta misma manera podemos discurrir de otras muchas personas, atribuyendo al temperamento de su sangre, y de los espíritus conformes á ella uno de los primeros principios, que causan el diverso temperamento, y de consiguiente las diversas inclinaciones de los hombres; ni solamente basta considerar aquí la diferente configuracion de tales espíritus, segun yo la creo; mas tambien es necesario contar con la mayor ó menor cantidad de los mismos espíritus, y con la mayor ó menor expedicion con que se mueven. Quando consideramos á Polion tan irresoluto en sus determinaciones, tan espacioso y perezoso en sus acciones, que al oír hablar recio á otros, al punto se encoge y amilana, que despues de haber comenzado una obra, fácilmente la dexa y se retira arrepentido por qualquiera oposicion y dificultad que sobrevenga: que queria encolerizarse con justo motivo; pero no halla el modo de hacerlo: que desearia desalojar de sí el miedo y la timidez en tantas ocasiones; pero que no puede conseguir nada de esto: á este tal le llamamos hombre de poco espíritu; y hablando de este modo, queremos dar á entender, que está pobre de aquellos espíritus vigorosos de que se sirve el alma para los árdulos negocios que ocurren en el comercio humano. Abundará ciertamente de estos espíritus aquel General de una Armada, que sin defensa, frio y fogoso al mismo tiempo, se dexa ver en todas partes y ocasiones entre las fatigas militares, sin conocer el miedo, ni saber que cosa sea reposo. Encontramos tambien personas, á quienes ni con la mayor violencia se les puede hacer montar en cólera; pero una vez encendidos en ella, no solamente se muestran mas animosos, y aun mas fieros que otros, pero tambien con-

servan en sí mismos por tiempo mas dilatado este impetuoso movimiento: ni la lentitud y tardanza con que se encienden proviene de la falta de espíritus, sino de que estos espíritus son por sí lentos, y no muy sutílizados ó porque están unidos á otro humor, que llamaron fiema los antiguos ó porque su temperamento es juntamente colérico y melancólico. Otros al contrario, que con poco se enciende en ellos el fuego y con un vuelo rápido hace grande impresion y conmocion en su cerebro, siendo causa de esto el nitro y azufre de sus vivísimos y sutiles espíritus; pero despues vuelven con presteza á su primera quietud y calma.

§. V.

A Hora para mayor claridad, y hacer ver con ella que las naturales disposiciones del cuerpo, son como las primeras semillas ó principios de nuestras costumbres, repárese con cuidado el artificioso trabajo de la naturaleza en los mismos brutos. Tenemos entre otros algunos perros, que naturalmente son perezosos, tímidos y de corazon apocado; hay otros espirituosos, fogosos y atrevidos: unos alegres y mansos, otros terribles y fieros, algunos festivos y bufones de génio, otros melancólicos, sérios y mal acondicionados; y así como estas criaturas irracionales obran de diversos modos á proporcion de los varios espíritus, que se forman de su propia sangre, así los animales racionales reciben de su complexion corpórea una aptitud y natural inclinacion para obrar mas presto de este modo que del otro. Esto se manifiesta mas particularmente reflexionando, que la naturaleza misma nos hace ver de quando en quando exteriormente las disposiciones interiores de los espíritus animales, y la propension de la máquina corpórea á diversos movimientos, que adaptados despues por el alma, vienen á ser acciones morales de ella. De hecho, la naturaleza misma suele delinear y pintar en el rostro de muchas personas, y principalmen-

mente en sus ojos, el génio y qualidad interior de sus espíritus. Por lo comun en los ojos de los amantes suelen leerse los caracteres del corazón. Así tambien aquel ayre dulce, que se observa en el rostro de algun sugero, y aquel que juntamente dulce y varonil se mira en el de otros, y principalmente campea en sus ojos placenteros, modestos y risueños, es una perspectiva de lo que se halla en sus interiores, manifestando no los secretos del alma; esto es, de la substancia invisible; pero sí el temperamento de aquellos humores y espíritus, que hay en sus cuerpos, temperamento dulce, porque es producido de las sales de esta misma especie, y por tanto inclina á costumbres mansas y apacibles. En esta conformidad solian los Latinos llamar *rostro liberal* al que nosotros llamamos *cara ó rostro de hombre de bien ó de hombre honesto*. Ni puede negarse que en la cara de algunos dexen de leerse estos lineamientos; esto es, aquellas señales, que corresponden á la interna, y bien ordenada arquitectura del cuerpo provisto de bellos y bien templados espíritus. Y si alguna vez encontramos con ciertos rostros, que en su terrible modo de mirar manifiestan saña y ferocidad, sospechamos á lo ménos con fundamento, aunque no lo tengamos por cierto, que aquellos cuerpos abundan de espíritus de maligna naturaleza, y que su alma tendrá inclinacion, fácilmente prorumpirá en desprecios, en riñas, en quèstiones, y aun tambien en crueldades; de la misma manera quando hallamos en algunos una frente estrecha y jamas arrugada, unos ojos como amortecidos, un caminar con la boca abierta, y con otras semejantes señales, tenemos justo motivo de conjeturar que aquella alma no tiene buena posada en aquella cabeza, y que carece de espíritus generosos, que la ayuden á producir sus acciones fácil y laudablemente; y aunque la fisonomía no sea un arte seguro, con todo ayuda bastantemente para conocer é indagar las internas inclinaciones de las personas, sus defectos y habilidades.

§. VI.

LO que conviene advertir, ademas de lo dicho en órden á nuestro temperamento, es que nuestros espíritus, aunque sean sutiles, pero siempre materiales, son los que por lo comun tienen gran poder para excitar nuestras pasiones. Estas, como veremos despues, son las que forman parte de nuestras costumbres, y llegan á ser en nosotros vicios ó virtudes, segun que nuestra alma, ó las vence refrenándolas y moderándolas, ó se dexa vencer de ellas. El que uno sea medroso y tan pusilánime, otro tan atrevido y alegre, é inclinado al amor brutal del cuerpo: que aquél sea tan pronto á la ira, al odio, al orgullo, esté otro á la tristeza y desconfianza, todo puede ser efecto del alma, quando ella medita; pero las mas veces hemos de atribuir el origen y principio de estas cosas á la máquina ingeniosa donde habita el alma: de manera, que las principales ruedas de tantos movimientos como experimentamos en nosotros mismos, las debemos buscar muchas veces, no en la potencia espiritual; pero sí en la materia de que estamos compuestos, la qual con sus ocultos artificiosos muelles tiene fuerza para mover el espíritu, haciendo muchas veces que de agente pase á paciente.

§. VII.

ZAnjados estos principios, es muy conveniente, y no ménos importante, el advertir y conocer todas las ruedas de esta nuestra máquina; esto es, aquellas primeras causas ó eficientes, ú ocasionales é impulsivas de nuestras acciones morales; porque sin este conocimiento, quando lleguen á desconcertarse nuestras costumbres, no sabremos elegir y aplicar los remedios oportunos, ignorando el origen y causa de un tal desconcierto. Advertimos que muchas de nuestras acciones (séame lícito el explicarme así) son como efecto de un prin-

cipio maquinal, y mecánico; porque la máquina de nuestro cuerpo juntamente con sus espíritus, como que arrebata á nuestra alma á hacer lo que no debería, ó á dexar de hacer lo que tenia obligacion á practicar: no por esto dexamos de ser reos, y culpables en aquella accion, ú omision pecaminosa; pero es bien se advierta, que á fin de que nuestra alma no se dexé arrastrar á cosas que no la convienen, es necesario que sepamos quáles son los instrumentos de nuestra parte corpórea, que pueden llevarla á estos desórdenes y precipicios.

VIII.

A Esto sin duda deberán atender los hipocondriacos, cuya suprema region es muy semejante á la del ayre, porque en aquella se hallan las mismas alteraciones y metéoros que en esta con igual variedad; esto es, unas veces serenidad, otras nublados, lluvias, vientos y tempestades: en algunas horas del dia goza este genero de gentes una dulce quietud, acompañando con buen humor sus sentimientos, divertimientos y coloquios; saben divertirse, reir, y á las veces á carcajadas: juzgarías entónces, que son los hombres mas festivos y alegres. Pero en otra hora del mismo dia, ya se muda la escena, miradlos todos oscuros, malcontentos y desazonados aun consigo mismos, ni quieren hablar, ni que otros hablen, la conversacion les es insípida, ó por mejor decir molesta; por tanto se escapan buscando la soledad; y si pudiesen hacerlo, huirían de sí mismos. Entónces se levantan nieblas de sospechas, de zelos, de temores y de dificultades en orden á sus intereses: dan á las sombras tanto cuerpo, y tal apariencia á las cosas contrarias, que se les figuran como montes, muy altos, y casi les parece que caen sobre ellos: el que ántes era su amigo y confidente, y aun recibia sus favores, guárdese bien, porque corriendo esta constelacion tan contraria, corre tambien peligro

de recibir malas respuestas, desdenes, y malos tratamientos. Pobres de los criados que los asisten en este tiempo. Fuerza es que se preparen para tragar y sufrir lamentos, desprecios, amenazas continuas, si acaso no hay algo peor que todo esto: ninguna cosa habrán hecho bien entónces, la menor tardanza será una grave culpa, qualquiera respuesta, aun la mas moderada, será entónces una temeraria insolencia; y no habrá cosa mas fácil en semejante coyuntura, que el echar á los pobres criados de la casa. Mucho se necesitaba para concluir el retrato de quien está expuesto á los asaltos de este humor melancólico. Entretanto esta persona hipocóndriaca é inquieta acusará á todos los que andan cerca de ella, atribuyéndoles la causa de sus inquietudes coléricas, sin reflexionar, que el verdadero motivo de semejantes extravagancias está encerrado en el ventrículo ú oficina de sus flatos, y excesivas fermentaciones, ó bien en los humores de su cuerpo, que estan fuera de equilibrio, pasando estos desconciertos de la materia á desconcertar y alterar tambien la buena armonía de su alma: ojalá no fuera así. Muchas veces mudamos de voluntad y deseo, no por otra causa que por mudarse la estacion, el ayre y el viento: una tramontana ó cierzo, un tiempo sereno hace que estemos de un humor; un bochorno ó solano de un dia nublado nos pone de otro; porque las alteraciones del elemento que respiramos, llegan insensiblemente á alterar los humores, y nuestros espíritus. Estos últimamente conducen este mismo influxo, y la misma impresion á nuestro cerebro, que es el principio de nuestras operaciones. Sucede esto especialmente á los que en su modo de vivir no guardan una justa igualdad, siendo inestables, y llenos de voluntariedades y continuas mutaciones: unas veces alegres, otras respirando un mírame, y no me toques: en esta hora placenteros y resueltos; en la que se sigue desdeñosos é irresolutos; en un tiempo entregados todos al estudio, al trabajo, á la conversacion; en otro

araganes , sin aplicación , y deseos del retiro y soledad. Apliquémonos á estudiar el libro de nuestro cuerpo , y descubriremos que allí está escondida la causa motiva de tantas mudanzas ; esto es , la mala disposición de nuestros fluidos y espíritus , y que para curar de algun modo la desigualdad del ánimo , será necesario poder curar primero la desarreglada armonía del cuerpo , de la qual depende aquella en no pocas cosas. Por esto ninguno debería tener necesidad de aprender la causa por que los viejos , los enfermizos , y los actuales enfermos nos parecen comunmente tan tediosos , tan fastidiosos , descontentadizos y quejicosos ; y aun con la cólera en la punta de la lengua , y con la tristeza siempre en la cara. Sienten estos que la casa siempre amenaza ruina , y que la vida les es pesada , que no obedecen prontamente los miembros á las insinuaciones de la voluntad , que les faltan aquellos espíritus de que abundan los jóvenes y los sanos : es necesario compadecernos , y no formalizarse quando ellos acusan á la muger , á los hijos , y á los criados de tantas omisiones , ó comisiones , en vez de acusar la miserable constitucion de sus propios cuerpos , que en todas las cosas pone amargos disgustos á sus propios ánimos. En suma , por esta , y por otras causas decia el Apostol S. Pablo , que el corruptible cuerpo agrava á el alma , y nosotros tenemos , y podemos hacer la experiencia en nosotros mismos , tocando , como con la mano , que los desconciertos de nuestra alma vienen aun mas de lo que creemos de este nuestro cuerpo desconcertado. Todo quanto heimos dicho de la tristeza , debe decirse proporcionalmente de la alegría , cuyos efectos vemos no pocas veces en la comida y bebida ; principalmente en esta quando es espirituosa , y se toma sin la medida proporcionada y justa. Entónces los espíritus de los azufres y sales , que estan escondidos en el vino particularmente , se exáltan , y caminando por los nervios con presteza , llegan al cerebro , ó sino , desde el estómago por el camino de la sangre , y del chilo , van al mis-

mo término, y con ellos la alegría y acaso demasiada. No porque los espíritus vitales, y mucho ménos los del vino, quando no estan aun cocidos, sean de la misma velocidad, qualidad y especie que los espíritus animales; sino porque aquellos mueven fuerte y dulcemente á los otros, y tomando el alma la alegría del sentido del gusto, se excita en el cerebro un movimiento gustoso, y desde allí corren y se deslizan palabras alegres y graciosas á la lengua, y espíritus vivos, á los ojos, y muchas veces con tal impetu, que el alma misma pierde las bridas del tinó, y cae en lamentables excesos. Acuérdomé que en los tiempos pasados hubo un gran Príncipe, el qual á la medida de la dificultad que padecía en evacuar el vientre, era tambien estítico en hacer gracias y favores á sus criados y dependientes: estaban atentos los que le hacian la Corte, y luego que el cuerpo á fuerza de medicinas obedecía á la evacuacion, que se deseaba, al punto sus Cortesanos ponian en manos de su amo sus memoriales y súplicas con la seguridad de lograr favores y gracias; y decian despues unos á otros estos bufones, que la clemencia de su amo no era efecto de su cabeza, sino de otra parte de su cuerpo algo mas baxa. Tiempo es ya de hacer aquí una reflexion para tenerla muchas veces á la vista en el exâmen de nuestras costumbres, y de las de otros hombres. Hacen estos muchas acciones, que tienen todo el color y rostro de virtud; pero las mas de ellas ni son virtud, ni obras virtuosas. Pueden ser y son muchas de ellas efecto y movimiento del temperamento natural y propio; esto es, llevan la máscara, ó baño de virtud; pero les falta aquel interno valor y mérito, que hace que sea virtuosa una accion, de lo que hablaremos á su tiempo. Bellamente parece entre las virtudes morales la de la misericordia, el ser tierno de corazon, el compadererse de las miserias ajenas, y procurar socorrerlas y aliviarlas. Pero algunos desde el vientre de su madre, y en la composicion de sus humores, y delicada configura-

racion de sus espíritus animales, demasiado suaves y dulces, traen consigo estas bellas qualidades é inclinaciones, moviéndose su fantasía maquinalmente al ver los trabajos, y miserias ajenas, como si fuesen propias, al modo que algunos serien facilmente quando ven á otros que se rien, y lloran tambien quando ven á otros llorar. No cesa, ni acaba Arsenio de alabar la paciencia de un servidor suyo, y el sufrimiento con que calla aun quando le dicen las mayores injurias. Una madre encuentra tambien una buena porcion de tolerancia en una hija suya. Un Maestro en su novicio: no se les oye el menor resentimiento: sufren en buena paz las tempestades de las riñas, amenazas, y aun los golpes, que se siguen á estas. Puede ser que este laudable silencio, este sufrimiento, esta paciencia nazca de una virtud verdadera; pero tambien puede ser que provenga de un temperamento natural, y que no les cueste dificultad alguna esto que se parece á la virtud de la paciencia. Basta para todo esto tener pocos espíritus, y que estos sean apacibles, mezclados con poca cólera, para que un sugeto aparezca pacienczudo, y casi insensible á todo aquello, que en otro mueve grandes incendios de impaciencia, y de cólera. De hecho, quien quisiese lograr un criado paciente, quieto, y fiel, mas facilmente lo encontrará entre aquellos que tienen pocos espíritus; pero dispóngase al mismo tiempo á sufrirlo perezoso, desatento, é in habil en muchos casos, porque esta es una pension de su flaco temperamento. Al contrario un servidor de complexión, y cabeza espirituosa tendrá mayor habilidad, mayor brio y prontitud; pero siempre con temor, por no decir seguridad, de que en él se hallará la impaciencia, la volubilidad, y acaso tambien la infidelidad, efectos todos del demasiado nitro, y azufre, que bullendo en las venas pasa á su cabeza. Del mismo modo la templanza que observamos, y con razon alabamos en muchos sugetos, será probablemente en estos efecto de una verdadera virtud: ¿pero quién me dirá que en

algunos no pueda ser una consecuencia natural de su temperamento, y de su flaqueza de estómago? Del mismo modo podemos discurrir de la forreza, de la magnanimidad, de la humildad, de la moderacion, y de otras virtudes, que por varias causas, y especialmente por ser efectos del solo temperamento, pueden no llegar á ser verdaderas virtudes en el hombre que las posee, porque no proceden de una voluntad resuelta, y de una razon que manda; pero sí de la disposicion de su máquina, y de la abundancia, ó carestía de los espíritus mencionados. Serán, pues, efectos naturales, pero no hábitos, ó actos de virtudes.

§. IX.

Digo, pues, que si de otra manera mirasen estos mismos principios algunas personas de conocida piedad, y de santa y delicada conciencia, no se quejarían tantas veces de algunas distracciones, y contratiempos, que les suelen suceder, quando se exercitan en actos de devocion: acostumbradas á meditar en las grandes verdades, que el Cielo nos ha revelado, y á tratar con aquel Divino Señor y Maestro, que ellas aman y buscan, y saben que lo tienen presente en sus corazones, á veces les parece que está muy léjos de ellas, y ni encuentran palabras, ni pensamientos para acercarse; y como si fueran troncos insensibles pasan todo el tiempo de su oracion sin sacar fruto alguno. Otras veces se sienten tan desganadas y descaecidas, por no decir perdidas ó atolondradas, que temen que su dulce Esposo, como se dice en los Cantares, se les haya huido, y retirado á otra parte; y por esto se quejan amargamente, juzgando, que por culpa suya, y por defectos imaginados, y no conocidos, se les ha ausentado el dulce objeto de su amor casto, y puro. Pero cesarian muchas veces estas quejas y congojas, si descubriesen la causa verdadera de tan tristes desconsuelos, y penosos desvíos. Podrán, pues, bus

buscarla muchas veces en los rincones de sus almas ; pero la hallarán solamente dentro de su cuerpo en sus disposiciones y humores. La abundancia de sangre es un enemigo doméstico , que impide muchas veces que el alma haga con desembarazo y libremente sus funciones, porque retarda ó detiene los movimientos de esta admirable máquina , á quien el alma está unida , enviando influxos molestos , que la hacen tarda y pesada. Quando sopla un recio viento, que llamamos bochorno, tienen fuerza sus partículas sutiles y cálidas de entorpecer á no pocos la sangre , y por consiguiente de engruesarlas; de manera , que deteniéndose entónces en los vasos , se sigue dificultad en la respiracion , se recalienta y ofusca la cabeza , y el cuerpo todo se hace perezoso y pesado. En esta constitucion de cosas no hay que maravillarse si despierta la melancolía , y si se perturba el órden y curso de los espíritus , de que se sirve el alma para sus operaciones , y si el mismo cuerpo queda como impedido é inepto para aquella atencion y fuerza , que se requiere para reflexionar y meditar las cosas espirituales , y levantar nuestros pensamientos sobre la terrena materia y barro de que somos formados. Luego que un intenso frio del invierno , ó un excesivo calor del verano se dexa sentir en nuestro cuerpo , entónces el alma , resintiendo la molesta y enfadosa situacion de su compañero y siervo , trabaja mucho para poder recogerse y fixarse en una meditacion , para la qual sea necesaria una abstraccion ó recogimiento del espíritu ; y si llega á conseguirla , dificilmente puede mantenerse en ella ; y esto no por otra causa , como cada uno puede facilmente entenderlo, sino porque los sensorios del cuerpo , molestados de la impresion dolorosa que hace en ellos el ayre ó ambiente que corre, obligan al alma á poner su atencion en aquel impulso molesto , apartándola de los otros objetos , que con ménos viveza la mueven en aquellas circunstancias. Lo mismo sucede quando el cuerpo está en una postura incómoda,

y mucho mas á proporcion , quando tiene algun dolor, aunque solo sea de una muela; y mucho peor quando nuestro individuo padece alguna grave enfermedad , no pudiendo el alma entónces dexar de sentir la mala disposicion del cuerpo , y de consiguiente inhabilitarse para profundas meditaciones , para las que es necesaria una gran calma , paz y sosiego en nuestro cerebro ; por lo que aquellas buenas almas no deben angustiarse al experimentar en sí ciertas distracciones obstinadas , ciertas desganas, somnolencias, obscuridades y melancolías ; porque todas estas cosas no son pecados , ni defectos del alma, son solamente naturales defectos , ó para decirlo mas claro , miserias del cuerpo humano , como lo son otras enfermedades mas ruidosas , y á que estamos expuestos cada dia. Quando vengan , pues , semejantes molestas tempestades , no se necesita de otra cosa para vencerlas , y pasarlas , que la humildad , y paciencia : ésta para conformarnos de buena gana con la voluntad del Señor , que lo ha criado , y gobierna todo : aquella para conocer mas y mas la miseria , y la nada de nuestro ser. Téngase esto por dicho , quando se trate de ciertos movimientos involuntarios , causados en los órganos , y fluidos de nuestros cuerpos , con tal que ni los busquemos ni los deseemos ; ántes bien los aborrezcamos , porque entónces , no siendo voluntarios , no son tampoco culpas , sí solo efecto de nuestra miseria.

CAPÍTULO V.

*De la variedad de los cerebros humanos,
que influye en la variedad de las
costumbres.*

§. I.

Ora vez volvemos á tratar del cerebro humano, supuesto que ya dexamos dicho que este no ménos que el temperamento de los humores, ántes bien mucho mas sin comparacion que estos, puede influir en las acciones morales del hombre con su disposicion material, y con las imágenes que se imprimen, y residen en él; y es tanto mas conveniente el tratar de esto, quanto el mismo cerebro es el que mas inmediatamente mueve al alma, y la dispone á obrar el bien ó el mal moral. La economía de las acciones humanas se hace de esta manera: nuestra voluntad no quiere ni busca otra cosa que el bien; y quando quiere el mal, sea físico, ó sea moral, lo quiere en quanto se le representa como bien. Mas para que la voluntad elija este bien, ó verdadero, ó aparente, es indispensable que el entendimiento se lo represente ántes como tal bien, habiéndonos dado Dios esta facultad del entendimiento para conocer lo verdadero y lo falso, no ménos que el bien y el mal; como nos ha dado la voluntad para abrazar lo uno, y huir lo otro. Mas para que nuestro entendimiento pueda exercitar los actos de su jurisdiccion; esto es, aprender, conocer, distinguir y juzgar, &c. nada de esto puede obrar mientras durase la union del alma y cuerpo sin el cuerpo mismo; esto es, sin los órganos del cerebro, y sin los espíritus animales, que son los mensageros entre la potencia material y la espiritual, y sin las ideas é imágenes corporeas, que como hemos dicho, se conservan en nuestro cerebro. La misma experiencia nos presenta

una

una demostración, aunque muy amarga de esta verdad, la qual siempre que la contemplo, me hace cubrir de un frio melancólico, porque me considero expuesto á tanta desgracia, pasándome por la imaginacion otras reflexiones no ménos tristes. Hablo ahora de la locura, del frenesí ó manía, de la epilepsia, de los deliquios, y otras semejantes enfermedades y desgracias, que especialmente llegan á herir el cerebro del hombre. ¡Qué meditacion tan triste y desagradable para quien sabe discurrir y racionar, es aquella de contemplar á un hombre loco y furioso, con todas las consecuencias funestas, que se siguen á semejantes enfermedades! Ahora me basta solamente el preguntar ¿qué otra cosa sea el frenesí ó manía, sino es un encendimiento y un movimiento como forzado y violento de los espíritus animales, que van á poner en confusion y desórden todo el almacen del alma; esto es, los fantasmas de las cosas impresas en el cerebro, imposibilitando entónces al alma misma para que obre con regla, ántes bien arrastrándola para que obre acciones desarregladas, impropias de su dignidad, y hacer que el hombre mismo aparezca una bestia, sin rastro de entendimiento? De este modo la locura no es otra cosa que un pequeño frenesí; pero que dura mas por lo comun, y que alguna vez desconcierta una de las celdillas del cerebro solamente, y otras veces muchas, de tal modo, que hallándose el loco despierto, sucede aquel mismo involuntario movimiento de las imágenes fixadas en el cerebro, que suele suceder quando sueñan los sanos. He dicho una ó mas de las celdillas del cerebro, porque á veces se encuentran locos por la violenta impresion de un solo fantasma, ya agradable, ó ya molesto, conservándose en su nativa fuerza ó sanidad el remanente del cerebro de aquel hombre. Quando ocurren accidentes epiléticos, desmayos, ó semejantes enfermedades; en las quales se precipitan del cerebro los referidos espíritus, no obstante que las funciones vitales se mantengan en su vigor y fuerza, con todo

ano-

anochece totalmente en el cerebro del hombre , de tal modo , que tanto el entendimiento , como la voluntad quedan privadas en este lamentable tumulto de poder producir sus propios actos. Y si aquí nos dixese ahora un buen Cartesiano , que aun entónces piensa el alma , aunque no se acuerde despues el paciente de lo que piensa , no faltará quien con igual facilidad se lo niegue. Por lo que á mí toca solamente diré , que un Rey , si se le rebelasen todos sus súbditos y siervos , y no tuviese modo de resistir ó apaciguar su loco furor , y se estuviese escondido en algun rincón de su Palacio , este acaso pudiera servir de comparacion al miserable estado en que se halla el alma racional , quando los espíritus enfurecidos , y rebeldes le niegan la debida obediencia , y alborotan todo su Reyno. Pero mas á propósito será decir que entónces el alma es ó se halla de la misma manera que los ojos encerrados en una cámara obscura , á quienes no se les ha quitado la virtud y fuerza para ver , mas solamente el exercicio de esta virtud.

§. II.

ENtretanto , si en estas sediciones de los espíritus advertimos que se halla alguna cosa ofuscada , y confusa la luz del cerebro humano , y que el alma padece algun género de eclipse , venimos á conocer consiguientemente quan necesario sea este instrumento para que la potencia espiritual piense , y de consiguiente haga sus operaciones morales. Por tanto hemos de considerar atentamente , y poner los ojos en esta nobilísima y admirable parte del cuerpo humano , para descubrir en ella uno de los mas importantes principios ocasionales de las mencionadas acciones , y del diverso modo con que obran los hombres , aun suponiendo en todos un cerebro sanísimo. Puede , pues , originarse esta diversidad entre un hombre y otro de la mayor ó menor cantidad , de la masa de su cerebro , de la mas , ó ménos artificiosa composicion

cion de sus partes, de la materia misma del cerebro, mas ó ménos delicada, de la diversidad, abundancia ó escasez de aquellas imágenes, que dexamos dicho se imprimen en él; y finalmente de la mayor ó menor actividad, y diversa qualidad de los espíritus animales, que son los que maravillosamente mueven aquella ingeniosísima máquina, bien que subordinados al motor dominante; que es el alma espiritual del hombre. Hemos hablado ya de estos espíritus suficientemente, exâminemos ahora lo que nos resta. Ni debemos esperar que la Anatomía nos ayude para discernir la diferencia notable que hay entre los varios cerebros de los hombres, unos necios, otros tontos, otros tardos para meditar y concebir las cosas escondidas y científicas, otros tan industriosos, despejados, agudos é ingeniosos; porque los ojos del Anatómico no pueden observar el interior del hombre vivo con todas las causas de sus movimientos, y mucho ménos los espíritus animales, y las innumerables figurillas, que se forman en nuestros cerebros; porque todas estas cosas no se sujetan á los sentidos externos. Ahora yo iré diciendo, y explicando así en comun, que la masa del cerebro no es la misma en todos los hombres; y que á esta diversidad puede atribuirse en parte el ser mas ó ménos ingeniosos los hombres. Nosotros mismos en nuestro comun modo de hablar, solemos decir que fulano tiene pocos ó muchos sesos, para dar á entender la abundancia, ó escasez de su ingenio ó de su juicio. Y porque segun el testimonio de algunos Anatómicos sabemos que el cerebro ó sesos de un hombre es dos veces mayor que el de un buey, animal superior al hombre en corpulencia y cantidad; y Aristóteles en el libro 2 cap. 7. de las partes de los animales dexó notado, que el hombre *inter omnia animalia plurimum cerebri habet, & inter homines mares, plusquam foeminae*; así debemos creer, que entre los hombres mismos hay diversidad en la cantidad del cerebro. De hecho, suele observarse por lo comun, que los mejores

ingenios se alojan en grandes cabezas, de frente espaciosa, y de mas anchá circunferencia que la que tienen los insensatos, y de ingenios mezquinos, á los quales podemos llamar por tanto hombres de pequeñas cabezas. Con todo puede darse el caso que una abundancia feliz y vigorosa de espíritus animales sutilísimos, ligerísimos y fogosos produzca el mismo efecto en una cabeza no grande, y en un mediano cerebro; y que mayor abundancia de ese mismo cerebro toque en suerte á una muger que á muchos de los hombres; pero con todo, la mayor grandeza de cerebro será por lo comun indicio de mayores sesos, y señal de un entendimiento y genio feliz. Hablo siempre de cabezas grandes, no por la mayor carnosidad, sí bien por la capacidad y anchura del craneo. Y por esto ademas de Aristóteles, Galeno, Egineta y otros, según el dictamen del antiguo Griego Polemon, en su tratado de la Fisonomía traducido al Latin, y comentado por el Conde Carlos Monte Cuculo Modenés, y despues por Juan Ingeniero, Obispo de Capo de Istria con otros modernos, han juzgado que la cabeza pequeña es indicio en el hombre de pequeño cerebro. También la diversa configuracion de la caja en que está encerrado el meollo, ó substancia de los sesos, la varia positura, y diverso repartimiento de este mismo meollo, pueden ocasionar diversidad muy notable en el exercicio de las fuerzas intelectuales. Por exemplo, el hallarse bien alojada la tierna materia del cerebro, hecho á manera de un arco garboso sin excesos, ni defectos en sus partes, el estar bien dividida en sus celdillas ó aposentos con aquellos pequeños canales, y poros convenientes para que los espíritus, que son instrumentos materiales de la potencia espiritual, puedan libremente caminar por este angosto, pero riquísimo proprio palacio; el no estar embarazadas las entradas, por las quales se introducen desde los nervios, ó por mejor decir, por los mismos espíritus, las especies, é imágenes de las cosas: todo esto, decia, puede contribuir

á hacer mas pronta y vivaz el alma en sus funciones mentales , y esta cabeza podrá decirse con verdad que es el asiento de un ingenio feliz. Al contrario será una habitacion mal dispuesta para el alma , y por tanto origen de varios defectos en el entender y pensar , quando la masa del cerebro no esté bien repartida , ó se halle muy apretada dentro del cráneo mal formado , y que por tanto se les niegue la entrada á los espíritus animales , y de consiguiente el penetrar por todo el continente de la corteza , é internas tunicas , y fibras , sin tener libre el paso á la presencia del alma : defectos todos que producen , ó confusion de los fantasmas , ó dificultad en el aprender , y meditar. En tercer lugar el mismo meollo, ó materia del cerebro puede hallarse mas ó menos dispuesta para recibir , retener , ó distribuir bien las imágenes de aquellos objetos , que le presentan los sentidos , pudiendo esta misma materia ser á veces mas dura , y otras mas tierna de lo que conviene , y en algunos sugetos tener mas , y en otros menos pliegues y senos de aquellos que se ven en mayor número en los sesos de los animales mas industriosos y sagaces , que en los de los otros que no son tanto ; y á la verdad ; de qué proviene que algunos se hallen tan pobres de fantasía , y con tan poca provision de memoria , sino de que la pasta , ó el humor viscoso de su cerebro , ó es demasiado blando , ó demasiado duro ; de manera , que ó no se imprimen en él las imágenes de las cosas , ó no se conservan , y retienen una vez impresas? Sucede esto principalmente á los viejos , muchos de los quales guardan bien fixas en la cabeza aquellas noticias que recogieron en su edad florida ; pero por la dureza que con la edad sobreviene á su cerebro , no la suelen tener ó retener en su vejez.

§. III.

NI dexan de hallarse sugetos , que en todo el curso de su vida han tenido , y tienen poca memoria , ó por

por la demasiada humedad, o por el temple muy seco que domina en su cerebro. Y con todo, sin una memoria feliz, esto es, rico depósito, se podrá hallar muy bien en alguno un gran juicio; pero rara vez un maravilloso y pronto ingenio. Hay además de esto algunas personas de una fuerte, y viva fantasía, imprimiéndose, y conservándose facilmente en su cerebro las imágenes de aquellas cosas, que caen baxo de los sentidos; pero que para comprehender, y entender despues las nociones espirituales, científicas, y escondidas, son mas duros que un tronco, y un mármol. Del mismo modo se hallan otros sugetos, que tienen el ingenio en sus manos; esto es, son ingeniosos, y fecundos en las obras manuales; pero al mismo tiempo carecen de agudeza, y fuerza para los conceptos espirituales. Merece tambien atencion un cierto y curioso género de ingenios; esto es, unos, hechos á propósito para mandar, otros para obedecer, descubriéndose entre ellos un ascendente, que llaman los Astrólogos, ó una subordinacion del uno respecto al otro. No es solo Diógenes el que habiendo caido en esclavitud, y llevado á la plaza para ser vendido, andaba diciendo; quién quiere comprar un amo? Hállanse tambien grandes Señores, á cuyas insinuaciones y preceptos está sujeta una numerosa familia, y aun muchos Pueblos y Provincias, y con todo vemos que un Ministro suyo se levanta sobre todos, y dexándolos la exterioridad del Señorío, se hará dueño así de los dependientes, y súbditos de su amo, como del amo mismo. Sucederá tambien al mismo tiempo que este Ministro tenga en su casa un criado, que haga con él lo propio, llevándole cómo, y donde quiera. Además de esto, si se hallan tantos casados que manden á sus mugeres, no faltan tampoco otros que las obedecen. Claudio Salmasio era tenido por el Príncipe de los literatos de su tiempo, tratábalos con rigor y fiereza; pero en su casa estaba con humildad delante de su muger. Hemos visto tambien personas viles, que entraron á servir á otras nobles,

bles, y las mandaron después, fuese esto, ó por instinto, ó por fuerza superior de su talento, ó bien por simpleza y poco ánimo de quien se dexaba mandar de su mismo criado: en suma, andamos buscando quanto podemos por una y otra parte para encontrar las diferencias notables, que se hallan en los entendimientos de los hombres, en sus fuerzas y habilidades, en sus buenas ó malas aptitudes, y todo esto al fin debemos reducirlo no á la diversidad de las almas; sí bien al diferente albergue ó posada donde habitan; quiero decir, á la buena ó mala pasta del cerebro, que nos ha dado la naturaleza, el qual puede cultivarse y pulirse de algun modo, por medio de la aplicacion al estudio; pero jamas podrá mudarse en un todo, porque lo que es escoria desde el principio, siempre lo será, y solamente lo que nació piedra preciosa, podrá dexar de serlo por causa de nuestros desórdenes excesivos.

§. IV.

Mucho importa finalmente el reflexionar con atención, y observar la variedad de inclinaciones, diversos temperamentos, é ingenios, especialmente en la gente jóven, para evitar el mal destino, que muchas veces les dan sus padres, y que reprueban todos los sabios. Destinan á uno para la Iglesia, otro para el siglo; á este al estudio de las Leyes, al otro al de la Medicina ó Matemáticas, y quien á un oficio, y quien á otro. En esto, pues, es necesario adaptarse á su natural talento, y examinar atentamente sus inclinaciones y habilidades. Alguno será famoso Pintor, otro diestro en tocar instrumentos músicos, otro muy á propósito para la mercancia; si se aplicasen y destinasen á estas profesiones; mas para las ciencias serán inhábiles. Uno puede ser que sea buen secular; pero metido en un claustro, sin considerar, donde le lleva su genio é inclinacion, vivirá descontento toda su vida, y hará tambien descontentos á otros. A esto deberian atender con cui-

dado aquellos pobres padres, que envian á sus hijos á las escuelas con el deseo ó esperanza de hacer en algun tiempo su propia fortuna, y ya se les figura, que subiendo á puestos muy altos mudan y trasforman en todas sus trapos viejos, y se alegran en la abundancia que ya les prometen las facultades y ciencias, que no han aprendido todavía. Jamas da peras el olmo, ni las encinas olivas ó manzanas. Hecha, pues, la prueba con destreza, para ver si los chicos descubren dura la madera para las ciencias, deben desde luego aplicarse á otras artes, en que con el tiempo puedan ganar el pan, dexando á las personas acomodadas, y mucho mas á las ricas, el que ocupen y destinen sus hijos al estudio de las letras; porque aun quando éstos nada ganen y se adelante muy poco, nada pierden ciertamente, y siempre se reputa por ganancia el tener ocupada en honestos ejercicios aquella edad, que es como la calentura del hombre, y el paso mas peligroso de la vida de los mortales. Asimismo debemos desear, que ciertos Maestros mirasen con atencion á las reflexiones que acabamos de hacer, para que se contuviesen en la cruel fiereza, que exercitan contra los pobres chicos, castigándolos tan fácilmente, y haciendo que la casa de la enseñanza parezca con tanto látigo una galera. Si el defecto de los jóvenes proviene de su perversa voluntad, desobediencia y obstinacion, serán justos los castigos, aunque siempre deben ser moderados, y alguna vez los mismos pacientes conocerán que se les castiga con justicia. Pero si sus defectos son originados de su mala composicion y dureza de sus cabezas; por cuyo motivo, ó son muy cortos de memoria ó tienen el entendimiento muy confuso, y de consiguiente no pueden adelantar mas de lo que su naturaleza les dió; á qué fin castigar esta impotencia? Y qué culpa tienen las manos para azotarlos tan repetidas veces, quando no tienen bien dispuesta la cabeza, y no pueden ni saben hacer mas de lo que hacen?

CAPITULO VI.

De la fantasía, y cómo influya en las acciones del hombre.

§. I.

Ahora explicaremos con mayor atención los oficios y empleos de la fantasía ó imaginativa, baxo cuyo nombre, como ya lo hemos observado, entendemos aquel admirable libro del cerebro humano, donde se estampan ó escriben las nociones ó imágenes intelectuales, que son las copias de los objetos sensibles, que recogen los sentidos externos, y las entregan á los nervios y á los espíritus animales, para que por medio de estos conductos sutilísimos pasen al emporio del cerebro. Todo quanto hemos dicho hasta aquí del poder del cuerpo y su influencia sobre los movimientos del alma, todo se hace por lo comun por medio de la fantasía; porque al mirar nuestra alma misma fixados en ella los fantasmas ó imágenes de las cosas, luego que su presencia despierta en ella alguna pasión ó movimiento, nacen tambien muy de ordinario varias acciones, que segun sus circunstancias, pueden ser malas ó pueden ser buenas. Por lo qual importa mucho al hombre exâminar y conocer bien este terreno maravilloso, tanto para evitar todo engaño, quanto para saber regular muchas acciones morales, que de aquí tienen su origen. Pero esto no es porque la fantasía sea por sí una facultad inteligente, motriz ó animada; pues no es otra cosa, que el cerebro mismo, adornado con las pinturas de aquellas imágenes ó figuras, por lo que debe dicho cerebro llamarse mas bien instrumento del alma, como lo son del mismo modo los espíritus animales y los sentidos; con todo, estos mismos instrumentos, de que se sirve el alma, que los domina y manda, como y quando

do quiere, tienen tambien poder para mover al alma y al cuerpo, que le está unido, para que exerzan muchas operaciones morales. Cómo se haga esto, lo vamos á explicar al punto.

§. II.

DE los varios movimientos de nuestro cuerpo, parte de ellos son necesarios, y estos se siguen ó se hacen, sin que nuestra alma los mande, aun y repugnándolos nuestra voluntad muchas veces. Vemos esto claramente en el sueño, la sed y el hambre, y en las caidas inevitables, quando los pies no estan firmes, &c. Otros son voluntarios, como los que ordinariamente hacen los pies, las manos, la lengua y los ojos, &c. quando los ordena y manda el alma á la fantasía, la qual prontísimamente obedece quando el cuerpo está sano, y destaca los espíritus animales por los poros de los nervios y músculos convenientes á la parte que se ha de mover, la que se mueve sin dilacion. Pero lo que á nosotros importa por ahora es el conocer, y entender la fuerza de la fantasía y de los espíritus, que viniendo de ella, estan prontísimos á obedecerla, y servirla. El sexó femenino, que por lo regular es mas endeble que el masculino, suele por esta razon misma tener una fantasía mas delicada y de fibras ménos consistentes, y por tanto está mas sujeto á mayores alteraciones y mas fuertes impresiones. Sabemos quan facilmente imprime en los tiernos fetos, no solamente sus deseos y antojos, mas tambien sus miedos y espantos, con otras pasiones de este género: sabemos asimismo, que por la fuerte imaginacion de un peligro resulta frio, amarillez ó temblor á todo el cuerpo, calor por la cólera, color encendido en el rostro por la vergüenza, con otras muchas mutaciones, que traen su origen de la fantasía. Y habiéndose encontrado varias mugeres, á las quales por muchos meses y aun por años

se les secaron del todo los conductos de la leche, los recuperaron maravillosamente en el lance y necesidad de criar algun infante, como lo testifican muchos, y muy acreditados Escritores; sucediendo esto verisimilmente por el gran deseo y por la fuerte imaginacion, la qual envia los espíritus animales para que abran el camino al chilo, destinándolo á los vasos propios para convertirlo en leche, si es que no se forma de otro modo aquel alimento tan necesario á los niños. Del mismo modo atribuyen los sabios á la tenaz é inmundada fantasía de otras mugeres el figurarse que son llevadas, quando estan durmiendo, al Nogal de Benevento (como si dixéramos en España al Campo de Baraona), de hallarse allí presentes á la conversacion y disolucion abominable de los hechiceros, ó bruxos; de modo, que aquellos prudentes Ministros, que velan para corregir estos malos humores, castigan y deben castigar tan malignas locuras; pero saben que no se debe dar crédito á estos sueños y maliciosos engaños. Aun diré mas en este punto. Puede suceder esto mismo á las almas buenas; pero con un efecto contrario. Una viva aprehension de aquellas verdades, que nos ha revelado la Iglesia Santa, si encuentra acaso con fantasías endebles, por haberse compuesto de fibras demasiado floxas y blandas, puede sin duda desconcertar la armonía del cerebro, y de personas verdaderamente devotas hacerlas visionarias. Esta casta de gentes, aunque mas frecuente por los tiempos pasados, dura aun en nuestros tiempos, y con especialidad entre las mugeres. La continua meditacion de algunas, y el andar agitando con gran fuerza en el interior de su cerebro las imágenes de Dios, de los Santos, del Paraiso y otros objetos sagrados, puede causar allí mismo una impresion tan profunda, que ademas de un vehemente dolor de cabeza, les parezca, que real y verdaderamente se han elevado á visiones celestiales y sobrenaturales. Porque no se puede negar, que ademas de los éxtasis sobrenaturales, hay tambien éxtasis, raptos y
abs-

abstraccion de sentidos naturales, y que pueden provenir de la fuerza de la fantasía acostumbrada á ellos, sin que tenga en esto parte alguna la Divinidad. Pueden muy bien los espíritus animales, quando el alma con atencion fixa está toda empleada en contemplar y agitar las imágenes de la fantasía, ser todos naturalmente convocados al cerebro; de manera, que queden abandonados los sentidos. Durmiendo y soñando tenemos de esto un familiar exemplo, y lo experimentamos de algun modo, aun quando estamos velando; porque si con atencion fixa ponemos la consideracion y pensamos en algun importante negocio, sucede entónces fácilmente, que ni vemos los objetos, ni oimos el ruido que está presente á nuestro sensorio. Pudiérase hacer mencion de las abstracciones extraordinarias de algunas personas; pero bastará solamente aquella que padecía el Príncipe de los Poetas Epicos Italianos Torquato Taso, hombre de humor melancólico, que de repente y en preséncia de sus amigos se enagenaba y abstraía, y se ponía á discurrir con uno, que él creía ser un buen genio: dialogizaba con él por medio de preguntas y respuestas; y es muy verosímil, que aquella novela del genio de Sócrates hubiese hecho una fuerte impresion en la fantasía de este grande hombre, y que aquel que respondia en el diálogo al Taso, no fuese otro que el Taso mismo, gran Poeta y gran Filósofo. A nosotros suele suceder lo mismo quando soñamos.

§. III.

REcurramos al Cardenal Federico Borromeo, Arzobispo de Milan, personage insigne, así por su raro saber, como por su piedad y por la discrecion de espíritus, que en un tratado inédito, entre otros exemplos trae dos pruebas claras hechas por él de estas imaginativas ilusas. A una buena doncellita, que le contaba como muy ciertas y frecuentes algunas visiones y ce-

lestiales revelaciones suyas propias con raptos al Cielo, donde ella aseguraba que tenia al Sol debaxo de los pies, como aquí abaxo tenemos la tierra; á esta, digo, le preguntó el Cardenal ¿de qué figura y de qué tamaño era el Sol? Y le respondió, que puntualmente era como el Sol que vemos desde la tierra. No necesitó mas el Cardenal para conocer que ella deliraba santamente. A otra semejante, que creía firmemente que nuestro Salvador se le aparecía muchas veces, le suplicó este docto Prelado que lo encomendase á su Divino Esposo en aquellas dichas audiencias y conversaciones; y que le preguntase qué debería hacer el mencionado Cardenal de una piedra preciosa que él tenia, para agradar mayormente á la Magestad Suprema. La respuesta fué, que el Cardenal la vendiese y diese todo su precio á los pobres. Pero quiso la desgracia, que el Cardenal en aquella piedra preciosa intentó significar su propia alma; y habiendo descubierto de este modo, que el fingido Redentor no habia penetrado su intencion, descubrió al mismo tiempo, que aquella buena Religiosa no se hallaba favorecida de visiones milágrosas; pero sí que su fixa y fuerte imaginacion la tenia ilusa. Por tanto es digna de toda alabanza la circumspeccion y delicadeza del Santo Tribunal, que en Roma y otras partes juzga de semejantes visiones, no permitiendo, que los juguetes de la fantasía, particularmente de mugeres, se confundan con aquellas verdaderas visiones y revelaciones, que pueden provenir del mismo Dios. ¿Faltan acaso en nuestros tiempos imaginativas semejantes á las que hemos referido? No por cierto: falta sí aquella gran facilidad, que reynaba alguna vez, de creer y tener por sobrenatural todo aquello que era raro y maravilloso; y abunda por otra parte la sabiduría y cautela en aquellos Tribunales, que cuidan de que la verdad no se confunda con el error, y que se separe el trigo de la cizaña. La fantasía sola, agitada fuertemente por el deseo, y la esperanza de recobrar la salud, concibiendo presente el

sobrenatural auxilio de Dios, que puede haberlo todo, y la intercesion de algun Siervo suyo, es apta naturalmente para enviar con gran fuerza los espíritus animales por las vías, glándulas y poros del cuerpo, que estan impedidos por alguna detencion de humores, y obstrucciones, y lograr, que vencido todo impedimento, vuelvan á circular los fluidos, á exercitar sus funciones propias los tendones, músculos y nervios, que ántes estaban, ó muy perezosos ó del todo destituidos de aquel vivo y tan necesario influxo de los mismos espíritus. Esto especialmente puede suceder en ciertas enfermedades á que estan sujetas mas frecüentemente las mugeres. Y omitiendo por ahora muchos exemplos, que tengo leidos sobre este punto, haré mencion de uno solo. Sé ciertamente, que una persona poseida de una molesta y fuerte calentura, habiéndola desauiciado los Médicos, esperaba por instantes el de su muerte; pero al ver una noche, que en la casa de su vecino se habia prendido fuego, aprehendió tan vivamente el peligro de abrasarse, que levantándose de la cama, como pudo, huyó y se puso en salvo, y de allí á pocos dias se halló libre de la enfermedad peligrosa, que la molestaba. Tanto puede una viva aprehension y un esfuerzo de la fantasia, quando una fiera pasion la persigue y estrecha. A esto sin duda suelen atender los buenos Médicos, quando recetan ciertos remedios, que ellos conocen ser insuficientes por sí mismos para dar la salud en las enfermedades peligrosas; y con todo los recetan y mandan, por si acaso la enfermedad fuese una de aquellas, que la fantasia del paciente, ayudada de la viva aprehension, de la eficacia del remedio recetado, pudiese superar casualmente con un esforzado concurso de los espíritus animales. En un Opúsculo que escribió el Fieni, intitulado *de Viribus imaginationis*, trató este punto, aunque no con aquellas luces y erudición, que pide una materia tan importante para el perfecto conocimiento del hombre. Ni yo diré mas sobre este argumento, queriendo mas bien

bien remitir al lector á lo que en orden á esto debemos esperar, que escriba la maestra pluma del Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Bolonia Próspero Lambertini, continuando su noble obra de la Beatificación y Canonización de los Santos, ya comenzada.

§. IV.

Y Aunque acaso parezca á alguno que esta es una importuna digresion, no es así en la realidad; porque con esto he querido preparar y disponer á los ménos inteligentes y experimentados, para que conciban y conozcan la fuerza y poder, que en el hombre tiene su imaginativa, y abrirme con esto el camino, para mostrar mas claramente lo que influye en nuestras costumbres. Parece ciertamente, que en muchos hombres, la fantasía ocupa el lugar de la razon. Ya se ha dicho, y cada uno lo experimenta en sí mismo, como llevadas las imágenes de los objetos externos al cerebro, y fixadas allí, las aprehende el alma sin dilacion; pero no experimentamos movimiento alguno, si juntamente no se nos presenta alguna idea, opinion ó verdad, que nos advierta ser aquello lo que debemos huir ó lo que debemos abrazar. Quando suceda esto último, se levanta al punto alguna pasion; esto es, algun movimiento en el alma, ahora pequeño, ahora grande, de amor, de odio, de temor, de esperanza, de cólera y otros semejantes afectos humanos, á quienes de ordinario siguen varias operaciones morales, ya buenas, ya malas, ya indiferentes. Se estampa y pinta, ó está ya estampado y pintado en la imaginacion de una persona un enemigo suyo, que juzga le ha ofendido ó podrá ofenderle en adelante: luego que este se le pone á la vista, ó que oye hablar de él, ó que su alma, paseándose y registrando las celdillas interiores de su cerebro, se encuentra con aquella molesta imagen, moviéndose al punto los espíritus animales, se excitan en este sugeto la indigni-

dignacion, la rabia y el temor, á proporcion del mayor ó menor mal, que aprehende y concibe que su enemigo puede hacerle. Al contrario si el objeto es amable y apetecible, ó porque es bello ó util, ó porque se les representa adornado de alguna otra buena qualidad; advertido en el cerebro este fantasma, mueve al alma á los afectos de deseo, amor, esperanza, delectacion, y á otros semejantes, á medida de la facilidad ó dificultad que se le representa en conseguirlo; y quando no sea asequible, basta para causar complacencia, mirar solamente el original ó el retrato que agrada pintado en la fantasía. Por esta causa concurre esta muchas veces á excitar nuestras pasiones, y sola ella es bastante para poner nuestra alma con el cuerpo en un movimiento desordenado, á proporcion de la pasion misma que conmueve al alma.

DEbemos ahora considerar, que á veces aquellas imágenes de los objetos, que nos envian los sentidos, y que mueven en nosotros alguna pasion vehemente ó gustosa ó desagradable, pueden imprimirse ó estamparse tan profundamente en el meollo del cerebro, ó bien sea por tanto mirar, oír ó recibir frecientemente en otra forma sensible aquellos fantasmas, ó bien pensando y repensando vivamente en ellos, que resulte de todo esto un gran desorden en la fantasía, y que se comunique tambien al alma misma; esto es, habituados los espíritus á correr por las huellas, que aquellos objetos han dexado impresas, ocasionan en el alma aquel movimiento de aversion ó de gusto; y el alma, que no puede ménos de mirar y remirar aquellas imágenes impresas tan profundamente, y de moverse al compas de la pasion, que las aviva, se halla muchas veces con gran dificultad para poder vencerla, y abstenerse de las obras á que incitan las referidas pasiones. Puede tambien alguna vez llegar al término de una impotencia accidental, aunque grave,

para poderla resistir; y este último paso viene á ser una enfermedad del cerebro, cuyos fatales síntomas experimenta, y siente el alma misma. En otra obra mia, donde he tratado del buen gusto de las artes y ciencias, observé, que se ha encontrado alguno, que de tanto deleitarse en considerar lo eminente de la brillantez de la Púrpura Cardenalicia, de tanto desearla, y juzgarse digno de ella, y de algun otro accidente, que acaso se halló mezclado en estas imaginaciones, se le metió en la cabeza, que era Cardenal efectivamente, y se le fixó tan fuertemente este fantasma, que por mas que otros sujetos juiciosos le persuadiesen, le predicasen y procurasen quitarle de la cabeza esta aprehension tan desbaratada, nada bastó para apartarlo de aquella falsa opinion que habia concebido; siendo por otra parte un sugeto, que en las demas funciones intelectuales manifestaba un recto y penetrante juicio. ¡O gran Dios, y qué expuesta se halla esta hechura maravillosa de vuestras manos! Bien es verdad, que semejantes delirios pueden darse en el hombre sin culpa suya, ó por el desconcierto de los humores, ó por la gran fuerza de los espíritus agitados y encendidos, ó por otras causas naturales: tambien lo es que muchas veces en alguna manera es culpable, ó porque no se valió de las luces de su entendimiento, ó no quiso buscar á los principios auxilio y consejo en algun sugeto prudente y sabio; esto es, quando aquel fantasma, que despues llegó á ser obstinado é indómito, se hallaba sin tanta pujanza, y como en la cuna. Cierta persona á quien yo conozco, de mas que comun y vulgar entendimiento, á quien se habia fixado profundamente en su cerebro uno de estos fantasmas engañosos, teniendo hecho buen concepto de mí, como su verdadero amigo, prometió darme crédito y asentir á lo que yo le dixese en el asunto. Le propuse tantas razones, y procuré con quanta fuerza supe y pude imprimírselas en la fantasía tan vivamente, que se dió por convencido, y por algunos meses se mantuvo quieto;

pe-

pero de allí á poco mas tiempo volvió á dar entrada á aquella imágen molesta, de manera, que llegué á conocer que estaba en su primera fuerza y vigor. A semejantes fantasías, acaso, podrá socorrer el arte Médica, destruyendo con una rigurosa dieta los malignos espíritus animales del cuerpo, como se práctica en los Hospitales de los locos, donde aquellos miserables estan reducidos á tal extenuacion de fuerzas, que parecen esqueletos animados; y reproduciendo en ellos despues otros espíritus inocentes, que puedan servir mejor á la fantasía, se libren muchos de una enfermedad tan molesta como peligrosa.

do con
muchas veces de otros varios modos, que son
desarraigados y destruidos. §. VI.

A Cuérdome aquí, como de paso, que á estos mismos principios se debe atribuir la flaqueza y miseria de muchas personas (por lo comun mugeres de una fantasía viva y flaca juntamente), las quales se creen poseidas de los malos espíritus, no estándolo verdaderamente, naciendo esta su imaginacion deplorable de afectos histéricos, de cuentecillos de otras mugeres, y á las veces tambien de la ignorancia de aquellos Ministros Sagrados, que no saben, debiendo saberlo, distinguir los endemoniados verdaderos, de los que son puramente imaginarios. He conocido una jóven bastante advertida, que movida de la curiosidad de ver conjurar á una endemoniada, le tocó esta casualmente en una pierna, y fué tan fuerte la aprehension ó imaginacion de la dicha jóven, que sin otro motivo, conienzó á sentir un grande temblor en aquella parte tocada, que juzgó que ya estaba endemoniada como la otra; y no se trabajó poco para quitarle de la cabeza tan horrible fantasma. Paso de aquí á significar cómo se dan otros objetos sensibles, que si no hieren tanto la imaginativa humana, no dexan de lastimarla bastantemente, impeliendo al alma misma, é incitándola para que prorumpa en acciones desordenadas. Tenemos frecuentes exemplos de esto en la fiera

pasion de amor y afecto entre las personas de uno y otro sexô: quienes nos enseña la experiencia, que así como el fuego se aviva y enciende soplando el ayre reciamente, así tambien el amor profano se enciende y aviva con la conversacion continuada. Hállanse algunas personas, que tienen las fibras del cerebro tan demasíadamente blandas, que con facilidad reciben las impresiones de los objetos que tienen presentes; y por tanto, un objeto, que despide luces y frecuentes ojeadas, gestos amorosos, incitantes meneos (quando es correspondido con dulces y lisonjeras expresiones), acompañados muchas veces de otros varios modos, que aun siendo desarreglados y bestiales, no dexan de ser lisonjeros y apetecibles; estos tales objetos, decia, estampan su imagen en aquellas tiernas fibras, y por consiguiente despiertan y ponen en movimiento una passion de amor tan poderosa, que hace quedar absorta y como enagenada al alma misma. Obscurecido y como atolondrado de este modo el entendimiento, no sabe descubrir otra cosa que perfecciones en el objeto amado; y arrebatada el alma, por la complacencia que aquel objeto le causa, en él tiene siempre fixa su imaginativa. Determinanse muchas veces los superiores, los amigos y aun los Oradores Sagrados, á exhortar, predicar y proponer á estos amantes, graves y bien fundadas razones, mezclando ruegos y amenazas; pero en vano se cansan muchas veces; porque engolosinada y embebida la fantasía en aquel objeto, hace poco caso, y aun se burla de quien intenta disuadirla y apartarla, pareciéndoles á estos amantes, que emplean bien toda su hacienda y patrimonio en alimentar y sostener aquel fuego impuro: ni se repara en perder el honor, la reputacion y fama, y aun el alma misma, sirviendo alguna vez los zelos, los desprecios y desvíos para hacer mas apetecible el cautiverio, y para encubrir al paciente otros muchos despropósitos, que mantienen un afecto tan ciego, como precipitado. Quando en personas conocidas y reputadas

das por de gran capacidad y cordura se advierte un desarreglo y locura semejante, entónces el vulgo necio se persuade ser todo efecto de algunos hechizos ó bebidas amatorias, que las han trastornado el juicio y la cabeza; siendo evidente, que todo este desconcierto proviene y le ocasiona, no un asalto solo, pero sí muchos, que crecen y se refuerzan por sus puntos y grados; y así como por las leyes, que la naturaleza ha impreso en los cuerpos animados, se desconcierta alguna vez, y poco á poco su armonía; de la misma manera puede perderse, y con efecto se pierde muchas veces aquella de los ánimos, por las leyes á que los sujeta la union con los cuerpos. Aun diré mas: reducidas las almas á tan deplorable estado (indigno á la verdad y ageno de su noble condicion), aun quando no pierdan la libertad esencial de su alvedrío; con todo, por causa del hábito vicioso, tanto mas fuerte, quanto mas arraygado, contraen aquella accidental, pero poderosa inclinacion, que viene á ser casi impotencia de obrar de otro modo; pues por ella, como que no pueden dexar de producir aquellos actos, que los mismos que obran los conocen y gradúan de locuras y desórdenes, y de que al mismo tiempo como que no pueden contenerse. Me preguntará alguno; si acaso pecan estos obrando de esta manera? ¿Quién lo duda? Pecan aun los que estan borrachos, quando cometen homicidios y otros excesos, aunque por hallarse entónces fuera de sí, no conozcan el mal que hacen, ni tengan bastante luz en el entendimiento, ni libertad en el alvedrío para contenerse; y por esto se llaman y reputan por involuntarios aquellos excesos. La razon para no excusarse de culpa, es porque voluntariamente quisieron la borrachera, que es la causa de aquellos pecaminosos desaciertos; y por esto no dexan de serles imputables aquellos desórdenes, y de merecer, ya que no la pena y castigo ordinario, el extraordinario por lo ménos. Ahora bien; cuánto serán ménos excusables los que adolecen de estas otras pasiones, que

que ordinariamente no desconciertan con tanto exceso el cerebro humano, quanto el demasiado vino, y mas si fuese generoso? Cierito que es bien difícil, pero no del todo desesperada la cura de estas fantasías, quando se habituan á tan locas extravagancias. Una enfermedad molesta y peligrosa, una larga ausencia de aquel objeto amado, un penoso encarcelamiento, un destierro, ó alguno de otros castigos ruidosos, puede ser saludable medicina para estos apasionados. No teniendo presente aquel objeto, van los espíritus animales desamparando poco á poco aquella representacion continua y viva del fantasma predominante, y aquella pasion turbulenta dexa de agitar al alma. Quando ésta se halla ya reposada, va tomando fuerza y luz para reconocer aquellos defectos que se hallan ó en el objeto mismo, ó en la pasion que los ha causado. Y si por culpa ó motivo de este objeto se sufre ó padece algun molesto castigo, entónces, concurriendo en la fantasía la representacion del objeto, juntamente con la pena, retarda esta idea desaparecible, ó hace cesar del todo aquel antiguo gozo y alegría, substituyendo en su lugar la melancolía y tristeza, logrando de esta manera el desalojar de la fantasía aquel objeto ántes tan amado, y acaso llegar á términos de aborrecerlo. Agrádame mucho la industriosa estratagemata con que el anciano Mentor, en la famosa historia de Telémaco, desató los fuertes lazos de una pasion amorosa, que en aquel mancebo llegó á tales términos de obstinada rebeldía, que ni las persuasiones repetidas, ni los saludables consejos pudieron templarla. Empujóle Mentor con brio desde una peña arrojándole al mar, donde ya estaba un barco prevenido para recoger al mancebo Telémaco. Bien sabia el Arzobispo de Cambray, igualmente docto y prudente, los remedios que piden tan peligrosas enfermedades.

NI de todo quanto hasta aquí llevamos dicho se puede inferir absolutamente, qual sea la fuerza de los cuerpos externos sobre la fantasía, ni qual la de la fantasía misma sobre nuestra alma. Exemplos mas comunes nos presentan otras escenas ménos ruidosas, que cada día nos ofrece el profano amor de los cuerpos entre los individuos de ambos sexôs. Los ojos, que nos ha dado Dios, especialmente para que sirvan de centinela á nuestra guardia y defensa, no son los únicos que pueden ocasionar tumultuosa inquietud en el hombre interior: tambien el oido puede causar igual efecto. Cada uno experimenta la delectacion que percibe en las dulces armoniosas canciones; y aquellas sonoras y suaves voces, particularmente si las anima el otro sexô, hacen tal impresion en la fantasía de algunos, que llegan á pasmarse y quedarse como absortos y enagenados por la viva causa de una delectacion tan gustosa. La voz sin canto, por sí sola y por su melodía, por sus diversas y suaves inflexiones y vibraciones, por su tono dulce y fuerte, y otras propiedades accidentales, puede llevar consigo un atractivo tan poderoso, que sea capaz de abrir una gran brecha en las fantasías endebles, y arrastrar las almas á diversas acciones y pasiones. He observado muchas veces, que la gente sencilla escucha á un Orador Sagrado, el qual discurre delicadamente, y habla de cosas diversas, con frases estudiadas y bien peinado estilo; pero nada de esto entiende, ni percibe el auditorio: no obstante, está todo atento y como embelesado: no pestañea, no se mueve, no se enfada: todo esto se debe á la virtud de la voz sonora y bien manejada, y á las acciones vivas y arregladas, que forman en la fantasía del auditorio como una especie de encanto. Sabia muy bien esto Demóstenes, quando preguntado qual era la principal prenda del buen Orador, respondió tres veces, que la acción

cion. Haced que esta misma buena gente se halle en la plaza, escuchando á un famoso charlatan, y veréis como saben muy bien guardar su bolsa, que aquel intenta desocuparles á fuerza de sus charlatanerías y sus francas y grandes promesas. No puede explicarse fácilmente quán admirable y poderosa sea la energía de las acciones y palabras para mover la humana fantasía, aun de aquellas personas mas graves y serias, que mas presumen de sí mismas; principalmente (vuelvo á decirlo) si salen de la boca de otras de diverso sexó. Sobre esto debe considerarse, que los objetos corpóreos, por mas bien dispuestos que esten en todas sus partes, si no obstante les faltan espíritus, y tienen poco y tardo movimiento, entónces es poco tambien lo que en nuestra imaginativa pueden obrar: producirán y harán mucho en ella si al presentarse aquel objeto se despiertan otras ideas anteriores, otros fantasmas ó imágenes, capaces de mover y despertar las pasiones. Al contrario, tienen comunmente mayor fuerza semejantes objetos para tumultuar arrebatadamente los espíritus animales, y una furiosa conmocion de la fantasía del hombre, quando estos mismos objetos con poderosa vibracion envien ácia la fantasía y sentidos sus propios espíritus, movidos ya y alterados. Y ciertamente que los canales y principales conductos, por donde pueden caminar y caminan estos espíritus, son las palabras, la voz y los ojos: por estos medios ó conductos hieren fuertemente, moviendo la fantasía, y de consiguiente la alma, inclinándola á delectacion ó displicencia. No quiero callar esto, á fin de que los incautos jóvenes sepan con tiempo donde está escondido su mayor peligro, y de qué parage salen aquellos hermosos y lisonjeros, pero asesinos y crueles alguaciles, á quienes tantas personas, ó ignorantemente ó á sabiendas, van buscando, de los que debe guardarse qualquiera que sabiamente desea conservar en pureza su alma, y librar su juicio de una peligrosa y desgraciada locura. Una hermosura, que tenga
los

Los ojos apagados, ó medio dormidos, no espere hacer grandes conquistas con ellos; y otra que sea desayrada, insulsa, ó poco graciosa en su conversacion, y modo de hablar, si por ventura encuentra alguno que la quiera, no será este sugeto muy vivo, ni espirituoso. Al contrario, aquellos ojos lucidos, brillantes y vivos, de los quales se pueda decir, hablando con los Poetas del siglo, que salen flechas, y dardos encendidos, y muy penetrantes para herir á los que miran atentamente: estos sí que son poderosos, y peligrosos conquistadores. Por estos dixéron discretamente nuestros antiguos: *El que no mira no suspira.* De la misma manera las palabras suaves y melosas, pronunciadas con voz sonora, ingeniosas por lo que significan, varias en su expresion, y entonadas con un brio gracioso, vienen á ser lo mismo que aquellas cadenillas de oro, que fingió la antigüedad que salian de la boca de Hércules Gálico para traer á sí, y atar los corazones de su auditorio. Por tanto la naturaleza misma, ó por decirlo mejor, el mismo Autor de la Naturaleza, ha puesto en los ojos, y en la lengua del hombre las dos puertas mas principales, por las que una fantasía se comunica á otra, y un alma á otra alma, siendo los embaxadores los espíritus animales. No me atreveré á decidir si estos espíritus, saliendo fuera de los ojos, y mezclándose con los rayos de la luz, vayan juntamente con ella á herir los ojos de la otra persona, ni si con la voz misma pasen tambien á herir los oidos del que la está escuchando; solamente diré, que su movimiento es capaz de imprimir, ó excitar otro, igualmente fuerte, y poderoso en los sentidos, y fantasia del que mira y escucha, y por este medio puede algunas veces despertar vehementes pasiones, y mover con ellas el alma, para que prorumpa en acciones varias, que acaso podrán ser honestas; pero por lo comun serán viles y viciosas. Lo que se ha dicho de los ojos brillantes, y voces sonoras y apacibles, debe tambien entenderse de los ojos, y voces tristes y terribles, con otros accidentes semejantes, que

fácilmente llevan de un cuerpo á otro las imágenes de las cosas , y juntamente el movimiento de las pasiones.

§. VIII.

Obsérvase por lo comun, que quando alguno bosteza en la conversacion, se mueve otro á hacer lo mismo; pero debe observarse al mismo tiempo, que no siempre que uno bosteza, porque otro lo hace, proviene de verlo hacer al otro: sucede muchas veces esto mismo oyendo, ó escuchando. Hay ciertas voces flacas, melancólicas y descaecidas, que no obstante que se expliquen discretamente, con todo eso no arrebatan la atención del auditorio, y por tanto suele prorumpir en maquinales involuntarios bostezos. No sucede así quando hay un buen metal de voz, ó la voz es de buen metal: hierre esta con fuerza el tímpano de quien la escucha: esto le hace estar atento, y no bostezar en este caso, á no ser que el razonamiento, ó discurso sea lánguido, dure mucho, y vaya fuera de propósito: entónces le parece al que escucha que está ocioso, y se ve excitado á repetidos bostezos. De consiguiente entiende muy poco el que no ha sabido hasta ahora, por mas que se lo enseñe la experiencia, que su alma debe estar siempre alerta, y en centinela contra las impresiones, ó bien sean molestas, ó bien agradables, que por los órganos de la vista, y del oído, pueden causar en ella los cuerpos animados, que son de nuestra especie, y con mayor cuidado los del otro sexò. Aun puede ser mayor el riesgo quando estas impresiones, ó conmociones provengan de objetos deleytables; porque así como nuestros sentidos naturalmente se dexan llevar, y aun salen al encuentro, y abrazan ansiosamente todo lo que es placentero y deleytable, sin reparar, ni reflexionar poco, ni mucho en si esto sea venenoso, y dañoso, ó si nuestra razon pueda quedar ofuscada, y vencida con ello; del mismo modo hacen todo el esfuerzo que pueden para evitar lo que es molesto y despreciable. Sabian muy bien nuestros

antiguos la razon por que se decia, *que las mugeres honestas y sabias, ni tienen ojos, ni orejas.* De esta manera ellas estan guardadas de sí mismas, y logran el desarmar los esfuerzos de quien las tienta. Pero ya es hora de que pasemos á registrar, y considerar otras ruedas maestras, y muelles mas principales, que concurren á producir las acciones del hombre.

CAPÍTULO VII.

De la Razon.

§. I.

Despues de lo que ya dexamos dicho, trataremos ahora de la razon, cuyo nombre es el mas ruidoso entre los Filósofos, y con mayor razon entre los que tratan y escriben la Filosofia Moral. Basta decir que el hombre mismo se difine *animal racional, ó animal dotado de razon*, para que entendamos cuánto nos importa el perfecto conocimiento de esta razon, y de las muchas y grandes cosas que se dicen de ella, es, ó debe ser nuestra maestra y directora: á su tribunal apelan todos los que de ella se hallan dotados, y el que es falto de razon se reputa por loco: asimismo se tiene por iniquo, y merece todo castigo, y desprecio el que advertido obrase contra sus reglas y preceptos. ¿Pero quién no diria que hallándonos los hombres todos provistos de tan bella luz, y apreciable socorro, no debiesemos todos caminar por las sendas de la rectitud para que se viese un órden admirable en el comercio de nuestras acciones? Demos, pues, una ojeada al mundo presente, que substancialmente no se distingue del pasado: registremos estos orgullosos y soberbios animales racionales, que tanto se glorian del privilegio de serlo. Si estuviese en mí mano, daria de muy buena gana, aunque fuese por pocos momentos, algun entendimiento á los mismos

brutos, para que pudiesen escuchar y entender perfectamente las alabanzas y prerogativas del hombre, y aquel brillante distintivo de que resulta la noble diferencia, y casi infinita distancia, que hay entre el hombre y las bestias. ¡Qué envidia tendrían á nuestra naturaleza, y cómo conocerían en este caso la inferioridad suya respecto á nosotros! Pero si estas mismas bestias volviesen á mirar, y considerar las acciones y costumbres de tanta multitud de racionales, que dotados de razon, obran no obstante con mucha frecuencia contra la razon misma, ó por mejor decir, obran sin razon; cuánto me recelo, que su envidia pasaria con presteza á ser maravilla, y que acaso se reirían de nosotros, al ver tantos que se glorian de ser hombres; pero atendidas sus acciones, son bestias efectivamente. Acaso adelantarian el discurso, quando hallasen no pocos hombres, que no se contentan de parecer bestias, pero aun son mas irracionales, y peores que las bestias mismas. Vemos en efecto, que los brutos ordinariamente siguen aquellas leyes, que Dios ha impuesto á su especie y facultad sensitiva, y que no las quebrantan: pero qué hacen los hombres con las leyes de su razon, y facultad intelectiva, que es joya preciosa, y propia de la especie humana? ¿Por ventura no es una verdad tan clara como lamentable el continuo quebrantamiento de estas leyes? Vemos varias especies de bestias, que se contentan con una simple comida y bebida, y jamas exceden en una, ni en otra, quando se hallan tantos hombres, que parece haber nacido solo para su vientre: se desafian al que mas puede engullir, y llenar el saco, de manera, que llegan á términos de desconocerse á sí mismos, incurriendo miserablemente en mil despropósitos, practicando acciones indecentes é indecorosas, que solo puede executar el que no tiene razon, ni cabeza. ¿Por ventura obran así las bestias? Hay muchas de estas, que con modo, y parsimonia competente procuran en determinado tiempo la propagacion de su especie, guardando entre sí una

fi-

fidelidad admirable. ¿Hacen por ventura otro tanto muchos de los que se llaman hombres? Asimismo encontraremos con hombres, que en la crueldad, en los engaños, en la insaciabilidad de sus apetitos, en la pusilanimidad, infidelidad, ingratitude, y otros vicios semejantes exceden á las bestias incomparablemente. ¿Cómo, pues (nos podrán decir las bestias), os gloriais vosotros, animales racionales, de este célebre nombre, y quereis ser mas privilegiados que nosotros? Y ciertamente podrían acusarnos con mas justa razon, quando hubiese llegado á su noticia, que en el año de 1729 salió á luz en Hamburgo un libro con este título: *Quod animalia bruta sæpè ratione utantur melius homine*. Que las bestias en muchas ocasiones usan de la razon mas bien que los hombres. El Autor es Rodario, á quien precedió Plutarco en un Opúsculo de semejante argumento.

§. II.

ES conveniente (dexando por ahora aparte esta ideal hipótesi) aplicarnos á indagar, qué cosa sea verdaderamente esta tan celebrada razon del hombre. No es otra cosa que aquella virtud, y fuerza que hay en el entendimiento para discurrir ó argumentar; esto es, inferir una cosa de otra: una verdad de otra verdad: una consecuencia particular de un principio ó máxîma general. Esta facultad ó virtud es el empleo primario de nuestro entendimiento, esencial á nuestra humana naturaleza, y el distintivo principal entre los brutos y los racionales. Por esto en todos los hombres, luego que han crecido en edad, se dexa ver una lógica natural, que es el uso de esta razon. Ni aun los mismos niños estan privados de esta facultad; mas porque no tienen sobre que exercitarla, hallándose, ó á lo ménos pareciendo que se hallan desproveidos de ideas, de fantasmas y de máxîmas, que son materiales necesarios para raciocinar; por tanto decimos, que les falta el uso

de la razon, hasta que con la edad, y con alguna experiencia del mundo lleguen á conseguirlo. Esta virtud y fuerza de raciocinar es la que llamamos especialmente razon, quando se trata de las acciones humanas, y de aquello que debe abrazarse, ó se debe huir en nuestras costumbres, perteneciendo á esta razon el gobernarnos, y guiarnos bien en el camino que debemos seguir. Esto supuesto, no nos costará trabajo el comprehender algunas verdades muy necesarias para el conocimiento del hombre. La primera es, que la razon, prenda intrínseca nuestra, no la debemos juzgar, ni aprender como una directora, ó maestra innata en el hombre, de manera, que su oficio sea siempre el conocer, ó decidir, quando se le representa algun objeto, si se ha de llamar verdadero, ó falso, bueno, ó malo, hermoso, ó feo, ó mas bueno, mas bello, &c. que algun otro objeto. Cierto que hay algunas acciones humanas, las quales vistas por un niño, ó un hombre, criado solo en un bosque, ó en la obscura soledad de una prision, podria decirles luego al punto su misma razon, si ellas son buenas, ó desordenadas; como v. gr. si viesen que un hombre mataba á otro hombre inocente, que un hijo castigaba fieramente á su padre, ú oyera á alguno, que blasfemaba de Dios, y lo maldecia (sabiendo, que el mismo Señor nos ha puesto, y mantiene en este mundo); si oyese una fiera calumnia contra un fiel siervo, ó viesé quitar por fuerza la hacienda de otros, &c. Lo mismo sucede al oir ciertos axiomas, ó principios infalibles, como seria, que el todo es mayor que una sola parte; que es imposible que una cosa sea, y no sea á un mismo tiempo; y otras semejantes proposiciones, que al punto se graduan de infalibles. De lo que se infiere claramente, que la razon del hombre necesita ordinariamente de aplicacion y estudio para distinguir lo bueno de lo malo, y lo que conviene, ó no conviene al hombre mismo. La razon sin duda es la que nos subministra los hazadones, los picos, y otros instrumentos para cavar el terreno,

y descubrir los tesoros , para explicarme así ; pero jamas llegaremos á descubrir estos tesoros , si á estos instrumentos , que la razon nos franquea , no juntasemos nuestro trabajo y fatiga. Quiero decir , que para descubrir lo verdadero , y apartarnos de lo falso , discernir entre lo bueno , ó lo que es mejor para nosotros , y lo que es ménos bueno , ó mas dañoso sea para el alma , ó para el cuerpo ; para todo esto , repito , se requiere aplicacion , reflexion y exámen : es lo mismo que decir ser necesaria la diligencia por parte del raciocinio , ó de la razon misma , combinando las buenas máximas generales para aplicarlas á los particulares : de esta manera podremos descubrir si se debe elegir , ó no este objeto determinado , ó si se debe hacer , ó dexar de hacer esta determinada accion.

§. III.

Muchas veces solemos engañarnos en esto. Se le presenta á un codicioso una excesiva ganancia: Júpiter le ha enviado desde el Cielo esta fortuna : ¡Qué bien le parece un provecho tan grande! Toda su consideracion se emplea en las conseqüencias de este feliz hallazgo , con el qual despues se comprará un puesto , ó una posesion , ó se harán otros negocios mas considerables , y ventajosos. ¡Pero no seria razon el reflexionar un poco , si en aquella ganancia se vulnera la delicada jurisdiccion de la conciencia? si sea propio de un hombre de bien , y de honor el prevalerse tan francamente de la simplicidad , ó necesidad del próximo : si la justicia humana pueda con el tiempo reconocer por injusto este negocio ; si manifestándose este contrato , sea contra la reputacion de quien lo ha hecho? No Señor , es superfluo todo raciocinio , toda reflexion es ociosa , quando se tiene como en la mano tan grande , y provechosa ganancia. Se tendria por locura el no echar la red para coger esta gran pieza. De la misma manera recelo que

les falte reflexión á aquella doncella, ó viuda, quando al ver que se les presenta una rubia, y bien peinada peluca con un bizarro vestido galoneado, y que pasea su calle por baxo de sus ventanas un personage tan vistoso y engalanado, al punto se alarman y avizoran; y apénas oyen las amorosas ansias y dulces promesas, quando se derriten, y deshacen para corresponder á su fantástico y fingido amor; y juzgando finalmente que el tal personage es de casa noble, y que trae consigo un título ilustre, se persuaden al punto que la fortuna se lo ha preparado para ser su marido. Pero como no se valen de su razon para considerar, y reflexionar ántes que todo, si aquella nobleza sin substancia (ó pelona como solemos decir) bastará para mantenerla bien, y con decencia por toda su vida, ni si por desgracia baxo aquella bella figura se esconde una alma brutal y fiera; y juzgando que desposa un marido, encontrase en él un pródigo, un jugador, un contrabandista de sensualidad, un loco, un quimerista de por vida, ó un hombre con otras semejantes faltas; no hay que maravillarse si á dinero contante, como suele decirse, comprase esta desdichada una penitencia perpetua. Lo mismo podrá suceder al otro jóven, que habiendo llegado á tener libertad, y á entrar en el gran mundo, al punto hace liga con aquellos compañeros que le parecen de mejor humor, y mas inteligentes en todo género de placer y libertinage. Verdaderamente merecia mayor reflexión semejante eleccion, de la qual puede depender el éxito feliz, ó la suerte mala por todo el curso de su vida. Un solo dia de una compañía semejante, basta para corromper todas las buenas lecciones y documentos de muchos años. ¿Qué mas debemos decir? Cada uno necesita de la prudencia, que es hija de la razon. Esta no se logrará jamas, si el hombre no se acostumbra á reflexionar y considerar con pausa las acciones, y las cosas ántes de ponerlas por obra, mirando principalmente las consecuencias. *Respice finem, mira al fin.*

esta es una máxima, que por muy antigua tiene la barba blanca, y siempre será necesaria, y de gran provecho para quien desea obrar como sabio. Pero cuántos hay, que siempre obran sin pensar en lo que hacen, y por tanto neciamente?

§. IV.

DEbemos tambien considerar la segunda verdad, que se propone así. La razon, ó sea la fuerza del entendimiento humano, no es del mismo peso y calibre en todos. A proporcion del entendimiento, que por beneficio de la naturaleza es en algunos pronto, penetrante y vigoroso, y en otros endeble, perezoso y obscuro, viene tambien á ser el sugeto mas, ó ménos dispuesto para la reflexi3n y el raciocinio. Los dones de Dios son varios en esto; y cierto que no está en nuestra mano el hacernos la cabeza á nuestro modo. Segun, y como ha querido el Soberano Artífice fabricar los vasos de nuestra tierra, del mismo modo es preciso que sean; y cada uno de nosotros debe humillarse, y contentarse con su suerte. Quizá se presentan aquí á nuestra vista escenas curiosas. Hállanse algunos hombres, que al intentar ponerlos en el camino de las ciencias, las quales piden una reflexi3n continua, se pierde en ellos el tiempo, y el trabajo; porque no arraigan, ni crecen estas plantas en aquel desgraciado terreno. Haced á estos mismos, que pasen á estudiar la Aritmética, que tambien pide una atenta meditacion, y presencia de espíritu; acaso acaso saldrán con ello. Hay otros, que nosotros llamamos cabezas chicas, á quienes parece que los páxaros han picado los sesos; y con todo no llegará un gran Bachiller literato, ó un sabio de primera clase á igualarlos en la ciencia del juego, en la que á todos ganan, aunque para muchos de ellos se necesite un buen pulso de reflexiones para entender sus lances. Estos mismos lograrán gran crédito en el negocio mercantil, para el qual

qual se requiere no poca habilidad y meditacion , y aun excederán en malicia á muchos en otras ocurrencias. Pero dexando esto á parte, apliquémonos á observar lo que la experiencia misma nos hace ver. Hay personas, las quales á pies juntos , como suele decirse, saltan dentro del canasto, cometiendo grandes despropósitos , dexándose engañar ; y arrastrar fácilmente á vicios y culpas abominables. No se halla en su cabeza aquella fuerza y vigor , que se encuentra en otras ; y esta es la causa por la qual se precipitan , porque les falta la consideracion , la reflexion y prevision. El que se maravilla , ó acaso se rie de las miserables caidas y ridiculeces de otros , aplaudiendo su propia sabiduría y prudencia , que le hace creer, que es superior á los demas , debería reflexionar , y decir dentro de sí : tambien yo podria haber cometido semejantes excesos , ó acaso peores , despreciando los consejos de la razon, si me hubiera tocado aquella misma cabeza , ó hubiera tenido una educacion semejante , ó una pasion tan vehemente. Gran misericordia de Dios es el que no caigamos cada momento en excesos lastimosos ; pues con facilidad podria volvérsenos la cabeza , y cometer mañana aquel mismo error ó pecado , que hoy felizmente hemos evitado ó aborrecido. En quanto á los otros hombres , á quienes les ha tocado un despejado , y claro entendimiento , capaz de profundas reflexiones , deberian estos mas que otros conocer la hermosura , honestidad , y utilidad de la virtud para conseguirla , y abrazarla , y de consiguiente concebir un grande aborrecimiento á la fealdad , y peligrosas consecuencias del vicio. Con todo encontramos tantos que no practican esto. Poco he dicho. Hállanse muchos entre estos , que por lo mismo que tienen mayor entendimiento , y mas brillante y delicado ingenio , exceden á los demas en iniquidades , haciendo servir su mayor talento á todo género de vicios con escandaloso lamentable daño de sus próximos, el qual crece sin duda , quando la que llaman fortuna , ó el di-

ne-

nero, ú otra causa semejante, los hace subir, aunque indignamente, á los mas elevados puestos, y dignidades mas sobresalientes. Sucede esto por lo comun, porque todas sus reflexiones y pensamientos se dirigen únicamente á juntar riquezas para saciar la sed de su ambicion, ó para satisfacer sus brutales y desordenados apetitos, que les hacen estar agoviados, y los obligan á tener sus ojos puestos siempre en la tierra, como tantos brutos, sin levantarlos jamas ácia el Cielo. ¿Creen estos, acaso, que hay un Dios Todopoderoso, y Justo Juez, que les ha de dar segun sus méritos una justa retribucion? Sepan, pues, que el Legislador Supremo no en vano intimó á todos aquella misteriosa, y expresiva parábola de los talentos: ménos pedirá el Señor á quien ménos ha dado, y mas á quien mas ha recibido. ¿Pues cuánto mas rigurosa, y estrecha será la severidad del juicio para con aquellos á quienes el Señor no solamente ha dado mayores talentos, de un ingenio sublime, de un entendimiento despierto y penetrante, sin que se hayan aprovechado de tan excelentes dones; ántes bien, abusando de gracias y beneficios tan singulares, los han empleado malamente, despreciando las divinas leyes; y con pérdida de sus almas propias, han arruinado tambien las de sus próximos con sus abominables escándalos, y perversos exemplos? Por lo que mira á aquellos á quienes ha tocado un mediano, ó escaso ingenio, me persuado y creo, que quando hayan pecado, serán tratados con mayor clemencia y benignidad por aquel Dios, que tiene en su mano el peso mas fiel, en que se balancean justísimamente la fragilidad, y la malicia de los entendimientos y voluntades humanas.

§. V.

CON todo, sea la que se fuese la medida y porcion de entendimiento y razon, que Dios haya dado á cada uno de los hombres, con tal que la niñez, la

la locura, el frenesí, ú otros dañosos accidentes no priven de este beneficio á los mortales, ninguno de nosotros será excusable para con los demas hombres; y mucho ménos para con Dios, siempre que cayesemos en graves pecados, ó nos dexásemos arrastrar de infames vicios. Lo primero, porque el Dios de las misericordias nos ha declarado su voluntad, y sus eternas leyes en su santísima Religión, para que conozcamos claramente, y sepamos distinguir el bien del mal. Culpa nuestra será si cerramos los ojos á tanta luz, que ilumina á los que se hallan en la sombra de la muerte, y en medio de las mas espantosas obscuridades; pero aun será mayor y mas detestable nuestra culpa, si despreciásemos esta luz tan clara. Debemos considerar ademas de esto que la razon, ó sea el humano entendimiento, no es acreedor á tantos elogios, ni se debe ensalzar tanto su propia virtud, que en todo, y por todo se juzgue con suficiente vigor para discernir el bien del mal; y especialmente en algunos intrincados lances, en que se mezclan vehementes pasiones. Por esta causa no se contentan los Filósofos con decirnos solamente que la razon debe dirigir nuestras acciones: añaden mas; esto es, que este oficio pertenece á la razon recta y bien ordenada: á la razon fundada en un raciocinio sólido, que nada tenga de sofístico y falso: en un discurso bien tejido, y de que se deduzcan buenas consequencias, apoyadas sobre honestas máximas, que les sirvan de premisas, y que todo sea conducente al buen orden, y á nuestra eterna felicidad, de que hablaremos despues. No obstante todo esto, tampoco conviene desacreditar, ni disminuir la fuerza de la razon en tanto grado, y de tal manera, que pueda servir de excusa á quien obra mal, juzgando y pretextando, que tal vez no puede, ó no sabe obrar de otro modo; porque el Señor ha dispuesto la razon del hombre de tal manera, que aun el vulgo de los ignorantes llega á conocer y discernir fácilmente lo que es arreglado ó desarreglado, lo que es jus-

justo, ó injusto en las obligaciones más esenciales del hombre, y lo que es laudable, ó vituperable en sus acciones. Cierito es que la jurisdicción, y poder de nuestro entendimiento es limitado, quando se trata de cosas superiores á nuestra esfera, ó que estan metidas en los ocultos senos de la naturaleza, ó de tal modo enredadas entre sí por causa, ó efecto de las circunstancias concurrentes, que la razon no puede decidir las con acierto: mas por lo que toca á la bondad, ó malicia de las principales acciones del hombre, y á la distincion entre los vicios, y virtudes, tomada en comun, y no comprehendiendo aquellas acciones mas particulares de las personas de capacidad y entendimiento, aunque endeble, con tal que sea sano, y las personas de una edad competente, tiene en sí todo hombre una luz natural, sufficientísima para conocer todo aquello que lleva la librea del bien, ó del mal; y esta luz es la que llamamos razon. La disension entre Teólogos y Filósofos, que tratan de las costumbres, no gira sobre el macizo y principal, sí bien sobre algunas particulares operaciones del hombre, conviniendo todos en confesar, y declarar por virtud lo que es virtud, y por vicio lo que lo es en la realidad. Venga un hombre, aunque sea ignorante, á confrontar y comparar á un soberbio, y orgulloso con otro hombre humilde y modesto: á un engañador embustero, con otro hombre de verdad, que mantiene su palabra y fe: á un hijo desobediente, é injurioso á sus padres, con otro obsequioso y obediente á los mismos: si este hombre no fuese totalmente mentecato, conocerá, y responderá al punto, que los primeros merecen todo desprecio, y que son dignos de alabanza, y de imitacion los segundos; y con todo esto nos vendrá á decir, que por el dictamen de su razon él encuentra desconcierto, desórden, y deformidad en las acciones de aquellos; armonía, y buen órden en las de estos.

§. VI.

Cierto es, que el Loke, sutilísimo Filósofo Ingles, en el libro que dió á luz intitulado del *entendimiento*, esparció un finísimo y delicado veneno, que todos conocen. Este Filósofo, digo, pretende que el hombre en su entendimiento no tenga naturalmente algun principio, ó regla de moral. Y verdaderamente puede llamarse antigua la disputa renovada en nuestros dias, y fuertemente agitada, sobre si se dan, ó no en el hombre ideas universales de las cosas, impresas por la naturaleza misma, que llaman comunmente ideas innatas. Han creído algunos que sí, y su Capitan fué Platon, el qual enseñó, que practicando nosotros con otros hombres, ó estudiando, y reflexionando sobre las cosas, se van excitando, y reviviendo poco á poco en nuestro entendimiento aquellas ideas, aquellas máximas, y axiomas, que no sabiamos, y que estaban escondidas dentro de nosotros mismos, así como no nos parece llevar el fuego en el acero, ó el pedernal; pero batiendo, y ludiendo el uno con el otro, descubrimos que allí habia fuego. Llegó este Filósofo Griego á defender y enseñar, que nuestro aprehender y saber no es otra cosa, que acordarse, ó hacer memoria; porque en su dictamen todos los principios y semillas del saber, y de las ciencias estan encerrados en la naturaleza del humano entendimiento. Aristóteles al contrario, fué de parecer, como lo son otros modernos, que ninguna de estas ideas nace con nosotros, y que todo nos viene, segun lo juzgan, ó de los sentidos, ó de nuestro discurso, ó bien de la relacion, ó racionio, comunicado por otros á nuestro entendimiento; el qual, quando el hombre nace no es otra cosa que una tabla rasa, ó un papel blanco en que nada hay pintado, ó escrito, pero que pueden pintarse y escribirse una infinidad de cosas. Por lo que á mí toca, y sin entrar en esta disputa, para cuyo exámen no bastarian pocas palabras, diré únicamente, que si no es cosa

fácil el probar, que se den en el hombre principios, y conocimientos innatos, por lo ménos es cierto, que hay en nuestra alma una fuerza, y vigor innato para descubrir las proporciones, las relaciones, las causas y efectos, la verdad, ó falsedad de infinitas cosas; y este vigor, ó virtud se llama razon. Con el auxilio de esta facultad, que nos ha dado Dios, podemos descubrir tambien lo que sea bueno ó malo, y en las acciones humanas justo ó injusto: si no con igual facilidad generalmente, á lo ménos en aquellas acciones mas importantes y necesarias al hombre. Por tanto, déseme un hombre, que por la primera vez llegue á ver que matan á otro hombre inocente; ó á inhumanos asesinos, que dexan en carnes á un pobre viandante; ó á un Príncipe, ú otra persona, que magnánimamente perdone, y dé libertad al mismo sugeto que habia intentado asesinarlo; ó últimamente á un criado, que mas presto elija la muerte que manchar el tálamo de su amo y Señor: no hay duda, que aquel hombre con sola la luz de la razon natural, y sin saber el por qué, reprobará y juzgará por malas aquellas acciones primeras, reputando por honestas y buenas las segundas. Del mismo modo apénas habrá oido aquella importantísima regla, y máxîma de la Religion Christiana, y juntamente de la humana naturaleza; esto es, *lo que no quieras para tí, no debas querer para los demas*, quando al punto, ó con un fácil movimiento de reflexion, descubrirá su equidad y verdad.

§. VII.

Sigue Loke respondiendo, que estas máxîmas se aprueban prontamente, no porque se juzguen y conozcan por obras viciosas ó virtuosas, sí bien porque son útiles, y porque nuestro interes propio mira al punto estos principios como necesarios á la conservacion de la humana sociedad, en que tenemos tambien nosotros parte, miéntras de la observancia de estas reglas sacamos prove-

vecho, y de la inobservancia nos podría resultar grave daño. Por lo demas nos dice, que la mayor parte de los hombres no repara en si las acciones son conformes, ó contrarias á la voluntad, y á las leyes de Dios, que este es el verdadero modo para conocer aquello que llamamos virtud y vicio. Pero conviene considerar, que el fin de toda ley, y de toda sociedad no es otro que la misma felicidad: aquella, digo, que es comun á todos los hombres, y como diremos despues, este es uno de los fines que se propuso Dios en la creacion del hombre, y en la conservacion de la sociedad y de la especie. Por tanto, todo lo que se opone á esta, se opone tambien á la intencion del mismo Dios, á sus santos fines, á las leyes de la humana naturaleza, y al instituto de la sociedad de los mortales. De aquí se sigue, que todo aquello, que solamente mira, y tiene por término el gusto y placer de algunos particulares en perjuicio de los demas, que participan de la misma naturaleza, y entran á componer esta sociedad, todo esto digo, es malo é injusto; y la transgresion de estas leyes debe llamarse mal moral; porque el bien público es lo que únicamente tienen por objeto, así el mismo Dios como la razon de que está dotado el hombre; y toda accion que se descubra incompatible con este bien universal, y con la paz de todo el género humano, se declara al punto por contraria, é incompatible con las leyes de la naturaleza, y de consiguiente es injusto, y no debe tolerarse. Concediendo, pues, este Autor (el Loke) que el hombre aprueba la máxima de que hicimos arriba memoria; porque la luz natural le persuade hasta convencerle, que ella es útil, y necesaria á la sociedad humana, debe tambien conceder, que la razon del hombre tiene una firme y segura regla, manifestada por la luz de la naturaleza misma, con la qual puede descubrir la bondad, ó malicia de muchas acciones, y juzgar de ellas seguramente. El tomar consejo de nuestro particular amor propio en semejantes casos, sería ciertamente tomarlo de

de un consejero ciego; pero el aconsejarse con el amor universal de todo el género humano, del qual somos parte tambien nosotros, esto seria acertarlo, siendo esta una regla, que se aviene muy bien con aquella noticia natural que ya tenemos de los atributos de Dios, con las leyes de la naturaleza, y tambien con las Divinas Escrituras, que nos enseñan esta bella máxîma, para que podamos juzgar con acierto, así de nuestras acciones, como de las de los otros. Todo aquello que es útil á la república universal de los hombres, es finalmente aquello mismo que llamamos honesto, bien que en quanto honesto debe considerarse, que es Dios su origen, y principio, aunque su efecto, que es lo que llamamos útil, se refunda solamente en los hombres. De lo que llamamos honesto hablaremos mas abaxo. Y si los mas de los hombres no conocen la intrínseca verdad y justicia de aquel axioma, refiriéndolo á Dios, ó solamente miran en él su propia utilidad; con todo, quando se les pregunta si reconocen ó no estas acciones por convenientes á la humana sociedad, á la pública felicidad, y por conformes á la intencion del mismo Dios, no podrán ménos de reconocerlas, y confesarlas por tales, dexándose ver en ellas al punto su conformidad con las leyes de la naturaleza, las quales tienen finalmente por Autor al mismo Dios.

§. VIII.

EL mismo Autor (Loke) añade, que hay Pueblos en las Indias Orientales, y Occidentales, que quitan la vida á sus mismos padres quando han llegado á cierta edad: que se comen sus propios hijos, y á sus enemigos: que entierran vivos á los enfermos deshanciados. Y si creemos al mencionado Autor, algunas Naciones de las mas cultas no escrupulizaban en exponer sus hijos, ó para dexarlos morir de hambre, ó para que fuesen pasto de las fieras mas crueles. No sé qué verdad tenga esto; pero sé muy bien que los exponian con la intencion de

que los recogiesen los que podían criarlos, para que de este modo llegasen á quedar por esclavos suyos. Además de esto, según dice el mismo Autor se hallan personas, que sin escrúpulo, y francamente obran contra todas las reglas de la Moral. Figurémonos, pues, una Ciudad tomada por asalto, donde no se registra otra cosa que muertes de hombres, robos, sacrilegios, estupro, sin que en aquellos soldados rabiosos se descubra algún principio de moral buena, ó algún remordimiento de conciencia. Esto supuesto, se responde ser cosa vergonzosa, que hombres por otra parte grandes intenten desacreditar la razón humana con el exemplo de los bárbaros, y de los hombres perversos. Si aquellos no consultan la razón que Dios les ha dado, ¿qué maravilla será que no distinguan las acciones malas de las buenas? Tampoco conocen estos tantas verdades evidentes, así de Física, como de Matemática, que son notorias y claras á las Naciones cultas de la Europa; ¿y por esto hemos de dudar de estas verdades, ó decir que no las descubre la razón? Tienen necesidad aquellos bárbaros, ó de ser bien instruidos, ó de cultivar y hacer mejor uso de su razón, y entonces no tardarán mucho tiempo en conocer lo mismo que nosotros. Y estoy persuadido, que preguntados aquellos bárbaros, si el quitar la vida á un inocente por solo el capricho y voluntad de otro hombre, sea bueno ó malo, responderán al punto, que esto es malo, no pudiendo ménos de conocer, que si juzgan diversamente, juzgarán contra el bien comun de todos los hombres, en cuyo número entran también ellos. Y si exercitan, y tienen en uso la bárbara crueldad de matar á sus hijos, á sus viejos, á sus enfermos, y prisioneros, no es porque no sienten el dictámen de la naturaleza, que tiene por término, y fin la felicidad comun y universal; si no es porque creen falsamente que es mejor para aquellas personas particulares el quitarles la vida, librándolos con esto de las miserias y trabajos del mundo, ó porque juzgan y tienen por justa su muer-

muerte, como nosotros juzgamos, y tenemos por justa la de los públicos malhechores. Por lo demas, no se duda, que la luz de la razon natural puede ofuscarse por una mala costumbre introducida en Pueblos enteros, pareciendo lícito y laudable lo que practican muchos, sin examinar si sea, ó no conforme á las leyes de la humana naturaleza. Había en la Tartaria un Pueblo, segun escribe Marco Polo, que reputaba por accion gloriosa, y nada indecorosa el convidar á los forasteros con sus propias hijas y mugeres; y pluguiese á Dios, que en las Indias Orientales hubiese cesado tan perversa costumbre; pero aquellos infames mercaderes, y negociantes de la honestidad de sus propias hijas y mugeres, tuvieron despues por corrector de su demasiada, é indecente cortesía un Emperador Tártaro; esto es, tan bárbaro como ellos; pero que con mayor atencion miraba las leyes de la naturaleza, y escuchaba las lecciones de la razon humana. Finalmente debemos decir, que si alguno de aquellos bárbaros, de quienes se refieren acciones tan bestiales y desarregladas, viniere á nuestra Europa, y reflexionase un poco sobre nuestras buenas costumbres, bien presto le avisaria su razon misma, que son laudables las nuestras, y vituperables las suyas. Por lo que mira á los viciosos y malvados, de que abundará siempre el mundo, tengo por ocioso el decir algo, por ser cosa evidente que una pasion impetuosa, ó brutal, basta mientras ella dura, para oprimir y sofocar la voz de la razon. Pasada esta pasion, y aun tal vez en medio de ella, se oye aquella voz, y con su dictámen se conoce lo que es el bien, y el mal, aunque conociéndolo elijan muchas veces el mal los malos y perversos. De hecho, los apetitos desenfrenados, y las desarregladas pasiones, son las que llevan á una criatura racional al deplorable estado de no distinguir en varias ocasiones el bien del mal, ó á obrar con los ojos abiertos contra la razon misma, y contra las leyes eternas de la justicia, de la equidad, de la verdad y bondad, que por medio de esta ra-

zon bien empleada se descubren clarísimamente. Todo esto nos ofrece una clara prueba de que hay pasiones, y pasiones desenfrenadas; pero no prueba que el buen uso de la razon dexé de enseñar al hombre naturalmente, y guiarle para que en el ejercicio de sus mas principales empleos, conozca lo que es virtuoso y vicioso. Prueba que las pasiones engendran, y sostienen el vicio, y que este tiene fuerza bastante para ofuscar la razon algunas veces; pero quando esta se hallé libre de semejante enfermedad, recobrará con el ejercicio su antiguo vigor.

§. IX.

TRaigamos ahora á exâmen una queja que Plinio el mayor hizo, y dexó escrita en su tiempo, á quien acompañó tambien Plutarco: fúndase en una observacion verdadera, que hizo, y de que sacó una conseqüencia agena, por no decir indigna, de un Filósofo, qual fué Plinio, ó por lo ménos él juzgaba serlo. Observó, pues, que la naturaleza habia subministrado próvidamente de vestidos á las bestias, y á las aves, á muchas de ellas de habitacion, á otras de una vista muy perspica, de fuerzas y armas para su defensa; y que todos salen y nacen industriados en todo aquello que conviene á la conservacion de sus individuos, y propagacion de su especie; quando el hombre viene al mundo totalmente desnudo, sin casa donde habitar, sin armas para defenderse, inferior en la vivacidad y perspicacia de los sentidos á tantas criaturas; y lo que es mas, envuelto en las sombras de una total ignorancia. De todo esto infiere Plinio, que la naturaleza hace el oficio de madre con tantos animales, y el de madrastra para con los hombres: conseqüencia falsa, acusacion ciertamente injusta. Dios, que es el Autor de la naturaleza, ha dado liberalmente al hombre todo quanto la naturaleza ha dado á los brutos, quando le dotó de razon, y entendimiento. Envie un amo á un criado suyo á un via-

ge muy largo, sin darle comodidad alguna para hacerlo; pero al tiempo mismo apróntele una gran suma de dinero; ¿quién no advierte, que con esto le facilita toda la comodidad posible? Con el dinero le da caballos, carruage, cama, posada, mantenimiento, y las demas comodidades para el camino. Lo mismo podemos decir del Artífice Supremo: quando en la creacion del hombre, y para el viage del mundo lo proveyó y equipó de aquella maravillosa fuerza, y virtud del entendimiento, y la razon le puso en su mano una llave maestra, con que puede abrir mil escritorios, en que la naturaleza tiene sus tesoros escondidos, y las leyes de la moral entre ellos. Nada mas necesita el hombre, no solo para procurarse, y adquirir el sustento necesario, mas tambien el regalo delicioso. El entendimiento es para el hombre pan, vestido, casa y armas para su defensa. Del entendimiento tienen su origen las ciencias y artes, y la interminable serie de aquellas verdades, y noticias científicas y prácticas, por las quales aquel hombre, que nació tan ignorante y rudo, puede llegar á ser muy inteligente y docto.

§. X.

Esta consideracion deberia tenernos continuamente empleados en cantar himnos de alabanza, y gloria al Señor, que nos ha dado la preciosísima joya de la razon y entendimiento, de que carecen los brutos, atribuyendo, como debemos á su beneficiencia y amor, todo quanto han inventado, y descubierto sobre la tierra el entendimiento y razon de los hombres en varias ciencias, fábricas y facultades. A la verdad, si hemos recibido de su benéfica mano la causa de estos efectos; ¿por qué no serán regalo y dádiva de este Señor los efectos mismos? El nos ha plantado el arbol; al mismo debe atribuir los frutos nuestro humilde y agradecido reconocimiento. Y aquí debemos observar atentamente, que

habiendo Dios con esta razon y entendimiento dádonos juntamente una fuerza y virtud para conocer muchos objetos, y discernir en ellos lo verdadero y lo falso, las relaciones, las causas, las diferencias, subordinaciones, propiedades, virtudes, &c. de las cosas criadas; no por esto somos nosotros los que formamos estas verdades ya mencionadas, como ni tampoco las leyes y órden de estas cosas. Todo el trabajo de nuestro entendimiento consiste solamente en descubrir tales leyes, y tales verdades; quiero decir, en encontrar aquello que es en la realidad, y que era y seria sin que existiésemos nosotros, lo que podria llamarse sin temeridad, excitar en nosotros ideas innatas, segun la senténcia de Platon ya referida, sirviendo nuestra consideracion, y reflexion de avisarnos, que se halla dentro de nosotros mismos aquella luz interior, que ántes no habiamos reconocido. Mas para descubrir estas verdades es necesaria mayor, ó menor aplicacion é industria, segun el objeto y la materia. ¿Qué persona, aunque dotada de un elevado ingenio, pero sin experiencia, acertaria el modo de hacer con perfeccion un tapiz, ó de texer una estofa con seda, oro y plata, en que van enlazadas varias figuras, hermosas y delicadas flores, y otras cosas primorosas y bien ordenadas? Podria ciertamente pensar en ello por mucho tiempo; pero no acertaria con el artificio: con todo, la industriosa razon de los antiguos y modernos ha ido poco á poco perfeccionando con sus invenciones esta nobilísima arte. Asimismo el advertir que dos y dos hacen quatro, que el todo es mayor que una parte, que la piedra iman atrae á sí el hierro, y que tocando con ella una aguja, mire, y busque esta siempre al Poló: que uno ó dos vidrios de cierta figura y grandeza, puestos en distancia proporcionada en un cañon, ó tubo, engrandezcan ó disminuyan los objetos: que la corteza llamada quina sea un remedio pronto y eficaz para cortar la fuerza, y desvanecer la calentura mas ardiente: Todo esto, digo, no es otra cosa, que un conocer y descubrir las sabias leyes, que el

Su-

Supremo Artífice estableció en la formación de la esencia y buen orden de estas cosas, y produccion de semejantes cuerpos. Nosotros en el descubrimiento de estas verdades no podemos gloriarnos de otra cosa, que de un poco de industria, y del buen uso de la razon, que con los rayos y resplandor de su luz, nos introduce en los gabinetes de la naturaleza, y nos sirve de escala para que subamos hasta el conocimiento de Dios, y de sus atributos infinitos, bien que sea limitado nuestro conocimiento. Aun quando supongamos (lo que no haré fácilmente) que no hay idea alguna innata en el hombre, basta que sea innata en él la razon, la qual por sí sola puede mucho para descubrir la verdad de tantas cosas; pero puede mucho mas ayudada por la razon de hombres sabios. Por lo que toca al no poder llegar á descubrir otras muchas verdades, y á engañarse muchas veces juzgando lo falso por verdadero; esto arguye, que es limitada nuestra facultad; pero no el que sea escasa su virtud, ó la luz de la razon, de la que si usáramos bien exâminando naturalmente las cosas y las acciones, no nos engañariamos tan fácilmente en muchas ocasiones.

§. XI.

NI lo que se ha dicho en orden á distinguir lo verdadero de lo falso dexa de tener proporcion con el descubrimiento de lo bueno y lo malo, de lo hermoso y lo feo, de lo honesto é indecente de las humanas acciones. Todo aquello que es dañoso y contrario á la felicidad del género humano, y todo lo que le es útil, y provechoso (que con razon podemos llamar honesto) no depende de que nosotros lo practiquemos, ó dexemos de practicar. Siempre ha sido, siempre es, y siempre será tal. Nosotros podrémos descubrirlo, pero no cambiarlo: por tanto es necesario reducirse á un primer principio, el qual tenga ordenadas las cosas de tal manera, que tales y tales acciones conspiren á esta felici-

idad determinada, y las contrarias la destruyan. Este principio no puede ser otro que el mismo Dios, de quien hablaremos despues. Y ciertamente que en la suposicion indubitable de que hay un Dios, que es la misma sabiduría, no puede creerse jamas que su Magestad haya dexado, y entregado á la contingencia y al acaso los nobilísimos espíritus humanos, como quien arroja al mar odres llenos de viento, sin proveerlos de alguna luz, para conocer lo que convenga, ó no convenga á su dignidad, y á los fines que en su creacion se propuso un tan sabio Arquitecto. Con efecto nos ha concedido el Criador esta incomparable luz en la revelacion de la Religion santa, que profesamos. Ademas de esto, trabajando nosotros con la razon que nos ha dado, ha formado dentro de nosotros mismos otro farol ó antorcha, con la que podamos discernir en las acciones humanas la bondad, y la malicia; siendo mas fácil el conocer qué acciones sean virtuosas ó viciosas, laudables ó vituperables, quando se confrontan las unas con las otras. Aun el rústico mas bárbaro, el jóven sin experiencia, tendrán luz suficiente, que les franquea su razon misma, para distinguir las acciones buenas de las malas, siempre que quieran reflexionar un poco; y aunque esto no suceda siempre, ni en todos los casos, puede suceder ciertamente en muchísimos. Acontece en esto lo que en las verdades, muchas de las cuales nos dan al instante en los ojos, quando otras se esconden de nuestra vista. Lo mismo debe decirse de algunas operaciones morales, cuya deformidad ó hermosura nos es tan evidente, que basta el verlas para alabar unas, y vituperar otras; quando para discernir la bondad ó malicia de algunas otras, es necesaria mayor luz y mas atenta reflexion. Y últimamente está tan escondida la moralidad de muchas acciones, que quando los hombres mas doctos quieren determinar sobre este punto, y juzgar si son lícitas ó no semejantes acciones, son diversos sus dictámenes y pareceres, por ser cosa difícil el
echar-

echar una línea recta y segura entre los límites, y extremos de la virtud y el vicio; sin que se siga de esto que la razón del hombre dexé de tener gran pulso y fuerza para llegar á descubrir el orden y desorden, el vicio y la virtud, así en sus operaciones propias, como en las de otros. Sócrates el Filósofo, solamente con preguntar á sus jóvenes discípulos, que aun no tenían conocimiento experimental de las ciencias, y aun apenas una leve tintura de ellas, hacía, y lograba que ellos mismos descubriesen lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo de muchas cosas, y de no pocas acciones; y á la verdad, si el hombre por medio de su natural razón ha sabido encontrar, reconocer, y para decirlo así, desenterrar infinitas verdades, causas, efectos, virtudes, relaciones, &c. de muchos cuerpos para el propio sustento y comodidad; y aun hasta para la magnificencia, y delicia de la vida animal, y civil sabe inventar tantas artes y artificios tan admirables: sabe formar, y adquirir un gran capital de ciencias; ¿quién dirá que del mismo modo, y por el mismo medio no podrá igualmente conocer todo aquello que hace que sean bien ordenadas ó desordenadas sus propias costumbres? Búsquese con diligencia algo de esto, y se encontrará al punto; pero no puede explicarse bastantemente cuánta y qual sea en orden á esto la desatención, y poco cuidado de los mortales, que nada piensan, nada solicitan para buscar y contemplar qual sea la voluntad de Dios, por lo que toca á obrar, ó dexar de obrar en esta vida; ni qué camino sea el que los lleve seguramente á la felicidad verdadera; ni qué acciones convengan, ó no convengan á la criatura racional; esto es, no consideran lo que es virtud ó vicio, ni los premios, ó castigos que por lo común se siguen al vicio y á la virtud, aun en esta vida, é infaliblemente despues en la otra. Y ademas de este gravísimo descuido, estan muchos de los hombres empapados en falsos errores y perjuicios llenos de máximas ridículas, que
les

les inspiraron en su niñez, ya la educacion, ya los exemplos de los compañeros, y ya el uso del País donde nacieron y se criaron: ni jamas les viene al pensamiento el cultivar su propia razon, ni el escuchar el dictámen de los hombres sabios, que viven actualmente, ó de los que despues de muertos viven en sus propios libros y escritos. El mismo Ciceron en el lib. 3. de las Questiones Tusculanas reconoció, y nos dexó escrito, que la naturaleza nos ha dado una cierta luz, la qual si nosotros no la intentasemos apagar con malas costumbres, con perversos hábitos, con falsas opiniones, y con desaregladas pasiones, bastaria para que juzgásemos bien, eligiésemos, y obrasemos mejor; pero nosotros, descuidados y aturdidos, á nada de esto atendemos, ó si en alguna cosa reparamos, no es ciertamente para aprender á vivir como hombres sabios, siendo esto lo que nos importa mas que todo.

§. XII.

Tambien conviene observar, que Dios nos ha dado el entendimiento y la virtud de racionar, que es lo que llamamos razon, para que en nuestras operaciones nos sirva, á fin de saber distinguir lo que verdaderamente es bien; esto es, lo que constituye nuestra felicidad; y lo que verdaderamente es mal; y ademas lo que entre los bienes para nosotros es lo mejor, lo mas propio y necesario para hacernos felices, no por un momento solo, si bien para siempre. Y porque tenemos los apetitos y las pasiones, que con la apariéncia del bien ó de lo mejor, nos arrebatan con furor algunas veces á elegir lo que en sí mismo es mal, ó lo es porque nos impide un gran bien: por tanto ha dado Dios á nuestra alma la libertad con tal fuerza y virtud, que con ella puede, si quiere, prevenir y detener la precipitada carrera de estos movimientos internos y desareglados, de manera, que nuestro entendimiento ó razon exámine pri-

primero atentamente si lo que la pasion ardiente le propone sea verdaderamente un bien, ó acaso un mal, previendo y meditando las consecuencias de aquella accion. He dicho que tenemos la libertad, que es uno de los principios de toda accion moral; y por tanto podemos, si queremos, mandar á la pasion que calle, y se detenga hasta tanto que se balancee, y reflexione si aquella obra que vamos á practicar conduzca verdaderamente, é influya para nuestro bien ó para nuestro mal. Pero nosotros, perezosos y necios, sin hacer buen uso tantas veces, ni de nuestra razon, ni de nuestra libertad, damos oidos solamente á la voz y consejo de la pasion. Excita esta en el interior del hombre una gran conmocion y una molesta inquietud; y pareciéndonos que nos hallamos entónces en un estado infeliz, procuramos sacudir esta molestia, consintiendo á lo que nos propone la pasion desenfrenada. No hay pasion alguna, que, ó directa ó indirectamente no nos proponga algun bien ó algun placer; y lo que es mas, suele ofrecernos bienes presentes, y como próximos á lograrse y conseguirse; en comparacion de los quales, muchas veces se proponen mayores bienes, aunque mas distantes: y es proverbio comun, aun entre el vulgo, *que es mejor hoy un huevo, que mañana una gallina*. No debe, pues, maravillarnos, si ansiosos de nuestra felicidad, y mas de la presente, que puede satisfacernos sin dilacion, que de otra qualquiera, cuyo logro debemos esperar por algun tiempo, corramos á satisfacer la voluntad, agitada de la pasion, sin detenernos á reflexionar si obramos ó no prudentemente, eligiendo un bien verdadero y una felicidad durable; ó al contrario, una felicidad transeunte ó un bien aparente. No niego que podrémos lograr algun gusto, y llamarse aquel un bien deleytable; pero quando con licencia de la pasion se quisiese consultar maduramente, la razon misma, ántes de obrar, nos enseñaria aquella, y nos haria tocar como con la mano, que aquel bien dexa de ser tal, ó por mejor decir, es un mal verda-

dadero, contrario á nuestra verdadera felicidad, porque nos traerá, ó podrá traer tales dolores, tales males y tanta desdicha, que en su comparacion ningun prudente y juicioso querrá elegir aquel poco de bien, con todo que sea y se repunte entónces como presente.

CAPÍTULO VIII.

Del buen uso de la razon.

§. I.

A La verdad, el mayor regalo (hablo de los temporales), que nuestro benéfico Dios ha hecho al hombre, es sin duda el haberlo dotado de razon y entendimiento; por cuyas prendas es el hombre tan superior á la dilatada república de los brutos y á las demas criaturas sublunares. Pero debe causarnos un gran terror el observar y considerar el uso que hacemos los hombres de un don tan apreciable. Me persuado, que será bueno el poner delante de nuestros ojos, y hacer pasar revista algunas tropas, compañías ó quadrillas de los mismos hombres, para conocer, ó acaso para elegir la compañía ó quadrilla que nos toca. La primera y bien numerosa del uno y otro sexò, trae la librea y uniforme de seda y oro (probablemente será esta compañía de gente noble, ó á lo ménos de gente acomodada y bienestante). Emplea esta todo el capital de su entendimiento en el delicioso ejercicio del ocio, ó como solemos decir, de estar mano sobre mano. Son araganes de por vida, y muchas veces se embarazan en pensar como han de pasar el dia; querrian huir del ocio molesto, y con todo, su aplicacion no es otra cosa que un ocio verdadero. Charlatanerías, novelas, juegos y coloquios amorosos son sus mas comunes y mas queridos empleos. Para ellos fatiga el labrador, para ellos suda el criado y el factor: no piensan en otra cosa que en evitar con todas sus fuer-

fuerzas todo pensamiento que pueda causarles algun cuidado. Esta es la compañía de la razon desidiosa; ni cuesta mucho trabajo el conocer, que el no aplicarse jamas á cosa alguna de substancia, y el emplear la razon en semejantes fruslerías, los hace hombres de nada, y para nada, y los condena á estar siempre, sea hombre, ó muger, en la condicion y estado de niños, aunque tengan ya muchos años. Qualquiera que quisiese hacer el diario de todas las acciones grandes que hacen por lo comun los ricos, y los nobles, pondria seguramente á la vista una dilatada materia de admiracion ó de risa.

§. II.

Y Ciertamente que nunca pudo ser la intencion del Criador, que la criatura racional se entorpezca, y pudra en un ocio continuo, ó que gaste las veinte y quatro horas del dia solamente en comer, beber, dormir, pasear, en placeres, y otras infructuosas inutilidades. Repárese en la vida que traen muchos, y muchas, á quienes Dios ha libertado de la fatiga, y trabajo de ganarse el pan con el sudor de su rostro. El único exercicio de todos estos, se reduce á engalanarse, galantear, jugar, bufonear, charlatanear, &c. de modo, que sin haber estudiado, ni cursado en la escuela de Epicuro, pueden llamarse Epicureos todos ellos. Una vida como esta es muy conducente para que se entorpezcan, y afeminen los hombres; y en vano se buscará el antiguo valor, y animosidad en los que se acostumbran á esta vida blanca, y afeminada, enemiga de toda aplicacion, trabajo y fatiga. No es necesario mucho discernimiento para conocer que los hombres, y las mugeres deben en su modo de vivir aventajarse á tantos brutos, que ociosos, y sin hacer cosa alguna ocupan el ayre, el agua, y la tierra: quiero decir, que habiendo Dios dotado á la criatura racional con la preciosa joya de la razon, deberia aplicarse con todo su esfuer-

fuerzo á perfeccionar este don de Dios, acrecentando su entendimiento, y razon con noticias y conocimientos nuevos, mejorando y enmendando sus propias costumbres, y procurando adquirirse una felicidad seria, y durable en esta vida, y en la otra: dar á Dios su propio tiempo: dar el suyo tambien al gobierno de su casa, de sus intereses, y direccion de su familia: cultivar las artes y ciencias, si tuviese vocacion, y habilidad para cultivarlas, ó por lo ménos ocuparse en la leccion de libros doctos y sanos: trabajar en algun exercicio proporcionado á sus fuerzas, ó aplicarse á algun empleo honesto, como el de labrador, ó mercader: servir y ayudar en quanto pueda á su patria: exercitar su cuerpo moviéndose, y tomar á su tiempo aquellas recreaciones honestas, que son propias y convenientes á las personas sabias. Puede tambien ser laudable el retiro y la soledad, con tal que convenga á su modo de vivir, á sus propios intereses, ó sirva para aplicarse al estudio con mayor intension, ó á la contemplacion de la virtud, ó al cumplimiento de su obligacion, ó finalmente para huir alguna viciosa, y peligrosa ocasion. No será tan laudable este retiro, quando solo sea medio para evitar toda aplicacion al trabajo, para fomentar la pereza, y hacer que el mismo retiro sirva de pábulo al ocio. Aquel raton ingenioso, que habia fabricado su casa en un gran queso de Holanda, luego que sus compañeros viniéron á convidarle para una grande asamblea, que se habia convocado para una necesidad urgentísima á la república ratonesca, sacó la cabeza por su agujerito, y les dixo, que él se habia ya retirado del mundo; y así, que ellos proveyesen de remedio á su necesidad, y de este modo los despidió, metiéndose otra vez en su delicioso rincon. Por lo demas no hay duda que merece toda alabanza el que se retira del mundo con el fin de contemplar en Dios, y vivir solamente para el mismo Señor; pero aun es mas recomendable el que sin apartarse del comercio de los hombres, sabe al mismo tiempo servirlos y ayudarlos.

¿Quién

¿Quién no ve que el solitario solamente busca su bien propio, quando el que se exercita en ayudar al público, ademas del propio, busca tambien el bien ageno, haciendo participantes á sus próximos de aquellos tesoros que él posee, y junta para sí mismo?

§. III.

Siguiese ahora la segunda compañía, ó quadrilla, y es de aquellos que solamente emplean su racionio, é ingenio en obras iniquas, y perversas; esto es, siempre van pensando, y discurriendo entre sí cómo podrán llegar á efectuar una venganza, á conquistar una honestidad, á hacer suyo lo que es ageno, á imposturar, y engañar ahora á uno, despues á otro, á hacer de señores, y á satisfacer quantos caprichos se presentan á su fantasía, con otros feísimos, y semejantes entusiasmos de su entendimiento y discurso, fecundo siempre de malicias y engaños, creyendo fácilmente, que son de la misma catadura los demas hombres. Plugüiese á Dios, que esta abominable quadrilla se reduxese á pocos. Consideremos, pues, qué fiera traicion hace esta gente á sí misma, y al Señor, que liberalmente les dió la prenda excelente del conocimiento y de la razon. Fuéles concedida esta prenda para que usasen bien de ella en abono suyo y de los demas, y con todo usan de ella para su propio daño, y daño de nosotros. Puede llamarse está la quadrilla de la razon asesinada. Por poca reflexion que hiciese el hombre, se avergonzaria de alistarse en la quadrilla primera; pero mucho mas debe avergonzarse, y confundirse de estar alistado en la segunda, el haber nacido para no aprender jamas á vivir, ó para vivir como bestia en el desarreglo de costumbres desordenadas, el no aplicarse jamas á hacer bien su oficio; semejantes á los barrenos que nunca trabajan sino á pura fuerza. Esto ciertamente es hacer una grande injuria á nuestra naturaleza, á nuestra noble razon, y á los

los preciosos dones con que Dios nos enriqueció tan liberalmente. Al contrario, debe alegrarse, y gozarse el que se pone una ley de enriquecer únicamente el capital de su entendimiento, y razon en instruirse asimismo en huir de los vicios, y aprovechar en el camino de la virtud, comerciando con prudencia y utilidad con el talento ó talentos que ha recibido de su Criador. Este es el medio y el camino derecho para ser feliz quanto se puede en esta vida, é incomparablemente mas feliz en la otra.

§. IV.

EN quanto á esta segunda quadrilla es necesario persuadirse firmemente, que la senda y camino de los malignos y *cabalistas*, tarde ó temprano ha de acabar en desdichas y miserias. Quando los Príncipes, ó los demas hombres no los persigan, ó se armen contra ellos, ó para aborrecerlos, ó para castigarlos, su misma viciosa vida basta para atormentarlos. ¿Quién podrá explicar las angustias, afanes y desasosiegos, que acompañan la vida de los impíos é injustos, y cuántas sean las discordias, cuántos los peligros á que se exponen, y cuánto les cueste aquel discurrir continuamente para llegar á conseguir sus perversos fines, y el desperdiciar su hacienda, perder su salud, que son pensiones ordinarias del vicio y la iniquidad; ó si acaso por medio de sus rapiñas é ilícitas ganancias llegan á aumentar considerablemente su hacienda, el ver que todos los vituperan, y abominan? Finalmente, si acaso creen que tienen un Dios por superior, el qual como justo Juez, y Amo suyo puede, y quiere pedirles cuenta de sus operaciones, y que tiene preparado un premio inmenso para los buenos, y un inmenso castigo para los malos; ¿quién puede contar las angustias de corazon que sienten estos, mediante las quales jamas pueden decir que son dichosos, ni ahora ni despues? Por lo que asimismo pertenece á los otros, que dexamos dicho, que se aban-

do-

donán á un ocio perpetuo ó á vanísimas ocupaciones, parecerá acaso ser este un modo de vivir envidiable. Pero no es así; porque es imposible que una vida ociosa y desaplicada no traiga consigo varios vicios, ó no vaya á concluir en los mas enormes pecados. Puede muy bien el cuerpo descansar y estar en ocio; pero no así el entendimiento. Si este no se apacienta de pensamientos buenos, si no se ocupa y emplea en ejercicios honestos, necesariamente vendrá á ser un almacén copioso de pensamientos malos. Son verdaderos estos proverbios: *el ocioso rara vez es virtuoso; y el que nada hace, á hacer mal aprende.* El ejercicio de murmurar es el mas familiar y propio de los araganes y ociosos; su divertimento mas comun suele ser boberías y cosas de poca substancia: quantas desazones, discordias, rabias, blasfemias, arrebatos de ira, fraudes y engaños ocasiona el juego, y especialmente quando en él se busca con ansia la ganancia, podrán decirlo los héroes de esta miserable profesion; y aun acaso mas claramente nos lo podrán explicar las heroínas, ya que por añadidura á la infelicidad de nuestros tiempos tambien se ha extendido á las señoras esta gran moda. Quando el juego únicamente se tome por pasatiempo, es necesario que no conozca la preciosidad del tiempo mismo, el que gasta tantas horas, ó de la noche ó del dia, en este impertinente negocio. Nada diré de los galanteos, ni de las asambleas del uno y del otro sexò, que en algunas Ciudades han llegado á ser una nueva imposicion ó tributo de todos los dias ó de todas las noches; y mucho ménos intento hablar de los chichisveos, invencion deplorable de estos últimos tiempos, y que subsiste contra el dictámen y zelosa declamacion de todos los buenos, en algunas otras Ciudades, las quales porque abundan en riquezas, abundan tambien en culpas. He dicho que no hablo de todo esto, porque estos asuntos los dexo al zelo y doctrina de los Oradores Sagrados. ¿Podrá creerse jamas, que aun quando estos ociosos estuviesen léjos de todo vicio y pecado, se podrá es-

perar de ellos que algun dia sean útiles á la república donde viven, ó que podrán ser tales para sus propias casas y familias?

pero no es así porque es imposible que un hombre sea virtuoso y desapichado no tiene otros vicios. V. *de la virtud de la modestia*

YA se sigue la tercera clase de hombres, que se compone y forma de los que emplean bien su razón. Esta es de aquellos, que aborreciendo el ocio, padre de las malas tentaciones y vicios, y abominando mucho mas la vida exêcranda y vituperable de los iniquos, se aplican continuamente á caminar por el real camino de los justos, valiéndose quanto les es posible de su razón ó propio raciocinio para sus mayores ventajas y aprovechamiento de los otros. El que nace pobre, no deberá cansarse mucho para entender, que el Señor que rige y gobierna las suertes de los hombres, lo ha destinado á la fatiga y trabajo, para que con el sudor de su rostro gané su mantenimiento; y por tanto procurará aplicarse á exercicios honestos, ó bien á servir á otros, llevando siempre en su compañía la humildad, la paciencia y la constancia. Este es el sitio y parage en que Dios le quiere, y en este puede encontrar el hombre de bien su propia felicidad. Mas quando el hombre no se vea precisado de la pobreza al exercicio de oficios penosos, no por esto debe excusarse de la fatiga y trabajo. El empleo noble y sabio de algunos de estos será la economía, el buen gobierno de su familia y la christiana educacion de sus hijos (en esta debe esmerarse el prudente cuidado del padre; pero aun mas la virtuosa atencion de la madre), juntamente con la aplicacion á la agricultura; que es un laudable y honesto exercicio para el buen ciudadano: otros podrán emplearse en el honesto tráfico de mercaderes, aplicacion muy buena para aumentar las conveniencias de las propias casas, y que debe descarse y promoverse en las Ciudades bien reguladas, redundando en bien comun las comodidades y riquezas del particular: otros finalmente procurarán apli-

aplicarse á las ciencias y artes liberales, quando se reconocan con suficiente caudal de ingenio para un tal exercicio, haciendo que su estudio y aplicacion, ademas del provecho y mérito personal que les resulta del cultivo de sus propios entendimientos, sea comun á los patriotas y á los extraños. Es cosa muy fea el ver la mayor parte de la nobleza en nuestros tiempos, que ofusca su nativo esplendor entre las negras nubes de la ignorancia y el ocio: no porque todos deban ser Doctores, ni Togados; pero á lo ménos deben aprender lo que basta para saber lo que es vida civil, política y verdadero honor, y para distinguirse en sus obras, palabras y trato del vulgo incivil, necio y vicioso; y quando no todos saquen del vientre de su madre fuerza y habilidad para las ciencias, ¿les faltarán por esto modos de emplear bien el tiempo, que es cosa tan preciosa? ¿faltarán acaso aplicaciones mucho mas honestas y provechosas sin comparacion, que el ocio lastimoso de los araganes y perezosos; mucho mejores y mas útiles que el atolondrarse y enloquecerse en la profesion de jugadores, y en la vana feria á que concurren tantos y tantas, gastando sus pensamientos, y discursos gran parte del día en niñerías y juguetes, que de nada sirven, quando en ellos acaso no interviniere alguna cosa peor?

§. VI.

SI yo viese una noble Señora (de las quales conozco algunas, y otros conocerán otras) pasar las vigili-
as de la noche en su aposento, y en medio de sus hijas y doncellas, que las sirven como de corona, atentas todas á su labor, y que da las órdenes y disposiciones oportunas para el buen gobierno de toda su casa, y que inspira buenos sentimientos á sus súbditos con buenos discursos, con el exemplo y con la leccion de algun buen libro, contándoles algunas moralidades: no dudaré en llamarla reyna, sabia y prudente del pequeño reyno de

su casa, ó por lo ménos diré, que es un fiel retrato de aquella muger fuerte, que la Divina Sabiduría nos describe tan perfecta y cabalmente en sus celestiales Libros, dándola los merecidos elogios, los cuales no merecen ciertamente otras Señoras tan nombradas en la Ciudad, solo porque pierden el tiempo en cosas vanas y muchas veces peligrosas, sin otra ocupacion que el estar siempre desocupadas. Sabio y de maduro juicio debe llamarse aquel jóven, que no obstante que se halla libre, sigue fervoroso la carrera de sus estudios, ó por lo ménos se divierte y apacienta su ánimo leyendo historias, y otros útiles libros; y quando no pueda hacer otra cosa mejor, se aplica al diseño, á la pintura, al torno, á las fortificaciones ó á ejercicios militares y caballerescos, ó á serias y eruditas conversaciones, en que puede aprender lo mejor, y de que puede servirse como de un precioso alambique para limpiarse y purificarse de aquellos perjuicios y defectos, de que por lo comun no está libre la vida de los jóvenes, y que crecen mayormente y se refuerzan en los que se dedican únicamente á vanas é inútiles conversaciones. De estas y semejantes aplicaciones, que si no son grandiosas, por lo ménos son inocentes, y nada peligrosas, sacará el jóven un placer honesto, y acaso un gran provecho de una economía excelente, y de seguro una laudable moderacion de costumbres, que es una ganancia preciosa, librándose al mismo tiempo de las estocadas de la bolsa, que no son pocas, y del incentivo de los vicios, que para todos, y especialmente para los jóvenes suele ser y es el ocio. Y cuánto mas digno será, no solamente de alabanza, sino tambien de admiracion, aquel jovencito, que bien temprano se disponga á pulir y perfeccionar su ánimo con las buenas letras y bellas ciencias, y especialmente si lo hace con la que entre las humanas es la mas noble é importante; esto es, con la filosofía de las costumbres? Lo cierto es, que siendo brevísima la vida del hombre, los mas llegan al fin de ella sin haber

aprendido á saber vivir como hombres, siendo pocos los que despues de haber pasado lo mas florido de su juventud, envueltos en mil desórdenes y vicios, entónces solamente comienzan á aprender á vivir, quando ya es el tiempo de acabar. El mas oportuno y útil para entregarse al estudio del propio conocimiento y del mundo, donde se va á entrar, y para hacer en él su figura propia, es cabalmente la juventud misma. Puede muy bien servir la Filosofía Moral para desarraygar de nuestros ánimos los vicios, que habian ya prendido en ellos; pero será incomparablemente mayor su fruto, quando sirva de preservativo para que no entren los vicios en ellos: por tanto es cosa vergonzosa, que en nuestros tiempos, tan estudiosos y purgados ya de la escoria de los siglos bárbaros, y en que la edad florida se ocupa en tantos estudios, ya de lenguas, ya de bellas letras, de Física, de Metafísica, de Jurisprudencia y Matemáticas: estos mismos jóvenes concluyan el curso de las escuelas sin saber, ni tener noticia que hay en el mundo una ciencia, que se llama Filosofía Moral: ésta, ésta es la que con preferencia á las otras debe enseñarse y aprenderse: ésta y no otra es la que justamente llamó Ciceron *Medicina de los ánimos*. Otros estudios pueden ser útiles; pero sin ellos pueden tambien vivir los hombres. Al contrario, ninguno deberia cumplir el curso de las escuelas sin haber procurado para sí mismo aquel adorno, y subsidio de la ciencia, que enseña el buen regulamento de la vida moral del hombre. Aun es cosa mas vergonzosa que nosotros los Christianos, que admiramos á las veces con exceso los Filósofos Gentiles, dexamos de imitarlos en aquello que mas importa, y de que nos diéron los exemplos mas luminosos, y que fué, digamoslo así, el fuerte de todo su saber. Perdóneseme si vuelvo á tocar ahora una tecla, que ya en otra parte queda tocada, porque la necesidad está pidiendo que en este punto se sacuda el sueño y la pereza de nuestros tiempos.

Despues de haber insinuado los perversos efectos del ocio, y encomendada en alguna manera á cada uno de los hombres alguna honesta aplicacion, ninguno debe pensar que yo condene ni destierre de la humana república toda solaz y diversion honesta; ántes bien deben permitirse y alabarse, quando los acompañe la honestidad y la moderacion. El arco, que siempre está tirante, luego se rompe; y nuestra naturaleza pide de quando en quando un conveniente reposo para las fatigas del cuerpo y alguna recreacion para las del ánimo. El paseo, el andar á caballo, la caza, á quien no le es prohibida, y otros ejercicios, que tengan nuestros cuerpos en movimiento, con otros laudables modos de recrearse, que se usan en las Ciudades bien gobernadas; ademas de ser convenientes á la salud del cuerpo, ayudan tambien al ánimo para emprender despues con mayor vigor las ocupaciones en que se exercitaba: pero el mar de muchos, y muchas es, que exceptuando la parte necesaria que pide el sueño, quasi todo el remanente de su vida no es otra cosa que una diversion continuada, y un largo texto de pasatiempos, sin considerar que el mismo nombre acusa este exceso; porque la palabra diversion no significa otra cosa que divertirse ó apartarse un poco de la aplicacion del trabajo y de la fatiga, con el fin de volverla á tomar presto, resarcidos que sean los espíritus y las fuerzas, o del cuerpo ó del alma. ¡Mas ay! que el ansioso deseo de pasar de placer en placer, y de una diversion á otra; en una palabra, la vida epicurea, y la aversion á toda aplicacion y fatiga, aun quando sea honesto qualquier divertimiento, solamente sirve para relaxar mas y mas los ánimos, lo que á la verdad es contrario á la virtud; por tanto los sabios conociendo la brevedad de la vida y lo preciso que es el tiempo, lo aprovechan quanto pueden en ejercicios convenientes á su estado y condicion, en cultivar su propio ingenio,

y principalmente en estudiar los modos de agradar á Dios, y si se puede tambien á los hombres; y para hacer feliz su suerte en este mundo y en el otro; por tanto, como diestros y prudentes Pilotos, tienen siempre á la vista el término de su navegacion y carrera. Este es el mas eficaz y saludable pensamiento para formar un verdadero Filósofo christiano, y para fortificar la razon en las cotidianas acciones del hombre. El que sabe bien conducirse con el pensamiento ácia aquel último paso, es el que aprendió temprano á conocerse á sí mismo. Sea viejo ó joven, sea rico ó pobre, cada uno debe estar siempre vigilante; porque la muerte no mira al Kalendario para dar su golpe, y es un ladron, que no guarda cortesía ni aun con los mas robustos y poderosos.

§. VIII.

DOS palabras, ademas de las ya dichas, hemos de decir sobre el juego, el qual entrando ya en el número de los divertimientos, ha tomado gran vuelo en nuestros tiempos entre gente de todas clases. Hay juegos, que no solamente son lícitos, sino tambien laudables y recomendables para los jóvenes: estos son los que se llaman comunmente ejercicios corporales, y contribuyen á la conservacion de la salud, entre los quales se cuentan la lucha, la raqueta, la pelota, sin atreverme á decir si entre estos deba contarse tambien los trucos y el villar, (y el del palon) el truco de mesa ó villar, &c. otros son lícitos y laudables para personas graves, como los juegos de ingenio, con tal que sean honestos, como las damas, el axedrez, tablas reales, &c. otros finalmente, ó son malos ó peligrosos, si no por su naturaleza, por el abuso que ordinariamente hacen de ellos los hombres, ocasionando grave daño á sí propios y á otros. El que algunas personas nobles, y no necesitadas á ganarse el sustento con su trabajo, ni por otra parte empleadas en públicos ministerios, gasten alguna

vez alguna de las veinte y quatro horas del dia en manejar cartas no eruditas, y en combatir con figuras ridiculas para lograr el que la suerte se declare por su parte, sin que haya exceso en el tiempo, ni fraudes en el manejo; y que solo intervenga aquel interes que baste para que cada uno esté con alguna atencion: todo esto digo que no me atrevo á reprobalo; ni procesaré tampoco al que podria emplear en aplicaciones de obras mas dignas el precioso capital de aquel tiempo, que Dios nos concede, y que ordinariamente nos quejamos de que es breve y torto. Sócrates no hacia diferencia entre el que está ocioso y el que gasta el tiempo jugando. Todavía pueden enlazarse en este negocio tales circunstancias, que sin meternos en lo sagrado, pueda el hombre sabio encontrar en él alguna deformidad; y tanto mas en los plebeyos y artesanos, los que por no ser ménos que los nobles, han llegado el dia de hoy á poner escuelas permanentes de pasatiempos y diversiones, olvidándose entretanto de sus oficiales y del cuidado de su propia familia. Quando el juego se exercite no ya por pasatiempo, sino por interes ó codicia de ganancia, entonces sí que se abre un gran teatro á las pasiones, y se mira muchas veces la conciencia y la probidad, ó naufragando ó en peligro de perecer. Por tanto Alexandro el de Macedonia se enojó contra algunos de sus cortesanos, que exponian grandes sumas de dinero al juego, diciéndoles, que era una indecencia y locura el convertir lo que deberia ser puro divertimento, en una cosa circumspecta y seria. De hecho, no podemos mirar sin compasion las feas escenas, que nos presentan cada dia los jugadores de profesion á juegos de envite. Las quimeras, las rabias, las blasfemias, los engaños, las desesperaciones, el robar en sus casas ó en otras para mantener el crédito y continuar el partido: el disipar algunas veces todo su patrimonio, y últimamente el perder la vida, son efectos muy comunes de esta voluntaria locura de los jugadores. Aun es peor y mucho

cho peor, quando esta locura cae en gente comun. ¡Pobres de ellos, y pobres de sus familias! ¿y qué seria si entrásemos á exáminar todos los desórdenes y consecuencias deplorables de otros juegos y loterías de nuestros tiempos, cuyos efectos debieran saber todos? Pero concluyamos con decir, que qualquier hombre sabio, que hace buen uso de su razon, no necesita de mis consejos para abstenerse de unos tentativos de la fortuna tan peligrosos. Ya dexo dicho en otra parte, que no solo todos mis consejos, pero aun los de toda la república de los sabios, no bastarian por lo comun á sanar un solo enfermo habitual de este miserable vicio, y el que no quiera creerme haga la prueba.

§. IX.

Finalmente, uno de los usos mas importantes, que deberiamos hacer de nuestra razon, seria el de reformar nuestra naturaleza, de enderezar nuestra errante fantasia, y refrenar todas aquellas inclinaciones, que nos inducen á obrar mal. Pero como hemos dicho y observado en los primeros capítulos, no todos los hombres logran una misma índole. Nacen algunos que la tienen buena; esto es, inclinados al bien, otros con maligna inclinados al mal. Provenga esto de los padres, de la educacion y del exemplo, ó provenga de los humores y del temperamento, que son diversos entre sí, ó últimamente de la buena ó mala estructura del cerebro: lo cierto es, que entre los hombres vemos unos naturalmente tímidos ó atrevidos; flemáticos ó coléricos; vergonzosos ó descarados; simples y sinceros, ó pícaros y astutos; apacibles y misericordiosos, ó crueles y duros. Con estos dones naturales, ó buenos ó malos, sale cada uno á la luz del mundo, ó los adquiere segun la diferente manera de su educacion y crianza. He hecho memoria de la educacion, de la qual hablaremos en su lugar: pero debemos advertir ahora por lo que toca á ella

ella misma, que es tal su fuerza y eficacia, que puede llegar á ser una segunda naturaleza. No es fácil que la educacion mude totalmente una índole mala en buena; pero es facilísimo, que cambie una índole buena en una perversa. Gran motivo tienen, pues, para dar gracias á Dios, los que de la naturaleza misma han recibido una inclinacion y aptitud para obrar bien, y aquella prudencia y juicio que son necesarios para conocer y amar lo virtuoso y lo honesto, y para huir y aborrecer el vicio. Por lo que toca, pues, á los otros hombres, á quienes ha caído en suerte un natural perverso y maligno, inclinado por lo comun al mal: ó á la verdad les ha sucedido desde su tierna edad el haberse criado entre los vicios y viciosos, y aprendido las malicias demasiado temprano, conformando el tenor de su vida con los malos exemplos ó el exemplo de los malos; estos tales son verdaderamente desgraciados y dignos de toda compasion; y si no lo advierten ellos mismos, ó no lo creen, lo sabe y conoce bien claramente el hombre sabio y que tiene juicio, y sabe pesar con rectitud las buenas prendas y los defectos del hombre. Estos tales quando conozcan por sí mismos semejantes defectos, ó quando se los hagan conocer otros y deseen seriamente librarse de ellos, como deben hacerlo, si se aman y estiman á sí propios prudentemente: estos, digo, necesitan prevalerse del buen uso de su razon para librarse de tan peligrosa enfermedad, de la que con tal que quiera puede curarse el hombre, corrigiendo el natural defectuoso, no solo del cuerpo, sino del alma; pues no rehusando el estudios y la fatiga, cederán al imperio de la razon las inclinaciones perversas, los hábitos viciosos, los desarreglados arrebatos de las pasiones, y las ilusiones lisonjeras, y falsas de la fantasía. Confesaba Sócrates, que habia recibido de la naturaleza en su nacimiento una índole perversa; y cierto, que al mirar su fisonomía juzgaría qualquiera, que en aquella casa habitaria una alma llena de malicias; pero él trabajó tanto en el cultivo de su pro-

propia razon, y en hacerse fuerza á sí mismo, que llegó á ser el maestro de toda la Grecia, y el sabio mas nombrado de su tiempo. Lo mismo han hecho otros innumerables Paganos; pero mas heroycamente muchos Christianos. Para llegar, pues, al imperio de nosotros mismos, es necesario usar de aquel medio que Aristóteles señalaba á sus discípulos, esto es, “ de trabajar con todas las fuerzas „ de la razon contra qualquier perverso movimiento de la „ voluntad, al qual principalmente nos hallemos inclinados por nuestra natural constitucion “: pero de esto hablaremos determinadamente en el capítulo de la mortificacion. Ni nuestra razon, ni todo nuestro esfuerzo puede darnos mas ingenio y cerebro de aquel que tenemos; pero puede muy bien nuestro estudio y aplicacion ayudarnos á cultivar y pulir el que Dios nos ha dado, sea poco, ó sea mucho; de modo, que qualquiera en su condicion y estado puede vivir sabia y prudentemente. Ni todos tienen cinco talentos; pero cada uno está obligado á traficar y comerciar bien con el suyo. Lo que yo no quiero disimular aquí, es la miseria é infelicidad, que se sigue, quando al corto talento y poco cerebro se junta la mala inclinacion, ó provenga esta de la naturaleza misma, ó de la costumbre ó de una infeliz educacion. En este caso puede tenerse por desesperada la curacion de estos enfermos. Un brioso caballo, pero obediente y moderado en el tiro de la carroza, tendrá vigor para templar la desobediencia y los caprichos de su fogoso compañero; pero si los dos son á qual peor, se debe esperar un mal servicio, y lo que es mas un precipicio lastimoso.

CAPÍTULO IX.

De la libertad, uno de los principios y condiciones necesarias de las acciones humanas y de la conciencia.

§. I

EXpliquemos ahora ó demos algunas noticias ó nociones necesarias para el estudio de la presente Filosofía. Para que una acción humana pueda decirse buena ó mala, y para que haciéndola haya mérito ó demérito, y le sea debida alabanza ó vituperio, premio ó castigo, es necesario en primer lugar, que sea hecha con libre elección. Es cosa fácil el conocer, que si uno coge por fuerza mi mano, que tiene un puñal, y con repugnancia mía la lleva á herir y matar una persona, sin duda que será mi mano la que le quitó la vida; pero no seré yo culpable ni reo de un tal delito. Faltóme la libertad para obrar, y se siguió aquel homicidio contra mi voluntad; por tanto, para que una acción sea pecaminosa ó virtuosa, es necesario que proceda de nuestro libre alvedrío y no de alguna violencia que se nos haga, la qual nos determine á aquella acción. El Arquitecto Divino nos ha formado y dotado de aquella preciosa prenda, que llamamos libre alvedrío. Así la divina revelación, como la Filosofía natural nos enseña que hay en nosotros una exención interna, que excluye toda necesidad, todo principio ó antecedente movimiento, que determine y necesite á nuestra alma, para que quiera ó no quiera esta ó la otra cosa, ó lo que viene á ser lo mismo, que hay en nosotros una facultad para elegir el bien ó el mal, con esta diferencia, que para la elección del bien sobrenatural, segun nos enseña nuestra Santa Fe, es necesario un auxilio particular de Dios, que á ninguno niega por su infinita bondad. Es tan esencial

rá la naturaleza humana esta facultad y libertad interna, que si la concebimos ó la privamos de ella, la reducirémos y equivocarémos con la condicion y naturaleza de los brutos. Fuera de que ninguna accion podria llamarse buena ó mala, quando no procediese de un agente ó principio capaz de elegir y obrar por sí mismo, un agente que no obre de este modo, no es agente, sino un instrumento de otro agente superior, que lo determina y obliga á obrar; y consiguientemente viene á ser una máquina, y una pura materia movida por impulso ageno: por tanto, el imaginar ó fingir un hado ó destino, del qual necesariamente dependen las humanas acciones, es un destruir la esencia del hombre. Desbarraron y deliraron en orden á esto los Gentiles, quando sujetaron á lo que llaman destino ú hado, no solamente la humana voluntad, sino aun hasta el mismo Dios; esto es, lo sujetaron á una ley invariable establecida desde la eternidad, por la qual las voluntades racionales, igualmente que todas las demas cosas que estan privadas de razon, necesaria é invenciblemente son llevadas y determinadas á su propio movimiento cada una. No se aparta de esta opinion, en quanto á las humanas acciones, la ley y creencia de los Turcos. Del mismo modo y con igual impiedad pensaron los antiguos Astrólogos, figurándose, que por la influencia de las estrellas son llevados los hombres con una fuerza secreta é invencible á querer y á obrar mas presto de este modo que del otro. Y si hubo, ó acaso hay todavía algunos, que defendieron que de la eterna voluntad de Dios descende y proviene una tal cadena en todas las acciones y voluntad del hombre, de modo que todas ellas se hagan por una natural necesidad antecedente, seria tambien esta una opinion sacrílega, impia y falsa. Quando Dios crio al hombre quiso que no fuese esclavo, sino libre; no bestia, sino criatura noble, hecha á su imagen y semejanza, y que le fuese innato y esencial el poder elegir y determinarse, el querer ó no querer
el

el bien y el mal libremente, y con mérito y demérito en sus elecciones. Si sea el entendimiento el que determine á la voluntad, ó en la voluntad misma esté la potencia para determinarse, yo dexaré de buena gana esta question para que la decida el tribunal de los Filósofos.

§. II.

Conviene tambien distinguir en nuestras acciones la libertad del arbitrio de la espontaneidad. Entónces se dice que obramos espontáneamente y con gusto, quando nos agrada el hacer ó dexar de hacer alguna cosa: así como se dice que obramos forzados ó necesitados, quando hacemos mas presto esta que aquella cosa con disgusto y repugnancia. La espontaneidad puede unirse muy bien con la necesidad esencial antecedente, la qual directamente se opone á la libertad, esencial tambien á toda criatura racional. Nosotros no podemos dexar de amarnos á nosotros mismos, ni de desearnos la felicidad. Nada tiene que ver en esto el libre alvedrío; porque nos amamos, y no podemos ménos de amarnos por una necesidad natural y esencial, impresa por Dios en nuestra naturaleza; pero al mismo tiempo nos amamos espontáneamente; esto es, queremos con placer y gusto este amor con que nos amamos. Así los niños ántes que tengan el uso de la razon hacen muchas cosas espontáneamente, aunque sin libertad; y los brutos apeteçen necesariamente la comida, y quando no estan impedidos van á buscarla; y este movimiento puede llamarse en ellos espontáneo y gustoso á su naturaleza, no descubriéndose en ellos repugnancia alguna, ni fuerza exterior que los obligue á obrar así: de la misma manera la piedra que está en el ayre cae y descende á nuestro modo de entender espontáneamente, quando no la detienen; y solamente la fuerza puede hacerla subir; pero este movimiento espontáneo de baxar está unido con una necesidad natural de la misma piedra, que no puede

de ménos de caer por su propia naturaleza. Así la Teología, como la Filosofía, nos demuestran claramente ser invidia y falsa la opinion de quien creyese, que el obrar espontáneamente, y hacer con gusto acciones prohibidas por las leyes divinas y humanas, basta para desmerecer y ser castigado justamente un hombre, aun quando alguna fuerza interna ó impresion invencible antecedente le necesitase á querer ó no querer semejantes acciones. Esto sin duda sería destruir la noble prenda de la libertad humana; pues jamas puede llamarse, ni ser libre un agente, que obra, pero no por su propia elección, sino obligado de un poder dominante y extraño, á quien no puede resistir, no obstante que en aquel punto obre sin repugnancia. Al contrario el obrar como por fuerza y de mala gana, puede unirse muy bien con la libertad esencial del arbitrio humano, sin que esto que solemos llamar coaccion quite el exercicio á la facultad electiva del poder querer ó no querer del hombre mismo. Arroja el mercader al mar la carga de sus mercaderías para salvar su propia vida, aligerando la nave, y las arroja, no espontáneamente y con gusto, sino es por fuerza; y con tal disgusto, que tras ellas como que se le va el corazón: esto no obstante, obra entónces libremente, y elige lo que le parece bien ó ménos mal, pudiendo elegir lo contrario. No pongo otros exemplos de que abunda este asunto, dexando á otros el explicar lo que es libertad de contradicción, distinta de la de contrariedad.

§. III.

Sempre que á nuestro entendimiento se le proponga el hacer alguna accion con perfecto conocimiento de su malicia ó su bondad, y que el quererla ó no quererla esté en su potestad; si entónces elige y quiere la que es conforme á la Ley de Dios, de la naturaleza y de los hombres, obrará con mérito laudable y virtuoso.

samente; ó por lo ménos no obrará con demérito y vituperio. Al contrario, eligiendo y queriendo aquello que se opone á las mencionadas leyes, pecará y merecerá vituperio y castigo. Esta es la regla con que conviene medir la virtud y el vicio, ó sea el pecado en las acciones humanas. Quando uno cree firmemente, que ve una fiera y la mata, aun quando el animal muerto no sea una fiera, sino un hombre, no peca entonces el matador, porque le faltó el conocimiento del objeto, y de consiguiente la malicia de aquella accion; porque la voluntad quiso y se determinó á quitar la vida á una fiera (lo que supongo no prohibido por ley alguna), y no á un hombre: por esto se dice, que la ignorancia invencible quita lo voluntario. Sucederá que alguno estando durmiendo prorumpa en palabras descompuestas y aun en blasfemias; ó que su cuerpo, durante el sueño, se dexé llevar á movimientos impuros: este no peca entonces, porque en aquel punto estan como suspensas y dormidas las facultades del entendimiento y la razon; y el alma no se halla en libertad para querer ó no querer aquellas palabras y movimientos. Lo mismo debe decirse de los locos, de los frenéticos, y otros semejantes casos. Podrá tambien la fuerza y la violencia externa privarnos en alguna ocasion del exercicio externo, y asimismo de la facultad electiva necesaria para obrar lo que se debe; y con todo será pecaminosa la accion en aquel caso; porque es necesario que para las acciones concorra la eleccion y el libre poder de nuestra voluntad; siendo evidente por otra parte, que ninguno puede necesitar al exercicio interno de esta facultad. Alguno, por exemplo, no podrá quitar la vida á su enemigo, porque lo detienen y se lo impiden otros; pero ninguno podrá estorbarle que internamente no elija y desee aquel homicidio, y que no cometa con estos deseos un verdadero pecado. Y si acaso el Ingles Loke en el lib. 2. cap. 21. de la obra ya mencionada intentase reducir toda la libertad del hombre al movimiento y á

la quietud de su cuerpo, ó á la produccion, ó no produccion de las operaciones externas, sin conocer, ni declarar por pecado el acto interno, ó el solo deseo de alguna mala accion, vendria á descubrirse él mismo, no solamente por Christiano falso, mas tambien por un mal Filósofo. Ciertamente que podia hablar con mas claridad en este punto; pero baste de esto. Como, pues, se peque, no obstante que las pasiones se señoreen de nosotros, y que el uso de la razon quede por ellas obscurecido, se dirá luego. En qué casos baste el temor para hacer inocente una accion, que no es mala por su naturaleza, y solamente lo es porque está prohibida, puede aprenderse de los Teólogos. A nosotros basta lo poco que hemos dicho hasta aquí; porque si quisiéramos tratar este argumento con la debida extension, nos engolfariamos en un profundo y dilatado mar.

§. IV.

ENtre tanto no debemos aquí omitir, que nosotros haremos una grande injuria á la sabiduría de nuestro Supremo Criador, y juzgarémos temeraria y locamente del mismo Señor, siempre que imaginásemos que su Magestad nos ha concedido esta hermosa prerogativa de la libertad, y otras bellas prendas, con el fin de que seamos desobedientes á sus santas Leyes, y desprecie-mos á nuestro bienhechor, ó abusemos de ellas en daño propio nuestro, agravio é injuria de los demas hombres. No puede el Señor habernos hecho tan precioso regalo sino es con el fin de que nos aprovechemos de él en honra suya, provecho nuestro y bien de la república; y al mismo tiempo para que consigamos el mérito de haber empleado bien sus mismos dones, segun la intencion del Señor que nos los dió. Siempre que queramos abusar de esta libertad, de este ingenio y de este conocimiento, se seguirán infaliblemente desórdenes muy perjudiciales á nosotros mismos, y al público de los hombres. La ra-

zon misma grita y vocea, que semejantes desórdenes no convienen con la intencion de quien nos ha echado á este mundo por breve tiempo, ni tampoco á una criatura dotada de razon, ni últimamente á nuestro amor propio.

§. V.

PAsemos ahora á tratar de la conciencia, cuyo conocimiento es muy importante para el estudio de la Filosofía Moral ó de las costumbres. Con este nombre de conciencia queremos significar aquel conocimiento, que mediante la razon tiene nuestro entendimiento de poder faltar ó pecar, ó de haber faltado y pecado con la obra, haciendo lo que no debemos, ó con la omision, dexando de hacer lo que debiamos haber hecho. Esta luz interna, ó bien haya nacido con nosotros, ó bien nos venga con el uso de la razon, no podemos negar que se halla dentro de nosotros mismos; porque si tenemos la concupiscencia, que nos inclina á conservar qualquiera bien útil ó deleytable, que se nos proponga, tambien tenemos una inclinacion natural á guardar el órden que nos obliga á no hacernos mal á nosotros mismos, ó injustamente á los otros; y de aquí nace la satisfaccion, quando hemos obrado bien; y la pena y dolor, quando hemos obrado mal. Con todo, no por esta razon debemos decir que la conciencia sea una facultad ó potencia distinta del entendimiento, quando no es otra cosa que un acto del mismo, que reflexiona sobre las acciones ya hechas, ó que deben hacerse para reconocer su malicia ó bondad por medio de la razon. Así como decimos, que la virtud de racionar y sacar las consequencias de los primeros principios, se halla en el hombre despues que salió de la tierna edad, y tiene sano el juicio y el entendimiento. Esta virtud ó potencia, que es mas activa en los que tienen mas bien formado el cerebro, y en los hombres doctos, es menor en los ignorantes y en la gente rústica. Con todo, tienen tambien estos la que

les basta para no poder excusarse de reconocer la perversidad, si no de todas, por lo ménos de las acciones mas esenciales é importantes que ellos han hecho, ó que otros han practicado, ó de las que se les proponen para practicarlas. Algunos dixéron y llamáron á la conciencia un dictamen de la razon; porque la razon misma, ó sea el entendimiento humano racionando, ó discurriendo, nos dicta muchas veces y nos enseña secretamente lo que es lícito ó ilícito, ordenado ó desordenado; como tambien quando nuestro entendimiento conoce haber obrado contra la Ley de Dios, de la naturaleza, ó de los hombres. Este conocimiento produce en nosotros mismos afán y tristeza, y muchas veces tambien arrepentimiento. Nos parece que oimos una voz interna, que nos reprehende y acusa, poniéndonos delante el poco juicio que hemos manifestado en hacer aquella accion, y el castigo que merecemos, ó de Dios, ó de los hombres. No es esto otra cosa sino es el entendimiento, que va reflexionando y rumiando la fealdad de aquella accion, y las dañosas conseqüencias, que los pecados traen tras sí. A esta desapacible vista se acongoja y angustia nuestra alma, cuyo término y fin es la felicidad, reconociendo entónces, que ha obrado neciamente, y por tanto debe temer, ó esperar la infelicidad y desdicha, ó en esta ó en la otra vida: y si alguna vez se le propone al entendimiento alguna accion ilícita, acompañada y movida de agenas persuasiones, ó de nuestra propia pasion, y endulzada con tan hermosa vista del placer ó de la ganancia; al punto se resiente, y se opone á ella en algun modo la conciencia aun de los hombres malos, y mucho mas incomparablemente la de los buenos, para que la voluntad la deseche y no la abraze. Ni aun aquí viene á ser otra cosa la conciencia, y aquella voz interna que nos avisa, sino es la razon misma, ó nuestro entendimiento, que discurre y raciona; y conociendo la malicia de aquella accion, junta y propone los motivos para no hacerla, y librarse así

de la ira de Dios, ó del castigo y desprecio de los hombres. En esta batalla suele quedar vencida la razon de los malos; pero vence por lo regular la de los buenos; esto es, de los que están habituados á la virtud: y se ha de advertir, que con el nombre de conciencia dudosa entendemos un acto de nuestro entendimiento, que fluctúa entre las razones de si será, ó no será lícita alguna obra. Por conciencia probable, quando el entendimiento tiene motivos probables, que indican que alguna accion es pecaminosa. Por conciencia errónea, aquel acto de entendimiento, que falsamente está persuadiendo, que lo bueno es malo, ó que lo malo es bueno. Por conciencia escrupulosa, aquel acto de entendimiento, que aun en las acciones inocentes se recela, y teme que hay malicia, con el fin de evitarla. Lo contrario sucede á la conciencia, que llamamos laxâ. Finalmente, quando decimos conciencia delicada, no entendemos otra cosa que el juicio y entendimiento de aquellos hombres buenos, que racionando, si acaso llegan á descubrir la menor apariencia de culpa aun venial en las acciones que se les proponen, juzgan que son malas; y la voluntad al punto las desecha, y se abstiene de ellas.

§. VI.

DE todo quanto hasta ahora hemos dicho aparece y se infiere, que la conciencia no es otra cosa que el tribunal de nuestra razon y entendimiento, á quien solemos dar estos diversos nombres para explicarnos y entendernos mas fácilmente. Y así como la razon suele avisarnos de la malicia, ó inocencia de las acciones que ya hemos hecho, ó que hemos de hacer, para que nos abstengamos de las que son ilícitas; del mismo modo decimos que nuestra conciencia puede, y suele ser la directora y maestra de nuestras buenas obras; porque tanto la conciencia, como nuestra razon nos inclinan siempre á obrar bien: pero aquí conviene estar atentos para no incurrir en un gravísimo engaño, si juzgásemos que

la

la conciencia siempre y por siempre puede servirnos de una guia segura y fiel para no obrar mal, ó para no pecar. Digámoslo segunda vez: el entendimiento y la razon del hombre es limitada y endeble; y aunque cada uno de los mortales tenga la razon y el entendimiento suficiente para conocer el bien y el mal de muchas acciones; y especialmente de aquellas que directamente se oponen á la ley natural, y á los principales preceptos de la de Dios, que todo fiel Christiano debe saber; pero esta razon, este entendimiento humano por lo comun, no llega siempre, ni puede llegar á descubrir todo aquello que es lícito ó ilícito, atendido el delicado enlace de las innumerables circunstancias en que vienen envueltas muchas de las operaciones ó acciones humanas. Y si esto es verdad, hablando del entendimiento y razon del hombre, es consiguiente que se debe decir lo mismo de la conciencia, que como hemos insinuado, son una misma cosa; fuera de que, como diremos despues, los malos hábitos, las perversas máximas, los vehementes apetitos y las pasiones desordenadas, tienen fuerza bastante para ofuscar la razon y el entendimiento del hombre, y hacer que no se oiga la voz de la conciencia por mas que grite: por tanto, el que siempre quiera seguir el dictamen de su razon y de su propia conciencia para obrar, se expondrá muchas veces á cometer é incurrir en algun error. Tienen necesidad particularmente los ignorantes de consultar en varios casos con hombres verdaderamente doctos, piadosos y sinceros, y de escuchar sus dictámenes y consejos; y hecho esto debe quietarse su conciencia, y estar seguros de que obran bien en aquel caso. Hemos puesto hasta aquí, y sujetado la conciencia al tribunal de la razon; pero conviene añadir á esto, que para lograr una buena conciencia, que nos exhorte al bien, y nos persuada y hable con eficacia á nuestro interior, es necesario tambien que intervenga, y acompañe una buena voluntad. No tengo dificultad en creer que la voluntad sigue siempre el último juicio práctico

¿mal el tiempo? Una perversa naturaleza, que ya está habituada, y ha hecho callos en los vicios, no necesita confortador para mantenerse en ellos. “Llegan estos hombres malignos á burlarse y mofar de los buenos; y suele ser tan grande su desvergüenza y atrevimiento, que se jactan y glorian de sus mas horrendos pecados. Ahora sea que la perversa inclinacion que estos tienen á obrar mal, provenga del hábito vicioso tan arraygado en ellos, ó proceda de su maligno entendimiento, que atropellando y menospreciando las buenas y rectas máximas, y siguiendo y abrazando las perversas, seducen y engañan de esta manera su voluntad propia; lo cierto es, que de voluntades semejantes hay muchos exemplares entre los hombres. La conciencia, ó ha enmudecido, ó si habla, no se le escucha, sirviendo su voz únicamente para afligir, y mortificar su interior con repetidos inútiles remordimientos, que no los apartan del mal camino ya comenzado.

§. VII.

AL contrario, se encuentran tambien muchos hombres adornados de una buena voluntad, inclinados á obrar bien, y que se horrorizan y avergüenzan á la vista sola de los vicios, ó por lo ménos aborrecen en su interior, y secretamente todo quanto juzgan ser iniquo y vicioso. Si estos en alguna ocasion se deslizan, y caen por un efecto de la humana fragilidad, procuran levantarse al punto, volviendo á tomar el camino recto. Los sermones y exhortaciones para obrar bien, de que huyen quanto pueden los malignos, estiman estos en mucho, y corren ansiosos á escucharlos. ¡Qué don de Dios es este tan apreciable! Continuadas y fervorosas súplicas deberíamos presentar al Señor, porque nos favoreciese con este don su Divina Magestad; y en perenne accion de gracias deberíamos estar, si por dicha nuestra nos ha hecho el Señor tan grande y singular merced. La conciencia

ciencia de estos hombres dichosos, es un fiel cachorro que defiende la casa, y no permite que entren en ella los ladrones; y si acaso han entrado, ladra tanto y hace tanto ruido, que los espanta, y echa fuera bien presto: ni es otra cosa aquello que en los jóvenes solemos llamar empacho y vergüenza, sino un seguro indicante de una conciencia buena, y de una voluntad bien inclinada: digo en los jóvenes, porque los de edad mas madura, no tanto les acompaña este género de vergüenza, quanto el arrepentimiento y dolor de haber obrado mal, siendo ménos excusables por su conocimiento y madurez, que debe serlo la juventud. Mas por lo que mira á los jóvenes no hay duda que el rubor y la vergüenza es una buena señal de la inclinacion y amor que tienen á la virtud: rubor que en caso de haber cometido algun pecado, es un seguro indicante del arrepentimiento, que al punto se dexa ver en su rostro, apareciendo aun mas bello, quando se asoma, ó porque se les exhorta y propone alguna cosa mala, ó porque huyen de burlas licenciosas y pesadas; concurriendo en estos casos la sangre á la cara, y en cierto modo asomándose allí tambien el alma para defenderse, ó para manifestar el horror y aborrecimiento grande que tiene á las malas acciones y tentaciones: por tanto, podemos decir, que la vergüenza es un noble aseyte para los rostros de los jóvenes de buenas costumbres, y aun mas bello para los de las honestas y vergonzosas mugeres. Suelen tambien avergonzarse las personas modestas al oír sus propias alabanzas, y mas quando son excesivas: concurre y se asoma tambien el alma á la cara en estos casos, para dar á entender que no es amante de la vanidad; ó porque estando persuadida que no merece tanta alabanza, sale á manifestarlo por medio de la vergüenza; pero los jóvenes, y particularmente las mugeres, que (para explicarme con una frase castellana) no tienen rastro de vergüenza, dexan en duda si su voluntad sea mala ó buena; esto es, si tengan mala ó buena inclinacion: aquella desvergüen-

za y descaro, que, o no conoce, ni aprende el mal que hace, ó que se gloria, y hace alarde de haberlo hecho, es una clara señal de una mala voluntad y perversa inclinacion. Finalmente, me parece que puede decirse por lo comun, que una buena voluntad con un mediano entendimiento, bastan para constituir un hombre de bien, y aun para hacerle Santo: una voluntad buena con un entendimiento, despejado y vigoroso, hace ó puede hacer grandes Santos. Al contrario, si se unen y juntan una voluntad perversa, y un corto talento, son capaces de hacer muchos despropósitos, aunque ordinariamente no sean de los mas excesivos: estos y los mas horrendos se deben esperar de aquellos sujetos en quienes concurra un entendimiento grande, y una voluntad maligna; siendo cierto, que el ingenio penetrante, que Dios ha dado á esta casta de gentes, solamente suele servirles por su mala conducta y aplicacion perversa para maquinari y discurrir varios modos de hacer mal, y á manera de lobos perniciosos, tramari y concertar engaños para mandar y dominar á sus próximos, para executar impunemente sus venganzas particulares, para hacerse dueños de lo que no es suyo, para calumniar, disminuir y burlarse de la virtud agena, y otras iniquidades de esta casta; procurando al mismo tiempo ocultar este modo de obrar con artificio y maña; si no es que sea ya tal su descaro y desvergüenza, que hagan estas cosas á cara descubierta, sin temor de la censura pública. Pero por ventura podrán esconderse de la vista perspicaz de aquel Señor, que penetra y registra los mas ocultos seros de los corazones humanos, y que castiga severamente tan atroces delitos? Llegan por último algunos hombres á un estado tan deplorable, que su conciencia, ni los acusa, ni los remuerde; y quando han llegado á este estado, Dios nos libre de ellos. Quando el perro no ladra, es mas fácil el robar la casa; pero qué maravilla? Quando en estos hombres está como muerta la razon; que

mucho vaya faltando la conciencia, que no es otra cosa que la voz de la razón misma? No digo mas; porque para esta casta de monstruos no se han hecho estos discursos. La poderosa mano de Dios, ó la de la Justicia humana es la que solamente puede restituir el juicio y la razón á estos hombres, ó quitar del mundo semejantes monstruos en pena de sus enormes excesos. Ultimamente, solo tiene juicio aquel (sea ignorante, ó docto, tenga ó no tenga buen entendimiento, que sabe y quiere ser hombre de bien, reputándose por un loco de atar (si tales locos pueden atarse) todo aquel que quiere ser malo. Ajustadas las cuentas, nos hace ver la experiencia misma, que al hombre de bien, al que tiene buena voluntad, le sobra la mitad de su entendimiento; quando todo el suyo, y aun otro tanto no le basta al maligno y perverso. La carrera ordinaria de estos últimos va sin duda alguna á terminar en miserias, y aun en miserias eternas.

CAPÍTULO X.

De la ignorancia y opinion que causan los errores en las acciones humanas.

§. I.

SEA, pues, el entendimiento del hombre fuerte y penetrante, ó sea flaco y endeble, siempre está sujeto á errar, quando se halle cercado y envuelto entre las tinieblas de la ignorancia. Hemos dicho ya, y se repite otra vez, que de las acciones que dependen de nuestro libre alvedrio ninguna queremos ó apetecemos, si el entendimiento no aprende primero si deba ó no deba hacerse; esto es, si ántes no nos representa aquella acción como buena ó mala: guiada despues la voluntad por este conocimiento, se mueve ó no se mueve á po-

ner en execucion ó practicar aquella accion , sino es que pervertida y seducida ya la voluntad antecedentemente por el mal hábito , arrebate , y se lleve tras de sí al entendimiento ; por lo que , como dexamos dicho , todas las veces que la potencia ó facultad cognoscitiva se engaña ó yerra ; yerra tambien ó se engaña la apetitiva ; de manera , que la voluntad , siempre inclinada á elegir el bien y huir el mal , engañada y seducida por el entendimiento , suele muchas veces dexar el bien y abrazar el mal , no obstante que apetece aquel primero , y aborrece este segundo ; porque el mal viene disfrazado con el vestido del primero : por tanto , pobres de nosotros , quando por ignorancia , ó defecto de ciencia se convierte en un copioso principio , y origen de locuras y desgracias , aquella potencia misma , que por su naturaleza debe iluminarnos y servirnos con su luz para evitar , y apartarnos de los errores y precipicios. Un libro entero y voluminoso podria escribirse , y aun no seria bastante para explicar los diversos modos con que el entendimiento humano puede caer en deplorables errores , por defecto de conocimientos saludables y provechosas reflexiones , llevándose consigo á la voluntad á que se precipite tambien con él en el profundo abismo de la ignorancia y error. Es verdad constante , que la razon nace con el hombre ; ni podemos idearnos una criatura racional á quien le falte la prerogativa esencial del entendimiento y la razon : pero entre esta facultad de raciocinar , propia del hombre , y su potencia visiva , se encuentra una perfecta analogía , y no poca semejanza. Para que los ojos vean los objetos , es necesaria la luz que los bañe ; del mismo modo , miéntras que las tinieblas de la ignorancia opriman y ofusquen la razon del hombre , no podrá ver ; esto es , no podrá juzgar , ni discernir lo verdadero de lo falso , lo malo y lo bueno. Para formar un discurso bien fundado , es necesario que el entendimiento tenga presentes las generales máximas verdaderas y ciertas , con las quales vaya midiendo y regulan-

tando las proposiciones particulares para sacar de ellas las conclusiones, como se hace comunmente, sin haber aprendido en las escuelas el arte de hacer silogismos y entimemas: pero este exámen no se hace ordinariamente sin una aligacion ó concatenacion de otras proposiciones y premisas. Ahora bien, quando la ignorancia, ó el no saber, que de hecho no es otra cosa que una carencia ó un nada, es, digámoslo así, señora de nuestra alma, entónces la razon consiguientemente queda como suspensa, y en una inaccion sin hacer cosa alguna; á la manera que se hallan los ojos quando estan á lo obscuro. Por tanto, para ponerla en accion y movimiento, es necesaria la luz de la sabiduría. Esto es una serie de los primeros principios, de máximas, de axiomas, y otros conocimientos que provengan, ó de la luz natural, ó que se hayan aprendido con el estudio de las ciencias, ó con la práctica del mundo, pudiéndonos servir cada uno de estos conocimientos como de escala para llegar á lo mas alto: de otro modo cosa fácil será el que caigamos en error.

§. II.

A Demas de esto, baxo el nombre de ignorancia entiendo tambien las falsas aprehensiones; esto es, ideas y máximas insubsistentes, que no se apoyan en el fundamento de la verdad; ántes bien se fabrican sobre la delirante fantasía de otros que nos las comunican, y nosotros inconsideradamente las recibimos. Lo mismo es saber mal, que el no saber, sino es que el saber mal puede traer nos consequencias peores. ¡Ojalá no fuera así! El mundo es una gran feria, donde igualmente está expuesto al comercio público lo verdadero y lo falso, la ciencia, la opinion y el error: quien compra lo uno, y quien lo otro, creyendo todos que han comprado lo verdadero. Cuéntase de Sócrates, admirable ingenio de la Filosofía Griega, que preguntado en una ocasion, qué era lo que sabia, respondió: *hoc unum scio,*

quod

quod nihil scio: solamente sé, dixo, que nada sé. Verdaderamente que se hace difícil el creer que un Filósofo de tanto juicio pronunciase esta sentencia hablando seriamente; con todo, sé muy bien, que de aquí nació y tuvo su origen la escuela de los Académicos, la qual dudaba de muchas cosas; y ademas nació la otra peor de los Pirronistas y Scépticos, que dudaron de todo: para que veamos en lo que viene á parar el gran saber, tanto estudiar y sutilizar de algunos, que por llegar á ser grandes ingenios, vienen á parar en ser locos; pues en realidad tanto vale un cerebro ó cabeza desatinada, que siendo ciego da á entender que tiene buena vista, como aquel que teniendo los ojos sanos, se persuade y cree que nada ve con ellos. No hace mucho tiempo, que con el nombre del célebre Obispo Pedro Daniel Hucio salió á la luz un librito, que renueva las antiguas y vanas parlerías de aquellas escuelas. Si un Escritor católico, que supo tanto, y no murió en el Hospital, sea verdaderamente el Autor de aquellas dudas, yo dexaré á otros que lo averigüen y sepan con certeza: pero entre tanto, convencido del raciocinio, de la experiencia, y del comun consentimiento de los sabios antiguos y modernos, seguiré creyendo, que hay en el mundo un infinito número de verdades claras y ciertas, de las quales tenemos ciencia y evidencia. La Teología natural, y la revelada en la escuela de Jesu-Christo nos enseña muchísimas, muchas tambien la Matemática y la Astronomía, con otras ciencias, que dependen de aquella. Gran copia de ellas nos manifiesta la Lógica, la Metafísica, la Filosofía natural, la Medicina, la Cirugía, y una cantidad admirable nos ofrece la Geografía, la Historia y la Cronología: en una palabra, toda arte y ciencia, y aun hasta el infimo vulgo de los hombres, tiene un gran número de verdades generales ó particulares, que sin recelo de engaño han aprendido, ó por sus mismos sentidos, ó deducidas de su razon misma con argumentos infalibles, de las quales tiene certeza y evidencia, ó moral, ó física, y de que

no

no es lícito el dudar, como no lo es el poner en duda nuestra propia existencia. Aguda y doctamente decía Séneca en su epístola 88 á su Lucilo, hablando de los Académicos, Scépticos y Pirronistas: *Illi mihi non profuturam scientiam tradunt, hi spem scientiæ eripiunt, illi non præferunt lumen, per quod acies dirigatur ad verum; hi oculos mihi effodiunt.* Los unos, dice Séneca, me enseñan una ciencia, que de nada me sirve: los otros me privan de la esperanza de saber: aquellos no me dan luz para conocer la verdad: estos me sacan los ojos con que debía ver la luz.

§. III.

LO que acabo de decir no tiene necesidad de pruebas: pero al mismo tiempo es necesario confesar, que la opinion siempre tuvo y tiene al presente un gran dominio en la tierra que habitamos; y si hacemos bien la cuenta, hallaremos, que en cierto modo puede llamarse reyna del mundo. Pondria espanto el solo considerar la interminable extension de su reyno, y la manera con que al tenor de sus reglas viven los hombres, obran, y se gobiernan en la mayor parte de sus negocios mas importantes. Por opinion entiendo yo aquel conocimiento incierto, que tenemos de las cosas, y el creerlas ó juzgarlas por verdaderas, buenas ó hermosas, ó al contrario por falsas, malas ó feas; no ya por evidencia de una demostracion concluyente, no por claridad de conocimiento, sino solamente movidos de razones probables ó aparentes, ó porque lo hemos oido decir así, ó porque con demasiada facilidad nos figuramos, que son tales las cosas, quales nos parecen á la primera vista, en que nos las representan nuestros sentidos, ó lo hemos oido de otros, ó nos lo persuade algun argumento sofístico. Está colocada la opinion entre la verdad y la falsedad, entre la ciencia y el error. Puede abrazar, y muchas veces abraza y sigue lo verdadero; pero igualmente, sino con mas frecuencia, alexándose de lo verda-

dero, sigue y abraza lo falso, y consiguientemente es causa de que se engañen los hombres. Dése una ligera ojeada á la Física, á la Medicina, á las Leyes, á la Historia, y casi á todas las demas artes y ciencias, y en todas ellas se encuentran opiniones y mas opiniones interminables. La misma Teología Moral no es un mar apacible, agitado solamente de suaves zéfiros, y otros agradables vientecillos: es ciertamente un mar combatido de vientos contrarios y fuertes, al que hacen sumamente borrascoso las antiguas y modernas opiniones, y en el que se navega con brújulas, y por rumbos diferentes, en que con dificultad encuentra la razon rumbo seguro, y quien la detenga. Para conocer, no obstante, quanto se extienda, y que poder tenga la opinion entre los Moralistas, no es necesario mas que el observar las Religiones dominantes en el Asia, en el Africa, y en la América, continentes todos mucho mayores que la Europa; y Religiones tan diferentes, así en sus ritos, como en sus máximas, y tan fecundas de extravagantes y extrañas opiniones: bastará tambien el volver los ojos á la misma Religion de los Christianos, que tiene todas las señales ciertas y seguras de haber baxado del Cielo, para ver tantos y tan deplorables cismas, tanta contrariedad de juicios, que réyna aun entre los mismos que siguen á Jesu-Christo. Si esto no es tener la opinion un dilatado imperio, fácilmente podrá juzgarlo cada uno; como tambien puede inferir, que entre tantas opiniones que siguen, así los doctos, como los ignorantes, hay algunas que pueden llamarse opiniones madres, porque nacen de ellas otras muchísimas; pues fixada cada una de ellas en la mente ó cabeza de los hombres como un buen principio, se sigue de aquí, que para obrar consiguientes á él, vienen como de reata otras muchas opiniones, las quales sirven para dirigir sus acciones, y gobernar su vida sin otro exámen ni diligencia.

pero, sigue y abraza lo falso, y consiguientemente es causa de que se engañen. §. IV.

No hablo ahora de aquella ignorancia total y absoluta, con que todos nacemos, no habiendo algun hombre que salga del vientre de su madre dotado de alguna ciencia ó conocimientos pertenecientes á ella: hablo, por tanto, de aquella ignorancia parcial, que es comun á todas las personas, que acaban de salir de la infancia; por lo que qualquiera de los hombres tiene parte de docto, y parte de ignorantes; sin que se exceptúen de esta regla, ni aun los mas hábiles profesores de las ciencias, los que por serlo deberían mejor que los demas discernir entre la ciencia y la opinion, y conocer que en infinitas cosas no encontramos la certeza y evidente verdad; substituyendo por esta la opinion, en cuya posada descansa y se aloja por lo comun el humano entendimiento. Aún mucho peor incomparablemente sucede al vulgo de los ignorantes, para quienes suele ser, y es las mas veces pura opinion, lo que para los instruidos y doctos es ciencia y verdad; porque de mucho de lo que aprenden no saben dar razon, apoyando, y aun aprobando indiferentemente lo cierto y lo incierto, lo verdadero y lo falso. No hay duda que el que se aplica á las artes y ciencias, ó comercia y trafica mucho en el mundo, sabe algo mas, ó es ménos ignorante, que el que apartado de uno y otro, se está como el caracol metido en su rinconcillo; con todo, es necesario confesar, aunque con pena y dolor, que por mas que el hombre se afane, y sude en la interminable carrera de los estudios, por mas que se le derritan los sesos sobre los libros, por mas que maneje por muchos años el libro grande del mundo, siempre será incomparablemente mucho mas lo que ignora, que lo que sabe, y lo que le resta por aprender, que lo que ha estudiado ya; y si tiene juicio, y no es un miserable adulador de sí mismo, deberá confesar con sinceridad y verdad, que es mucho mayor su ignorancia, que su doctrina. Tambien es

necesario advertir con atención, que tanto la ciencia, esto es, la verdad adquirida por ella, quanto la opinion y aun el error pueden tener igual fuerza para inducir al hombre á que obre ú dexé de obrar en alguna ocasion: no porque nosotros amemos jamas ó sigamos el error como tal; quiero decir lo falso como falso, sino porque aun quando erramos, nos parece que seguimos lo verdadero. Demos el caso que alguno se persuada tenazmente, que tiene su honor perdido del todo, y que no puede comparecer delante de los hombres, si no quita la vida á quien le dixo una palabra injuriosa, figurándose que la conservacion de la fama es mas preciosa y debe antepo-nerse á la misma vida: en este caso se dexará llevar, ó por mejor decir, correrá desenfrenado á las contingencias del duelo, para arruinarse á sí ó á su próximo. Opiniones erradas y falsas son todas estas; pero no importa, él las tiene por verdades ciertas, y en virtud de este principio, que se le ha fixado en su cerebro, obra entónçes miserablemente engañado. Vemos çada dia hombres tímidos, hombres inquietos, y en muchas ocasiones zelosos: en otras muchas vemos hombres esforzados, soberbios: vemos que se pierden y se ganan batallas; que se hacen ó se desvanecen mil negocios, discurrir de varios modos, y desear mas esto que aquello: vivir mas bien de un modo que de otro; y otras innumerables acciones, que practican cada dia grandes y pequeños, que no estan fundadas sobre alguna razon sólida y verdad cierta, sino sobre opiniones humanas inciertas, y muchas veces vanas y vanísimas, como son las que se fundan sobre un sueño ó un agujero: y así como regulado por sus opiniones, pronuncia un Juez una sentencia diversa de aquella que darian otros Jueces regulados por otras distintas, y como un Médico siguiendo las suyas cura los enfermos con distinto método y medicinas diferentes que los otros; así el político, el mercader, el hombre del campo, &c. se gobiernan en sus acciones y resoluciones, segun la opinion que en su cerebro

tiene radicada cada uno. Siempre debería ser la verdad, y la recta razon la que nos alumbrase y guiase con su luz; pero muchas veces hace estos oficios la opinion; y si esta en muchos casos nos engaña, toca á nosotros mismos ó á otros el pagar la pena. Ved ahora á cuántos engaños y errores estan sujetos los mortales por causa de la ignorancia ó de la opinion; esto es, ó por no saber la verdad, ó por tener y creer lo falso por verdadero: cosas ciertamente muy perjudiciales á los hombres en muchísimas ocasiones, y lo que peor es, dañosísimas muchas veces á el arreglo de nuestra alma; porque dispuestos de esta manera, en vez de caminar ácia la felicidad, tomamos neciamente, y sin pensar en ello, el ancho camino que nos lleva por fin á la suma infelicidad. A este peligro debe considerarse expuesta la juventud mas que los otros hombres, por su ignorancia y poca experiencia, y porque ordinariamente se aloja y descansa en las primeras posadas que encuentra.

§. V.

NO debemos, pues, exaltar tanto la razon del hombre, que se crea tener en ella una maestra infalible, nacida con nosotros mismos, y que diga á cada uno; esto es bueno ó verdadero: esto malo ó falso. Ni hemos de insistir tanto en lo que llamamos recta razon: porque este es un nombre pomposo y magestuoso, y en la práctica es algo difícil el determinar esta rectitud, y muy fácil que cada uno se lo atribuya á sí propio; con todo, ni tampoco por haber insinuado las flaquezas de esta razon, debemos inferir que ella sea un ídolo vano, ó un don inútil que nos ha dado Dios; ántes bien hemos de inferir y concluir, que estamos obligados á buscar aquellos instrumentos y medios, con cuyo uso pueda nuestra razon ó entendimiento fortificarse lo bastante para mostrarnos ademas de aquel bien y aquel mal, que por ser evidentes pueden conocerse con la luz natural,

el otro bien y el otro mal, que no está tan manifiesto para que sigamos el uno y nos apartemos del otro. Finalmente, la conclusion ha de ser, que el sabio debe estudiar y aprender quanto le sea posible para echar de sí la ignorancia y las falsas opiniones. Ahora ved aquí los medios: Primeramente la naturaleza misma, quiero decir, el Autor de ella, suele infundir en el hombre un discernimiento, á lo ménos ya bosquejado, para conocer sin maestro las principales obras buenas ó malas. Cier- to es, que ninguno saca del vientre de su madre la ra- zón ya hecha, ó como solemos decir, adulta; ántes bien miéntras dura la ignorancia en un niño, él no sabe juz- gar ordinariamente, sino es acaso de la comida, y del so- nido que encuentra agradable ó desapacible. Mas porque poco á poco van entrando en la cabeza de aquellas peque- ñas criaturas las ideas de las cosas; entónces comienza á desenvolverse y descubrirse la fuerza del juicio ó discurs- o; esto es, á moverse y á obrar aquella razón de que he- mos hablado; y quanto mas se va desalojando la ignoran- cia, tanto mas va creciendo la razón misma, ó por mejor decir el capital ó caudal de la razón y la habilidad para distinguir lo verdadero de lo falso, y el bien del mal. A esto llamamos vulgarmente comenzar á tener ma- licia el hombre. Consideremos los muchachos, quando ya son algo grandecillos; si por ventura roban alguna cosa, ó culpan falsamente á otros, ó hacen alguna co- sa ménos decente: sin que ántes hayan oido alguna lec- cion sobre la deformidad de tales acciones, la conocen ellos muy bien con sola la luz natural; y quando caen en algun pecadillo, procuran hacerlo á escondidas, dando con esto á entender bastantemente que conocen y per- ciben su malicia. Todo esto sucede por medio de la ra- zón, que va creciendo en ellos; la qual reflexionando y racionando, los avisa en algun modo del mal, que hacen. Miéntras dura en ellos una total ignorancia, y no se persuaden ó discurren que hacen mal, no hay pecado en aquella accion. Puede tambien en muchos ca-

los la ignorancia verdadera y no afectada de los adultos excusarlos de la pena y del pecado.

§. VI.

EN qué tiempo comience en el hombre la razón á levantar este tribunal, dirémos, hablando así en común, que á los siete años cumplidos de su edad; pero este término se varia segun las personas, dependiendo esto de la mayor ó menor penetracion, agudeza y sutileza del entendimiento, ó de haber tomado mas ó menos noticias é ideas en el comercio del mundo, hallándose en algunos una patente ignorancia y simplicidad, aun despues de los ocho ó diez años, y en otros una malicia grande ántes de cumplir los siete. Cierto es, que no debe contarse en el número de los primeros aquel maravilloso niño, que en el año de 1641 nació en Módena, llamado Jacobo Martin, por sobrenombre el Modenés, el qual á los quatro años de su edad se entregó al estudio de las bellas letras, baxo la disciplina del P. M. Juan Bautista Meceti, del Orden de los Servitas, y en tres años aprendió varias Lenguas, Teología, Filosofía, Leyes y otras Artes y Ciencias, con tan buen suceso, que conducido á Roma, pudo allí defender públicamente en la Basílica de los mencionados Padres varias conclusiones con admiracion del famoso Padre Esforcia Palavicino, que despues fué Cardenal, y de otros muchos Purpurados, juntamente con la Nobleza y Pueblo Romano, que veian y oian, y quasi no sabian persuadirse que un niño de siete años, (examinado primero por el Tribunal del Santo Oficio) fuese capaz de desatar tan pronta y agudamente los argumentos y dificultades de los que de repente, y sin avisarle querian arguirle. Aun hoy dia parecerá increíble este suceso, tan cierto, como portentoso; pues ademas de lo que de él nos dicen los Anales de los mencionados Padres Servitas, se lee esta estupenda funcion y el monstruoso ingenio de este niño, escrito por el vi-

vísimo estilo de Juan Nicio Eritreo, ó sea Juan Vitorio Rosi en la tercera parte de su Pinacoteca, el qual fué á un mismo tiempo admirador y testigo de vista de este prodigioso espectáculo; y yo mismo tengo aquellas conclusiones estampadas en quatro folios grandes unidos, y esculpidas en bronce y dedicadas á Inocencio X, que á la sazón era Sumo Pontífice; pero estas monstruosidades se dexan ver raras veces, y no todos los cerebros y las memorias tienen una misma fuerza y pujanza; siendo tambien de muy pocos el saber dirigir con fácil método, y hacer que crezcan presto estos árboles tan fecundos. Pero sea como se fuese, acaso no habrá alguno, que hallándose en edad competente, y preguntado sobre muchas acciones humanas, no sepa responder, que se deben practicar unas, y omitir otras. Esto es lo que llamamos luz de la razon, la qual, si no es total y perfectamente clara, no dexa de ser por lo ménos un gran socorro, que nos franquea nuestro Dios para desterrar muchas de las tinieblas en que nacemos envueltos.

§. VII.

LO segundo, para ayudar y esforzar esta razon, y desterrar de nosotros la ignorancia, puede y debe socorrernos admirablemente la Religion; esto es, la de Jesu-Christo, que profesamos. Sus documentos, ó sean preceptos, ó sean consejos, conspiran manifiestamente á confortar y fortificar nuestra razon; y no solamente nos descubren el modo de adorar y dar culto á Dios verdadero, mas tambien nos subministran un hilo seguro para gobernar nuestra vida al tenor de la virtud, y apartarnos del vicio, y pueden llevarnos como por la mano al bien estar de este mundo, y á la eterna felicidad del otro. Bienaventurado el que continuamente estudia en esta Ley celestial, y la escribe y esculpe en su corazon. De aquí puede venir el mayor auxilio de la razon humana, que nada hay en esta Ley, que no convenga totalmen-

te con la misma razon, así en lo que se manda, como en lo que se prohíbe. Aun hay mas; porque el pobre, el ignorante, el rústico, pueden fácilmente ser Maestros y Doctores en esta escuela por medio del uso santo de enseñar la Doctrina á los niños (así se usara el enseñarla tambien á los adultos), y de tantos Sermones y Pláticas espirituales, que en tiempos determinados, y aun por todo el año hacen los Ministros de Dios y Predicadores Evangélicos. De aquí, dexando por ahora otras muchas razones, resulta la gran necesidad y utilidad que tienen los Pueblos de vivir en Religion, y cuánto debemos estimar y venerar á los Ministros y pregoneros, que nos la anuncian; pues que Dios nos la ha dado, y se nos predica por ellos, para que cada uno se instruya y adiestre en la práctica de las buenas obras, así para su salud eterna, como tambien para la felicidad temporal y buen gobierno propio, y para que se mantenga debidamente la obediencia á los Príncipes, la paz, el amor y concordia en la República, y entre los particulares que la componen. Por tanto ¿qué excusa podrémos tener si no queremos aprovecharnos de esta luz celestial, quando no ya solamente con las palabras, mas tambien con las obras despreciásemos la misma Religion, no haciendo caso de sus documentos, que á nuestra razon sirven y ayudan tanto, y tomásemos únicamente para guia y norma de nuestras operaciones, nuestras pasiones, y apetitos, los quales si no estan bien refrenados y regulados por nuestra razon misma, solo pueden servirnos para hacernos locos miserables y semejantes á las bestias?

§. VIII.

EN tercer lugar, la Religion, cuyos fines son mas eminentes, no suele subministrarnos y facilitarnos otras luces que las que son útiles y necesarias para una infinidad de acciones, que miran solamente y pertenecen á nuestro propio gobierno, al de nuestras casas, y al

comercio quotidiano con los demás hombres. Hablo aquí ahora de aquellas acciones, que no siendo pecaminosas en sí mismas, suelen traer consigo influxos malignos ó favorables para nuestra vida civil, y concurren tambien á hacernos miserables ó dichosos, ridículos ó sabios en el comercio del mundo. Aun para esto necesita nuestra razón de un fuerte socorro: este nos ha de venir del estudio y continuada aplicacion á leer con provecho este gran libro del mundo; esto es, las costumbres, las operaciones, las varias figuras de tantas personas, que en este Teatro cada una compone su escena. Poco es el observar solamente: es necesario despues acostumbrarse á juzgar rectamente de lo que es laudable ó vituperable, de lo que debe imitarse ó huírse en las acciones de los otros para aprender á regular sabiamente las nuestras: en lo qual aprovecharian mucho los niños, si hubiese quien los enseñase y diese lecciones acerca de esto: pero el principal provecho debemos esperararlo de los adultos, quando lleguen á tratar con personas sabias, capaces de darles buenas lecciones en materia tan importante. No quiero decir con esto, que se les descubran los negocios secretos ó defectos ocultos del próximo. No quiero significar que se les acostumbre á maliciar ó echar á la peor parte todas las acciones del hombre, y á creer siempre con mayor prontitud el mal que el bien; pero sí que se les pongan delante los públicos retratos de aquella gente, ó descaminada ó ridícula, y juntamente los de las personas juiciosas y virtuosas. Hay, por exemplo, un hombre noble, que ántes fué rico y ahora se halla pobre; siendo público este suceso, será tambien conveniente el hacer saber á los jóvenes, que este tal ha venido á tan miserable estado por haberse dado al juego, por no haber querido jamas regular los gastos de su mesa con una prudente economía, por haber excedido en sus diversiones y luxo, ó por haber comprado á precio bien caro las bestiales satisfacciones de algunos otros vicios. ¿Y qué es lo que hace este hombre ahora? O va noble-

mente mendigando, perdida la vergüenza, ó queriendo mantenerse en su grado, discurre quantas trazas puede para gastar lo ageno, despues de haber destruido lo suyo propio. Ha perdido la hacienda, y va perdiendo la reputacion y su alma. A vista de estos tristes exemplos; tendrá valor un jóven prudente y juicioso para resolverse á imitarlos? Al contrario, luego que un mancebo sepa que fulano ha juntado tanta hacienda con fraudes y engaños, abusando de algun empleo, y haciendo que la administracion y manejo de la hacienda de otros rinda los frutos para aumentar su caudal propio; y tenga presente el retrato de esta persona, que le horroriza, debe esperarse con fundamento, que jamas querrá imitarle. Del mismo modo deberíamos desear, que los coléricos y los borrachos, quando lo estan actualmente, se mirasen á un espejo. Mas ya que ellos no lo saben hacer, puede muy bien un jóven sabio mirarse al espejo, que le presentan estas abominables figuras, y preguntarse despues á sí mismo si deben elegirse é imitarse locuras tan extravagantes. Lo mismo debemos decir de los retratos de las mugeres vanas, que nada piensan ácia el gobierno de su casa y familia, ó porque no quieren desayrar ninguna diversion, ó porque buscan el agradar á otros mas de aquello que conviene á su decoro y conciencia, y que tienen una jurada y declarada enemistad con todo género de labor. Por lo contrario, haciendo observar aun á los niños ántes que se extravien y habitúen á los vicios, la buena conducta y bellas qualidades de otras personas, lograrán muchas veces, que su misma razon llegue á conocer lo estimable de esta preciosidad, y á enamorarse ellos mismos de tan perfectos modelos para imitarlos. Uno de los frutos de la mejor Filosofia consiste en saber y conocer lo que es pura apariencia, y lo que es substancia, y en el saber distinguir lo que es pura vanidad de lo que es realidad y verdad, tanto en materia de comodidades, pasatiempos y ornamentos de la vida humana, quanto en los títulos, en los empleos y en el favor de

de los grandes y en otras muchas ocasiones. Contemplad un poco en los duelos y lutos. ¡O cuántas veces en aquel desconuelo y aparente llanto va enmascarada la risa y el gozo! *Heredis fletus sub persona risus est.* Considerad tantos gastos para ciertas apariencias baxo la salva de tantos cumplimientos: ¡qué comedia tan ridícula! Y cuántas otras comedias para pasar plaza de rico ó no parecer pobre; para ser tenido por noble y no por plebeyo; para hacerse bien querido de los grandes, zeloso de su honor, valiente, dotado de una rara belleza, &c. Todos somos comediantes; y muchos aun quieren continuar la comedia despues de muertos, eligiendo para su mortaja los hábitos mas devotos, y haciendo entónces, á lo ménos en la apariencia, el papel y persona que no hicieron miéntras vivian. Obsérvense tambien sus elogios funerales y epitáfios; pero nuestros antiguos por su desgracia nos dexáron un proverbio, que dice: *Eres mas embustero que un epitáfio.* Ni yo digo esto porque intente condenar todas las usanzas de la humana república, sino para dar una prueba de que en muchos casos seguimos la opinion solamente y la sombra de las cosas, sin cuidar de la substancia: por tanto debe alabarse, y tenerse por una muger juiciosa aquella que estando al uso de su país, y porque es conveniente al grado en que se halla, usa de algunos vanos ornamentos; pero al mismo tiempo conoce y confiesa que son vanos. Será tambien un verdadero literato aquel, que despues de haber estudiado y aprendido mucho, supiese bien discernir lo poco ó mucho que en todo su saber y estudio debe reputase por verdadero, de aquello que solamente es opinion, vanidad ó falsedad de sentencias y de estudios.

§. IX.

ULtimamente, en siendo adultos los jóvenes, si se dedicasen con gusto y paciencia á leer aquellos libros que tratan de los varios genios ó diferentes cos-

tumbres, que se notan entre los hombres, hallarán en ellos juntas aquellas lecciones, que acaso no sabrán darles, ni su padre, ni su ayo, ni su maestro; y sobre todo para iluminar y establecer mejor su razon, servirá oportunamente el entregarse al estudio de la Filosofía Moral; de la que doy aquí una pequeña idea, previniendo que busquen despues quien se la explique y pueda poner á su vista varios exemplos prácticos, presentes ó pasados, de los que obran prudente ó neciamente, de los que sin pensar en ello, y aun á costa de su bolsa pueden dar á su próximo materia de risa; y lo que es peor, de los que confiesan que sinceramente desean vivir con tranquilidad de conciencia y corazon, y aun con comodidad en este mundo; pero aun con todo eso toman un camino opuesto y contrario á sus mismos deseos. Importa sobre todo, no solamente el aprender, mas tambien el mantener tenazmente en la memoria las máximas y sentencias de los sabios, y los primeros principios de lo bueno y honesto, y de todo aquello que puede conducir y servir al logro de nuestra felicidad. Y quando suceda que las ideas que hasta ahora hemos adaptado sean desordenadas ó poco rectas; esto es, sean erróneas y falsas, conviene luego al punto enderezarlas y ordenarlas. Todo esto puede hacerlo nuestro entendimiento por medio de reflexivas meditaciones y racionios bien fundados, examinando cuidadosamente las cosas y las acciones que convienen ó desconvienen al hombre. Y si acaso no tuviesemos suficientes luces para estas reflexiones y discursos, entra el arbitrio de recurrir á los hombres sabios, que viven actualmente, ó á los que muertos al mundo, viven aun en sus doctos libros, para que nos ayuden con sus consejos. Es cierto que casi á todos los hombres ha franqueado la naturaleza la habilidad y potencia para muchas cosas, como v. gr. para escribir, pintar, tañer algun instrumento, y para otras artes y maniobras; pero con todo es necesaria la aplicacion y el estudio para perfeccionarnos en ellas; y quando llega este

re caso y urge la necesidad ó el gusto de aprender perfectamente alguna de estas artes, no vamos á buscar uno de los maestros adocenados, como solemos decir; sino á uno que pueda enseñarnos con perfeccion. Pues ¿quánto mas nos importa el aprender á vivir como conviene á una criatura tan perfecta como el hombre? Por tanto es muy preciso, no solamente el estudiar con aplicacion y cuidado; mas tambien el buscar y elegir los mas acreditados maestros, cuya decision unánime y conforme, es una segura regla para conocer lo que llamamos bueno ó malo, y para abrazar lo primero y huir lo segundo.

CAPÍTULO XI.

De los pecados de los hombres.

§. I.

Llamamos error, y entendemos precisamente por este nombre el creer y tener por verdadero y bueno lo que en la realidad es falso y malo; ó por el contrario, quando creemos y juzgamos que es falso y malo lo que en la realidad es verdadero y bueno; y mientras en nuestro entendimiento permanece esta falsa creencia, la llamamos error intelectual ó especulativo; pero si con ella obramos, pasa á ser error de voluntad ó práctico. Si alguno intentase contar la dilatada serie de errores á que está expuesto el género humano, jamas acabaria esta empresa, por ser su número casi infinito. Para nuestro intento importa esto muy poco; porque estamos determinados á hablar únicamente de aquellos errores que pertenecen á nuestras costumbres, y pueden ser vicios y pecados; esto es, medios para privarnos de aquella felicidad que buscamos y deseamos hallar. Que yerre el hombre en la inteligencia de la composicion de los colores, de las causas, de los vientos, de las

las enfermedades, de la esterilidad de la tierra, de los fenómenos del Cielo, en la grandeza de las estrellas, en muchos hechos de la historia, en tantos idiomas extranjeros, y en otras infinitas noticias (aunque le sería muy útil el conocer todas estas cosas para no errar en ellas): que el hombre, repito, incurra en semejantes errores, no trae consigo consecuencias tan fatales, que no pueda vivir como hombre sabio sin aquellas noticias, y buscar sin ellas aquella felicidad que puede lograr en este mundo, y la mas llena y perfecta, que despues espera en el Cielo. No sucede así con los errores pertenecientes á las costumbres. De aquí principalmente depende el darse el hombre á conocer por criatura racional: de aquí el ser feliz ó desgraciado, así en este mundo como en el otro. Damos el nombre de vicio al entendimiento errante y á la voluntad que le sigue, acostumbrada á trastornar el órden intimado por Dios, y manifestado á nosotros por nuestra misma razon, y que debemos observar para nuestro gobierno y para el trato y conversacion con los demas hombres. Hablando ahora con mayor precision, llamamos pecados los actos de este entendimiento errante y de la voluntad que le sigue, quando con ellos quebrantamos la Ley de Dios, que es el órden que se nos ha revelado por el mismo Señor, y que debemos observar puntual y exáctamente en nuestras costumbres.

§. II.

MAS habiendo dicho que en los vicios y pecados yerra el entendimiento, y se une á él la pervertida voluntad, al punto ocurre una difícil questão; porque como nuestros vicios y pecados estén sujetos á un bien merecido vituperio, y sean dignos de pena y castigo, siempre que se establezca que la voluntad sigue el dictamen del entendimiento quando pecamos, se propone la questão en estos términos: Para merecer ó desmerecer es indispensablemente necesario el libre al-

vedrío; de manera, que esté en nuestra mano la elección; esto es, el querer ó no querer hacer una acción. Es necesario que en nosotros se halle un principio, que se mueva por sí mismo, y tenga un poder para obrar lo que queremos, y para comenzar en nosotros mismos un movimiento; y no pudiendo nuestra voluntad dexar de consultar y seguir el dictamen del entendimiento, si éste yerra, merecerá solamente el vituperio; pero no la voluntad, que es obligada á seguirle, y le seguiria sin duda si éste echase por la parte opuesta; por lo que el error estará en el entendimiento, pero no en la voluntad; y de consiguiente no serán voluntarios nuestros pecados, ni mereceremos castigo alguno por ellos.

§. III.

Respondo ser verdad, que nosotros jamas pecamos sin que haya algun error en nuestro entendimiento; pero al mismo tiempo es verdad que nuestra voluntad, quando directamente quiere y abraza este error, entónces se debe atribuir justamente la culpa á nuestra elección y á nuestro libre alvedrío. Que la misma voluntad del hombre sea la causa de los errores de su entendimiento, sucede de muchos modos. Primeramente los apetitos acometen muchas veces tan fuertemente á la voluntad, que apenas aprende el entendimiento algun objeto perteneciente á tales apetitos, quando la voluntad corre apresuradamente á unirse con aquel objeto, si no puede con las obras, á lo ménos con los deseos; y de tal manera, que sin permitir al entendimiento que exámine atentamente las razones por una y otra parte; la voluntad sola es la que elige. Un cierto usurero, luego que oyó de boca de un sabio Teólogo todas aquellas razones por las quales le pareció que podía justificarse una usura abominable, al punto se despidió, sin esperar que el mismo Teólogo propusiese las razones que habia por la parte contraria, y desaprobase las primeras; y luego iba diciendo: ¡O que

que grande hombre es este! Ciertamente que habla muy bien este Teólogo. Así ni más, ni ménos nos sucede á nosotros, quando estan en su mayor fuerza nuestros apetitos. Escuchamos entónces solamente (si es que escuchamos entónces) aquellas razones que concuerdan y lisonjean nuestro apetito; pero no las otras, que persuaden lo contrario. Culpa es entónces de la voluntad y no del entendimiento el error cometido, estando en nuestra libre potestad el refrenar y contener el estrepitoso torrente de aquellos apetitos furiosos; y si no lo hacemos, es porque no queremos hacerlo. En segundo lugar, las pasiones hijas de estos apetitos pueden agitar fuertemente nuestra alma, y llevarla con ímpetu á que abrace ó se aparte de aquello que la voluntad misma arrebatada, y como forzada de los apetitos, se ha propuesto por objeto. En un tan grande acaloramiento, como en el que entónces se halla el alma, queda el entendimiento casi ofuscado, y confuso; y como si estuviera ciego, no vé lo que es bueno ó malo, falso ó verdadero: y apénas divisa algun objeto, que pertenezca ó tenga conexi6n con la pasi6n dominante, quando sin detenerse á examinarlo, se mueve la voluntad, ó con amor ó con aversi6n ácia el tal objeto. Basta que alguno oiga hablar de qualquiera acci6n de un enemigo suyo, para que al instante, y sin detenerse á pesarla en la balanza de la justicia, se determine á vituperarla. Ha de ser sin remedio cosa mal hecha, cosa iniqua, ó por lo ménos no ha de merecer alabanza ni elogio, solo porque la hizo un enemigo suyo. Así qualquier palabra, qualquiera seña, que vea ú oiga un zeloso, hecha ó pronunciada por aquella persona de quien tiene la sospecha, basta para inquietarlo; ni se detiene mas para creer como verdad lo que le sugiere su ciega pasi6n, y lo mismo debe decirse de las demas. No obstante, ello es cierto que está en la elecci6n de nuestro libre alvedrío, el reprimir y contener estos impetuosos movimientos del alma, de manera, que dexen tiempo al entendimiento para ponderar

y reflexionar bien si el juicio, que entónces hace tan precipitadamente, sea verdadero y pueda subsistir por sí propio. Aun quando la pasión es tan impetuosa, que no obedezca al freno de la razón, no por eso dexa en muchas ocasiones de ser culpable la voluntad, por no haber impedido los principios ó los progresos de aquel furor por pura malicia, descuido ó pereza. Ya hemos dicho, que no sirve de excusa su embriaguez al bebedor de vino, si en el tiempo que se halla privado quitase la vida á alguno; porque debía reflexionar esta contingencia, y guardarse de beber con demasia, para que no sucediera, no pudiendo ignorar estas malas conseqüencias el que voluntariamente se emborracha. Así debemos discurrir de otras pasiones que nos ciegan; siendo solamente excusables aquellos primeros movimientos de las mismas pasiones, que por impensados no dexan tiempo al entendimiento para reconocer lo que dicta la razón, en cierta manera, como que arrastran la voluntad á querer y á obrar con mucha prontitud.

§. IV.

EN tercer lugar, nuestro descuido y pereza suele producir este mismo efecto malo; porque muchas veces cuidamos poco de nuestro bien particular, que por otra parte apetece con tanto ardor; y no queremos adelantar un paso para considerar y pesar las acciones que debemos elegir; y á manera de niños, que viendo una fruta ó una cosa resplandeciente, ó que por otro motivo les agrada, al punto la desean, y se abalanzan á cogerla, de la misma manera solemos hacerlo nosotros; y aun los que se tienen por hombres sabios, corriendo sin reflexion á creer lo falso y á elegir el mal; y esto no por otra razón, sino porque no queremos fatigar nuestro entendimiento en buscar el fundamento de las cosas, y en reconocer primero la verdad ó la bondad, la falsedad ó la malicia de ellas. Ni es tampoco

nues-

nuestro entendimiento solo el que consultado mueve muchas veces nuestra voluntad á la eleccion. Tiene tambien nuestra fantasía este oficio y empleo, como ella sola lo tiene en los brutos. Apenas ésta nos representa algun objeto como útil ó deleytable, quando sin tardanza alguna se van ácia él los deseos de nuestra alma. Nos seria muy molesto el informarnos primero si deberiamos elegir ó despreciar el tal objeto, segun lo requiere el proceder de un hombre sabio. Estamos sujetos tambien á otra especie de floxedad y pereza, á quien acompaña la impaciencia; esto es (permitaseme el repetirlo), á seguir mas presto el gusto ó placer presente ó mas cercano á nosotros, y que nos le representa la fantasía como efecto de la fortuna para hacernos felices en aquel instante, que otro que consideramos mas apartado y remoto, aunque aquel primero sea pequeño y aparente, y nos pueda atraer gravísimos males, y este segundo sea un gran bien libre de todo mal. Nos parecería demasiada fatiga y trabajo el esperar un bien que aun no ha llegado, y principalmente si le consideramos muy remoto; y por tanto, sin detencion ni reflexion elegimos el bien presente, aunque sea mucho ménos, dándonos priesa para que no se nos escape de entre las manos. Y si alguna vez permitimos al entendimiento que exâmine cuidadosamente estos dos bienes, solamente es con el fin de que busque razones ó pretextos para anteponer la eleccion del bien presente, sin cuidarse de sus malas conseqüencias, ó para hacernos creer que gozaremos el bien presente sin perder el futuro.

§. V.

EN todos estos modos y otros muchos, que por ahora omito, se ve claramente, que nuestra voluntad es culpable en aquellos errores del entendimiento, que ella adopta y sigue en la eleccion de aquello que no deberiamos elegir: erramos porque queremos errar. Si
nues-

nuestra voluntad no concurriese de algun modo á los errores del entendimiento, tendríamos alguna excusa y perdón para con los hombres y con Dios, aplicando la doctrina que ya hemos dado hablando de la violencia y de la ignorancia invencible ó absoluta, y otros principios, que causan el involuntario. Es verdad que el temperamento, los sentidos, la fantasía, las pasiones feroces, los hábitos inveterados, los placeres y gustos presentes, las opiniones, y otros muelles y resortes, ó manifiestos ú ocultos, trabajan fuertemente dentro de nosotros para arrastrarnos al error y hacernos querer aquello que debemos huir, ó al contrario, que huyamos lo que deberíamos abrazar; pero es igualmente cierto, que ninguna de estas causas nos obliga ni priva del libre alvedrío, ó de aquella potencia y libertad que tenemos siempre para hacer ó no hacer las acciones particulares. Cierto es tambien, que (á excepcion de alguna improvisa y violenta cólera, ó de algun temor que involuntariamente nos puede acometer y cegar) está en nuestra mano el suspender el consentimiento ó asenso á los objetos que nos propone la fantasía ó los sentidos. Por tanto, es poco sabio y digno de vituperio, y alguna vez de castigo, el que pudiendo no examina primero si son ordenadas ó desordenadas, útiles ó dañosas, convenientes ó inconvenientes á la criatura racional tantas acciones, que precipitadamente, y sin consideracion alguna ponemos en práctica, y que redundan despues en daño, afán y vituperio nuestro: por lo que, si deseamos con ansia verdadera el librarnos de los pecados y de aquellas acciones que reprueba nuestro Dios, y no tienen por buenas los prudentes y sabios, deben caminar acordes nuestro entendimiento y voluntad: aquel para buscar con sinceridad, y ésta para elegir del mismo modo lo que puede agradar á Dios, lo que es honesto, y no puede ser dañoso á nosotros: pero frecuentemente nos falta esta sinceridad tan apreciable. Algunos hacen escrúpulo de escupir en

la Iglesia, y no lo hacen de robar los altares: de la misma manera: luego que una persona se determina á guardar su alma de toda carnal impureza, inflexible á todos los asaltos, ó propios ó ajenos, que intenten vencerla, aumenta los ayunos, redobla los ejercicios devotos y las visitas de los Templos: se llega dos veces en la semana á la Sagrada Mesa de la Eucaristía; acaso ya con esto le parecerá que es un vaso escogido de toda virtud; pero pregunto yo ahora, ¿perdona de corazón á sus enemigos? ¿Paga sus deudas? ¿Trata mal y con soberbia á los criados y dependientes de su casa? ¿Es delicada su conciencia en orden á la hacienda de otros? ¡O Señor! en nada de esto repara; y halla tales razones, que parece que la ley de la caridad y de la justicia, que obliga á todos los demas Christianos, á él solo dexa exênto. Si su voluntad no buscasse otra cosa que el agradar á Dios con sinceridad, presto se iluminaria su entendimiento, así en este como en otros puntos. Lo mas extraño en esta materia es, que no falta gente que corre, y está pronta á hacer buenas obras de supererogacion para agradar á Dios, y despues no se detiene en dexar de hacer las que manda el mismo Señor. No es esto lo que debe hacerse: primero vienen los preceptos, despues los consejos: ántes se debe satisfacer á los operarios y pagar las deudas, y despues hacer limosna: ántes perdonar al próximo, y presentarse despues ante el Santo Altar; y así discurriendo de otros semejantes casos.

CAPÍTULO XII.

Del apetito universal, que se llama amor propio, ó del apetito de la felicidad.

§. I.

Hemos tratado ya del cuerpo, como de una causa que influye bastantemente en nuestras acciones morales; pasemos ahora á tratar precisamente del alma, que es el principio verdadero y propio de estas mismas acciones, para observar exáctamente cuál sea el principio que la mueve á poner en práctica tantas acciones, ya buenas, ya malas ó ya indiferentes. La vida del hombre (todos lo experimentamos) es una continua feria y gran mercado de pensamientos, en que trafica y comercia el entendimiento humano, tanto el del ignorante, como el del docto; y de estos pensamientos se pasa á las obras quando se puede; y no pudiendo, apacientan por lo ménos y divierten esta potencia activa, exercitandola unas veces con gusto, y otras con desagrado. Aun los mismos ociosos y solitarios, segun esta cuenta, jamas estan en ocio, ni reposan, porque aun entónces llevan á paseo sus cerebros ó fantasías al dilatado campo de varios pensamientos, ó útiles ó agradables, ó desagradables ó vanos; y á falta de otra cosa, piensan en el placer ó disgusto que entónces les ocasiona el ocio ó la soledad. Andamos ademas de esto los hombres continuamente deseando alguna cosa, ó bien con deseos que sentimos y conocemos, ó bien con deseos incógnitos y oscuros; porque entónces no reflexionamos sobre ellos. Tambien nuestra voluntad está siempre en movimiento, derramada en mil apetitos y deseos, de los quales conviene que hablemos ahora. En muchas especies se divide la numerosa caterva de los apetitos humanos, como despues veremos; pero si aten-

tamente registrásemos los movimientos de nuestra voluntad, hallaríamos que todos estos apetitos se reducen á uno solo, del qual como de un tronco salen los ramos de todos los otros, que aunque tengan diverso nombre, son una misma cosa efectivamente. Digo, pues, que el amor de nosotros mismos es el origen, el primer motor ó el primer móvil de todos nuestros apetitos, ó por mejor decir, es nuestro apetito único y solo, el qual se transforma en mil modos diversos, y nos mueve para obrar tan diversas acciones, siendo este el grande y primer eslabon de quien descenden, y á quien estan unidos todos los otros, que componen la hermosa ó fea cadena de todos aquellos movimientos diferentes que dependen de la voluntad del hombre. Ello es cierto, que en la opinion de algunos Teólogos ó Filósofos Morales, se halla este amor propio, ó este amor de nosotros mismos, delineado y pintado solamente con malos y desagradables colores, como que lo reputan por origen, y fuente de todos los males morales, y de todos los pecados que inundan el mundo. No dexaré de poner á la vista muchos de sus perversos efectos; porque sería imposible el señalarlos todos. Pero entre tanto paso á establecer y afirmar, que este mismo amor es el principio de toda operacion moral, y es al mismo tiempo innato y propio de toda criatura racional; y lo que es mas, dado é impreso en su alma por el Sapientísimo Autor de la Naturaleza; y por tanto es en sí mismo bueno, útil, necesario é indispensable en el hombre: ¿y qué digo yo en el hombre solo? Lo observamos tambien en los mismos brutos, y en qualquiera alma sensitiva; porque este principio, esta ley universal de buscar el placer, de amar la comodidad, de huir el peligro, y amarse á sí mismo, es comun á todos. Llámese, pues, instinto en las criaturas irracionales este oculto muelle ó rueda maestra, siempre las tiene en movimiento: dénsese tambien otros nombres, segun las varias opiniones de los Filósofos; y de qualquier modo que se llame, siempre será

cier-

cierto, que así como el hombre conviene en muchas cosas con los brutos, así también conviene en amarse á sí propio. Toda la diferencia que hay entre hombres y brutos, consiste solamente en que el hombre conoce que se ama, porque está dotado de entendimiento y de razón, y con la luz y socorro de ésta está obligado á regular bien su amor propio; y si no lo hace, carga con el injurioso título de ser semejante á las bestias, y merece vituperio y castigo.

§. II.

POR tanto se engañaría mucho el que con una sentencia y decision general condenase el amor propio en el hombre; porque éste está identificado, por explicarme así, con nuestra naturaleza; de modo, que el querernos ó no querernos bien á nosotros mismos, no depende del libre alvedrío de nuestra voluntad, porque se halla en nosotros una fuerza interior, que nos obliga á este amor propio. Ni dexamos de amarnos, aun quando hacemos cosas, que redundan en daño nuestro; porque entónces obramos engañados, teniendo en aquel punto por bien nuestro lo que en la realidad no es sino mal: por tanto se han apartado del recto conocimiento del hombre, y confundido en la variedad de cosas, todos aquellos, que queriendo sutilizar demasiado y afinar la vida espiritual, han enseñado que nuestro amor propio puede y debe destruirse y aniquilarse totalmente, sin considerar que esto es imposible, y que el mismo Dios, mandando que amemos al próximo como á nosotros mismos, de consiguiente ha reconocido por un apetito honesto y bueno, que el mismo Señor nos ha dado, el amor que tenemos á nosotros mismos. Por lo que las frases de que usa el Divino Maestro, quando dice que debemos aborrecernos á nosotros mismos, es un modo de hablar figurado y no propio; así como es también una frase figurada, quando nos exhorta ó manda el mismo

Señor, que aborrezcamos al padre y á la madre: que nos cortemos el pie y saquemos el ojo, quando nos hacen prevaricar y caer en pecado. La obligacion de aborrecer nuestras cosas y á nosotros mismos, nada otra cosa significa, según los Santos Padres nos lo enseñan, sino es que debemos mortificar ó abandonar todo aquello que nos puede apartar ó impedir el amor y la obediencia que debemos á aquel buen Dios, á quien estamos obligados á amar sobre todas las cosas. Por lo demas el amor de Dios no excluye el de nosotros mismos; ántes bien jamas nos amamos tan dignamente y tan bien, como quando amamos á Dios de todo corazon, y estamos prontos á hacerlo todo por su Magestad, aborreciendo y abandonando quanto puede serle desagradable.

§. III.

POR tanto, quando oimos que los Santos y Maestros de espíritu gritan y declaman contra el amor propio, no es su intencion el reprobarnos generalmente este natural, necesario y laudable apetito del hombre: solamente disparan en semejantes declamaciones sus saetas contra el amor desordenado de los hombres mismos, los quales no aman lo que deberian amar, ni como conviene á personas dotadas de razon. Divídese, pues, en dos especies la numerosa caterva de movimientos, que comunmente observamos en los hombres. Unos se hacen en nosotros sin nosotros mismos; esto es, sin que concorra á ellos nuestro libre alvedrío, como son el tener sed, hambre, crecer en estatura, y otros movimientos semejantes, que no son acciones humanas propiamente; siendo solo acciones animales, producidas por el cuerpo animado; y en ese mismo cuerpo, según las leyes con que el Sapientísimo Arquitecto de todo lo criado gobierna y regula estas admirables hechuras suyas, que se mueven por sí mismas. Estos tales movimientos no depende de la libre voluntad del hombre; pues aun re-

pugnándolo esta, se ponen en práctica. De esta casta de movimientos, ó por lo ménos semejante á ellos, viene á ser nuestro amor propio; porque no podemos ménos de tener siempre este universal impulso de amor propio á que nos inclina con vehemencia nuestra voluntad; de manera, que para destruirlo seria necesario destruir primero la voluntad misma, sin la qual el alma racional no seria alma. La otra especie de nuestros movimientos incluye todos aquellos que estan baxo la potestad de nuestro libre alvedrío; esto es, que podemos hacerlos ó dexarlos de hacer, y consiste especialmente en nuestras particulares acciones. Muchas veces tenemos hambre contra nuestra voluntad; pero está en nuestra mano, quando encontramos comida, el comer ó no comer, y el tomar mas presto de este manjar que del otro. Lo mismo debe decirse del amor propio; esto es, de aquel movimiento intrínseco de la voluntad humana, que es esencial é inseparable de ella. Es cierto que por la constitucion de nuestro ser y nuestra naturaleza estamos necesitados á amarnos á nosotros mismos; pero quando llegamos al exercicio de este amor en particular, todo depende de nuestra libre eleccion, pudiendo nuestra voluntad, que continuamente se halla movida de este amor, querer ó no querer un objeto, ó hacer esta accion y no la otra. Ademas de esto, es necesario saber que el Sapientísimo Autor del universo ha establecido un orden bellísimo entre todas las criaturas que ha echado sobre la tierra; pero mas especialmente ha señalado este orden á las acciones del hombre, por ser este la mas noble y principal de todas ellas. La misma razon nos demuestra esta verdad, y nos la hace mas cierta la divina revelacion. Qualquiera que en su modo de obrar, y en las elecciones de su voluntad observa este orden con la debida exáctitud, se ama sabia y prudentemente á sí mismo, y no padece engaño. Al contrario, el que voluntariamente quebranta este orden, despreciándolo ó haciendo poco caso de él, este locamente se ama á sí

misimo y comete un pecado, mereciendo por esto un justo castigo del Legislador Supremo, y muchas veces tambien de los hombres.

§. IV.

Consideremos, pues, qualquiera accion voluntaria del hombre, y hallaremos que el amor propio es quien la dirige y la quiere. ¿Trabaja este? ¿Pasea, estudia, va á la guerra? Pues el amor propio es el que le guia y dirige en semejantes acciones. ¿Se pone á comer, piensa en casarse, trata de negocios, hace oracion, ayuna, &c? Todo esto proviene del amor propio, todo se origina y nace de aquel principio interno, que de mil maneras va moviendo, solicitando ó refrenando al hombre, y le hace producir tantas y tan diferentes acciones; ó lo contiene y refrena para que no haga otras tantas. ¿Roba aquel otro, quita la vida á su enemigo, desfogó su pasion luxuriosa, monta en cólera y soberbia, hace usuras, monopolios, conjuraciones, &c? Tambien aquí el amor propio es el autor de todo esto, comandándolo la voluntad impelida y espoleada por él mismo, no ménos para estas acciones, que para las que dexamos arriba dichas; pero con una muy notable diferencia, que aquellas primeras procederán todas del amor propio bien regulado, y estas segundas del mismo amor propio, pero desordenado y vicioso; y consiguientemente estas últimas desagradarán á los hombres; pero mucho mas al mismo Dios. El amarse solamente á sí mismo, y no á Dios, y á los demas hombres juntamente; ó el amar desordenadamente á los hombres ó á otras criaturas; esto es lo que hace culpable y despreciable aquel amor, que por sí mismo, y en sí es un apetito inocente y muy racional. ¿Pero qué cosa es la que propriamente quiere y desea este nuestro amor? Dexamos ya dicho que nuestra voluntad, aunque dotada de libre alvedrío, con todo, como intrínsecamente está gobernada

da del amor de nosotros mismos, quando quiere, quiere solamente aquello que le dicta y ordena este apetito maestro; pero á proporcion de las luces verdaderas ó falsas que el entendimiento le subministra. Así lo experimentamos de hecho cada uno de nosotros. Son infinitos los deseos nuestros, que andan volando de aquí para allí, de los quales algunos ponemos en execucion; pero si los metemos todos á la prueba de crisol, ninguno hallarémos que no se dirija á algun objeto, que de alguna manera dexee de ser medio ó fin secundario para hacernos lograr el fin primario, que es la felicidad de nosotros mismos. Si estudiamos, si fabricamos, si trabajamos ó compramos, es el amor propio el que nos hace obrar de este modo. Esto, nos dice él, es bueno para tí; esto te hará feliz ahora ó despues. Si emprendemos algun viage, si nos metemos á jugar ó á comer, si frecuentamos las antecámaras de los Grandes y Señores, si estudiamos ó estamos atareados en alguna contaduría, ó tenemos entre manos otros mil negocios: toda es obra de nuestro amor propio, que creyendo hacernos felices, ó de presente ó en lo sucesivo, nos incita y solicita á hacer todo esto: en una palabra, todos nuestros pensamientos, movimientos y deseos solo tienen por término y fin el buscar, entre tantas y diversas cosas, una sola; esto es, algun bien nuestro ó alguna felicidad. Este es el continuo viage y afan del docto y del ignorante, de los Filósofos y de los idiotas, sirviendo en este viage á cada uno de conductor y consejero aquel amor que todos, sin que nadie nos enseñe, tenemos á nuestro ser propio ó á nosotros mismos. Hay con todo eso una considerable diferencia entre esta suerte de personas; porque el sabio suele tomar el camino mas derecho y mejor, que lo conduce á la felicidad, y el necio y aturdido aquel que lo lleva al término opuesto. El primero sigue siempre la luz de la razon, y hace que á ella esté sujeto el apetito sensitivo, quando el segundo, sin escuchar los consejos de la razon

mis-

misma, sigue solamente los movimientos de la intaginacion y sentidos falaces, y el impulso de las pasiones. Pero entre tanto es ciertísimo, que aun aquellos que precipitadamente, y aun con los ojos abiertos se arrojan y despeñan en el abismo de miserias y desgracias, no son estas las que buscan entónces, sino antes bien alguna felicidad. Este es el objeto de sus deseos, y en esto no van errados: su engaño y error consiste precisamente en la perversa eleccion de los medios, ó en juzgar y tener por felicidad la que está bien léjos de serlo, ó de ser felicidad verdadera, durable y perfecta. Pregúntese á todos los jóvenes, y aun hasta los mismos infantes, qué cosa es la que desean generalmente. Acaso no responderán lo que por ellos responderé yo; pero el fin y substancia de su respuesta será, que desean y suspiran por estar bien quanto les sea posible en este mundo; esto es, de vivir bien y con toda comodidad, de satisfacer todos sus apetitos, apartando de sí quantas cosas puedan molestarles, admitiendo las gustosas y placenteras solamente. Hasta aquí no son dignos de reprehension; porque la naturaleza misma los inclina á obrar así; y si no usan de este mismo lenguaje todos los demas hombres, este es por lo comun el idioma de su corazon. Pero si acaso los mancebitos, deseosos de pasearse por el pais de la felicidad, llegasen á lograr libertad y dinero, y sin consideracion ni otra guía que les enseñe el camino, emprendiesen este viage tan peligroso, ¿quién ignora el miserable fin que les espera? Este es el camino que los conduce á ser infelices para siempre. Una cosa es el desear la felicidad, y otra muy diversa el elegir los medios proporcionados para encontrarla; y por esto debe apreciarse tanto el estudio de la Filosofía Moral, por ser esta la que nos enseña el camino que derechamente nos lleva y guía á la felicidad verdadera. Nuestro poderosísimo amor propio obra en nosotros naturalmente el continuo deseo de aspirar á ser felices; pero este amor en sí mismo es ciego, y si no tiene un buen

la-

lazarillo que fielmente le guie; si no le lleva como por la mano la verdadera sabiduría, arrastrará dulcemente al que sigue sus pasos hasta dar con él en un precipicio. A este importantísimo punto es necesario dirigir toda nuestra atención y cuidado, para aplicar con tiempo el remedio oportuno.

EL deseo de la felicidad, hijo del amor propio, no solamente es común á toda criatura racional y laudable en sí, sino que segun la observacion de sabios Filósofos, es una señal nada equívoca de que nuestra alma no ha sido criada solamente para vivir pocos dias sobre la tierra, ni para el fin solo de hacer su papel en el teatro de este mundo. Aplíquese y estudie el hombre, quanto le sea posible para ser feliz en este triste valle: goce quantas comodidades puede imaginarse: disfrute quantos placeres se le figuren; no por esto será feliz verdaderamente. Luego que haya conseguido un bien, en que cree haber hallado ya su felicidad, comienzan á punzarle los vivos deseos de conseguir otro. Inquieto siempre, jamas contento, á manera de un calenturiento enfermo, se vuelve de un lado al otro, sucediéndose unos á otros los deseos, y nunca encuentra descanso. Aquí, dice, tendré todo mi gusto y reposo: aquí descansaré y estaré sosegado, pero apenas logra la posesion de lo que deseaba con ansia, quando ya fastidiado lo desprecia, y viene al fin á conocer que le faltan muchas cosas para ser verdaderamente feliz. Finalmente, si el hombre tiene algun poco de juicio, despues que ha disfrutado todo el bien que puede dar de sí nuestra miserable tierra (la qual si produce algo dulce, es muy poco y esto muy acibarado), viene á concluir repitiendo aquellas palabras del Rey mas sabio, dignas por cierto de tenerse siempre en la memoria. ¡O vanidad de vanidades, y todo vanidad! Esta es una clara señal, hablan-

blando ahora con el Apóstol, de que no somos criados para habitar solamente en este mundo, sino que hemos de buscar otro aloxamiento, que creemos por la Fe ser la verdadera y perfecta felicidad. Sigamos entre tanto los pasos de nuestro amor propio, ocupado todo él en buscar la felicidad; y observemos sus fines y los caminos que toma para lograr sus intentos, y en quantos arroyuelos de apetitos comunes á todos los hombres se derrama y divide.

CAPÍTULO XIII.

Del deseo de los bienes y del aborrecimiento de los malos.

§. I.

Suelen los Peripatéticos distinguir en el hombre (no sabré decir si es oportuna y adecuada esta distincion) dos apetitos diversos, uno intelectual ó racional, por el qual se mueve nuestra voluntad á querer todo aquello que dice, ó tiene orden y conformidad con la recta razon: al otro lo llaman *sensitivo*, por el qual la voluntad es llevada ácia todo aquello que aprendemos por medio de los sentidos. Dividen despues este último en dos partes; esto es, en la concupiscible, que excita los movimientos del alma ácia todo aquello que se le presenta como provechoso ó deleytable; y en la irascible, de la qual nacen los movimientos del alma misma para evitar ó sacudir de sí todo aquello que aprendemos como molesto ó dañoso. Lo mas curioso en este punto es, que como si se tratase de un Palacio reparten estos Filósofos las viviendas ó aposentos, dando el quarto principal ó superior al apetito racional, y al sensitivo un quarto inferior. Aun se lisonjean de señalarnos individualmente el asiento de la irascible y concupis-

cible, ó en el corazón ó en el hígado ó en la cabeza, y qué sé yo dónde mas. Por lo que á mí toca hallo estar bien pensada la division de la irascible y concupiscible, y me valdré tambien del nombre de los apetitos sensitivos para significar el movimiento de nuestra alma ácia las cosas terrenas, bástandome el decir, que nuestro apetito universal esparcido en tantos particulares apetitos, ó bien se dirija á objetos intelectuales ó bien á los corpóreos, siempre debe ser regulado por la recta razon, y á ésta debe siempre obedecer. Pero dexando á parte toda sutil é intrincada disputa, paso, segun mi sistema, á la division de los apetitos humanos, hijos todos de aquel primario apetito, que llamamos amor innato ó amor propio, el qual nada otra cosa apetece y busca que nuestra felicidad propia: por lo que digo, que los dos apetitos mas señalados y universales que se nos presentan, son en primer lugar el deseo de tener y gozar todos aquellos bienes de que es capaz la humana naturaleza; y en segundo lugar el deseo de no tener mal alguno, ó sea el aborrecimiento á todo aquello que es ó puede ser nocivo y molesto á nuestro individuo, y á todo lo que apeteecemos. Pongo como diversos estos dos apetitos; bien que, como dirémos mas abaxo, puedan reducirse á uno solo; pero siendo esta distincion mas acomodada, de buena gana usaré de ella. En quanto al primero, es cosa cierta y en que convienen todos los sabios, y aprobada de nuestra propia experiencia, que el objeto de la voluntad, que actualmente desea, es solamente el bien, y no nos movemos á desear alguna cosa sin que aprendamos algun bien en ella. Esta inclinacion y economía nos la ha dado y continuamente nos la inspira nuestra propia naturaleza, y es como una consecuencia necesaria, que nace de aquel primer principio que arriba dexámos ya insinuado; esto es, del amor propio. ¿Quién habrá entre los hombres que se desee el mal? Es verdad que muchos quieren y eligen cosas, las quales no tienen la prerogati-

va del bien por sí mismas; ántes tienen todas las qualidades del mal; pero estos infelices obran, así porque seducidos de la ignorancia, ó engañados de las pasiones que los ciegan, ó de la fantasía que les domina, ó de su entendimiento que los engaña y es engañado, creen y tienen por un bien lo que realmente es un mal; y por consiguiente, ni aun entónces dexa esta potencia de querer aquello que es su objeto propio. Hablo aquí del bien considerado en toda su extension, y que abraza toda especie de bien lícito, ilícito, aparente y real, que suele dividirse en bien honesto, útil y deleytable; porque no hablamos ahora de aquello que debería querer y hacer nuestro amor propio: hablamos sí de lo que él mismo nos hace querer y obrar segun el presente estado de nuestra naturaleza, que es muy diversa, como nos lo enseña nuestra Santa Religion, de aquella bien concertada y arreglada, que cupo en suerte al primer hombre. La razon porque los buenos y sabios quieren y eligen solamente los bienes honestos y verdaderos, la explicaremos mas abaxo. Bástenos el saber por ahora este primero é importante axioma; conviene á saber, que así los buenos como los malos, todos buscan el bien, y para buscarlo á todos excita y mueve el amor propio: el bien, digo, que todos creen que tiene algun respeto ó relacion con su propia felicidad, sea directa ó indirectamente, ó sea instrumento y medio, ó bien sea fin para conseguir un tal estado tan deseado de todos.

§. II.

POR tanto, todas nuestras acciones y deseos, que miran derechamente á nosotros mismos ó á otros hombres, y cosas que estan fuera de nosotros mismos, aunque muchas veces nos parezca que nada tienen de bien para nosotros, con todo, quando nos determinamos á elegir las y hacerlas, es necesario que en ellas imaginemos y aprendamos algun bien para nosotros mismos:

mos: de otra manera, ni las elegiríamos, ni querríamos hacerlas. Pueden servirnos de exemplo para explicar esto las diversas profesiones y artes, que exercitan tantos hombres, todas las ciencias á que tantos ingenios se aplican. En cada una va buscando algun bien propio suyo el sugeto que, ó la exercita, ó se aplica á su estudio; porque cree que aquella profesion ó ciencia puede formar ó aumentar su felicidad propia. El soldado, el cortesano, el enamorado, el mercader, el cazador, y discurriendo así de otros hombres que se exercitan en qualquier empleo, todos estan en movimiento para lograr un bien, del qual se figuran que han de sacar algun pequeño ó gran placer. Parecerá sin duda, que en muchas acciones no tenemos otro objeto ni fin que el bien de otros; pero exâminando mejor este negocio, se traslucirá, que aun entónces buscamos nuestro propio bien, y que este es el primer fin de nuestro querer y de nuestro obrar: y si alguno me dixese ¿qué debemos hacer de la amistad tan alabada y recomendada entre los hombres? ¿Por ventura no será esta otra cosa, que un tráfico y comercio del amor propio? Si ademas me preguntase alguno ¿qué será del mismo amor de Dios, en virtud del qual sus fieles siervos hacen y padecen tanto? ¿Por ventura lo degradaremos hasta figurárnoslo como un útil exercicio ó interes de nuestro amor propio? Responderé francamente á todo esto, que aun en el amor de los amigos, y en el mismo amor de Dios va el hombre buscando su propio bien; y todo el cuidado que pone, todas las fatigas que emprende, quantos trabajos padece para agradar á la persona que ama, y aun al Celestial Señor, que es Dios, no le hacen perder de vista su aprovechamiento y su propia felicidad; pero no por esto pierde su estimacion la virtud de la amistad (si queremos llamarla virtud), y mucho ménos el nobilísimo amor que todos debemos á Dios, con tal que le amemos con el orden debido; esto es, no por nuestro interes propio, sino porque es digno de ser amado

sobre todas las cosas en la tierra y en el Cielo. Entanto podemos decir como cosa cierta, y acaso no nos engañáremos, que nuestra voluntad en qualquiera de sus acciones y movimientos no hace otra cosa que procurar algun bien y alguna ganancia para nosotros mismos; esto es, directa ó indirectamente busca comodidades y deleytes para el cuerpo, ó gustos y placeres para el ánimo, segun que una de estas cosas mas que la otra nos parece capaz de hacernos felices ó contentos de algun modo; y por lo ménos, ó busca la recompensa del mismo Dios, que es lo mas, ó gloria y reputacion entre los hombres, y el ser estimado y amado de ellos: cosas que á la verdad son bienes, y bienes de un alto precio en el comercio del mundo.

§. III.

EL otro apetito general de los hombres, que dexámos insinuado arriba, consiste en desear no tener mal alguno, ó hallarse libre de todos los males. Este deseo tambien nace necesariamente de aquella primera raiz que llamamos amor propio, el qual únicamente está atento, y se emplea en procurarnos nuestra felicidad y nuestros gustos. No hay cosa que mas directamente se oponga á este fin, que el mismo mal, como que por su naturaleza destruye la felicidad. No hablo yo ahora del mal moral, sino solamente del físico, que se halla en el cuerpo y en el alma, ó por mejor decir, en esta sola. El hambre, las calenturas y otras muchas enfermedades y dolores del cuerpo, la pobreza, las calumnias, los ultrages, las prisiones, la esclavitud y otros muchos disgustos del alma, y toda la interminable caterva de desgracias, que habitan perpetuamente en este baxo mundo, ¿quién será aquel, que ó por su propia experiencia ó por el conocimiento de las desgracias de otros, no sepa que son de tan maligna naturaleza, que una de ellas sola basta para aniquilar ó disminuir mucho todo el deleyte

te de qualquier bien que se goce: De aquí, pues, nace aquel horror que tenemos quando los males se acercan á nosotros, y aquel quejarnos quando ya nos molestan. De aquí asimismo nace aquel fuerte apetito, que la naturaleza misma ha infundido en nosotros; pues no bien hemos nacido, quando comenzamos á manifestarlo, apartando de nosotros estos enemigos quando vienen, ó sacudiéndolos si acaso han venido: lo qual nace de la poderosa inclinacion que tenemos de querer solamente nuestro bien, y de no encontrar algun mal, que ó nos amenace ó descargue sobre nosotros, el qual nos quite ó impida algun bien. Por tanto, toda nuestra alma se pone en movimiento para impedirle la entrada, procurando quanto puede tenerlo léjos de ella. Ni basta aquí el oponer con demasiada sutileza contra esta doctrina, que el aborrecer una cosa no se llama propiamente apetito, siendo cierto, que solo es apetecible el bien; y nuestra alma por el contrario, no solo no apetece, ni desea, ántes bien huye, y no quiere el mal: lo que es un acto todo opuesto al deseo. No es ocasion esta de entrar en disputas de términos y palabras, principalmente quando muchos de los términos de que nos servimos para explicar los movimientos y operaciones de nuestra alma, no son tan claros, ni adecuados como los que usamos para explicar las cosas sensibles. Se podría tambien hablando de este modo hallar algun embarazo sobre este nombre de voluntad, llamada así por el mismo querer, quando esta potencia por sí misma quiere alguna vez. Permítasenos por la misma razon llamar apetito aquello que otros querrán llamar aversion al mal; porque en fin el huir y aborrecer los males, no es en substancia otra cosa, que un deseo de defender y conservar algun bien que ya se posee, ó de quitar los impedimentos para conseguir el bien que aun no se tiene, pero se desea. Ya que no sea otra cosa, por lo ménos el mismo aborrecer el mal incluye el deseo del bien, no obstante que aquello sea efecto de una pasion, y estotro de una accion. Sentado,

Tom. I. O

pues,

pues, que la privacion del mal puede llamarse un bien, y la privacion de todo mal un grandísimo bien: como fundamento necesario para la felicidad se puede decir que todos los esfuerzos de nuestra voluntad se dirigen á esta privacion. Los antiguos llamaron apetito á la misma voluntad, con todo que puede querer ó no querer; y dividiendo el apetito sensitivo en concupiscible é irascible, como ya hemos dicho, diéron bastantemente á entender con esta division, que el huir de los males, que sin duda pertenece á la irascible, puede llamarse uno de nuestros apetitos propiamente, valiéndose de aquellos dos nombres para señalar lo que ahora voy explicando aquí. Finalmente, si quisiesemos confesar con muchos, ó los mas de los Filósofos, que el mal, tanto moral, como físico, no tiene un ser, y solo consiste en una pura privacion, concebirémos mejor que el aborrecerlo y huirlo, se reduce á un movimiento de la voluntad con que quiere defender el bien, ya poseído, ó deseado ó esperado.

§. IV.

Pero dexando estas controversias litigiosas, que nada importan, dirémos mas presto, que deseando incessantemente todos nosotros el bien, aun quando sea muy vivo y eficaz el movimiento de nuestra voluntad ácia ciertos determinados bienes, segun que nuestro entendimiento llega á conocer y descubrir que en ellos consiste nuestra felicidad, y que los podemos conseguir; con todo esto, es mas vigoroso y orgulloso en nosotros, hablando por lo comun, aquel otro deseo de defendernos y librarnos de los males, ó para que no lleguen á nosotros, ó para desalojarlos quando han llegado. Somos por lo comun tan poco atentos y cuidadosos de los bienes que poseemos, que no los conocemos ni apreciamos; y como aquel que despues que tuvo hambre, y llegó á saciarse, no aprecia los manjares, que ántes tanto apetecia; así los bienes del mundo, quando lle-

llegan á poseerse, no hacen una grande impresion en nosotros; y así pierden su estimacion y precio. Sea buen testigo de esta verdad la salud corporal que debemos confesar ser uno de los bienes mas preciosos que podemos gozar en este mundo. ¿Quántos y quántos la logran, y con todo no la estiman, ó por mejor decir, ni aun consideran que entra en la lista de aquellos beneficios mas principales, por los que debemos dar gracias á Dios continuamente? Demos el caso que á uno de estos le acometa una jaqueca, una calenturilla, ó algun otro dolor en qualquiera parte de su cuerpo: vedlo ya todo alterado, todo ansioso, y deshaciéndose su corazon en lamentos, buscando remedios para su alivio, pareciéndole que ya está privado de todo bien por causa de aquel mal que padece, que como suponemos no es un mal muy grave: no obstante, merece alguna compasion este paciente; porque la felicidad, que como hemos dicho, es el blanco y término de todas las acciones del hombre, requiere y pide, como basa y fundamento, el estar lejos de todos los males; de manera, que aun pudiera decirse, que en el orden de nuestros apetitos el primero es el de no tener males, y despues el de poseer los bienes. Un solo mal, puesto en la balanza de nuestro amor propio (no me meto por ahora en que sea justo ó injusto) suele pesar mas que cien bienes, pareciéndonos que estos no son bastantes para hacernos verdaderamente felices, quando la molestia de un solo mal, no solamente contrapesa, pero aun excede á toda la dulzura de los bienes, y nos reduce á ser miserables é infelices. Un mal presente, aunque sea leve, como v. g. un dolor de muelas, una pequeña quemadura, hace tanta impresion en nosotros, que nos hace olvidar el sentimiento gustoso de otros muchos bienes que gozabamos antes: por lo que nuestro apetito, comunmente hablando, con mas fuerza y vigor se mueve para defenderse de los males, que para adquirir los bienes. Pero sin embargo, estos dos apetitos son las principales ruedas

sobre que gira nuestra voluntad, y de que resultan tan diferentes movimientos de las acciones humanas.

§. V.

Para declarar mejor, qué es lo que por ahora debemos entender baxo de los nombres de bien y mal, digo, que segun los impulsos de nuestra naturaleza entendemos y tenemos por bien todo aquello que puede traernos, ó ser medio para traernos gusto y contento, ó para acrecentarlo; ó todo aquello que puede minorar, ó quitarnos el dolor. Entendemos por mal todo lo que mediata ó inmediatamente puede minorar, ó privarnos de algún gusto y contento, y causar en nosotros tristeza y dolor. Y porque así el placer, como el dolor pueden causarse en nosotros, tanto por parte del cuerpo, quanto por la del alma, por eso hay bienes y males del cuerpo, y bienes y males del ánimo. Permitaseme el adoptar esta division, y usar de ella, no porque el cuerpo, que en sí mismo es material, sea capaz de sentir gusto ó dolor, siendo cierto, que sola el alma es aquella que siente, goza ó padece los tormentos y placeres del cuerpo, sino porque esta division sirve para darnos dos ideas útiles ó necesarias, que entre sí son distintas; esto es, la idea de los bienes y de los males, que tienen su origen de nuestra parte material; y la idea de los otros, que proceden solamente de la parte inmaterial ó espiritual, como son la apprehension y reflexion. Nosotros, pues, somos formados por la naturaleza de esta manera: todo lo que nos parece que pueda causarnos delectacion y gusto, y asimismo pueda minorar ó apartar de nosotros el dolor, ó en fin aquello, que si de presente no nos causa placer, aprendemos que es capaz de causarnoslo con el tiempo: todo esto, digo, es muy á proposito para mover la voluntad humana á que lo quiera y apetezca: esto es, á que lo abrace ó lo desee; y esto es lo que llamamos bien, ba-

baxo la consideracion de que todo esto compone alguna parte de aquella felicidad á que aspiramos. Por el contrario, llamamos mal á todo aquello que mediata ó inmediatamente pueda causarnos dolor, afliccion y molestia (ó bien tenga su origen del cuerpo, ó bien del alma), y esto es lo que al punto mueve nuestra voluntad á no quererlo, aborrecerlo y huirlo. He dicho que la naturaleza nos ha fabricado con estos dos muelles; para explicarme así, los quales continuamente nos incitan y mueven á querer aquello que nos causa gusto y deleyte, y á huir lo que nos causa tristeza y dolor. Basta que miremos aquellas primeras luces que se descubren en la voluntad de los niños. Si estos no sacan del vientre de su madre alguna idea del dolor, y del placer (que de esto no quisiera ser fiador), por lo ménos luego que han nacido, sin que ninguno los enseñe, aprenden, y dan claras señales de aborrecer las molestias del hambre, del frio, y otras incomodidades del cuerpo; como tambien advertimos en ellos otras señales de desear, ó á lo ménos aprobar lo que les causa gusto y placer. Aun mas debemos observar para dar gloria á nuestro Sapientísimo Criador, que no se contentó su Magestad con dar ser al hombre por medio de una composicion tan admirable; sino que tambien le ha dado un instinto natural para saber, y poder conservar este mismo ser, haciendo que por medio de aquello que le excita el dolor, conozca fácilmente, y huya de aquellas cosas que pueden dañarle, estableciendo al mismo tiempo que aquellas que son necesarias, ó útiles para mantener la vida, conservar la especie, ó que sirven de ornamento para perfeccionarle, todas estas vayan juntas, y acompañadas con gustos y placeres.

§. IV.

EL carácter, pues, del bien que quiere y desea el hombre es el placer, segun la opinion de algunos Filósofos, así como el del mal es el disgusto y dolor.

En esto se fundó Epicuro para decir y sostener, que en el placer está colocada la felicidad del hombre; y que por tanto nada otra cosa deseamos y queremos, que este placer, como que es nuestro último fin. De qué manera sea esto en parte verdadero, y en parte falso, lo veremos despues: por ahora sigamos estos Filósofos, los quales desean que cada uno se pregunte á sí mismo ¿por qué busca con tanta ansia los bienes, ó del cuerpo, ó del alma, ó los de la fortuna, de todos los quales, segun el sentimiento comun, resulta en los mortales su felicidad? Se hallará, dicen estos Filósofos, que en tanto desean los hombres estos bienes, en quanto se les figura que en su posesion logran algun gusto y placer; y si no hubiera en ellos este dulce atractivo, no emplearian en ellos sus descos. La virtud misma que los Estoicos con mucha razon ensalzaban tanto, quando se considera el motivo ó motivos de quererla el hombre sabio, de seguirla y practicarla por sí mismo, y de aconsejarla á otros, aparecerá en fin por opinion de los ya dichos Filósofos, que nuestro amor propio la busca y abraza no solamente por ser ella el objeto mas bello, y conveniente á la recta razon del hombre, mas tambien porque la virtud trae consigo la mayor felicidad que puede lograrse en este valle de miserias, ó porque funda nuestra esperanza de conseguir otra inmensa y perfecta en la otra vida, ácia la qual caminamos viviendo en esta. Y á la verdad ¿qué otra cosa entendemos por el nombre de felicidad, de Bienaventuranza, ó vida feliz, sino es el de conseguir y poseer los bienes, que es lo mismo que decir, lograr la posesion de todo aquello que puede producir en nuestra alma una delectacion perfecta, un contento, y un gusto permanente y verdadero? Con que el placer, el gozo, la delectacion, concluyen estos Filósofos, es el objeto de nuestro amor. Así tambien los bienes corporales, los intelectuales, los de fortuna; y aun la virtud misma, prosiguen discurrendo, no se desean por sí mismos, sino solamente como ins-
tru-

trumentos y medios para lograr los placeres y gustos, y llegar á la felicidad, que es la principal mira de la voluntad humana. Y no obstante que la Teología recatemente nos enseñe, que es Dios el último fin del hombre; con todo, confiesa tambien, que á la Bienaventuranza conviene el título de último fin. S. Agustin testifica, que es comun esta sentencia, diciendo en el lib. 13. de Trinit. y en el 19. de Civit. Dei, cap. 3. *Omnes homines conveniunt in appetendo ultimum finem, qui est Beatitude.* Conviene todos los hombres, dice el Santo, en apetecer la Bienaventuranza, que es su último fin. Cómo, pues, pueda concordarse, que Dios y la Bienaventuranza se llamen igualmente último fin del hombre, lo explica Santo Thomas en la 1. 2. quæst. 3. art. 1. Por lo que á mí toca confieso la verdad, que hablando de la felicidad que en este mundo puede tener el hombre, no sé cómo determinarme á fundarla en el placer y gusto, por las razones que pondré despues en el Capítulo XXI. Por ahora diré, que habiendo ya observado que no solamente es bien aquello que produce delectacion, mas tambien aquello que quita ó minora los males y el dolor: por tanto, á lo ménos en esta parte es necesario reformar y corregir la sentencia de Epicuro. Llega á ser de hecho un bien, aun aquello que causa dolor, quando sirve para librarnos de otro mayor mal, ó para conseguir un bien. Los Médicos y Cirujanos nos dan continuos exemplos, omitiendo por ahora otros, fuera de que hay muchos nombres, los quales por las ideas que despiertan en nuestro entendimiento, pueden llamarse peligrosos; y pudiendo ser uno de estos el del placer y deleyte, debiamos por lo ménos desear que los Filósofos de la ya dicha opinion hubiesen usado y usasen de otros términos ménos sospechosos que aquellos de gusto, contento, delectacion, alegría, gozo, y otros semejantes, para significar el carácter, ó distintivo que acompaña á las cosas que nos son agradables, y que tenemos por bienes. Finalmente se deben notar aquí otras dos

verdades. La primera, que hay placeres tan distantes de ayudarnos á conseguir la felicidad, que ántes bien nos apartan y llevan á su mayor contraria, que es la miseria. La segunda, que en quanto á la naturaleza que al presente tenemos, se debe advertir, que nuestro amor propio, el qual parece que solamente nos excita é impele á buscar nuestra felicidad; al mismo tiempo nos incita y espolea á desear indistintamente, y á procurar todo género de placer, aunque sean contrarios á nuestra verdadera felicidad; porque este apetito es tan ciego como la misma voluntad, que es su principio. Dios mismo es el que nos ha dado este inquieto é incansable movimiento de nuestra alma para bien de ella misma, pues regulado por la recta razon, puede excusarnos de muchos y graves daños, y hacernos felices del todo. Al contrario, quando este mismo movimiento ó no da oídos á la razon, ó la hace retroceder, entónces con impetuoso furor nos lleva al precipicio de la mayor infelicidad. Por lo que importa mucho á qualquiera de los hombres, y especialmente á los jóvenes, el estar oportunamente sobre aviso para ver cómo han de arreglar este amor propio, y para conocer que hay muchos bienes, y placeres, que en vez de buscarse y apetecerse, deben huirse; porque nos conducen y arrastran al mayor dolor y mas deplorable miseria; de lo que hablaremos luego al cap. XXI de la felicidad, y tambien en el XXX.

CAPÍTULO XIV.

Del apetito de la conservacion del propio individuo y de la propia especie.

§. I.

Comenzando ahora á dividir y esparcir en varios ramos aquellos dos apetitos generales de conseguir los bie-

bienes, y evitar los males, que como ya hemos dicho, pueden reducirse á uno solo, digo, que el primero que nace de aquellos dos principales apetitos es el de conservar el individuo propio. Para conocer al punto, que la misma naturaleza nos enseña y guía al amor de nuestro propio ser, que es este compuesto de alma y cuerpo, el qual hace que seamos lo que somos, basta el acordarse que el gran Director de toda nuestra voluntad y de todas nuestras acciones, es aquel amor intenso y perpetuo con que nos amamos, el qual hace que sea la vida tan amable, y por el contrario sea la muerte tan aborrecible, y tan mal recibida del comun de los hombres. Pruebe alguno á querer privarnos de este precioso tesoro sin razon, ni autoridad para ello; ¿qué esfuerzo no hacemos entonces para defenderle y guardarle? No hay animal, por pequeño que sea, á quien la naturaleza no haya enseñado á hacer esto mismo. Y quando nos asaltan enfermedades, que amenazan cortar el hilo de nuestros días; ¿qué horror y qué tormentos no padecen muchos, quando llegan á entender, ó se persuaden que estan á los umbrales de la muerte? Yo se muy bien, que muchos sacrificarían de buena gana dignidades y riquezas, y aun Reynos enteros, si pudiesen evitar la muerte de este modo; porque al fin, perdiendo la vida, se pierde todo. El mismo Autor de la Naturaleza, que nos puso en este mundo, quiso que fácilmente llegásemos á conocer y distinguir lo que puede dañarnos, y deshacer esta bella hechura de sus manos, con darnos á este fin los sentidos que nos sirven de centinela, y de mensageros para informar al entendimiento de todo quanto pasa fuera de nosotros; y ademas de esto con hacer que el dolor nos avise, é informe de tantos cuerpos y movimientos, que en todo ó en parte pueden destruir la armonía de este nuestro compuesto, y que el hambre por una parte, y el gusto de los manjares por otra nos mueva ó incite de quando en quando á reparar aquellos espíritus y partículas, que insensiblemente va

exhalando nuestro cuerpo; pues sin estos reparos se arruinaría la casa en que habita nuestra alma. El mismo Dios nos ha dado las pasiones para este mismo fin; esto es, para que nos ayuden á guardar el tesoro de nuestra vida; de modo, que nuestra alma, sin que ninguno la enseñe, se mueve de varios modos, ó para apartar de nosotros el mal, ó para buscar y abrazar el bien; á la manera que quando tropezamos, ó nos empujan naturalmente, y sin pensarlo al tiempo de caer en tierra, extendemos las manos para reparar el golpe y defender el cuerpo. Qualquiera que viese delante de sí un leon, un tigre, ó un oso, aunque jamas hubiese visto alguna de estas fieras, con todo eso, reconociéndolas por cosa que le pudiese ofender, y que le faltan las fuerzas para resistir, se sentiria oprimido de un temor vehemente: y gritaria buscando, implorando socorro, ó si no, corriendo, procuraria escapar de aquel peligro; del mismo modo, quando se nos presente alguna otra bestia, ó persona en acto de poder hacernos mal, al punto nuestra alma, enseñada de la naturaleza, se conmueve toda, y creyendo poder hacerle frente, excitará la indignacion y el atrevimiento, suministrando á los miembros los espíritus, y movimientos necesarios para ofender y defenderse.

§. II.

HAY entre los Filósofos una gran controversia, como ya hemos insinuado arriba, sobre si el hombre tiene ó no ideas innatas de muchos primeros principios, ó físicos, ó metafísicos ó morales: pretenden algunos que Dios ha infundido en nuestra naturaleza ciertos conocimientos con los cuales midiendo y combinando muchas cosas y muchas proporciones, podamos sin maestro alguno reconocer si son verdaderas ó falsas, buenas ó malas, feas ó hermosas. Defienden otros, que aun estos primeros principios los aprendemos, ó los inferimos de la observacion y combinacion de las cosas que

que ya sabemos; y por consiguiente ningún principio, conocimiento ó idea sale con nosotros del vientre de nuestra madre, y que nuestra alma está formada á manera de un papel blanco, ó una tabla lisa, en la qual despues, por medio de los sentidos y de la reflexi6n, se escriben poco á poco todas nuestras ideas, y los primeros principios. Por lo que á mí toca, no me atreveré á negar obstinadamente estas ideas innatas. El hombre luego que llega al uso de la razon sabe, sin maestro alguno, distinguir entre el 6rden y el des6rden, y entre el concierto y desconcerto del sonido; y sabe tambien distinguir entre la hermosura y la fealdad, y entre otras muchas cosas 6tiles ó laudables, da6nosas ó vituperables. A mí me parece, que todo esto no es otra cosa que un excitar en nosotros aquellas ideas impresas por la naturaleza misma: y acaso puede pertenecer á esta disputa quanto hemos dicho poco ha, sobre si aquel repentino conocimiento del hombre de que pueda da6narle un le6n ó un tigre, y semejantes bestias feroces, de las quales jamas haya tenido idea, ni por haberlas visto, ni por relacion de otros: si esto, digo, puede atribuirse á una idea impresa en nosotros preventivamente por nuestra naturaleza, ó si esto proviene de un puro mecanismo, como parece que sucede en las ovejas y corderos; estas huyen al punto de la terrible vista del lobo, aun la primera vez que le ven, pudiendo suceder, que de los ojos de estas fieras salgan algunos espíritus que vayan á herir los ojos y la fantasía de quien las mira. De la misma manera puede preguntarse en el hombre, si aquel semejante terror se engendra en él por un velocísimo discurso de nuestro entendimiento, el qual combinando con la idea ya adquirida de otras bestias da6nosas, la nueva presencia de un le6n, halle motivo de temer á este lo mismo que á las otras. Fuera de que la misma novedad de ciertos objetos feos y espantosos, aun sin saber que estos nos hagan da6no, puede causar temor en nuestra alma por la sola duda de si podrán

ó no podrán hacérselo. Basta por ahora el decir, que la naturaleza nos ha dispuesto de tal modo, que con poco motivo podamos comprender en muchos casos aquello que es contrario y dañoso á nuestra vida, ó para que lo evitemos, ó para que nos defendamos. Creo como cosa evidente, que ninguno tiene necesidad de ir á la escuela para aprender de otros á desear la conservación del propio individuo; y que ninguno negará que debemos este poderoso impulso á la naturaleza, que aunque sorda, es maestra muy ingeniosa. De esto mayormente nos puede certificar la observacion de este mismo apetito, que en las bestias irracionales llamamos instinto: huyendo estas de las cosas dañosas, y haciendo tantos esfuerzos para evitar la muerte, vienen á confirmarnos la verdad ya insinuada; esto es, que tanto el amor y deseo de la vida, como el odio y aborrecimiento á la muerte, son producciones de la naturaleza. Cómo, pues, este apetito, ó por exceso, ó por defecto llege á ser en nosotros vituperable y vicioso; y qué moderacion nos convenga tener en esto, lo declararemos mas abaxo. Entre tanto traeré á la memoria, que de este principio nacen los deseos del comer y del beber, y todos los que pertenecen á la salud, como tambien de este mismo traen su origen muchas acciones morales del hombre, ó sabias ó ridículas, virtuosas ó viciosas. Por tanto, importa mucho á todos el conocer bien esto, como tambien nuestros varios apetitos; pues de la buena regulacion de estos movimientos de nuestra naturaleza y voluntad depende la gloria del hombre sabio; y este es el camino derecho para conseguir la felicidad que tanto deseamos.

§. III.

EL segundo entre nuestros apetitos es aquel que mira la conservación de la especie. No obstante la actividad del apetito, de que hasta ahora hemos hablado,

y aun quando hagamos quanto sabemos, y queremos para mantener nuestra vida en este mundo; esto es, la union de nuestra alma con el cuerpo; al fin esta misma vida tiene sus términos señalados por el Sapiientísimo Criador nuestro, y ha de llegar el caso de separarse y divorciarse estas dos substancias despues de pocos ó muchos años ó dias, por medio de un corte ó una disolucion terrible, que llamamos muerte. Pero aquel mismo Señor, que por los altos fines de su providencia no ha querido que alguno de los hombres habite sobre la tierra perpetuamente, ese mismo Señor quiere que jamas falten hombres que la habiten, deleytándose, por decirlo así, que en este teatro del globo terráqueo comparezcan nuevas escenas, con una sucesion y constante armonía. Ha conseguido este Señor su designio, fabricando y disponiendo de tal manera el género humano, que un hombre produzca otro; y si de tanto en tanto se disminuyen los individuos, quiere, no obstante, que dure la especie en otros nuevos. Al tenor de esta resolución ha formado dos distintos géneros de las mismas criaturas humanas, machos y hembras, y ha dispuesto sus cuerpos con tal artificio de miembros, humores é imagi-
naciones, que por sí mismas, y sin maestro que las enseñe, se sienten inclinadas á la generacion de otro semejante, hallando tambien en esto su interes el amor propio. Otro tanto ha practicado aquel omnipotente é inagorable Artífice, fabricando otras innumerables criaturas sensitivas, que aunque son ménos nobles que el hombre, no son ménos maravillosas hechuras de su infinita sabiduría, disponiendo en todas ellas, aun en las mínimas, y quasi imperceptibles á nuestra vista, los instrumentos, los muelles, resortes, movimientos é impulsos necesarios para renovar su especie en otros individuos. Estas son cosas notorias á todos, pero solamente en la superficie, y por tanto no causan alguna maravilla en el vulgo: la causan sí en los Filósofos, y hombres sabios, que atentamente contemplan las obras
de

de Dios, y no acaban de admirar los motivos que tiene su Magestad para renovar de mano en mano, y conservar las criaturas mortales y caducas en este baxo mundo, observando dos efectos tan estupendos como perpetuos de su providencia y poder divino: el primero, que pudiendo nacer por exemplo solos hombres, ó solas mugeres, como ya insinué en otra parte, con todo eso nuestro mundo con alguna proporcion está siempre surtido, y quasi en igual balanza del número correspondiente de los unos y de las otras: el segundo, que pudiendo qualquier hombre producir en el tiempo de su vida tantos hijos, y produciendo algunas veces muchos, con todo eso el número de los hombres en varios países se mantiene siempre en una igualdad conveniente; y si hay alguna disparidad, solamente es accidental, y jamas llega á ser excesiva.

§. IV.

Siendo, pues, el cuerpo humano fabricado con tal destreza, y con ruedas, muelles y resortes de tan delicada energía, que son capaces de mover nuestra alma, nace de aquí el apetito que ya he propuesto, y que tiene por Autor la mano sapientísima del que lo es de la naturaleza. Fué un delirio de solos los Maniqueos, gente que esparció otros errores extravagantes, el enseñar que el ministerio de los cuerpos para la propagacion de la especie no se debía atribuir á nuestro buen Dios, sino al mal principio que ellos soñaron. No es necesario gastar palabras para impugnar tan descabellada opinion. El matrimonio es una cosa santa, y la verdadera Fe nos asegura, que tuvo su origen desde el principio del mundo, establecido por el mismo Dios, y su santo precepto. Grita la razon natural, juntamente con la Fe, que sin este medio, al qual debe mirar siempre el ya citado apetito, quando es bien regulado, no puede mantenerse en el mundo aquella mas noble especie, que puso Dios sobre la tierra con el destino de cultivarla y gozarla, y acre-

cen-

centar su hermosura y belleza. Ni yo tengo dificultad alguna en tocar este argumento ligeramente, y advertir á los jóvenes (con tal que hayan llegado á tener un buen fondo de razon, como lo pide el estudio de la Filosofia Moral); porque aun quando se me presenten los peligros que acompañan á esta advertencia, con todo eso me parece, que no son pocos los que trae consigo el meterse en la escuela de los exemplos del mundo, y en las lecciones de malos compañeros, para aprender aquello que sin estos maestros puede enseñarles, y pueden aprender de sola la inclinacion natural. Por tanto debería exâminarse si acaso seria mas conveniente, que los prudentes y sabios padres, ú otros virtuosos directores previniesen con tiempo sus hijos, ó discípulos contra el abuso que puede hacerse, y demasiadamente se hace de la ingorancia y simplicidad de la juventud incauta, y desproveyda de armas contra un acometimiento tan peligroso, practicándose todo esto sin correr la cortina á este feo teatro, y sin hacer que la malicia, ó se despierte y nazca, ó se aumente y crezca. Intento aquí hablar siempre de aquellos mancebos destinados á vivir en el siglo, y que ya estan puestos entre las frecuentes ocasiones de hallar maestros y maestras de mala vida; porque para el que aun conserva una bienaventurada ignorancia sobre este punto, y puede guardarla en la abstracion y retiro, estan muy léjos las peligrosas lecciones del mundo, y no hay necesidad de enseñarles á defenderse de un enemigo que aun no conocen, ó que ciertamente no está en parage de hacerles una guerra cruel, como la hace á quien vive en medio de las conversaciones y pasatiempos del siglo. Antes bien siempre ha sido, y será una grande iniquidad el asesinar con lecciones perversas en este género, y mucho mas con los hechos la inocencia de los otros. Pero con todo esto, si á muchos y muchas es provechoso el saber poco ó nada de estas delicadas materias á otros muchos suele ser nocivo el saber de masiado poco, estan-

tando sujeta la incauta juventud á padecer muchos y deplorables engaños en este punto. Por esto es necesario caminar con circunspeccion para no encender fuego donde todavía no le hay; pero luego que los jóvenes han de entrar en el tráfico del gran mundo, y ántes de esto si llega á transpirarse, que ó la compañía de sus iguales, ó la malicia que se adelantó á la edad los haya sacado del camino de la inocencia y natural tranquilidad, será mejor por lo comun el darles alguna noticia, aunque vaga, de este furioso apetito, y de sus funestas consecuencias; haciéndoselas ver en los exemplos de otros muchos, que jamas faltan, para que conciban miedo y horror, y puedan si quisiesen aprender de las locuras de otros, á no ser locos tambien ellos. Ciertamente que no está concedido á todos el saber hacer esto. Pero ya que no puede excusarse el que la naturaleza y la práctica del mundo dexen de poner en movimiento este tal apetito, será mas conveniente que el hombre prudente, y sabio presente con tiempo á los jóvenes alguna idea del mencionado apetito, imprimiéndolos con algun horror aquello mismo que con gusto y sin correctivo alguno pueden aprender en las lecciones primeras del mundo perverso. Son efectivamente tantos los desórdenes, los errores, las locuras y miserias á que conduce y guia este apetito quando la razon no le refrena, ni contiene, y no lo endereza á aquel fin honesto para que Dios nos lo ha dado, que sería, ó por lo ménos debería ser una gran ventaja para todo hombre juicioso el conocerlo ántes de experimentarlo. De este apetito nacen la luxuria, la impudicia, la impureza, nombres distintos, pero que significan una misma cosa; esto es, un vicio abominable y bestial, contra el qual suelen declamar directa y francamente los sagrados Oradores; pero con juiciosa cautela, de manera, que condenan sus excesos sin enseñarlos, y hacen ver su abominable fealdad, sin ofender los oidos del auditorio puro y casto. Por tanto, luego que los jóvenes han tocado en cierta edad, en

la

la que puede creerse que se despierten, ó se aprendan ciertas malicias, será conveniente, y á las veces necesario el proponerles con frecuencia el amor á la pureza y modestia, y hacerles ver el peligro que se halla en las conversaciones amorosas entre personas de diverso sexò, y los efectos ridículos y deplorables que de aquí se siguen: de manera, que sépan con tiempo que este apetito ó instinto natural, bien que sea agradable á primera vista, puede por esta misma razon ser un enemigo cruel, y un fiero traidor, quando no se contiene dentro de las reglas de la moral christiana, la qual va en esto acorde con las de la recta razon. Felices aquellos jóvenes, que con tiempo se arman de rigurosa animosidad para mantenerse puros y castos, sin dexarse llevar de los consejos y desenfreno de otros, y sin tomar exemplo de los malos y locos, semejantes sin duda á las bestias insensatas; ántes bien siguen las huellas de otros muchos de su misma edad y condicion, que guardan sabiamente las reglas de la pureza y castidad, por la qual se hacen semejantes á los Angeles del Señor; pero de esto volverémos á tratar despues.

CAPÍTULO XV.

Del apetito de la libertad, dividido en dos, esto es, en deseo de independenciam, y deseo de superioridad.

§. I.

EL tercero de los poderosísimos apetitos del hombre es el de la libertad ó facultad de obrar cada uno á su modo: este lo divido aun en otros dos; en deseo de independenciam; esto es, de no estar sujeto á otro hombre, y en deseo de superioridad, quiero decir, de mandar á los otros. El apetito de la conservacion de la especie, de

que hemos hablado poco ántes, trae su origen de la parte material del hombre y humores, esto es, de la composición de nuestro cuerpo, y juntamente de la fantasía; y no es desemejante al de las bestias irracionales; y consiguientemente tiene mucho en sí de lo animal y bestial, y puede llamarse baxo y vil, comparándolo con el de la libertad de obrar á su modo, el qual proviene todo del alma, y la reconoce por su principio y habitacion propia; como tambien reconoce por padre aquel general y primitivo apetito, que llamamos amor propio. Este amor, de que no podemos ménos de hablar frecuentemente, porque al fin él es el motor y principal causa de todos los movimientos, ó buenos, ó malos de nuestra alma: este amor, digo, es aquel que inspira en nosotros el deseo de no ser dominados ó sujetos, y de dominar ó mandar á los otros; porque por una parte el gran deseo que todos tenemos de llegar á gozar la felicidad, y por otra el figurársenos que no podrémos fácilmente conseguirla miéntras estemos sujetos á otros, pero si quando otros nos esten sujetos para poder hacer y lograr todo lo que queramos: estos dos motivos se unen y acuerdan para solicitar y excitar nuestra alma, á fin de que consiga la quietud, el reposo, y el estado de felicidad que desea. Este apetito no es ménos natural é innato en el hombre, que quantos hasta aquí hemos referido; pues vemos que es universal en qualquiera de nosotros, y en todos comienza á dexarse conocer, aun desde la mas tierna edad. A la verdad podría decirse, que la idea de servir ó mandar, de ser súbdito ó superior, no es una idea innata en el hombre; porque en los niños no puede suponerse, y que por tanto va poco á poco despertándose y produciéndose en nosotros por aquellas observaciones y reflexiones que hacemos. Pero del mismo modo se podría pretender que la razon, y el apetito de la felicidad y del bien no fuese en nosotros innato ó inspirado por la naturaleza; porque el explicarse la razon en nosotros, se hace tambien

poco á poco, y los niños que maman, no conocen, ni llegan á comprehender qué cosa sea la felicidad. ¿Y qué sacamos de esto? Cierto es que la naturaleza no da fuerzas al instante á un niño recién nacido para caminar solo: ¿y por esto se podrá decir que no ha nacido con él la potencia de caminar? Lo mismo sucede en los apetitos. Es cierto que no aparecen sensiblemente, y con vigor suficiente luego que el hombre nace; pero con todo, al punto que el alma comienza á aprender las ideas de las cosas, se va descubriendo sin Maestro alguno, y aun sin que nosotros lo advirtamos, aquella inclinacion y apetito, el qual siendo innato en nosotros mismos, estaba como escondido y durmiendo. En efecto observamos en los mismos niños (que apenas han salido á la luz) un cierto vislumbre de esta verdad: aborrecen las fajas, que les quitan la libertad, estrechándolos y comprimiéndolos; y del mismo modo no bien empiezan á andarse solos, y á distinguir la moneda de los Lupinos, ú otra fruta, quando ya querrian la libertad en todos sus pasos y para todos sus apetitos; y esto es lo que en este particular puede observar cada uno por sí mismo, sin que yo me fatigue en probarlo y demostrarlo.

§. II.

Todos habrán observado, que en este discurso no incluyo á nuestro Amo y Señor el Altísimo Dios, y que hablo solamente del hombre con el hombre. Ello es imposible que haya alguna criatura que no esté sujeta á Dios, ni el mismo Señor podría hacer que no tuviesen los hombres esta sujecion. Bien puede formarse en nuestra loca fantasía un apetito ó deseo de algun imposible; pero este ni nos lo inspira la naturaleza, ni la Divina Sabiduría. Hállanse tambien hombres, que sumergidos y perdidos en los vicios, no quisieran tener á Dios sobre sí, ni que los mandase, ni castigase. ¿Pero quién no ve que estos deseos, tan impíos, como necios,

cios, no proceden de la naturaleza, sino únicamente de su ciego entendimiento, y voluntad corrompida y depravada, de la que tambien proceden otros muchos apetitos desordenados, y acciones perversas? Añádase á esto, que si nuestro amor nada otra cosa busca que la felicidad y vida bienaventurada, enseñándonos la razon y la fe, que esta absolutamente no podemos esperarla de otra parte, que de nuestro gran Dios, amándole, obedeciéndole y sirviéndole, siendo ciertamente muy verdadero aquel proverbio que dice, *que el servir á Dios es verdaderamente reynar*: por tanto, el apetito de tener á Dios por superior, es muy propio, y aun necesario en el hombre, y corresponde en todo al amor que nos tenemos á nosotros mismos. Otro tanto proporcionalmente digo de la sujecion que debemos tener á las Leyes del mismo Dios, ó de la naturaleza, y á otras que han inventado los hombres; porque siendo todas estas dispuestas y ordenadas para el mayor bien del hombre mismo; y para hacerle feliz, ó conservarle en la felicidad, sería irracional qualquier criatura, que dotada de razon desearse y apeteciése no estar sujeta á estas mismas leyes, porque su apetito y deseo militaria entónçes contra su propia inclinacion, y sería contrario á su verdadera felicidad. Pero hablando del hombre respecto á los otros hombres, pasa este negocio diversamente. Todo hombre, atendida las leyes de la naturaleza, es independiente de otro hombre, y tiene un pleno dominio de sí mismo, y una libertad de querer y obrar todo aquello que juzga mas conveniente para su propia felicidad. Nosotros, digo, nacemos todos iguales; y así como yo, considerando solamente como hombre, y en el estado de la naturaleza, no puedo decir con verdad que tengo un cuerpo, un entendimiento, y otras facultades, que no tengan tambien los otros hombres; de la misma manera, no puedo atribuirme algun privilegio, algun derecho ó dominio sobre mis iguales, y mutuamente no pueden los demas atribuirse algun dominio sobre

bre mí. Esta libertad é independencia es un don precioso que nos ha hecho Dios en nuestra primera creación, consistiendo su preciosidad en que de algun modo nos hace semejantes al mismo Dios, infinitamente libre é independiente; y si viviendo entre los otros hombres logramos la posesion de este don tan precioso, lo amamos y estimamos mucho; y si no lo tenemos, nos impele la naturaleza á desearlo y tenerlo. Ahora bien, cada uno confiesa, que el libre alvedrío de nuestra voluntad, no obstante que tan fácilmente abusemos de él con daño nuestro, y contra la intencion del Señor, que nos lo ha dado, y nos lo conserva, con todo, es un precioso regalo, y privilegio concedido á nuestra naturaleza por el mismo Señor que la ha criado. Por la misma razon debemos reputar por un don de Dios y apetito, que procede del mismo Señor, aquella inclinacion á la independencia, que sentimos todos en nosotros mismos; porque este es como un efecto, y una consequencia de aquel libre alvedrío que el Señor nos ha dado; y aun esto puede hacernos comprehender lo que sabemos por la divina revelacion, esto es, que el hombre en el estado de la inocencia fué liberalísimamente enriquecido por su Criador con singularísimos dones, entre los quales debe contarse la independencia que hay de un hombre á otro hombre; por lo que se trasluce, que habiendo descaecido por la culpa del primer hombre todas sus potencias y facultades, y aun las de todos sus descendientes, y privados todos, ó casi todos de tan singular privilegio, lo andamos siempre buscando y deseando con ansia, como una cosa perdida, y como un estado, en el qual fuimos criados desde nuestro primer principio.

§. III.

DE aquí, pues, nace aquel deseo comun, que todos tenemos, de la libertad, y aquel aborrecimiento á todo género de sujecion ó esclavitud, y es bien clara

la razon; porque la esclavitud priva al hombre, y le despoja del uso del libre alvedrío, y le fuerza y necesita á obrar lo que no quisiera; y esto verdaderamente es, ó se reputa por infelicidad y miseria: ni queda aquí esta nuestra aversion natural á la servidumbre y esclavitud: aún en aquella que entre todas las especies de servidumbre es la mas ligera, como es la que sufren los criados, los súbditos, los cortesanos con sus amos y Príncipes, los soldados con sus Comandantes y Capitanes; aun esta, digo, hace que muchas veces, ó tácita, ó abiertamente, se resienta y se queje el hombre al ver que depende de otros su voluntad, siendo esta potencia demasiado delicada, y zelosa de querer aquello que le agrada, y no aquello que contra su propia satisfaccion agrada solamente á los superiores. Por tanto, aunque una sola ojeada que demos al mundo nos haga ver, que casi todo el género humano (bien que para beneficio suyo, como diremos mas abaxo) se halla subordinado, y sujeto el uno al otro; esto es, á los Reyes y Príncipes, á los Magistrados, á los padres, á los ricos señores, y á otros amos semejantes; de manera, que esté nuestro pequeño mundo todo está dividido en varios órdenes, unos que mandan, y otros que obedecen; con todo eso no dexa de ser poderoso en cada uno de nosotros el deseo y la ansia de la independenciam. Debe aquí considerarse atentamente, que los principios que han introducido en el mundo la superioridad y el imperio, la sujecion y obediencia de un hombre á otro hombre, son estos dos, la fuerza, ó la necesidad: estos son los que han introducido la sujecion y obediencia, estos la mantienen todavia, y deben mantenerla. La naturaleza por sí misma á todos nos iguala. Por lo que mira á la fuerza, si un tirano, un conquistador, un corsario sujetase hombres y Reynos, sucede esto ciertamente contra la voluntad de los otros; y bien que el pueblo conquistado y sujeto, ó el hombre puesto en esclavitud, sirva y obedezca á su nuevo Señor, con todo bullirán en su corazon continuos de-

deseos de su libertad, ó de pasar á otro amo si no está contento con el primero. Por lo que mira á la necesidad, debemos decir, que quando la libertad y la independencia en vez de llevar al hombre á la felicidad, lo llevasen á la miseria y al trabajo, cada uno advierte, que entónces será para él lo mejor y mas conveniente el buscar en la servidumbre, y en la obediencia á otros, aquel bien que no ha podido encontrar por sí mismo. Esta necesidad le mueve á aceptar voluntariamente la superioridad de otro hombre, á elegirla, y tal vez buscarla con tanto deseo y ansia, como otros, ó él mismo buscaria, y apeteceria la libertad é independencia en otras circunstancias. De aquí sin duda traen su origen los mas de los Reyes de la tierra; porque los hombres desunidos entre sí y discordes, y por tanto infelices, se unieron y acordaron para elegir por su cabeza y Príncipe un hombre solo, ó varios Magistrados, sujetando su voluntad propia á la de aquel ó de aquellos, deseando en esto lograr un mayor bien, persuadiéndose que esto seria un menor mal: y no hay duda que quando el hombre, que tanto ama la libertad y la independencia, se sujeta voluntariamente al imperio y dominacion de otro hombre, le induce á esto el desco y la esperanza de sus mayores ventajas, esto es, ó de librarse de la miseria, que actualmente le affige, ó de estar mejor que ántes. El apetito de la independencia cede en este caso al otro primario, mas universal y poderoso, que es el de la propia felicidad, que como ya diximos, se halla en todos nosotros. Pero aun quando en este caso ceda á este otro apetito mas universal, no por eso cesa ó se acaba en el hombre aquel primero; porque al mismo tiempo que se halla el hombre siervo ó súbdito, sacudiria de buena gana el yugo de la servidumbre, y tomaria con gusto la dulce prenda de su libertad, siempre que siendo libre se prometiese aquel bien y felicidad que juzga tener en la servidumbre actual; y tanto mas crecerá en él, y será mas estimable el deseo de la libertad,

tad, quanto con la experiencia vaya conociendo que es un pequeño bien (si no la tiene por infelicidad) el haber sujetado y ligado su voluntad propia á un amo, acaso ingrato, indiscreto é incapaz de dar el menor contento á sus propios criados. No hay amo mejor, ni mas digno de ser bien servido, que nuestro buen Dios, el qual cuida y asiste amorosamente á sus siervos y criados en todas las ocasiones, horas y tiempos; y solamente sirviendo á un tal Señor puede esperarse, y conseguirse la total felicidad; pero los amos entre los hombres, ó no son como los quisieran sus criados, ó si lo son, no lo son siempre, y por siempre.

§. IV.

DEbemos observar, que el mismo Dios, mirando nuestra propia necesidad, ha puesto sobre la tierra superiores, llamados espirituales, para que con su gobierno y trabajo se apliquen á ayudar al Pueblo á ellos encomendado, á fin de que camine por las derechas sendas de la virtud, y pueda conquistar aquella grande é indecible Bienaventuranza, que promete en su Reyno á quien en la carrera breve de esta vida observase fielmente sus Santas Leyes. Además, el mismo Señor aprueba la institucion de las terrenas potestades, y nos manda obedecerlas y honrarlas, porque las ha puesto para el bien y provecho de sus súbditos. Esta es la intencion de Dios, como tambien la de los Pueblos, que estan sujetos, ó á Reyes, ó á Príncipes, ó á Magistrados; y pobres de nosotros, quan infelices seríamos si no hubiese esta subordinacion de entendimientos y voluntades! Sin duda que el mundo sería en breve un emporio de iniquidad, y un pais de prepotencia y confusion. En efecto, siempre que estas potestades, ó espirituales, ó temporales, cumplen honradamente con la intencion amorosa de Dios, y con aquella de quien en la tierra les confia las riendas del gobierno, procurando para sus súbditos aquella felicidad que ellos mismos, aun siendo libres, no sabrian ad-
qui-

quirirse: entónces nuestro apetito, aunque inclinado á la independencía, suele acomodarse de muy buena gana á la sujecion y obediencia, y debe dar gracias por este beneficio á la Bondad Divina. Pero demos el caso que estos superiores falten á su obligacion, y arrebatados de su ciego amor propio, obren no ya como Ministros de Dios, y Procuradores del bien comun, mas únicamente como hombres que solo buscan su propia conveniencia, y no la felicidad pública: entónces convendrá que cada particular se abraze, y arme de paciencia, por no pertenecer, ni tocar á persona alguna privada el romper y mudar las órdenes de Dios, ó del comun. *Principes bonos exoptare: qualescumque tolerare.* El Príncipe, dice un Sabio, *debemos desear que sea bueno; pero de qualquier modo que sea, debemos sufrirle y tolerarle con humilde fidelidad.* Pero al mismo tiempo no podrémos impedir que no saque la cabeza, y se dexé ver aquel deseo natural de no tener sobre sí á quien cuida tan poco del bien público, y hace traicion á la intencion de quien lo ha puesto y constituido, no ya Señor despótico de la vida, hacienda, y voluntad de sus súbditos, sino solamente Ministro, y como un negociante de su felicidad. En suma, el deseo de ser felices y bienaventurados, el qual es principio de todos nuestros movimientos, y el que á nuestro modo de entender se distingue del amor propio, bien que sea una misma cosa con él, este, digo, nos incita á todos á desear la independencía en la misma manera que cada uno de nosotros suspira, y desea con ansia el no tener necesidad de otro hombre. Pero si la necesidad, ó la fuerza, mas poderosas que este apetito, nos obligan á servir y depender de otro, nos sujetamos á ello, ó porque no podemos ménos, ó porque juzgamos que hallamos nuestro bien en la servidumbre y sujecion; pero nunca podrémos conseguir que se desaloje del todo de nuestro corazon el deseo de la libertad, que puso en él la misma naturaleza, y aun sirviendo, y obedeciendo lo conserva.

§. V.

NO basta, pues, á nuestro amor propio el librarse en quanto puede de estar sujeto á otros. Aspira á mas; esto es, á sujetar á otros; y esta es la otra parte que incluye en sí el apetito de la superioridad. No faltarian acaso razones á quien pretendiese defender que no nace con nosotros mismos esta poderosa inclinacion de mandar, y ser señores de otros, sino que dicha inclinacion se va descubriendo poco á poco, y se aumenta y crece por la reflexion y consideracion de las cosas, aprendiendo nosotros fácilmente á conocer, que es mas dulce y gustoso el mandar, que el ser mandado. Como todo esto creo, y tengo por mas seguro el afirmar que este impulso nos viene junto con la naturaleza misma, y que siguiendo los movimientos de ella, cada hombre saca esta inclinacion desde el vientre de su madre, sin maestros que se la enseñen; porque á la verdad, de aquel mismo principio de donde nace el primer objeto de este apetito, que es el de no estar sujeto un hombre á otro, nace tambien necesariamente este segundo de mandar á otros; siendo libre nuestra voluntad, segun las Leyes del Criador de todas las cosas, que formó al hombre de la nada; y aborreciendo y malsufriendo nosotros todo lo que se opone á nuestro querer, é intenta despojarnos de aquella libertad, que es una nobilísima prenda de la naturaleza humana, la qual, ó se disminuye, ó se pierde quando un hombre sirve ó está sujeto á otro hombre: por tanto deseamos siempre conservar intacto este derecho, y no tener sobre nosotros quien nos obligue á sacrificarlo á su propia voluntad y gusto. De la misma manera, reconociendo nosotros sin mucho trabajo, quan fácilmente se cumplen nuestra voluntad y gustos, siempre que otros hombres, obediéndonos prontamente, hagan quanto queremos y les mandamos: por tanto, sin necesidad de maestro, que nos lo enseñe, tenemos dentro de nosotros mismos quien

V. 2

nos

nos mueva é incite á mandar á otros hombres. Junta-se á esta otra razon muy poderosa, y es, que (como luego veremos) el apetito del honor y de la alabanza nace con nosotros mismos. Ahora bien, quando mandamos á otros, y los tenemos obedientes y sujetos, al punto concebimos que somos algo mas que ellos, ni pueden estos darnos señales mas claras de que nos honran y estiman, que quando executan lo que se les manda. Ello es cosa graciosa el ver como aun hasta los niños, si pueden llegar á tener alguna superioridad sobre sus coetáneos, se alegran y se engrien, sintiendo en sí mismos, y gustando aquella dulzura, que trae consigo el exercer la autoridad y dominio sobre los otros; porque naturalmente agrada á todos el hacer de superior ó cabeza, poco ó mucho.

§. VI.

QUanto mas se va creciendo en edad, tanto se háce sentir mas poderoso en el corazón humano este apetito: de manera, que se hallan pocos (sino que sea por una gran virtud, ó por grande insensatez), los quales siendo súbditos no quisiesen mas bien ver que les obedecian los que ahora les mandan, y no exercitasen mas prontamente el gustoso oficio de mandar, que el otro, muchas veces molesto, de obedecer: de donde se infiere, que la naturaleza á mi ver es la maestra, y la que inspira este apetito, el qual es comun á todos los hombres, y se extiende á todos los paises, ni juzgo que alguno necesite de ir á la escuela para aprenderlo; porque todo aquello que con un consentimiento universal se halla en todos los hombres, en todos los tiempos, y en todas las regiones de la tierra, es preciso que nazca de la naturaleza misma. Debemos, no obstante, confesar, que regulando mal la mayor parte de los hombres estas poderosísimas inclinaciones de no ser súbditos, y de dar la ley mandando á otros, nacen y se originan in-

finitos desórdenes, y males morales en el mundo, por los cuales no solamente los particulares, mas tambien los Pueblos, y Reynos enteros quedan muchas veces envueltos en miserias increíbles, de tal manera, que acaso ninguno de los apetitos humanos, segun nos lo enseña la experiencia, se hallará mas pernicioso y mas fecundo de desgracias que este. Y pluguiera Dios que no lo experimentase en esta era la mayor parte de la Europa, descompuesta é inquieta por tantas guerras, cuya memoria despierta la melancolía en quien solamente oye el rumor, quanto mas en quien padece tanta calamidad.

CAPÍTULO XVI.

Del apetito del placer, de lo verdadero, y de lo hermoso.

§. I.

DExamos ya dicho que el placer es el distintivo del bien, ó por lo ménos una de sus mas principales propiedades: por lo que, habiendo ya tratado del bien, parece que no deberiamos tratar ahora del placer; con todo, usándose en los idiomas que conocemos estos términos distintos, pareciéndonos que representan ideas de diversos objetos, y que entre ellos se encuentra aquella diversidad, y diferencia que hay entre los efectos y las causas; por tanto, séame lícito el hablar de ellos con distincion. Ni es necesario el acordarnos aquí segunda vez, que nosotros por instinto de la naturaleza apetece-
mos continuamente lo que nos da placer y gusto; pero si debemos repetir que los placeres son de dos maneras, unos del cuerpo, y otros del alma. Por placeres del cuerpo entendemos aquellos deleytes que se producen en nosotros por medio de los sentidos, esto es, del gusto, del tacto, de la vista, del odio y del olfato; y por placeres del alma ó espirituales entendemos aque-
llos

llos que despiertan en nosotros la reflexion y consideracion de tres nobilísimas fachadas ó perspectivas, que pueden presentarse á nuestro entendimiento y voluntad, esto es, de lo verdadero, de lo bueno, y de lo hermoso. Los ménos advertidos, y poco doctos no entenderán acaso lo que quiero decir en estas últimas palabras; pero si me acompañan, verán que por la experiencia saben ellos, y prueban lo que he propuesto, siendo su maestra la misma naturaleza.

§. II.

EN quanto á los placeres ó deleytes corporales, aunque les demos este nombre, con todo, es cosa cierta que son placeres ó deleytes del alma; y en tanto se llaman corpóreos, en quanto el cuerpo experimenta su movimiento; pero el sentir la delectacion que ocasionan, propiamente pertenece al alma. Este gusto, como tambien el disgusto, puede causarse en el alma sin que el entendimiento discorra y reflexione sobre estas cosas poco ni mucho. Así como la leche da gusto y placer al infante sin que él sepa el por qué, ó la causa de este deleyte, y al contrario, un licor amargo le causaria disgusto: del mismo modo, á todo hombre le deleyta y agrada este determinado licor, y este determinado manjar; y por el contrario le son desagradables los otros. Esta sensacion agradable ó despreciable trae su origen de las leyes de la naturaleza, y de la composicion ó configuracion de los cuerpos, y de los nervios de nuestra lengua y paladar, y aun el mas ignorante puede, y sabe decir con presteza: esto me agrada ó desagrada. Esta misma naturaleza, sin que ninguno la enseñe, mueve de una parte la voluntad, ó sea el apetito, ácia todas aquellas cosas sensibles en que halla gusto ó deleyte; y de la otra parte despierta en nosotros un apetito contrario para huir aquellos objetos sensibles, que nos son disgustosos ó desagradables. Un hombre criado en un

bosque, no habrá aprendido de la naturaleza el apetecer ó desear, sino es solamente aquello que puede deleytarle y causarle placer; siendo semejante en esto á los demás hombres, que se crían en poblado. Si le preguntáis la causa ó razon de este su gusto y placer, solamente responderá, que aquella cosa le agrada, y por tanto la apetece y la busca. Hay otros objetos sensitivos, que causan placer ó disgusto, porque á la relacion de los sentidos se une algun discurso del entendimiento, como sucede en ver un Palacio, un jardín ó un animal, en el escuchar un concierto ó desconcierto de instrumentos músicos, y otras cosas semejantes, que pueden muy bien deleytar ó desagradar luego que las percibe la fantasía por medio de los sentidos; pero muchas veces agradan ó desagradan verdaderamente, porque el entendimiento, aunque sea muy endeble, descubre en estos objetos algun órden ó desórden. Finalmente hay otros objetos, cuya imágen trasladada á la fantasía por los sentidos, no es capaz por sí misma de mover el alma á dolor ó alegría. Mas porque el entendimiento reflexionando sobre ella descubre la verdad ó la falsedad, las causas y los efectos, la bondad ó la malicia, el órden ó desórden; y finalmente aquellas relaciones que tienen con nosotros, y con nuestras cosas: por tanto pueden producir delectacion ó molestia, y mover sucesivamente nuestro apetito para desearlas, ó para huirlas.

§. III.

ENseñados, pues, y asegurados por la experiencia, aun desde la cuna, que con el comer y el beber va unida alguna delectacion, y que el estar mucho tiempo sin comida, ni bebida causa dolor y molestia, por haber regulado Dios así el cuerpo humano, para que tuviésemos cuidado de fortificarlo, y no nos olvidásemos de su conservacion por un mero descuido; ved aquí, que por un oculto impulso de la naturaleza, la qual nos mue-

ve,

ve él incita á procurar el placer do quiera que se halle, ó pueda hallarse, nace en nosotros el apetito comun de comer y beber. Pretende el Loke, Autor famoso Ingles, pero pernicioso, en su tratado del *Entendimiento*, que no es el bien el que determina la voluntad á querer ó desear algun objeto; pero sí el que él llama *unea siness*, palabra que corresponde en nuestro castellano á *inquietud*, *descontentamiento* ó *incomodidad*; porque dice el citado Autor, el sentir el alma la falta de la tranquilidad, es la causa de que ella forme aquel acto de deseo ó gana de aquel objeto mismo. Este es, dice, el grano y peso que hace mover las balanzas del alma, las cuales sin este grano continuarian en estarse quietas y en equilibrio. Así discurre este sutil Filósofo. Y sin duda es verdad, que alguna vez la inquietud ó incomodidad son las que determinan á nuestra alma; pero que esto suceda siempre, ni puede sostenerse, ni jamas se nos podrá persuadir. Muchas veces la inquietud y descontentamiento nacen del deseo, y no al contrario. Fuera de que cada uno puede probar en sí mismo, que de quantas cosas quiere y desea, muchas estan en la eleccion de su voluntad, sin que su alma pruebe ó guste descontentamiento ó inquietud alguna, que en su interior le cause molestia. Basta muchas veces la reflexion sola de que lo pide así nuestra necesidad ú obligacion: basta el descubrir que aquel objeto ó aquella accion sea un bien para nosotros, y que pueda causarnos placer, y que á este conocimiento se junte alguna esperanza ó facilidad de lograrlo. Basta, digo, todo esto, sin que el alma necesite de otro muelle ó impulso para determinarse á quererlo y desearlo; y con toda tranquilidad y reposo elegirá por la sola determinacion de su libre alvedrío, una de las muchas cosas que se le proponen al mismo tiempo. El que en el frio tiempo del invierno se levanta de la cama caliente para ir á la escuela, ó para hacer otros negocios de su casa, no siente gusto, y alegría ordinariamente; ántes al contrario suele sentir

tir disgusto; y no es este ciertamente el que le determina, y hace que se levante; ántes bien este disgusto le aconseja, y persuade que se esté quieto en aquel sitio caliente; pero la reflexion de que los superiores lo mandan, que así lo pide la necesidad de la casa, ú otro motivo semejante, es la causa de que el alma mande al cuerpo, que se levante, y dexé aquel sitio; y lo mismo puede decirse de otras mil acciones. Donde domina la pasion, suele ser el disgusto la causa motriz; pero la razon sola es suficiente para movernos, sin que en nuestro interior haya alguna inquietud. ¿Y por qué no será impulso suficiente el que subministra la facilidad, ó la esperanza de un placer para mover nuestra alma, puesto que la naturaleza misma ha colocado en ella una inclinacion general y perpetua ácia todo aquello que puede causarle gozo y alegría? Pero de esto hablaremos despues.

§. IV.

PAsemos ahora á paises de mayor luz, diciendo que el espíritu y alma del hombre tiene tambien sus placeres y deleytes particulares, los quales no provienen propriamente de los sentidos; pero se originan de la reflexion y consideracion de lo verdadero, de lo bueno, y de lo bello, que se halla en las cosas; y el conocimiento y posesion de estos objetos puede causar en nuestra alma gozo y alegría, algunas veces mayor, mas pura, y mas noble, que la que proviene de los sentidos exteriores. En primer lugar el aprender y saber, ó para decirlo en una palabra, el conocer la verdad, es regularmente un gran bien, porque desmonta, adorna y perfecciona nuestro entendimiento; y desterrando de él la ignorancia, la qual entra en el número de los males, lo hace mas semejante á Dios, que es el que conoce toda verdad, y es la misma verdad en sí; fuera de que del aprender lo verdadero, pueden redundar en el hombre muchísimos bienes, y ventajas muy apreciables; y quan-

to mas oculto estaba esto que llamamos verdadero, ó quanto sea mas útil, tanto mayor gusto siente el alma en su descubrimiento, gozándose al ver que crece el patrimonio y tesoro de sus conocimientos, y que todos pueden serle muy provechosos. La novedad es ciertamente un vigoroso principio para causar en nuestra alma delectacion y maravilla, consistiendo esta en llegar á saber y descubrir lo que ántes se ignoraba. Tambien concurre muchas veces otro placer y gusto, causado de nuestro amor propio, esto es, de ver en nosotros mismos tanta sagacidad é ingenio, que llegamos á conocer y penetrar lo que otros muchos no han conocido, ni penetrando; lo que nos hace parecer mas grandes en nuestros mismos ojos, y mas dignos de estimacion, de lo que nos creiamos, y consiguientemente superiores á todo el resto de los hombres, ó á muchos de ellos. Esta es la causa de que tanto se alegren los Matemáticos y Geómetras, quando desatan algun intrincado problema, ó quando descubren alguna verdad ántes ignorada. Ni hacen menor fiesta, ó celebran ménos los Teólogos, los Históricos, los Filósofos, los Críticos, y todos los demas Literatos, quando despues de un profundo y dilatado estudio ponen en claro las verdaderas razones y causas de las cosas, que ántes no se sabian bien: ó llegán á corregir los errores de otros, ó desatan dificultosos argumentos, ó sacan del pozo de su ingenio y saber otras verdades recónditas ó ignoradas noticias. Esta es la causa de que el hombre, aun sin saber estos principios, tenga por su naturaleza un apetito y deseo innato de aprender y conocer lo verdadero, habiendo Dios formado el entendimiento de esta noble criatura de tal manera, que el distinguir lo verdadero de lo falso, es, digámoslo así, su alimento y su objeto propio; y habiendo formado la voluntad humana de tal conformidad, que ame y desee lo verdadero como bien, aborrece lo falso como mal. Ni esto dexa de ser cierto, aun quando nuestra ignorancia, ó la malicia y corrup-

rupcion de nuestros apetitos nos haga muchas veces aborrecer lo verdadero y amar lo falso: porque así como el hombre jamas aborrece lo verdadero en quanto es verdadero, del mismo modo no desea, ni quiere jamas lo falso como falso, sino solamente quiere sus consecuencias y sus efectos. Conocemos, pues, que la naturaleza misma es el principio, y la maestra de esta secreta inclinacion, si observamos que apenas abren los ojos los infantes recién nacidos, quando comienzan á fixarlos en los objetos con una curiosidad tan atenta, que apenas se sacian, y que esta va siempre creciendo con la edad, y mientras vive el hombre no tiene fin; pues por mas que se busque y se estudie la verdad, aun quedan otras infinitas que aprender, naciendo cada dia otras muchas, por no decir sin número, quales son las que resultan de las cosas contingentes que acaecen sobre la tierra. Ni hay que maravillarnos de que cada dia crezcan en nosotros los deseos de aprender y saber (á lo que podemos llamar curiosidad), ni de que con tanta ansia corramos y sigamos en pos de lo verdadero, porque para esto, y no para lo falso está hecho nuestro entendimiento; porque ninguno desea engañarse, ni ser engañado, enseñándonos no ménos la naturaleza, que la experiencia, que de lo falso y del error, ó del engañarse ó ser engañado, pueden provenir infinitos males á las dos substancias de que somos compuestos. Si alguna vez deseamos conocer lo que es falso, lo hacemos solamente con el fin de guardarnos de ello, y de no ser engañados. Y si las fábulas nos deleytan, nace este placer de lo maravilloso que en ellas se halla, ó de la moralidad que encierran, ó de la semejanza que tienen con la verdad; pero nunca es su falsedad la que nos causa este placer.

POR la misma razon dexamos dicho que apetecemos el bien ó lo bueno, que es el objeto secundario del

entendimiento humano. Del entendimiento, digo, pues aunque se nos enseñe que el bien, ó lo bueno es el objeto y término de la voluntad, como lo verdadero, ó la verdad lo es del entendimiento; con todo, debe admitirse por cierto, que siendo la verdad un bien, es por consiguiente lo verdadero objeto de la voluntad, no obstante que esta no quiera lo uno, ni lo otro, si primero no lo aprueba y propone el entendimiento, á quien pertenece este oficio, y que tiene gusto en exercitarlo. Por lo que toca al tercero y universal objeto de nuestro entendimiento, que es la belleza, ó lo bello y hermoso, debo advertir, que tambien ácia esto tenemos un apetito continuo, y una inclinacion innata. Por un natural instinto amamos la belleza de los cuerpos animados, sin saber por que los amamos. Preguntado Aristóteles en una ocasion ¿por qué motivo gustamos de conversar con gente de bello rostro y aspecto, y principalmente con la de diverso sexô? Respondió con prontitud y agudeza, *que solamente un ciego podria hacer semejante pregunta.* No me meteré en definir por ahora lo bello ó la belleza, rezelándome de no poder dar una definicion adecuada, que abrace, y haga comprehender, ó formar una verdadera idea de todo aquello á que puede apropiarse la belleza, ó lo que se concibe con este nombre. Ni los antiguos Filósofos, ni Juan Bautista Manso, que en su tratado de la Erocalia trató difusamente esta materia, nos han dicho cosa, en mi dictámen, que nos satisfaga y quiete. Ultimamente ha tratado este argumento con mayor exáctitud Monsieur de Crousaz, enseñando que la belleza consiste en *la variedad, reducida á la unidad.* Si este Autor ha desempeñado el asunto, dexo que lo juzguen otros. Lo que es cierto por consentimiento comun de todos en esta materia, es que la belleza se halla y puede hallarse en infinitos objetos, tanto corporales, como espirituales. La magestuosa grandeza ó magnitud, la proporción de las partes, un movimiento gracioso y bien ordenado, un color vivo y deli-

cado, y principalmente si esta bien repartido; la suavidad y armonia de la voz, el resplandor, la delicadeza del trabajo (bien sea efecto del arte, ó de la naturaleza), la variedad, la novedad de las cosas, y otras muchas configuraciones y qualidades, que se hallan en los entes corpóreos, que caen baxo la esfera y jurisdiccion de los sentidos de la vista y oido: todas estas cosas unidas y combinadas, dan motivo mas ó ménos poderoso para que atribuyamos la belleza, y llamemos bellos á muchos objetos. De este modo, todo aquello que en sí tiene grandeza, novedad, delicadeza y manifiesta energía, agudeza y claridad de ingenio en algun otro sugeto, y que nos lisongeamos de tener parte en algo de ello, y aquello que nos hace ver en las producciones intelectuales de alguno brillantez, donosura, magisterio, con otras semejantes qualidades; todo esto, digo, podrá merecerles el título de bello. Lo que no puede dudarse es, que en la belleza ha de haber orden, pues en el orden consiste; y quanto mas orden se halle en las cosas, tanto serán mas bellas. Todo lo que es bello puede causarnos alguna delectacion; porque ó se nos representa como bien, ó por lo ménos trae algun sobrescrito de bondad; esto es, tiene algun precio y estimacion, ó en la línea natural ó en la moral; y por esta razon, llamamos bello á lo verdadero y á lo bueno; pues si lo que es bello nos causa gusto y deleyte, conocemos que al punto nace en nosotros un cierto impulso y movimiento ácia tales objetos, que no es otra cosa que un apetito, ó de desearlos ó de poseerlos, el qual es mas ó ménos impetuoso, á medida de la esperanza y facilidad de lograr su posesion. Al contrario, aborrecemos naturalmente todo aquello que se nos presenta con la librea de la fealdad; porque esta consiste en algun desorden, y este desorden lo consideramos como un mal, ó como una falta del bien; y si con todo esto alguna vez elegimos y amamos cosas deformes y feas, no es ciertamente porque nuestro apetito las busque,

que, y deseé como tales, sino porque en ellas encuentran alguna qualidad, ó algun principio de donde pueda esperar algun bien, y causar en nosotros alguna felicidad, deleyte ó placer: y esto baste por ahora sobre esta materia.

CAPÍTULO XVII.

Del apetito de la propia estimacion y alabanza.

§. I

NO se puede dudar ser el hombre una admirable hechura de las manos de Dios; pero tan adornada de preciosas qualidades, que al punto se dexa conocer por la criatura mas noble y privilegiada de quantas se ven sobre la tierra. No hay necesidad de preguntar ó inquirir si el hombre mismo cree, y está persuadido de esta verdad. No hay hombre alguno que no tenga dentro de sí un eloquente maestro, que le está enseñando esto mismo. Sea ignorante ó docto, sea de tardo ó delicado ingenio, cada uno se estima en mucho, y se persuade que no debe ceder en mérito, talento é ingenio á ningun otro. De aquí nace que *entre todos los oficios es el mas fácil el de aconsejar á otros*; porque la enfermedad de creerse cada uno gran cabeza, es entre los hombres muy contagiosa; bien que nos diga Meser Francisco Petrarca, y ántes nos lo dixo el Espiritu Santo, que el número de los necios es infinito. Hablando aquí del hombre, todos saben, que intento comprehender tambien á las mugeres: ni debe preguntarse si estas tienen estimacion de sí mismas; porque seria lo mismo que preguntar si el fuego produce frio ó calor: ni tampoco digo solamente que el hombre se estime á sí mismo como hombre; esto es, como superior en su género á las criaturas irracionales, que habitan este globo terráqueo, por-

que el hombre no piensa en esto, y quando piense, no le parece que es un privilegio singular el que es comun á tantos millones de hombres, que habitan en la tierra. La estimacion propia toda la dirige el hombre á su persona misma, en la qual le parece que encuentra tantas preciosidades y perfecciones, que puede competir y aun superar á quantos se le pongan delante; por lo que suele decirse con razon: *que no hay asno tan ruin, que no le parezca poder competir con el mejor caballo del Rey.* Todo es en nosotros un efecto natural de los continuos impulsos de nuestro amor propio; porque todo lo que se ama mucho, se aprecia y estima de la misma manera.

NO se satisface con esto nuestra alma; porque de una prevención semejante nace despues naturalmente un fuerte deseo de que nos estimen otros, que es lo que se llama *apetito de nuestra propia estimacion*, y el desear que estos mismos testifiquen en los casos ocurrentes, y aprueben con palabras y con hechos el juicio favorable, que hacen de nuestras qualidades y de nuestras obras, que es lo que se llama *apetito de alabanza*. No hay persona tan insensata é ignorante, que no sienta en sí por un secreto impulso de la naturaleza estos apetitos de estimacion y alabanza propia. A todos nos es un manjar dulce el que los otros nos estimen en mucho, persuadiéndonos al mismo tiempo que reconocen en nosotros excelentes dones y raras prerogativas naturales, como son el ingenio, la memoria, belleza, juicio, vivacidad de espíritu, agudeza de entendimiento, agilidad de miembros, y otros semejantes dones, que ó sacamos del vientre de nuestras madres, ó hemos adquirido con el estudio y trabajo. Apetecemos igualmente, y aun mucho mas en ciertas ocasiones el que nos tengan por hombres rectos en la justicia, magnánimos, fuertes, esforzados, hombres que

que mantienen su palabra, verdaderos amigos; y para decirlo de una vez por virtuosos. De la misma manera desean muchos con ansia el ser tenidos por doctos, nobles y ricos. Finalmente, no hay música mas agradable, ni armoniosa á nuestros oídos, que el escuchar los villancicos de nuestras alabanzas; y aunque muchas veces hagamos el papel de desdeñosos, con todo, no nos desagradada el oír esta melodía, con tal que la acompañe algún gracejo, aunque sea delante de nosotros mismos. Para certificarnos con mayor claridad, que este apetito no nos viene de otro maestro que de la naturaleza misma, que es la que nos lo enseña, repárese con atención á los niños, aun en su mas tierna edad. Apenas despuntan y se dexan ver en ellos aquellos primeros rayos, de la razón y la inteligencia, quando al escuchar sus propias alabanzas se alegran y regocijan, probando gusto y deleite al ver incensadas sus acciones, y apreciadas sus personas y sus cosuelas: de manera, que sus propios padres, que saben bien usar de esta moneda muchas veces, compran con ella el ánimo de sus hijos, enderezándolos y encaminándolos ácia las acciones virtuosas, inspirando en ellos horror y desprecio á las que son malas, si acaso ellos no son insensatos, ó de una índole perversa, y no tienen un contra maestro, que les dé lecciones en todo distintas y mas poderosas. *A los caballos freno y espuela: á los muchachos vergüenza y alabanza.*

§. III.

AL apetito de la propia estimacion y alabanza se sigue un poderoso aborrecimiento al desprecio y vituperio, que hagan otros, ó de nuestras personas, ó de nuestras cosas, con obras ó con palabras, y nos será tanto mas sensible, quanto nos parezca que somos despreciados y tenidos en poco injustamente. Los mismos niños (repítote segunda vez) con todo que son tan inocentes y simples, nos hacen observar que se resienten

á las injurias y ultrages, juzgando ellos, qué si es un bien, y por tanto cosa apetecible, el ser estimados, tambien es un mal, que se debe huir, el ser despreciados y tenidos en poco; y es tanto mas delicado el hombre en esta parte, quanto mas va creciendo en edad, sin que para aprender esto tenga necesidad de maestro alguno. Es cosa de hecho, que aquello que nosotros llamamos *buen fama*, *buen concepto*, *reputacion* y *estima*, no es un nombre vano, ni un ídolo falso, á quien sin razon veneramos y amamos. Entra esto tambien en el catálogo de los bienes substanciales, y que puede contribuir no poco á nuestra felicidad; esto es, al universal objeto de los deseos humanos; no directamente por sí mismo, sino por sus efectos; porque de esto puede ordinariamente un hombre sacar utilidad, comodidad, conveniencia y placer de otros hombres, quando por sus dones y virtudes lo aprecien como deben; y puede resultarle daño y disgusto quando sea despreciado por sus vicios y defectos. Así de este modo los diamantes y las perlas, y otras piedras preciosas, valen poco por sí mismas, despues que el cristal, y otras pastas artificiosas pueden suplir su falta; pero con todo tienen estimacion, porque por un consentimiento comun de los hombres, se pueden conseguir con ellas otros muchos bienes y comodidades. Quanto, pues, deba apreciarse *este buen nombre*, ó *buen fama*, nos lo avisa la Sabiduría Divina; y entre los Autores profanos, basta solamente acordarse de aquello que dexó escrito Publio Mimo, quando dixo: *Bene audiri alterum patrimonium est*: el tener buen concepto es un segundo patrimonio. Ni la alabanza nos es tan gustosa por otra parte, sino es por la que tiene de confirmar en nosotros la opinion que tenemos (tal vez con razon, y tal vez sin ella) de poseer prerogativas y bienes, y de consiguiente el ser felices, y no ser desgraciados: y por tanto debe considerarse como cosa preciosa esta gloria, con cuyo nombre significamos la estimacion que hace el público de alguna persona,

y la alabanza que le tributan, no algunos pocos particulares, sino todo el comun, y qualquiera que conoce á una tal persona por su mérito y laudable distincion. Algunos, y principalmente el que acaso no llegará jamas á conseguirla, podrán decir que la gloria es un humo, un viento, una sombra vana. La verdad es con todo eso, que el *amor de la gloria*, ó sea la inclinacion de distinguirse de los demas, de elevarse y de adquirir una estimacion universal, nos es dada por el Sapiéntísimo Autor de la Naturaleza, que se sirve de esto tambien para incitarnos y estimularnos á la virtud, para hacernos aprender las artes y ciencias, y sufrir las fatigas que ocurren en aprenderlas, sin las cuales ninguno llegará á conseguir esta gloria, y para defendernos al mismo tiempo y apartarnos de la vileza, de la pereza y desidia, y de las otras operaciones perversas; y aunque á algunos les parezca defectuoso el ardor y deseo de esta gloria, no se debe con todo hacerlos que pierdan el ánimo, ni desacreditar este deseo, porque produce buenos efectos, y lleva al hombre á las acciones nobles y generosas. Aun quando le faltase la perfeccion en su principio (lo que yo no concedo), serán no obstante sus consequencias útiles y buenas al público, ni jamas se espere conseguir gloria por medio de acciones viciosas y malas. Una gloria que se funda solamente sobre riquezas, títulos, dignidades, nacimiento, &c. esta es la que debe llamarse *sombra vana*; pues el menor viento la desvanece y disipa; pero el procurarse por medio de un justo mérito, esto es, por la virtud, una gloria de por vida, no es otra cosa que plantar un árbol capaz de producir frutos permanentes y utilísimos para la misma vida, experimentándose que el concepto universal y ventajoso en que consiste la gloria de un Príncipe, de un General de Armada, de un Literato, de un hombre de bien y sabio, de un excelente y raro Artífice, les rinde á proporcion, ó por lo ménos debe rendirles, durante su vida, considerables,

bles y ventajosos placeres dentro, y aun fuera de sus Países.

§. IV.

DE aquí se infiere fácilmente, que este apetito de gloria va buscando, y tiene por fin alguno de aquellos bienes que forman la felicidad, que, como hemos dicho, es el blanco y término de los deseos humanos: infiérese tambien, que es natural en nosotros la aversion á todo vituperio, y á qualquiera obra, ó palabra, que manifieste desprecio ácia nosotros. Por esto sin duda, siendo las injurias de obras ó de palabras, el medio con que un hombre manifiesta el mal concepto en que justa ó injustamente tiene á otro hombre, nos resentimos tan fuertemente á estas injurias, prorumpiendo en ira y en espíritu de venganza, sino es que con la paciencia y prudencia contengamos y disipemos la tempestad que amenaza. Será, y es siempre bueno para nosotros el seguir los impulsos de la naturaleza, que es la que produce este apetito de gloria. La naturaleza misma, ó bien el Artífice Supremo, nos lo ha estampado en el corazon, á fin de que nos mueva y excite á obrar cosas dignas solamente de quien está dotado de razon, y á seguir el camino derecho de la virtud: no hay otro camino en la realidad mas derecho y seguro para conseguir verdadera alabanza y permanente gloria. Conviene en esto todos los Pueblos del mundo (no hablo de los bárbaros), en que la comun estimacion está destinada; y se le debe al que obra virtuosamente, y al que nivela su vida por las máximas de los sabios, y principalmente del Santo Evangelio; y al contrario estar reservada la universal abominacion para el que obra mal, y mas quando inconsiderado se abandona á todos los vicios. Conviene aquí distinguir la gloria que puede provenir de las rectas operaciones y buenas costumbres, de aquella otra, que puede nacer de la literatura, y de las ciencias y artes. Será acaso algun sugeto famoso por

por su saber, y principalmente por las producciones de su ingenio, con tal que sean estas útiles al público, con tal que su sabiduría sirva para el prudente y sabio arreglo, y gobierno de la república, ó por lo ménos sirva á la honesta delectacion de los demas hombres. Ciertamente que merece alabanza qualquiera que sea, y debe gozar un buen puesto en la estimacion de todos, ó á lo ménos de los sabios; y se tendrá por ciego, por ingrato ó envidioso, el que con la estimacion y aprecio debido no sepa distinguir estos bienhechores de la república, de tantos ociosos é inútiles como viven y pasean sobre la tierra. En este catálogo comprehendo yo al Teólogo, ó Maestro en Divinidad (como pomposamente los llamaban nuestros antiguos), al Legista, al Médico, al Cirujano, al Filósofo natural, al Matemático, y á otros que se exercitan en las menores artes y ciencias; cada uno de estos á proporcion de su sabiduría, de su profesion y fuerzas, puede merecer alabanzas, y llevar su nombre hasta la posteridad: pero resta preguntar si con tanto saber han aprendido estos, y profesan con las obras de sabiduría verdadera; esto es, el amor y la práctica de las virtudes morales, y la rectitud en sus acciones y costumbres. Quando por desgracia les faltase esta prenda, que es la primera y más esencial del hombre, no tengan á mal el que los llamen ignorantes. Tanto saber, y no saber vivir como hombre, ¿no merece por ventura el título de una ignorancia crasa y manifiesta? La verdadera alabanza de una criatura racional es aquella que resulta de obrar segun la razon. Los otros estudios pueden servir al hombre de ornamento; pero este le es necesario. Aun diré mas: separada la literatura de la sabiduría y de la virtud, puede cambiarse en un instrumento de infamia y de comun vituperio. Porque (y lo digo sin escrúpulo) un Letrado sin el temor de Dios, un Médico, y aun mucho peor, un Teólogo de voluntad corrompida y perversa, un Conquistador ó Capitan de Armada, sin ciencia, ni cien-

ciencia, y así á proporcion de los Profesores de otras facultades, pueden con poco llegar á ser la peste del mundo. Serán sugetos muy nombrados, pero mas por su iniquidad, que por sus victorias y por su saber. Por tanto hace una gran traicion á Dios y á la República, y aun á sí propio, aquel que dotado de un feliz ingenio, y adornado de ciencias y facultades, las hace servir solamente para apagar sus concupiscencias y pasiones.

§. V.

POR el contrario, el sabio que camina á la perfeccion, no desea, ni espera alabanzas de los hombres por su bien obrar, ni por alguna otra cosa por mas relevante y grandiosa que haya hecho en favor y provecho de la República; ántes bien huye de todo esto; y si no obstante se siguen y vienen estas alabanzas, reconoce con un buen corazon, que la gloria que resulta de sus buenas acciones, debe darse á Dios, y no á los hombres. Es tambien sabio, aunque de un grado inferior, el que no busca alabanza de sus buenas obras; pero si esta naturalmente se sigue de ellas, no la desprecia; ántes bien se alegra honestamente. Las acciones virtuosas del christiano, hechas con el fin de agradar á los hombres, de estos, y no de Dios deben esperar la recompensa; pero quien desea el premio de la mano de este Señor, debe obrar solamente con el fin de agradarle. Así nos lo enseña la Divina Sabiduría; y conviene estar sobreaviso para que este engañoso y terreno deseo no robe aquel mérito, que los buenos únicamente quisieran hacer para con Dios. Prescindiendo yo ahora de las máximas del Santo Evangelio, considero aquí la alabanza y la gloria solamente como un bien temporal, que no es ilícito el desearlo, ni pecado alguno el conseguirlo, con tal que no se desee como único fin, sino como justo premio y testimonio de la virtud; y así como el honesto apetito de la hacienda, que es otro bien tem-
po-

poral, no debe ponerse entre los vicios, y puede llegar á ser virtud, y virtud grata al Altísimo por el buen fin que se propone en conseguirla, y por el buen uso que se hace de ella, así podrá convertirse en virtud esta alabanza. Entónces sucederá esto, quando el hombre desee que sean alabadas las bellas obras, con el fin de que otros se enamoren y deseen hacer otro tanto con utilidad de la república, y con intencion de dexar á la posteridad vivos exemplos de ingenio y virtud. Como quiera que sea, admitamos solamente por virtud civil entre otras, el hacer cosas virtuosas ó ingeniosas por deseo y esperanza de gloria entre los hombres, y sentemos que esta gloria y alabanza es solamente un bien temporal lícito, sin salir de esta esfera; con todo deberémos confesar, que todos aquellos que hacen cosas laudables y útiles al público, merecen en la república un buen concepto; y que siendo el crédito, la alabanza y la estimacion para el que vive un bien no quimérico, ántes bien substancial; porque ordinariamente es causa de otros bienes, por tanto, será gran prudencia y buen consejo el procurar y desear conseguir este bien en la política sociedad; y plugiese á Dios que en vez de tantos como hay en ella, que con dinero en mano, para explicarme así, se compran el menosprecio y vituperio, disipando su propia reputacion, y muchas veces la de sus familias enteras con sus obras viciosas; en vez de estos, decia, abundasen en la república los zelosos amantes de la verdadera gloria, y de las justas alabanzas. Conociendo muy bien quanto interesa el público animando y excitando al hombre para que siga el recto camino de la virtud con el premio de la alabanza y la gloria, destinó la prudencia Griega y Romana en los antiguos siglos á estos virtuosos, diversos triunfos, oraciones, coronas, inscripciones, estatuas y otros muchos premios. Lo mismo ha hecho y hace la Santa Iglesia de una manera mas laudable y segura, repartiendo á los heroes de las virtudes christianas, inmortales y su-

blines honras; pero solamente despues que han pasado de esta mortal vida; esto es, en aquel tiempo en que este incienso no puede ser tentacion para ellos, y solo excita á que practiquen aquellas virtudes los que despues de ellos viven sobre la tierra.

CAPÍTULO XVIII.

Del apetito de la hacienda.

§. I.

Finalmente, el apetito de la hacienda es poderosísimo y comun al hombre. Habiéndonos dado á todos la naturaleza un apetito inalterable de la propia conservacion, no podrémos conseguir esta, quando nos faltan los medios para conseguirla; esto es, faltaria muy presto la vida á este nuestro individuo, si careciesemos de la comida y bebida necesaria para sustentar el cuerpo, y de vestidos para defendernos del frio, de casas, u otros reparos para librarnos de las fieras, defendernos de las lluvias, de las granizadas, y otros insultos semejantes, y aun de las insidias de los otros hombres. Por tanto de este primer apetito nace naturalmente el otro de poseer aquellos medios é instrumentos que necesitamos para defendernos y conservarnos. Nos ha dado la misma naturaleza aquel poderoso y universal apetito de nuestra felicidad, que es un deseo que abraza y contiene en sí otros infinitos, al qual miéntras vivamos en la tierra, falta y faltará siempre alguna cosa, aun despues que tengamos muchísimas, haciéndonos conocer la experiencia, que este apetito jamas dice basta. Y ciertamente no lo dirá hasta que lleguemos á aquel dichoso país de la perfecta Bienaventuranza, que la liberalidad y clemencia de nuestro Dios nos hace esperar y promete en su Reyno, donde le amemos y gocemos por todos los siglos. Este general deseo de ser feliz no sabe contentarse con solo aquello que basta para conservar la

vida; pues aun los miserables, los enfermos y los atribulados viven y se conservan sin que por esto se tengan por felices; por tanto, así como este deseo nos mueve á huir y evitar todos los males, de la misma manera, y con igual fuerza nos incita á desear la posesion de todos los bienes y placeres posibles. Son poco para él las medianas alegrías: busca tambien las delicias, y jamas acaba de pedir lo que le parece á nuestro entendimiento capaz de producir en nosotros, ya pocos, ya muchos grados de esta bienaventuranza y felicidad que apetecemos. Esto supuesto, por pocas luces que tenga un hombre para conocer las cosas del mundo, verá desde luego, que el ser rico, esto es, el poseer mucha hacienda, podria ser un medio eficaz para lograr tambien todos los bienes y placeres, que puede dar de sí este mundo, aunque miserable; y por tanto va suspirando con ansia continua por la posesion de la hacienda, porque se persuade tener con ella la llave de la felicidad tan deseada.

§. II.

DE tres maneras es la hacienda: la primera nos viene principalmente de la naturaleza misma: la segunda de las artes humanas: la tercera de una determinacion concorde de los hombres mismos. En la primera se comprehenden los campos fértiles, los árboles fructíferos, los ganados y otros muchos objetos, qualquiera de los quales, mediante la industria del hombre mismo, puede suministrar las cosas necesarias, útiles ó deleytables; esto es, proveerlos de comida, de bebida, vestidos, medicinas, albergues y aun delicias. En la segunda entran las manufacturas, y todas las producciones ingeniosas, que son efecto del estudio y de la fatiga humana, y que sirven al adorno, á las comodidades, y á los gustos de los vivientes. Finalmente, la tercera se constituye por el dinero ó la moneda, habiéndose acordado los hombres entre sí para dar al oro y á la plata un valor que
no

no tienen en sí mismos estos metales; pues por su naturaleza no son capaces de hacer feliz nuestra vida. Han querido los hombres de comun acuerdo, que estos metales, como cosas mas durables y fáciles de conservarse y llevarse de una parte á otra, valgan lo mismo que las otras dos especies de hacienda; de manera, que el oro es pan, el oro es vestido; y ordinariamente es casi todo aquello que la naturaleza y el arte pueden dar de sí para el sustento, comodidad y placeres del hombre. No es necesario mucho trabajo para llegar á entender cuánto pueden contribuir estas tres especies de hacienda, y servir de instrumento, no solamente á la manutencion del hombre, mas tambien para procurarle y adquirirle gran copia de otros bienes y placeres. Aprenden brevemente esta lección aun los tiernos infantes, en cuyo corazon se advierte el deseo de tener, y el estudio de conservar. Esto va siempre aumentándose quanto mas el hombre va entrando con el conocimiento en la escuela del mundo, advirtiendo las necesidades, y discerniendo los varios placeres y comodidades, ó verdaderos ó soñados; porque para conseguirlos todos, se imagina que puede ser muy conducente el tener mucha hacienda.

§. III.

Debemos, pues, figurarnos, que este mundo no es otra cosa que una continua feria, donde una gran parte de los mortales, por no decir todos, estudian y se quiebran la cabeza para lograr la hacienda, ó para acrecentarla, ó por lo ménos para conservar la que ya tienen adquirida. Nos parece que solo el artesano y mercader son los que buscan con ansia el dinero y la hacienda; pero esto mismo hacen el Médico, el Legista, el Militar, el Marinero, y otros muchos, que con igual fin aspiran á las dignidades y empleos mayores. Los caminos que llevan unos y otros ciertamente no son los mismos; pero por lo comun es el mismo el fin,

y el término. A los grandes deseos del interes juntan muchos tambien los de la gloria, y los del mando, y entónçes es mas ardiente, y vigoroso este deseo. Pero si los gobiernos, ó los mandos no fructificasen hacienda, no serian tantos los concurrentes á estos empleos. El deseo, y la esperanza de la ganancia, dan mayores impulsos al apetito de lograrlos; porque quien tiene hacienda, ordinariamente tiene mando, si quiere. Quán aguda y penetrante sea la espuela de este apetito, lo vemos cada día, observando las increíbles y continuadas fatigas, y desvelos de los hombres, y quanto toleran, y devoran los que desean enriquecerse. No quiero aquí feprobar este apetito, porque procediendo de nuestra naturaleza, no puede ser vicioso en sí mismo; fuera de que tiene un buen pasaporte en las leyes que baxaron del Cielo. Ciertamente no es vicio alguno el procurar tener hacienda, ó el aumentarla; ántes bien puede ser esto una virtud civil. Deberia desearse en toda república bien ordenada, que abundase en sus ciudadanos aquella industria que se dirige á aumentar su propia riqueza; porque la opulencia de los particulares viene á ser tambien riqueza del comun: que anduviesen á porfia los amos y los criados en el amor y cuidado de cultivar los campos: que muchos se aplicasen á la mercancia: que se cultivasen con emulacion las artes ya introducidas, y se introduxesen otras nuevas, para que hallase sustento, y exercicio el pobre y juntamente provecho, y adelantamiento el rico, ó el acomodado: que se pusiese freno al luxo, y á otros devoradores de la substancia y hacienda, tanto del alto, como del baxo pueblo, de donde se originan tantos desconciertos así en los nobles pobres, como en los plebeyos mendicantes. Es señal de una república rica, de juicio y buen gobierno el serlo tambien de substancia y hacienda; y dexando aparte otras muchas reflexiones, advertimos solamente la extravagancia de tres especies de personas. Las primeras son aquellas que juzgándose iguales con otras qualesquie-

ra, desean con ansia el tener hacienda; pero sin querer dar un paso para adquirirla. Esperan, acaso, que el mismo Júpiter voluntariamente liberal se la meta en su casa, haciéndola caer de las nubes: para que sin trabajo la gocen: araganes, y enemigos de todo trabajo, se entregan al ocio, y al pasatiempo; y si algo trabajan, es solamente lo que basta para pasar aquel día, ó ponen todas sus esperanzas en las rentas de sus tierras, que aun corriendo felizmente, apénas bastan para mantener su familia. Hállanse Pueblos enteros, en que no es corto el número de estos perezosos. La segunda especie es de aquéllos, que despreciando la hacienda por un motivo superior, y mas noble, abrazan la pobreza voluntariamente con el fin de hallarse mas desembarazados para lograr aquellos tesoros en que los ladrones no tienen jurisdiccion, y que durarán por toda la eternidad; pero despues de este generoso sacrificio, y santo propósito se dexan llevar insensiblemente del deseo de las riquezas temporales, y no ménos que los mismos seglares las buscan, y las guardan con mucha diligencia. La tercera especie de personas (y esta es la mas numerosa y comun), se reduce á aquéllos, que aun quando confiesan que sienten en su corazon un vehemente deseo, una inquietud ansiosa de tener hacienda, hacen no obstante, todo quanto pueden para desperdiciár, y abandonar aquella que actualmente gozan. Estan muy vigilantes para que no roben su casa los ladrones, y no advierten que hay otros ladrones, á quienes ellos aman entrañablemente, que saquean sus escritorios y barren sus graneros, llevándose aun los bienes estables, y el patrimonio que les dexaron sus mayores.

SEGUIDILLA.

Si recelas te roben,
si vas al monte,
advierte que en tu casa
andan ladrones.

Mira el peligro, que el ladrón, y el dinero está en tí mismo.

¿Faltán por ventura en el mundo modos y maneras de chupar toda la sangre á las bolsas de los pobres mortales? Antes bien demasiado abundan, unas violentas, y otras dulces, y apetecidas. Por lo que toca á las primeras, acaso no hay modo de huirlas, y mas es desgracia, que culpa el padecerlas. Mas por lo que pertenece á las segundas, hay muchos imprudentes é incautos, que á ojos vistas se dexan despojar por estos amados ladrones, y asesinos. Tales son de hecho el luxo, la cocina, que humea demasiado, el juego, las hosterías, y tabernas, la luxuria desenfrenada, y otros muchos vicios, que son los que verdaderamente saquean las casas, llevando consigo á ellas, no solamente las miserias de la pobreza, mas tambien otras mas vituperables, y feas. Se reirian muchos si alguno gritase *ladrones, ladrones*, sin considerar que los tiene dentro de casa; pero entónces solamente lo conocen estos quando ya no hay tiempo de remediarlo. Del buen uso, y del abuso de este apetito, volvéremos á hablar luego.

CAPÍTULO XIX.

De la Batalla, y de los efectos de los apetitos humanos.

§. I.

Podriamos hablar ahora de otros muchos apetitos del hombre, porque su progenie, y extension es prodigiosamente grande, bien que todos pueden reducirse á aquel primario; esto es, á nuestro amor propio, ó al deseo de nuestra felicidad. Pero despues de haber aquí puesto por su orden los principales, dexaré á cada uno que por si mismo reconozca otros muchos ménos gene-

rales, ó menores en la consideracion, y práctica del mundo presente, el qual, por lo que toca á los apetitos humanos, no es distinto del que corria dos ó tres mil años hace. Algunos, entre los apetitos y deseos generales del hombre, cuentan tambien el de su propia perfeccion. Deberia desearse que esto fuese verdad; pero la experiencia nos enseña lo contrario cada dia. Lo que ahora nos importa advertir es que sin sentir hemos entrado en lo interior de nuestra alma, y comenzado á descubrir las fuentes de que nacen nuestras buenas, ó malas acciones, nuestros gustos ó disgustos; esto es, nuestros varios apetitos. Quando estos van bien regulados, nos guían y conducen al bien, á las operaciones laudables, y á la felicidad; pero si van mal regulados, nos llevan al mal, á las operaciones perversas, y á la miseria misma. Siempre estan en movimiento estos nuestros apetitos y deseos, jamas se aquietan, ántes bien por lo común son causa de nuestras inquietudes, molestias, batallas, grandes disgustos, principalmente quando no conseguimos lo que deseamos, indignándonos contra nosotros mismos, y contra los otros, al ver que se nos impide, que se nos detiene, ó se nos desvanece, y frustra aquel bien, ó verdadero, ó aparente de que nuestra alma se figuraba poder sacar una buena parte de alegría; esto es, alguna porcion de felicidad: de manera que nos hallamos sujetos á dos fieros verdugos del género humano; esto es, al dolor, y á la necesidad; siendo los que ordinariamente nos atormentan, ó á lo ménos los que nos roban nuestra quietud y felicidad, aquellos mismos apetitos y deseos, que la naturaleza nos ha dado para llegar á esta misma felicidad, que tanto apeteceamos. Este es el primer efecto amargo de nuestros apetitos.

§. II.

Siguese á este otro apetito mas pernicioso, y es aquel que nos hace incurrir en acciones que desdican de la

la nobleza de nuestro propio ser, que desagradan á Dios, y son reprobadas de los hombres de juicio; y en vez de felices, nos hacen infelices y miserables, no solamente en esta vida, mas tambien en la otra. Nuestra voluntad por su naturaleza es una potencia inclinada y guiada á no querer otra cosa que lo bueno, y lo apetecible y delicioso; pero ella por sí sola ni sabe, ni conoce qué cosa sea buena, ni dónde se halla el placer, y la alegría. Para conocer y saber esto necesita de otra potencia; esto es, del entendimiento, que como lazarrillo la guie y gobierne en este viage, y á este fin ha dado el entendimiento al hombre el Supremo Artifice para que la escolte y acompañe en sus elecciones. Si por ventura ó por desgracia se engañase nuestro entendimiento creyendo que lo malo es bueno y lo verdadero falso, nuestra voluntad, que sigue los pasos de su conductor y errante lazarrillo, abrazará tambien lo malo, y lo falso, é incurrirá con el entendimiento en un error, el qual en las materias morales podrá causar al alma ó un mal pequeño y leve, ó un daño gravísimo, segun la materia, que la prive de la felicidad verdadera. Los apetitos, que son hijos de la voluntad, ó son la voluntad misma, quando la recta razon no los gobierna; esto es, quando no consultan con quietud y reposo las luces que el entendimiento puede darles: estos apetitos, digo, de que hasta ahora hemos hablado, y otros muchos que hemos pasado en silencio, son aquellos mismos, que descaminan á nuestro entendimiento, y ponen nuestra alma en un movimiento tan descompasado, que la arrastran muchas veces á querer locamente lo que en apariencia es bueno, siendo en la realidad muy malo. Son por sí mismos laudables estos apetitos universales, de que hemos hablado hasta ahora, por ser muy conformes á nuestra naturaleza; pero nuestros defectos consisten y nacen de la necia y atolondrada eleccion de los particulares medios que buscamos para satisfacer y apagar el fuego de estos apetitos. No consultamos como de-

bieramos hacerlo con las maximas de los sabios y del Santo Evangelio , ó por decirlo mas claro , las despreciamos ; y de consiguiente , en lugar de bienes hallamos males , en vez de alabanzas encontramos vituperios , y por unos placeres breves , pocos y mezquinos , comprados grandes dolores y disgustos , y acaso los que serán eternos.

§. III.

A Demas que estos apetitos , quando no son bien regulados , pueden llevar á qualquier persona , no ya al fin adonde todos debemos caminar ; esto es , á nuestra felicidad , sino es á todo lo contrario : son tambien causa de infinitos males , que perturban continuamente la república y sociedad humana. Cada uno de nosotros tiene su parte y su propia cantera de apetitos : cada uno á impulsos de su amor propio , busca por todas partes , y en todo tiempo quanto puede hallar lícita ó ilícitamente de hacienda , gustos y placeres , ó corporales ó intelectuales. Ni acaso se encontrará alguno entre los hombres que de buena gana no hiciese si pudiese el oficio de Monarca y Rey , por no decir del mismo Dios ; y querriamos que todos los demas hombres nos rindiesen obsequiosas humillaciones , tributos y homenaje , y que cada uno contribuyese con quanto tiene , con todas sus obras , y aun con mas pensamientos al complemento de nuestra satisfaccion y propio gusto. Estos apetitos que sentimos en nosotros mismos , sienten tambien los demas hombres en sí propios. Y siendo esto así , debe seguirse necesariamente el combate de los apetitos de un hombre con los de otro hombre , deseando cada uno por sí mismo satisfacer los suyos propios , lo que no puede suceder sin una declarada oposicion , robando , ó procurando robar unos á otros los objetos de sus deseos , y gustos , hallando en esto mil tropiezos y oposiciones por estar ya en posesion los unos de lo que desean los otros. Solo por el elemento del ayre no hay contienda

da entre los hombres : porque cada uno tiene lo que desea y quiere ; pero fácilmente se mueve una cruel guerra por otras muchas cosas , que no pueden ser de dos dueños á un tiempo mismo. Nosotros querriamos mandar , y el mandar agrada á los otros tambien. Querriamos poseer mucha hacienda , y el deseo de los otros es tambien el mismo. Querriamos que los demas estuviesen de acuerdo para creer , juzgar y querer lo mismo que nosotros , y los demas tienen estos mismos deseos. Del concurso de tan diversos juicios , y apetitos contrarios unos á otros , y contrarios muchas veces , porque son semejantes ; esto es , porque van al mismo fin en la elección de alguna cosa particular , que no puede ser de muchos á un mismo tiempo : de este concurso , decia , nacen los infinitos desórdenes , riñas , guerras y disensiones á que estan sujetos , no ménos los particulares , que los Reynos , Familias , Universidades y Príncipes , y otros muchos desórdenes de muertes , latrocinios , ó manifiestos , ú ocultos, de tantas injusticias , supercherías , fraudes , engaños , y usuras , y de toda la otra gran chusma de males , que afligen y oprimen la pública , ó privada tranquilidad de los mortales.

§. IV.

DEbemos aquí observar , que son tres los mas principales , mas prácticos , y universales apetitos , que alteran y descomponen la república de los hombres , y al hombre en particular , y siempre los tendrán en una fiera tempestuosa conmocion. La preeminencia en estos apetitos , como ya llevo dicho , la doy al apetito de superioridad , ó sea de *mandar* , que suele llamarse *ambicion* ; porque este es el viento que causa las mas graves y terribles tempestades , que en todo tiempo ha experimetando y experimentará todo el género humano. De aquí traen su origen los tiranos , y usurpadores de la libertad de otros : de aquí las guerras , que des-

truyen países, amigos y enemigos: de aquí tantas iniquidades para subir á los puestos y dignidades mas altas y para mantenerse en ellas: de aquí las disensiones de tantas comunidades, pasando en silencio otros mil desconciertos, y ruinas de particulares personas y casas. Mientras escribo esto, nos da una evidente y miserable prueba toda la Europa, sin que se exceptue la Asia y el Africa. El segundo de los mas nocivos y universales apetitos es el de los placeres y gustos del cuerpo, que abrazan con especialidad la luxuria, el comer y el beber. Pueden nacer de aquí innumerables daños y desórdenes en perjuicio de la sociedad humana; pero los malos efectos que ordinariamente causa este apetito, son contra personas particulares; esto es, contra solos aquellos que lo tienen radicado fuertemente en su corazon, y no saben contenerlo ni refrenarlo. Quisiera por mi mismo ver las pruebas: si por ventura el mundo que hoy corre se halla libre, ó no de semejantes pestíferos accidentes. Finalmente, el tercero perniciosísimo y universal apetito es el de la hacienda, el qual es como un siervo y ministro de los dos arriba mencionados; pues ordinariamente el fin de acumular riquezas con ansia tan desordenada, no es otro que el de tener motivo para mandar á otros, y para procurar al propio cuerpo mayores, mas exquisitos, y mas durables gustos. Quántas injusticias, engaños y desgracias broten de esta fuente, cada uno puede considerarlo y conocerlo. Yo solamente traeré á la memoria, que los Santos Fundadores de la vida Monástica, y de otros Ordenes Religiosos pusieron la mira en destruir estos tres poderosos y familiares apetitos del hombre, que tantos desconciertos ocasionan en los ánimos de los particulares, y de todo el mundo. Por tanto, estos santos varones, amantes de la verdadera Filosofía, levantaron fuertes reparos y muelles seguros contra dichos apetitos, exigiendo de sus discípulos, sequaces y profesores, los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Es-

to fué cortar de raiz la humana concupiscencia, madre de todos los vicios. Gran Filósofo, gran sabio y bienaventurado es aquel que puntualmente guarda tales votos: porque vencidos, esto es, bien regulados estos tres capitales apetitos, les es despues muy fácil el sujetar y gobernar bien la baxa familia de los otros, y llegar así al puerto de la santidad.

§. V.

Quando yo hablo aquí, y algunos otros mas que yo en descrédito de los apetitos humanos, y especialmente de los tres poco ha mencionados, conviene siempre acordarse que los apetitos universales, hasta ahora señalados, no son malos en sí mismos, pues provienen de la naturaleza; y por consiguiente puede llamarse autor de ellos el que lo es de todo lo criado. Degeneran estos en mal, y llegan á ser viciosos, ó porque dan en el exceso, ó porque no quieren sujetarse á las leyes del mismo Dios, á las de la razon y de la humana sociedad. No es movimiento vicioso en sí mismo el que inclina al hombre á desear grandes honores, grados sublimes, y una buena situacion para mandar á otros hombres. Ni la ambicion es mala en sí misma quando se toma solamente por un deseo de puestos honoríficos, y de mandar á otros, con tal que este apetito sea discreto, y sujeto á la razon, con tal que el hombre se ingenie para subir á lo alto por medios lícitos, y principalmente por el del mérito: no solamente no es vituperable este apetito en el hombre; ántes bien puede ser muy laudable. El que á veces declama con vehemencia contra esta natural inclinacion del hombre, no repara que si faltase en él esta interna inclinacion, faltaria tambien aquella noble espuela, que le hace pasar tantos trabajos para llegar á ser docto, y proporcionarse por medios honestos para tocar el fin y término de empleos luminosos y lucrativos; y si este
ape-

apetito en el camino de la vida espiritual no se ajusta muy bien con la perfeccion , no por eso dexa de ser honesto , y útil á las repúblicas , las que debian desear que muchos de sus individuos se empleen en el estudio de las ciencias , y suden y trabajen en el noviciado de las fatigas , con el deseo de adquirir grandes honras , haciéndose dignos de conseguirlas. Lo que digo de este apetito , debe entenderse igualmente del de la alabanza y la gloria , como tambien del apetito de la hacienda , los cuales no deben reprobarse en sí mismos , aunque parezca que alguno ó algunos griten y declamen contra ellos. Los Santos , y los sabios condenan solamente los excesos de estos apetitos , y los malos medios para satisfacerlos. A estos poderosos muelles , y naturales inclinaciones debemos las ciencias , las bellas artes , los sabios Ministros , los diestros y esforzados Capitanes , los industriosos mercaderes , y otras muchas gerarquías de hombres , que gobiernan , defienden , ilustran y enriquecen las Repúblicas. ¿Por qué , pues , se ha de hablar tan mal de estos apetitos , sin los cuales no sabemos qué seria la sociedad de los hombres ? Todo nuestro mal consiste en no refrenar apetitos semejantes , y en que el hombre se dexa transportar de ellos , de tal manera , que se olvida aun hasta del mismo Dios ; y no pudiendo lograr el verlos satisfechos , y apagados , padece grandes afanes , y crueles tormentos. Mas porque de los apetitos brotan y nacen las pasiones del hombre , que no son otra cosa que movimientos de su alma producidos del impulso de este , ó del otro apetito ; por tanto pasamos á insinuar brevemente lo que queremos significar con este nombre.

CAPÍTULO XX.

De las pasiones del hombre.

§. I.

QUanto habemos dicho hasta aquí en orden á los principales apetitos del hombre y especialmente de aquellos que le impelen á querer el bien , y á huir el mal, apetitos tan constantes , é intrínsecos á la naturaleza del hombre , que no podría subsistir sin ellos ; todo esto, digo , nos abre el camino para descubrir y conocer el origen de nuestras pasiones , que provienen de estos mismos apetitos , materia finalmente muy importante , así para el conocimiento de nosotros mismos , como para la direccion de nuestras acciones morales. Luego que á nuestra alma se presenta , ó por medio de los sentidos , ó por el de la fantasía la imagen ó idea de algun objeto , que el entendimiento juzga capaz de producir en nosotros algun placer y contento ; al punto se forma dentro de nosotros un movimiento por lo comun deleytable , alegre y grato : por lo que al instante la voluntad , excitada é impelida de alguno de sus apetitos , camina ácia aquel deleytable objeto , que le representa la potencia intelectual , como cosa deseable y gustosa. Si por el contrario se presenta á nuestra alma por medio de la reflexion , ó de la sensacion un objeto con apariencia de mal que nos venga á acometer , ved aquí que al punto sentimos dentro de nosotros un movimiento todo contrario para evitarlo y huirlo , armándose nuestra alma , por explicarme así , de la reflexion y consideracion , á fin de echar fuera y alejar este enemigo , que intenta privarla de su quietud y reposo. Estos movimientos , entre los quales camina el ánimo del hombre , sino de continuo , á lo ménos frecuentemente , los llamamos , segun la costumbre , afectos,

y

y pasiones del hombre. Afectos, dixe, no para significar amores (en cuyo sentido se toma frecuentemente este nombre de afecto), sino para dar á entender la disposicion y agitacion en que se halla entónces nuestra alma, ó ácia aquel objeto que se le representa ó bien contra él, procurando huirlo y evitarlo. Llamámoslas tambien *Pasiones*, porque el alma padece entónces; esto es, recibe algun impulso de aquel objeto que se le representa y que la mueve, ó al placer ó al dolor. Tambien se llamáron estos movimientos perturbaciones del ánimo; porque comunmente lo agitan, turbando, no solamente su paz y quietud, mas tambien (y esto es peor, confundiendo muchas veces la razon y el juicio mismo, aun al hombre mas atento) y haciéndole que prorumpa en acciones ridículas, é indecentes, indignas de su noble ser y condicion. Pero no pudiendo decirse absolutamente, que toda pasion perturbe el ánimo del hombre; por tanto, parece que este nombre de pasion es algo escaso y no explica totalmente la idea que nosotros tenemos de los afectos humanos. Acaso el nombre mas adecuado es el de conmociones del ánimo, y tambien el de afectos. Pero yo no haré escrúpulo de usar de los otros nombres, que significan en suma una misma cosa.

§. II.

Ahora bien: cada uno puede ser buen testigo de sí propio, y de que prueba, y experimenta de quando en quando en lo interior de su ánimo estas conmociones, ó movimientos, unas veces desagradables, y mal vistos, y otras deleytables, y bien recibidos; unas veces mas breves, y otras de mas larga duracion, en algunas ocasiones conocemos que nos dan placer ó pena y esto mismo no conocemos en otras, siendo algunas veces tan gallardos y vigorosos, que ponen en grande agitacion toda nuestra alma y otras tan ligeros que apenas los sentimos. ¿Y qué digo yo del alma sola? Luego que

se

se levanta un gran movimiento en el palacio donde reside nuestra alma , se mueve naturalmente tambien en el cuerpo la misma agitacion , quando la voluntad , como señora absoluta no cierra el paso con discrecion , y prudencia ; de manera , que el tumulto interior , ó sea gustoso , ó desagradable , se descubre por defuera sensiblemente , comunicando la fantasía por medio de los espíritus , que como correos envia al corazon , á los ojos, al rostro y á los demas miembros del cuerpo, todo aquel estado secreto en que se halla el ánimo. Leemos con gran facilidad en los ojos de los enamorados , quando se miran atentamente uno á otro , su mutuo afecto , y á veces confiesan , y parlan aquellos ojos mas de lo que quisiera el alma que se supiese en aquel caso. Del mismo modo obra el temor , el gozo , la melancolía , y otras pasiones semejantes. Es propio tambien de estos movimientos el agitar y conmover la sangre de modo que corra ácia el corazon apresuradamente , como para socorrer aquella primera y principal entraña de la vida, abandonando el rostro en alguna manera , y dexándolo como amortecido ; así sucede en un temor grande. Otras veces por causa de un afecto distinto se transporta , y pasa impetuosamente la sangre desde el corazon á la circunferencia del cuerpo , y principalmente al rostro , juntándose allí , como que el alma se asoma , y quiere salir fuera para contener y rebatir algun mal enemigo que viene á darle un asalto. Así sucede en los impulsos de la cólera , y sofocaciones de la vergüenza , la qual es una especie de cólera y enojo contra nosotros mismos y contra otros. No me detendré aquí á contar , ni ménos á delinear una por una todas las pasiones humanas , su naturaleza , y los varios efectos que causan ; porque de todo esto encontrará el lector varios , y vivos retratos en los libros de los Filósofos antiguos y modernos ; y de estos sobre todo , en la Obra tan acreditada *de las propiedades y caractéres de las pasiones* , escrita por el Señor de la Chambre.

§. III.

POR ahora me bastará decir, que por una parte no tenemos acaso tantos nombres, quantas son las pasiones, ó todas las conmociones del ánimo humano: por la otra debo advertir, que á las veces significamos con varios nombres una sola de estas agitaciones ó pasiones, y multiplicamos en vano estas mismas pasiones ó afectos, siendo cierto, que algunos de estos mas bien pueden colocarse en el catálogo de los apetitos, que en el de las pasiones de que ahora hablamos. Entre estas, las mas principales y primarias, se cree que sean el placer, y el dolor, de las cuales son como ramos el amor, el deseo, el odio, la aversion, la esperanza, la confianza, el atrevimiento, la cólera, la tristeza, la alegría, la envidia, la emulacion, la indignacion, la misericordia, los zelos, la vergüenza, el temor, el pasmo, ó admiracion, el arrepentimiento, la baxeza de espíritu, y otras muchas que se hallan en los libros, y en el trato familiar, y cotidiano de unos hombres con otros, algunas de las cuales no son otra cosa que el mayor ó menor defecto, ó exceso de una passion maestra, y por tanto son siempre viciosas. De muchas de estas no se sabrá dar una justa, y precisa razon, por la qual se distingan entre sí, como el odio, el aborrecimiento, y la aversion, y tambien el temor, y el miedo, la tristeza, y la melancolía, y otras semejantes; porque todo idioma suele usar, y valerse de muchos nombres, ó sinónimos para significar una misma cosa, ó passion, y afecto. Por exemplo el gusto, la alegría, el gozo, y otros semejantes nombres, no parece que nos dan por sí mismos ideas de movimientos diversos, y solamente alguna vez significan el mas, ó el ménos de una misma cosa. Por esto, aunque la palabra *deseo* se use, y pueda usarse para significar un acto de la voluntad diverso del *querer*; con todo eso me he servido libremente, y repetidas veces de aquel nombre para significar el

mismo acto del *querer*, siendo cierto que el *deseo* se distingue de la *voluntad* en quanto aquel expresa el acto, y este otro la potencia; pero considerando á los dos como actos de la voluntad, no hay tanta diversidad entre el desear, y el querer, que no pueda tomarse uno por otro, antes bien comunmente decimos para significar una misma cosa: *yo deseo, y yo querria*. El sutilísimo Ingles Loke en su Tratado del *entendimiento humano*, para darnos á entender la diversidad de estos dos términos ó nociones, trae el exemplo de uno que no puede ménos de hablar por un amigo á una otra persona, á fin de que suceda una cosa, que él al mismo tiempo desea que no suceda. De donde infiere que el deseo, y la voluntad se distinguen; pero yo no me atreveré á calificar esta conseqüencia de seria, y legítima; porque este, de quien habla en el exemplo no es cosa de que desee, y no desee al tiempo mismo un mismo objeto, porque se seguirá un contradictorio evidente, lo qual es imposible; pero él quiere, ó desea servir al amigo hablando, y quiere, ó desea al mismo tiempo, que no se siga, ó suceda aquella cosa de que él habla. Estos son dos actos de voluntad diversos entre sí, que igualmente pueden llamarse deseos, ó voliciones, porque miran á diversos objetos ó fines, fuera de que en nuestro entendimiento pueden hallarse dos opuestas razones para querer, y desear, y no querer, ni desear un mismo objeto; pero eligiendo uno de los dos partidos, este deseo prevalece contra el otro, y determina nuestra voluntad á ponerlo en execucion. Asi el que se halla en peligro de naufragio, quisiera, y no quisiera arrojar al mar sus mercaderías; pero en fin uno de estos movimientos, ó deseos de su ánimo prevalece contra el otro, y á proporcion del mayor, ó menor impulso, y peso de las razones, elige, y determina el echar, ó no echar al mar su hacienda. Vuelvo á repetir, que no se puede hacer exáctamente el catálogo de todas las connoçiones de nuestra alma, porque son muchas, y muy de-

li-

licadas. Es cierto que luego que decimos tedio, desga-
na, rencor, rabia, consolacion, alegría y otras cosas,
intentamos significar alguna modificacion, ó conmocion
de nuestro ánimo; pero no por esto deben multiplicar-
se las pasiones, como se multiplican los nombres: so-
lamente pido licencia de poder añadir á las pasiones ya
insinuadas, y poner en su catálogo la *estimacion y apre-
cio de nosotros mismos*, la qual así como es permitido á
qualquiera el contarla entre los apetitos, séame lícito el
llamarla una passion, que está colocada entre la abjec-
cion, que es su defecto; y la soberbia, altivez y orgu-
llo, que son sus excesos.

§. IV.

LO mas importante, que debemos tener presente en
órden á las pasiones, viene á ser que estas pueden
fácilmente cegar nuestro entendimiento, perturbándolo,
pueden oprimir la razon, pervertir y corromper el
juicio, y llevarnos de esta manera á que hagamos mil
acciones desordenadas. Suelen tambien estos muelles ocul-
tos conmover nuestra imaginacion, para que tenga no
solamente por posible y asequible, mas tambien por
muy fácil quanto desea y quiere. Y pueden, quando
son impetuosas las pasiones, atropellar y obrar con
tal fuerza contra, y sobre la razon misma, que no nos
den tiempo para consultarla, haciendo que obremos en-
tónces atolondradamente; y aun quando nos den tiem-
po para consultar la razon, causan tal inquietud y des-
asosiego, que por librarnos de tan molesto frenesí corre-
mos á satisfacerlas, repugnándolo la razon misma. Suelen
encubrirnos nuestros propios defectos, y enseñarnos tam-
bien á ocultarlos. Por causa de estas pasiones nos in-
clinamos á juzgar en nuestro favor, si no siempre, las
mas veces por lo comun. Son tan astutas, que no nos
dexan ver los objetos, sino es por aquel lado, que, ó los
amamos, ó los aborrecemos, escondiendo de nuestros
ojos

ojos qualquiera otra fachada fea ó hermosa. Poned una persona en quien el amor ácia otra de diverso sexô haya encendido un gran fuego, y hallaréis que el amante no encuentra en aquel objeto otra cosa que virtud y gracia. Puede ser que los ojos de algun otro hallen en la misma persona visibles defectos; con todo no los hallará el que lo mira con los anteojos barnizados de la passion. Lo mismo que el amor hacen el ódio, el temor, la ira, y otras conmociones internas; y será tanto mayor la ceguedad, quanto sea mas grande el ímpetu del afecto dominante: de esta manera, al interesado, y al ambicioso, todo les parece debido y lícito; porque á nadie creen, ni otro consejero escuchan que á su passion propia; y pobres de nosotros, quando el falso zelo, junto con el poder y el ódio, llegan á señorearse del corazon de alguno; baxo de esta sombra cometerá mil venganzas: de la misma manera, el interes, cubierto con el manto de la caridad y piedad, puede hacer varias presas, sin que el interesado advierta que las hace contra caridad y justicia. Lo peor de todo es, que la miserable vida del hombre está expuesta siempre á los asaltos de estos domésticos perturbadores asesinos. La juventud es mas expuesta, y agitada de unas pasiones, que de otras. Múdase la edad del hombre, y cesando aquellas pasiones primeras, entran otras á substituir las. Parecerá por ventura á alguno, que solamente en el siglo, ó en el gran mundo tienen su alojamiento estos vientos feroces y estrepitosos, por causa de los objetos lisonjeros, ó fastidiosos que se encuentran en el gran mundo; pero con todo, aun tambien aquellos que huyen del siglo, y aun los que en el siglo mismo han renunciado de todo para vivir tranquilos y quietos, y tener una vida christiana: estos, digo, ven que en su corazon, y contra su voluntad brotan estas pasiones mismas, y necesitan estar con ellas en continua batalla. Lo mas extraño es, que en alguno de estos puede hacer una vivísima impresion, y causarle turbacion y desasosie-

go, aquello mismo que acaso no la causaría á una persona del mundo. Una sola ojeada, una voz sola, ó el moverse en su fantasía las imágenes de aquello que vieron, ú oyéron en el siglo, ó tambien una pequeña contradicción, ó palabra despreciativa, ú otros pequeños accidentes, bastan para levantar un gran tumulto, fieras melancolías, tentaciones vehementes, y molestas á los que dexáron el siglo, como si se hallasen en él de medio á medio. ¡O infelicidad del hombre, que tan difícilmente puede encontrar la quietud de su ánimo, la qual todo hombre sabio, y prudente va buscando sin cesar!

§. V.

Esta es la causa, por la qual los Estoicos, viendo tantos, tan varios y perniciosos efectos, originados de las pasiones (porque es cosa clara que tantas acciones humanas extravagantes, iniquas ó ridículas, no provienen de la razon, sino de las pasiones), se enojáron, y enfureciéron de tal manera contra ellas, que juntándolas todas en un monton, las llamáron *conmociones del alma, contrarias á la razon, y á la naturaleza*, pretendiendo que cada una de ellas debiera arrancarse de raiz, y apartarlas del hombre. Pero no trabajáron mucho otros antiguos Filósofos, ni tampoco los modernos, para reconocer la insubsistencia y falsedad de esta opinion y pretension. Cierto es que la lengua del hombre es un instrumento admirable de las humanas acciones: se la ha dado Dios para que un hombre pueda comunicar á otro sus pensamientos por medio de las palabras. Pero el que quisiese defender que la lengua humana, de la qual nacen tantas injurias, blasfemias, heregias, perjurios, mentiras, maldiciones, y otros errores y excesos innumerables, bien observados y referidos por el Apóstol Santiago en su Epístola Canónica: el que defendiese, repito, que la lengua es una parte del cuerpo humano contraria á la razon, y á la naturaleza, al

punto se levantarían contra él ignorantes y doctos; porque bien conoce cada uno que la lengua por otra parte es instrumento para innumerables buenas acciones, y que no es ella, sino el que usa mal de este instrumento, la causa de los defectos mencionados. Lo mismo debe decirse de los ojos, de los pies, y de las manos, de que puede usar mal el hombre, y serle dañoso; con todo son miembros que Dios nos ha dado para nuestra ventaja, y nuestro bien. Basta, pues, que entendamos qué cosa son los humanos afectos para conocer al punto, que estos, no ménos que los miembros de nuestros cuerpos, son útiles, y necesarios para las acciones de nuestra alma. Ni debemos pararnos en el puro sonido de los nombres de las cosas, sino considerarlas en sí mismas. Podrá darse que algunos al oír que los movimientos de nuestro ánimo tienen el nombre de pasiones, y perturbaciones, crean al punto que son objetos solamente nocivos y malos. No son otra cosa estos afectos, *que movimientos del alma para huir, ó echar fuera de sí todo aquello que nosotros aprendemos como mal, y para conseguir, ó conservar lo que aprendemos como bien.* De quando en quando es necesario que el alma se mueva con energía, si ella quiere hacer lo que le compete, y mover el cuerpo mismo á medida de la necesidad en que se halla. Figurémonos un hombre que jamas haya sabido que cosa es, ni el dolor, ni el placer: que sea incapaz de amor, de esperanza y odio; que ni tenga cólera, ni miedo; en una palabra, que se halle despojado de toda pasión y afecto, poco se distinguiría de un tronco, porque le faltaría el movimiento tan necesario al alma para conservar el individuo, procurarse los bienes, y defenderse de los males. La estolidez jamas ha sido virtud, sino un defecto miserable. Lo mas curioso en este caso es, que ni aun los Estoicos con todas sus declamaciones pudieron, ni puede alguno eximirse de estos movimientos; porque el alma por la union con el cuerpo no puede ménos de causarlos, y por consecuencia

cia los tenemos por un don de la naturaleza misma. Ni son malos en sí mismos estos movimientos; porque la experiencia nos enseña cada día, que si los malos abusan de sus pasiones, haciéndolas servir á sus iniquidades, por el contrario los buenos se sirven de ellas para buenas obras. Los mismos Santos aman, esperan, aborrecen y temen, y son santos y buenos en ellos estos afectos, porque de ellos se sirven para agradar á Dios, y para procurarse una felicidad inmensa en el Reyno de la Gloria. Se nos ha dicho ya en la Sagrada Escritura: *Iracimini, & nolite peccare: sol non occidat super iracundiam vestram.* Enojaos, pero sin pecar, no se ponga el sol sobre vuestra ira y enojo. Hay enojos y cóleras que son justos, y convienen al hombre virtuoso; pero estas iras son discretas, no transportan, ni sacan fuera de sí al sugeto, y solo sirven al bien, ó de algunos particulares, ó del público. Aunque las velas, y los vientos sean causa de que perezcan muchas veces los navíos, no por eso su institucion, y uso deben decirse hechas á propósito para el naufragio, ántes bien se instituyéron las velas para que les sirviesen, y sirvan como de alas, y para ayudarles en los viages dilatados, á fin de que lleguen á puerto seguro: y á la verdad ¿qué harian sin estas velas, y de qué servirian aquellas grandes, y portátiles casas que bruman al mar su espalda? Con mucha mas razon podemos decir esto mismo hablando de las pasiones; porque no siempre está en la mano del Piloto, aun quando sea cuidadoso y experto, el librarse del naufragio; pero en mano del hombre está el prevaleerse de la razon (Piloto que le ha dado Dios, y celestial auxilio, que á ninguno falta), y el hacer que las pasiones, ó no nazcan en su terreno, ó que despues de nacidas no lo arrastren al precipicio. De otra manera pudiera decirse tambien que la naturaleza del hombre es en sí misma un mal; porque son muchos los hombres que con esta naturaleza hacen muchos males, siendo con todo ciertísimo, que aun en el estado presente en que se ha-

halla el hombre, aunque muy diverso del de nuestro primer padre, somos una nobilísima hechura de las divinas manos. Basta acordarnos que Dios nos ha dado la razón; esto es, aquel freno noble y dulce con que tengamos á raya y contengamos nuestras pasiones, haciéndolas servir de instrumento á nuestra felicidad, á la virtud, y no al vicio. Por tanto la conclusion de los mejores Filósofos que hablan sobre este punto, y de qualquiera que entiende este argumento, viene á ser esta:

„ Que no se deben quitar del hombre las pasiones (y aun-
 „ quando se intentase quitarlas todas, seria imposible), y
 „ ser solamente oficio y obligacion del hombre el mo-
 „ derarlas y contentarlas, porque no son viciosas en sí
 „ mismas, y solamente puede ser vicioso el exceso y el
 „ defecto. Exceptúase de esta regla la sola pasion de
 la envidia, por ser de tan maligna naturaleza que jamas puede ayudar al hombre, y solo sirve de atormentarle.

§. VI.

PARA que entendamos ahora mejor el origen de nuestros afectos, y declarar de algun modo la definicion que poco ha dexamos establecida, diré brevemente, que de tantos objetos como pueden presentarse á nuestra alma, ó por medio de los sentidos, ó de la reflexion, algunos son poderosos, y á propósito para conmovérta, y otros no. Cada día se presentan á nuestros ojos tantos objetos de personas, de cuerpos animados, ó inanimados: oimos muchos discursos en orden á varias cosas; y frecuentemente echamos á paseo nuestra fantasia á recorrer innumerables sucesos, ó presentes, ó pasados. ¿De dónde, pues, proviene, que algunos de estos objetos apénas aprendidos, ó recordados despiertan en nosotros, ya una pasion, ya otra, y otros muchos no despiertan alguna? Entónces, pues, debemos decir, que el alma se mueve despues de la aprehension, ó memoria de los objetos, y que nuestro amor propio descubre

alguna relación entre ellos, y nuestros apetitos; esto es, que aquellos no pueden ser provechosos ó dañosos, y contener en sí algún bien, ó algún mal, y aun la sola semejanza de uno ú otro, por lo que mira á nosotros mismos. Quando, pues, no aparezca esta relación á nuestro bien, ó provecho, ó á nuestro mal, ó perjuicio, entónçes nuestra alma aprende, y se acuerda de las personas, y de qualquiera otra cosa; pero no prorumpie en movimiento alguno, sino es acaso en el de la admiración al ver cosas extraordinarias y magestuosas, ó de un artificio y hermosura extraña. Llevamos ya dicho, y es necesario tenerlo presente, que nosotros en todo, y por todo nos buscamos á nosotros mismos; y nuestra alma no da un paso, para explicarme así, que no la mueva, y empuje el interés del propio amor. Por tanto, luego que descubrimos que los objetos traen la librea del bien ó del mal, respecto á nosotros, al punto se mueve nuestra alma para abrazarlos, ó para huirlos, siendo pequeños sus movimientos, si es pequeño el bien ó el mal; grandes si es grande, y estamos mas ó ménos ansiosos para conseguirlo á proporcion de la proximidad, ó distancia con que se nos representa. Tambien lo hermoso y lo feo, lo verdadero y lo falso son poderosos para poner nuestra alma en movimiento, excitando en ella placer ó disgusto: sucede esto porque lo hermoso y lo verdadero se presentan á nuestro entendimiento baxo la forma de un bien, y de una cosa á nosotros deleytable y provechosa; al contrario, lo feo y lo falso se nos representa baxo la forma de un mal, ó de una cosa que nos es perjudicial y molesta. Tambien lo nuevo, ó la novedad tiene fuerza para movernos al amor, y á la admiración, y aun acaso á otros afectos; porque tambien lo nuevo trae consigo la divisa del bien y del mal, de lo hermoso ó de lo feo, y puede tambien hacer que nuestra alma se resienta en el agradable paso de la ignorancia á la ciencia; esto es, al aprender una cosa útil y gustosa, ó á lo desagradables

ble; esto es, al aprender una cosa molesta. Déxamos ya dicho que naturalmente apetecemos y amamos la alabanza, y aborrecemos el vituperio. Por tanto se excita en nosotros la indignación, el odio y un movimiento vindicativo contra quien habla mal de nosotros, contra quien nos desprecia, ó desprecia las cosas nuestras. Al contrario, se despierta el amor, la delectacion y el placer ácia qualquiera persona que mucho nos estima, ó habla bien de nosotros, de nuestra habilidad, de nuestras acciones, de nuestro ingenio, &c. El mismo movimiento deleytable sentiremos, y probaremos en nosotros mismos, quando consideremos aquellas cosas, por las quales nos figuramos poder conseguir alabanza, y estimacion. Así el Literato ama y estima sus producciones, otros sus palacios, caballos y jardines: otros la nobleza de su casa y sus ascendientes; y por esto las mugeres estiman tanto sus vestidos pomposos, sus preciosas piedras y su tocador bien provisto, en el qual con tanta paciencia (¡ojalá fuera virtud meritoria y paciencia santa!) estudian las gracias, y consiguen el buen color, y el prenderse y vestirse bien, estando mas contentas, quando idólatras de sí mismas, les parece encontrar en el espejo un seguro testimonio de su belleza y garbo. Varios son los motivos por que los padres ordinariamente quieren tanto á sus pequeños hijos. Concurrer á esto muchas veces el apetito y la esperanza de que los alaben quando son ellos lindos y graciosos. Y seria necesario poder entrar en el corazón de algunas madres, quando estan tan gozosas y se glorian de tener hijas lindas y agudas: al mirarlas tan bellas (dicen las madres dentro de su corazón), *no puede ménos de dar el público grandes alabanzas á quien supo formar tan bellas hijas.* Juzgarán tambien probablemente, que el original no es inferior en belleza, quando es tan linda la copia. Así poco mas, ó ménos sucede en los demás apetitos. Estos despiertan ahora una, despues otra pasion, y á las veces las encienden y disponen de tal

manera en la fantasía, que la razón suele quedar ofuscada, y el juicio casi atolondrado y perdido.

§. VII.

Demos ahora el caso que algun objeto sea reconocido como un bien de nuestra alma, y que nuestro entendimiento juzgue que es posible el lograrlo: veis aquí que nuestra alma se mueve al punto, y en cierto modo ácia aquel objeto. Este movimiento, y afecto lo llamamos deseo. Si ademas de esto nos parece probable, ó fácil el conseguir este mismo bien, se junta á nuestra alma otra modificacion, que llamamos esperanza; y si llegamos á poseer este deseado objeto, y aun quando no le poseamos actualmente, si la fantasía nos le representa como poseido, y nuestra alma de quando en quando, ó repetidas veces se va deleitando en un tal objeto, como un bien que ya posee, ó fácilmente puede poseer: entónces este movimiento acostumbramos llamarle amor. Al contrario, quando aprendemos algun objeto desagradable y disgustoso; porque ó sentimos, ó conocemos que nos es dañoso, ó imaginamos que puede serlo, y de consiguiente puede privarnos, ó disminuir nuestra felicidad presente ó futura; tambien se mueve nuestra alma, y á este movimiento solemos llamar *aborrecimiento, avension, horror*, y al objeto que lo causa lo llamamos mal, ó causa del mal, no siendo otra cosa en substancia que una aptitud, ó disposicion para privarnos de algun bien, ó poseido ó deseado. Luego que este objeto á quien llamamos mal se aprende como próximo á molestarnos, viene otro movimiento, ú otra modificacion, y afeccion en nuestra alma, que se distingue con el nombre de temor, miedo, pasmo. Sucediendo, pues, que nuestra alma vaya considerando con disgusto este mismo objeto, que ó ya nos daña, ó quando no dañe actualmente nos lo representa la imaginacion, como capaz de dañarnos; entónces este movimien-

to interno, ó modificacion del alma, á distincion de los otros lo llamamos *odio*: discurriendo así de las otras pasiones, se reconocerá por principio de todas ellas alguna aprehension del mal, ó del bien respecto de nosotros mismos, y se hallará que la una nace de la otra, y que muchas, aunque diversas entre sí, saben unirse de una alma misma, levantándose en ella aquel tumultuoso, y vario movimiento que causan en el mar los vientos contrarios, quando soplan sobre aquel fluido elemento. Pero lo que debemos observar principalmente es, que el maravilloso artífice de la naturaleza humana ha formado nuestra alma de tal manera, que ella recibe estos diferentes impulsos y movimientos para que moviendo después ella sus potencias, y el mismo cuerpo donde habita se ingenie para conseguir y conservar el bien, huyendo al mismo tiempo y sacudiendo de sí el mal; y á la verdad, qué otra cosa es la cólera, la ira, é indignacion, sino una conmocion del alma contra todo aquello que se teme, ó se cree que nos puede causar mal y disgusto (ó digamos lo mismo), de quien nos ha privado, ó quiere privarnos de algun bien que buscamos, ó de que estamos en posesion? He dicho *conmocion*, junta con el deseo de castigar, ó de ver castigado al que nos hace este daño, y causa este disgusto. Si acaso preguntases ¿por qué nos encolerizamos contra un ladrón, un asesino, ó salteador de caminos, que á nosotros no nos ha hecho algun daño? Respondo que esto sucede porque tememos que él pueda hacernos el mismo daño que hizo á los otros; y aun quando él, ó haya muerto, ó esté léjos, ó encarcelado, y por tanto no se halla en estado de hacernos mal; con todo eso, nos causa horror el imaginar esta raza de gente tan perniciosá al comercio humano, y consiguientemente á nosotros. Igualmente, si el maestro se enoja contra aquel discípulo que voluntariamente aprovecha poco, es porque el que tiene este oficio de enseñar, busca alabanza, y tiene gusto en hacerlo bien, y sacar buenos discípulos,

los, ó para satisfacer las ansias y deseos de los padres, que les han encargado en enseñanza, ó últimamente porque así se lo dicta su conciencia, y aquel discípulo con su malicia, y desatencion impide al maestro este placer, que es uno de los bienes que desea para sí. Seria interminable si quisiese contar una á una, y explicar todas las pasiones del hombre, entre las quales algunas se manifiestan mas comunes y poderosas en los jóvenes, que en los viejos, y otras al contrario. Hay algunos que despues que sus pasiones han perdido todo el vigor, é ímpetu, á fuerza de varios desengaños, aprenden á vivir á lo ménos en su vejez. Pero otros no lo aprenden jamas, y se hallan peores en su vejez, que en su juventud, y especialmente si la avaricia es su pasion dominante: y si alguna vez el hombre no halla en sí ciertas pasiones, no por esto se crea libre. Duermen estas, ó parecen muchas veces dormidas, porque no ha llegado la ocasion de sacar la cabeza. Acaso la imposibilidad de satisfacerlas será la causa de que no las sienta todavía. Se observa fácilmente, que los grandes ingenios, y hombres grandes tienen mas violentas y esforzadas pasiones, los de pequeño genio las tienen mas endebles, y los necios, é ignorantes casi no las tienen. El que no tiene las pasiones vivas, poco promete de sí mismo; pero feliz el que teniéndolas vivas sabe refrenarlas, y domarlas para que sirvan solamente á las obras de virtud, y obedezcan á la recta razon, y que no sean como caballos sin freno, que los arrastren al precipicio. El temperamento, la educación, y la costumbre pueden darnos, y acrecentar, ó disminuir la fuerza de estas internas conmociones; pero la razon es la que principalmente tiene por oficio el corregir, y poner órden en todo. Este es el grande estudio á que ordinariamente piensan poco, y se aplican ménos los mas de los mortales, siendo el mas importante, y necesario que tiene el hombre para regular sabiamente el curso de la presente vida, y esperar á su tiempo otra mas feliz y eterna. Ved como la

ira precipita á algunos hasta hacerlos perder los amigos, la hacienda, y aun la propia vida. Otros dicen que una perversa envidia les coma, y despedace sus entrañas, y que haga lo mismo un odio permanente y obstinado. Vemos á otros, que por un desarreglado amor sensual estan siempre como frenéticos, y fuera de sí: otros se dexan vencer de la tristeza, melancolía y dolor: muchos hay á quienes arrebatá la intrepidez, el atrevimiento, el miedo, la alegría, &c. Es necesario el poner un buen freno al primer motor de estas pasiones y afectos, que es nuestro amor propio, padre de todos nuestros viciosos apetitos, y consiguientemente de nuestras mismas pasiones. De este importantísimo punto trataremos mas abaxo, teniendo entre tanto por cierto, que el que sabe contener, y reprimir sus apetitos y pasiones, que es en lo que consisten las virtudes principales del hombre, á este le servirán y obedecerán, como siervos útiles. Pero ántes que hablemos de esto, conviene el declarar qué es lo que pretendemos, ó deseamos en este mundo.

CAPÍTULO XXI.

Qual sea la felicidad que puede esperar el hombre en este mundo, y que esta propiamente debe colocarse en la tranquilidad del ánimo.

§. I.

SUpuesto que todos, por un impulso interno de la naturaleza, deseamos incesantemente ser bienaventurados y felices, como ya lo tenemos insinuado, y lo repetiremos muchas veces: es necesario explicar ahora qual sea la felicidad á que podemos aspirar viviendo en la tierra. La felicidad una es perfecta, y otra imper-

fec-

fecta. Por la primera entendemos una exêncion, ó exclusion de todos los males, y un conjunto y posesion de todos los bienes; de manera, que si faltase uno de estos, ó si se padeciese uno de aquellos, no puede llamarse con razon perfecta felicidad. Esta, pues, que los míseros mortales apénas llegamos á conocerla, quando ménos á gozarla, sabemos con todo que la Omnipotencia Divina puede disponerla y formarla; y de hecho creemos lo que nos asegura su santa Ley; esto es, que desde el principio del mundo la tiene preparada, y dispuesta en su Celestial Reyno, y la promete amorosa, y benignamente á qualquiera que en esta vida observe con fidelidad los preceptos de su santa Ley. Esta felicidad perfecta no puede conseguirla nuestra alma, miéntras dure la union con el cuerpo en esta vida. Con todo, despues que la misma naturaleza infundió en nosotros mismos nuestro amor propio, nos incita continuamente á desear este conjunto de bienes, y esta exêncion de todos los males. Aun quando sea muy considerable la porcion de bienes, así de fortuna, como de cuerpo y alma, que nos pueda tocar acá abaxo en la tierra, nada nos aquieta, nada nos sacia. El fin de un deseo es principio de otro: ni aquí jamás tenemos, ni lograremos quietud, ni descanso, hasta tanto que lleguemos á gozar un bien inmenso y perfecto, y que dure por toda la eternidad; esto es, á Dios, como nuestro último fin. Y no habiendo ni aun apariencia de poder conseguir en este mundo la perfecta bienaventuranza (no obstante que ácia ella infunde Dios tan vehementes deseos en nuestra alma), resulta que estos mismos deseos, y la misma imposibilidad de lograrlos, son indicio claro de que hay otro mundo, en el qual debemos esperar el cumplimiento gustoso de nuestros deseos.

§. II.

Resta, pues, que la felicidad imperfecta solamente sea la que pueda lograr el hombre en esta vida. Atendien-

dien-

diendo á las leyes con que Dios, despues de la desobediencia del primer Padre, ha querido que se formen sus descendientes, es claro que cada uno de nosotros vive sujeto á una casi infinita tropa de males, así de cuerpo, como del ánimo. Muchísimos de ellos compramos nosotros mismos á dinero contante, como suele decirse, con nuestra perversa voluntad, con nuestra imprudencia é ignorancia, y con nuestros vicios. Otros muchos que provienen de la constitucion del mundo, ó nos acometen ellos, ó nos los hace padecer la perversidad de otros, y la continua guerra de los deseos humanos tan discordes entre sí, como son la pobreza, las guerras, los terremotos, pestilencias, esterilidades, y otros que producen las mismas estaciones, los animales irracionales, las enfermedades, y otros accidentes. Seria largo el catálogo, si quisiésemos referir todo quanto en este mundo puede causarnos molestia y daño, ó por culpa de otros, ó por la nuestra, ó por la varia oposicion de los cuerpos, ó por otras causas; desgracias todas, que acaban últimamente en el extremo que se llama muerte. Habitan todos estos males en este mundo, como en su pais propio, reynando en las casas de los pobres, y extendiendo su jurisdiccion aun hasta los Palacios de los ricos y grandes; de manera, que todos, tarde ó temprano, de un modo, ó de otro han de beber este caliz amargo. Por tanto, la felicidad del mundo presente jamas se encuentra libre de algun mal, y por tanto, ni puede ser perfecta, ni de mucha duracion. Qualquiera Filósofo, por sabio que fuese, que se lisonjese de poderla definir, seria un loco, ó un visionario. Pero el que cree como creen los verdaderos y sabios Christianos que no tienen en el mundo una Ciudad y habitacion permanente, sino es que todos estan en viage y peregrinacion ácia otro pais, adonde se ha de hacer preciso tránsito por la terrena muerte: estos, digo, no trabajarán mucho para entender la causa y motivo, porque el justo Dios ha permitido, y permite en este

mun-

mundo tantos males como experimentamos en nosotros mismos, ó vemos padecer á otros. Los permite su Magestad para que contemplando nosotros el poco capital que puede hacerse de este mundo, y de todos sus bienes y placeres, que ademas de ser siempre breves y caducos, jamas son puros, ni perfectos, y conociendo que no debemos esperar aquí una seria, y permanente felicidad, volvamos los ojos de nuestro entendimiento, y dirijamos nuestros pensamientos y deseos á procurar, y conseguir aquella otra bienaventuranza eterna y perfecta, que poco ha dexamos insinuada. Aquel es el país para que fuimos criados: aquel nuestro bienaventurado fin; y no puede llamarse Filósofo sabio, y verdadero aquel que buscando únicamente la felicidad que la tierra puede dar de sí, no aprecia la otra, que en el solo Reyno de Dios nos está reservada. No porque desdiga á los mortales, ó no les sea lícito el buscar la felicidad, aun en el presente mundo; pues el procurar esto conviene también á un sabio Filósofo, con tal que siempre tenga presente, que la tierra no es, ni será jamas país destinado á los gozos y alegrías, ni la patria de los perfectos bienes. La felicidad de que somos capaces viviendo en este mundo, puede ciertamente abrazar muchos bienes; pero no podrá jamas excluir todos los males, ántes bien ordinariamente será mas fecunda de estos últimos, que de aquellos primeros. Demasiado soberbios, y de consiguiente ridículos eran los Estoicos, que prometían una vida bienaventurada á sus discípulos; pero en aquel país donde esta no se puede encontrar, los enseñaban asimismo á despreciar los males, y poco ménos que á reirse de ellos; pero quando actualmente les asaltaban, conocían ellos mismos la gran diferencia que hay entre el experimentar, y probar una furiosa tempestad, estando á bordo de un navío, y el hablar de aquel peligro, hallándose seguros en el puerto.

§. III.

Digámoslo claro : aun en el mundo se puede vivir, y ser feliz en cierto modo, pues no faltan muchos bienes hechos para el hombre, mientras aquí vive; pero es necesario prepararse para no juzgar que son perpetuos estos bienes : es necesario esperarlos mezclados, ó interrumpidos tarde ó temprano, con muchos males, ó morales ó físicos : de manera, que el que ménos padece, y prueba de estos en la vida presente, puede pretender ser mas feliz, y estar mejor que los otros que padecen mas. Por tanto, aunque los Maestros de la Filosofia Moral parezca que prometen la felicidad á quien practique sus documentos (esto es, al que se entregue al amor, y práctica de las virtudes), todavía no se ha de tomar rigurosamente esta promesa, y conviene reducirla á una medida discreta. Es cierto que el objeto, y fin de la virtud es hacer al hombre feliz, y de consiguiente ella es el camino que todo hombre juicioso preferirá á qualquiera otro, tanto por los relevantes motivos que despues propondrémos, quanto por el deseo de estar bien en este, y en el otro mundo. Pero no basta la virtud para defender al hombre en esta vida de varios desastres, de la pobreza, ni de las enfermedades; porque la virtud no lo hace invulnerable, no tiene imperio sobre las estaciones del tiempo, ni fuerza para apartar las calamidades, ó públicas, ó privadas, á que está sujeto no ménos el hombre perverso, que el honesto y honrado; y así como no puede impedir, que caiga sobre sí ya una, ya otra de estas desgracias, así tampoco puede hacer por lo comun, que no sienta el peso, y pruebe el dolor, que ellas ocasionan. Esto supuesto saquemos de nuevo á plaza la sentencia de Epicuro, de que hicimos mencion en el Capítulo XIII, el qual enseñó que el deleyte, ó placer es el fin, y término de la vida feliz. De hecho, pretende este Filósofo, que el bien produce, y es causa del placer; y consiendiendo la felici-

cidad en no tener males, y en poseer los bienes, de consiguiente parece que Epicuro acertó en esto: con todo eso muchos antiguos Filósofos reprobaron esta opinion de Epicuro; y aunque parezca que Diógenes Laercio, Gasendo, y algunos otros han defendido suficientemente á este Filósofo, manifestando que fueron virtuosas sus costumbres, y sana su doctrina; pues aunque él alabó los placeres y deleytes, fueron solos los placeres honestos y del alma; pero no los del cuerpo (que son los que propuso por fin del hombre el mas bestia que Filósofo Aristipo), con todo eso puede decirse poco sana, ó á lo ménos peligrosa semejante doctrina. Primeramente usamos por lo comun del nombre de deleyte ó placer para significar algun movimiento deleytable, y gustoso de nuestra alma, ó bien nazca en ella de la reflexión, y de pensamientos agradables, ó bien provenga de los cuerpos por alguna sensacion de un objeto que excita en el entendimiento del hombre algun gusto, ó deleyte. Esto supuesto, es necesario observar, que aunque por una parte subsista la sentencia de Epicuro, pues no puede negarse que siempre que el hombre siente en sí algun gusto y placer no sea en alguna manera feliz, y quanto mayor es la porcion del placer, tanto es mas grande entónces su felicidad; con todo eso es muy verdadero que por otra parte no es la mas segura, y refinada esta doctrina Epicurea; porque á la verdad hay bienes y gustos, que no solamente no hacen feliz al hombre, antes bien lo hacen infeliz y miserable. De esta casta son los bienes que llamamos útiles y deleytables, principalmente quando al mismo tiempo no son honestos; esto es, aprobados por las leyes de Dios, de la razon y del gobierno civil. El obrar contra estas leyes suele traer consigo tarde ó temprano castigos y penas terribles puestas por Dios, y por los mismos hombres. Demos por cierto, que el adquirir y poseer semejantes bienes engendra placer y deleyte en los hombres, todavia quando á esta posesion y gozo se siga, ó pue-
da

da seguir el dolor, y la miseria (como ordinariamente sucede), tendrá aquella acción el nombre de un bien útil, ó deleytable: causará también placer y gozo; pero al fin de la cuenta deberá llamarse mal verdadero, porque es causa y origen de dolores y disgustos. ¿Cómo podremos llamar, ó dar el título de feliz á un ladrón, que tenga la bella suerte de robar la hacienda ajena con gusto y utilidad propia, si la justicia le echa la mano, lo encierra en una cárcel, y hace con él otros mas pesados juguetes? Hemos dicho ya, que los placeres son de dos maneras: unos puramente intelectuales, porque provienen del entendimiento solo, como es aquel que tiene el que se goza de hacer, ó haber hecho una acción virtuosa, ó de quien medita y contempla en los bellísimos atributos de Dios, ó de quien estudia y aprende cosas útiles y agradables, ó de quien llega á lograr un puesto honorífico, ó una gruesa herencia, ó manda á los otros, ó últimamente adquiere amigos, y favorecedores muy autorizados: otros se llaman placeres sensuales, como el comer y el beber, el oír música, el ver fábricas magníficas, y otros objetos placenteros y nuevos, el deleytarse en pinturas, jardines, olores, y otras cosas, que mueven y solicitan los sentidos exteriores del hombre. Los intelectuales, quando son honestos, pueden, generalmente hablando, producir un placer puro, y no mezclado despues con afanes y dolores, quando con él no se acompañe el vicio, y no le inficione el veneno de perversas acciones. Estos placeres, y no los sensuales son los que va buscando, y de los que se enamora el hombre sabio. Mas por lo que toca á los otros, que experimenta el alma por medio de los sentidos, cierto es, que pueden ser inocentes muchos de ellos, y no dañar cosa alguna, ni al cuerpo, ni al alma; esto es, no causarles disgusto, ni dolor; pero entre estos contamos otros muchos, que son bienes y placeres, pero traidores, porque suele seguirse á ellos la infelicidad y el arrepentimiento. De esta casta suelen ser muchas ve-

ces los placeres del gusto y del tacto, á los quales es tan inclinada nuestra miserable naturaleza, y detras de los quales corren apresuradamente tantos hombres, que casi no tienen otro gusto que el que se proponen en semejantes placeres, que por ser comunes aun á las bestias, merecen el título de bestiales; si en estos faltase la honestidad, si no se toman con sabia moderacion, sin duda el fruto que se espera de ellos será muy amargo. Tantas enfermedades y dolores como padece el cuerpo del hombre, el abreviársele la vida, el malgastar su hacienda, con otra lista y catálogo de males, que acompañan la salud affligida, la pobreza, ó la reputacion perdida, nos obligan á confesar finalmente, que estos bienes, aunque deleytables, se pagan á precio muy caro, y nos llevan, no á la vida feliz y dichosa, sino á la infeliz y desdichada.

§. IV.

DE aquí se infiere, que el decir así absolutamente que la humana felicidad consiste en el placer, sin distinguir de que placer se habla, debe tenerse por doctrina poco segura, y aun venenosa; la qual, aunque contenga alguna verdad, es falsa, mirada á buena luz. Ni es necesario mucho para conocer que todo aquel placer, del qual pueda despues resultar algun dolor, no conviene á la naturaleza de quien desea una felicidad durable y perfecta: y esto es tanto mas cierto, quanto por lo comun la molestia, y pena del dolor y el mal, suele ser mayor, que no el deleyte y gusto que dió el placer: fuera de que siendo imposible que el hombre, aun el mas adornado de virtudes y bienes temporales, el mas resperado, y exênto de los males todos, esté siempre en este movimiento actual de deleyte y placer, ántes bien no probándolo por lo comun, ó no reflexionando en su propia felicidad el que es feliz; de consiguiènte no puede consistir la esencia de la felicidad en el placer, ó por lo ménos en el placer actual; porque de otra ma-

manera el que es feliz , se hallaria siempre en un continuo movimiento de placer y gusto. Añádase á esto , que es una felicidad rara el no sentir males , y disgustos , sin que sea necesario el que á esto se junte la posesion actual de los placeres. Por estos y otros motivos hizo antiguamente , y aun hoy hace , una mala impresion en el corazon de los hombres el poner la felicidad en los gustos y deleytes ; pues hallándose corrompido por lo comun el corazon del hombre , aun sin maestro que se lo enseñe , está inclinado , é incitado naturalmente á procurarse , donde quiera que se hallen , los gustos y los placeres. Es cierto que aun los mismos Filósofos Gentiles al oír que Epicuro ensalzaba y acreditaba tanto los placeres y gustos , como único objeto de los deseos humanos , se estremecian , conociendo á quantas miserias suele conducir fácilmente el amor y deseo de los placeres y gustos ; y por tanto los Estoicos principalmente , que eran de opinion y doctrina rígida , declamaron contra esta sentencia Epicurea. Por otra parte el Pueblo ignorante de aquellos tiempos y aun algunos de los doctos , oyendo que aquel Filósofo insigne peroraba á favor de los placeres , baxo cuyo nombre se comprehende tambien el deleyte corporal , se animaron , sin reparar en otra cosa , para conseguir toda posible delectacion corpórea , como que Epicuro autorizaba con su doctrina la mayor licencia , y cuidado en procurarse todo placer y gusto. Por esto hasta el mismo Oracio , Poeta muy nombrado en aquellos tiempos , y discípulo muy tenaz de la doctrina de aquel Filósofo , se llama á sí mismo uno de los puercos bien gordos de la manada de Epicuro.

*Me pinguem, & nitidum benè curata cute vises,
quum ridere voles, Epicuri de grege porcum.*

Me ves gordo , lucido , y bien curado:
si al verme así te ries , me figuro,
que me tienes por puerco de Epicuro.

Por este motivo Ciceron , juntamente con otros , nos describen y pintan con malos colores la doctrina de Epicuro y sus sequaces. Y si Diógenes Laercio se empeña en defender que el mismo Epicuro condenó los deleytes sensuales , y colocó la felicidad en el placer intelectual solamente , ó si en el corpóreo tambien , en aquel que fuese moderado é inocente ; con todo , sus discípulos no fueron de este mismo dictámen.

§. V.

Debe tambien reflexionarse que el mismo Filósofo Epicuro persuadía el amor de la soledad y retiro , y el estar apartado de las dignidades , de los públicos empleos , y en cierta manera del mundo ; todo esto á fin de huir y excusar lo que puede ocasionar aun el menor fastidio á nuestro ánimo y molestas sensaciones á nuestro cuerpo ; cuya doctrina es una conseqüencia de su sistema , el qual establece por fin último de la felicidad el deleyte y el placer. Pero á mí me parece poder decir , que esta Filosofía no es aquella que nosotros buscamos y deseamos por ahora. Esta debe ser un remedio y un auxilio ó socorro a todo aquel que pueda aprender y quiera practicar sus documentos , y ha de servir á toda clase de personas que quieran vivir honestamente en el mundo ; quando aquella de Epicuro debe confesarse estar hecha para pocos. ¿Quién no ve que estan excluidos de ella todos los Príncipes , sus Ministros y Magistrados , todos los Legistas y Médicos , y todo el que quiera seguir la Milicia y la Mercancia , y otros muchos estudios y empleos , y aun hasta el que quiere casarse para tener hijos , siendo cierto que cada uno de estos diversos estados trae consigo por lo comun cuidados gravísimos? ¿Qué seria , pues , una República , si cada uno de ella apreciase é hiciese caso de los consejos de este Filósofo , y renunciase todo empleo público , aborreciese la milicia y el matrimonio , y pensa-

se solo en pasar su vida en un retiro entre las flores de un jardín ameno y oloroso, como lo practicaba el mismo Epicuro? Hácese de este modo mucho mas visible al hombre christiano la viciosa corrupcion de esta doctrina de Epicuro. No repugna ciertamente, ántes pueden acordarse muy bien la sabiduría y la soledad, no obstante que esta sea madre de malos humores, con tal que se elija para meditar en ella las nobilísimas máximas de la misma sabiduría, para huir los peligros del siglo, y para servir fielmente á Dios en justicia y santidad; pero retirarse del mundo para buscar solamente una vida deliciosa y delicada, enemiga de toda melancolía, y que no apetece otra cosa que contento, deleyte y alegría; esto no conviene ciertamente á quien cree al Evangelio. Una tal vida no es vida de quien está persuadido, que el breve alojamiento sobre la tierra debe servir á la alma inmortal como de un campo de batalla, para merecer, y conseguir la felicidad eterna: y si algun Christiano se huyese al desierto, ó se encerrase en un claustro, con el fin solamente de evitar las fatigas, molestias y cuidados del siglo; este tal, ademas de no adelantar un paso, ni un punto de ganancia para la otra vida, mereceria el título de Epicureo, de vil, y cobarde entre todos los demas hombres. Mas porque Epicuro tenia otras opiniones aun mas absurdas, no es maravilla que él fuese gran defensor de los actuales placeres y gustos.

§. VI.

LO que mas puede hacer á nuestro propósito es el haber enseñado en otra parte este mismo Filósofo, que la felicidad del hombre consiste en tener el cuerpo sano, y el ánimo tranquilo, el primero sin dolores, el segundo sin molestias é inquietudes. ¡O, esta sí que es doctrina sana y laudable! porque ¿quién jamas puede estar contento razonablemente, y llamarse feliz mientras su cuerpo le hace guerra, y su ánimo se ve agi-

tado de una tempestad furiosa? Al contrario, consideradas todas las cosas, lo que únicamente puede hacer feliz al hombre en esta vida, es el que esten en calma y quietud, en quanto sea posible, las dos substancias, que constituyen al hombre. Acaso parecerá que la parte que toca á la sanidad del cuerpo, bien que pertenezca á la perfeccion de la felicidad, no deba con todo llamarse propiamente objeto de la Filosofía Moral; y esto no por otra razon, sino porque la Filosofía con todos sus preceptos é instrucciones, no puede hacer que recobre la salud, si se ha perdido, y que continuemos en ella, pues para esto no hay recetas en la Moral Filosofía: ni aun la misma Medicina basta, quando no hace de Médico la naturaleza. Uno de los ingredientes mas esenciales para la humana felicidad, es el tener que comer, beber y vestir; pero no es oficio propio de la Filosofía el proveernos de estas cosas, ni puede libertar á sus Profesores de que padezcan estas necesidades, no siendo suficientes sus dogmas y preceptos para hacer que un Filósofo no muera de hambre, de sed ó de frio. Y aunque, como veremos despues, facilite esta Filosofía, y subministre un gran socorro á la humana naturaleza con enseñarnos la virtud de la templanza, que es una utilísima medicina para conservar la sanidad; con todo, es cosa cierta, que propiamente hablando, no pertenece á la Filosofía Moral aquella felicidad que mira á la parte corporea de nuestra salud, la que bien podemos ingeniarnos á conservar ó recuperar; pero no está en nuestra voluntad el lograr este bien. ¿Cuál, pues, será la felicidad que debemos esperar de esta Filosofía? Dos cosas la componen solamente, la sanidad, ó buena composicion del ánimo, y su quietud y tranquilidad. La primera consiste en saber discernir, y juzgar bien de todo aquello que concierne y mira á nuestras acciones propias, para saber practicar las buenas y huir las malas. La segunda, en tener quieto el corazon, sin que le conturben las desordenadas pasiones, ni le agi-
ten

ten los impetuosos apetitos, todo pacífico, sin afanes, sin angustias, ni congojas; ni porque solamente desea el obrar bien, libre de los remordimientos de haber obrado mal, y porque se halla provisto de constante paciencia para soportar las adversidades, y trabajos de esta vida. Ved aquí el gran secreto de nuestra Filosofía, y ved también la felicidad á que podemos aspirar en esta terrena habitación: para conseguir esta, debemos trabajar quanto podamos. A esta especie de felicidad, que puede lograr el hombre en esta vida, y que depende de él mismo el alcanzarla, puede juntarse de quando en quando el gozo y posesion de otros honestos placeres, ó corporales, ó intelectuales, que aumenten esta felicidad: pero estos placeres pasajeros y casi momentaneos serán como una añadidura, pero no el constitutivo esencial de la felicidad permanente y verdadera, que buscamos ahora; pues ésta consiste únicamente en la buena disposición, quietud y tranquilidad de ánimo, siendo cierto, que despues que un hombre viviendo en este mundo no siente cuidados ni pensamientos que le acongojen y mortifiquen, despues que no tiene deseos, ni pasiones que le inquieten y conturben, ántes bien en su interior se halla contento y gozoso en aquel estado que Dios le ha puesto; éste puede decir que ha llegado á tocar aquel punto de felicidad á que tantos aspiran con grande estudio y atencion, y que muchos aun no han podido alcanzar; y quando ésta faltase, mal podrá llamarse feliz en este mundo un hijo de Adán. Deseo yo ahora que se estampe en el corazon de mis lectores esta doctrina, esto es, la que enseña que la felicidad substancial y asequible miéntras viva el hombre en este mundo, no consiste en el deleyte y placer, sino en la tranquilidad del ánimo, y en tener quieto su corazon; porque todos los medios que yo propondré de aquí adelante, no se dirigirán á otro fin, que al de hacer ver al hombre sabio esta bella y apetecible disposición para que en esta vida sea feliz.

§. VII.

ENtre tanto debe observarse atentamente, cuán diversa es por lo comun la opinion de los mortales sobre este punto; esto es, sobre la felicidad verdadera, y en lo que consista, miéntras viven en la tierra. Preguntad á la mayor parte de los hombres ¿qué es lo que se necesita para vivir y ser felices? Salud perfecta, responden, riquezas, abundante mesa, alegres amigos, gustosas diversiones, mandar á otros, &c. Ninguno se acuerda de entrar en lista la probidad, la templanza, &c. Todos sus discursos y razonamientos se dirigen á la vida regalona; pero de la buena no se habla palabra. Por esto los veréis á todos afanarse para conseguir altos puestos, encumbrados honores, y eminentes dignidades: en adquirir fama y gloria, en amontonar hacienda, en discurrir cada instante nuevos géneros de gustos y placeres, y especialmente corporales, en buscar modos y medios para mandar y señorearse de los otros; y finalmente en desear con ansia, y correr tras los bienes de fortuna. Todo esto sucede porque se figuran y persuaden que la bienaventuranza, que puede lograrse en esta vida, solamente se halla en el actual placer, ó en la posesion de estos bienes sensitivos, de donde puede originarse, y provenir el placer; pero proseguid á preguntar ¿cómo tienen estos su corazon? ¿Por ventura se halla siempre en calma y quietud, ó muchas veces agitado de una fiera tempestad? La experiencia quotidiana nos pone á los ojos el desengaño, y acaso lo probamos en nosotros mismos. No se consigue ciertamente con esto solo la alegría, quietud, y tranquilidad del ánimo, ó por lo ménos una alegría permanente no vive en compañía de todos estos bienes en el corazon del hombre. Grandes afanes cuesta el desear lo que nos falta, y no podemos conseguir; mayores fatigas padecen por lo comun otros muchos hombres, quando quieren lograr
pues-

puestos, riquezas, dignidades y señoríos. Despues que se han logrado estos bienes, no parecen ya aquellos mismos que con tanta ansia se deseaban. La costumbre de poseerlos es un encanto perpetuo, que no nos dexa gozar lo exquisito y dulce de tantos objetos, que ántes de conseguirlos hacian una fuerte impresion en nuestra fantasia; y un solo bien que nos falte de aquellos que deseamos, y no podemos conseguir, tiene fuerza bastante para llenar de acibar el gusto y placer de los otros que poseemos; fuera de que, abunde quanto quiera el hombre de Principados, dignidades, hacienda, gobiernos, y demas comodidades: sea privilegiado, y logre segun sus deseos todos los bienes terrenos; estos mismos bienes, ó verdaderos, ó tenidos por tales, jamas se hallarán sin muchas y agudas espinas, dolores y tormentos, que causan el adquirirlos, el manejarlos, y el conservarlos: acaso tambien serán incentivos de muchos vicios y raiz de muchos pecados, y de consiguiente causas de mayores miserias y penalidades. Vemos ciertamente, y no rara vez, que el disgusto, los zelos, las rabias, las ansias, y las angustias, mas presto se albergan en las casas de los poderosos y ricos, que no en las cabañas, y chozas de los pobres. Muéstrenos uno solo de estos poderosos, que esté libre de miserias semejantes, solo porque se halla en puestos eminentes, y posee muchos bienes. *La gran fortuna es una gran servidumbre*, como sabiamente lo dixo Publio Mímo: *Fortuna magna, magna servitus.*

§. VIII.

ANtes bien por ser mayor la delicadeza, y muchas veces la soberbia de los grandes señores, les es mas sensible por esto mismo aun la mas leve molestia, y pequeño trabajo. Júntese á esto, que ninguno de los bienes temporales puede llamarse propiamente nuestro. Los tenemos como de prestado, supuesto que la fortuna, ó por

por mejor decir la Divina Providencia, que nos los ha dado, puede fácilmente privarnos de ellos. Y para que uno pueda llamarse verdaderamente contento y feliz, no bastan pocos días, meses ó años de prosperidad; es necesario hacer la cuenta con todo el curso ó carrera de la vida. Acaso pasarán con serenidad la mañana ó el medio día, pero la noche será obscura y tempestuosa. No por esto se debe decir, que quando el corazón se esparce y explaya en alegría por algun placer actual, no debe llamarse feliz el ánimo en aquel instante; pero tampoco se debe negar, que aquel placer actual no es un constitutivo necesario para la felicidad de este mundo; porque no es posible que el ánimo, en esta vida, esté siempre en actual movimiento de delectacion y gusto, ántes por lo comun, ni siente deleyte, ni reflexiona si actualmente lo siente; y no obstante esto, puede el hombre tener motivo para llamarse feliz viviendo: fuera de que el carecer de males es una felicidad no pequeña; y los placeres que llamamos corporeos, esto es, los que por medio de los sentidos inducen á nuestra alma, y excitan en ella un movimiento de alegría, tienen esta particularidad, que muy continuados causan fastidio, y por esta razon dexan el ser de gusto y placer. Finalmente nosotros buscamos una felicidad, que el tenerla, y el perderla dependa de nuestra voluntad propia; una felicidad que sea durable, y pueda acompañarnos hasta la muerte. Las riquezas, los mandos, los puestos honoríficos son bienes inciertos, sujetos á las veleidades y caprichos de la que llaman fortuna, esto es, á varios accidentes que ocurren en el mundo: y si nosotros colocamos nuestra felicidad en estos bienes caducos y perecederos, la pondríamos sin duda en una cosa que no es nuestra: por lo que consiguientemente necesitamos buscar otra basa y fundamento mas permanente y firme, sobre el qual tanto los pequeños, como los grandes, á proporcion del estado en que se hallan, puedan fundar su felicidad permanente y propia.

El

El mismo Epicuro conoció esta necesidad, y finalmente se reduxo á constituir la felicidad propia en la sola indolencia, esto es, en tener el ánimo dispuesto, y compuesto de tal modo que en él reyne la paz, no sintiendo afan, ni dolor alguno, que le tenga conturbado é inquieto. Mudemos ahora el nombre á esta indolencia, llamándola tranquilidad de ánimo, y tendremos aquella felicidad, si no completa y perfecta, á lo ménos envidiable y permanente, á la qual debe caminar, y puede aspirar el hombre sabio, habitador de este baxo mundo. Esta tal qual felicidad en vano se espera de los Principados, de la nobleza, riquezas, puestos honoríficos, ni dignidades muy eminentes: y si por ventura la encontramos en quien goza estos bienes de la fortuna, ó frutos de su industria propia, no la producirán semejantes bienes, sino que será efecto de otra causa de que vamos á hablar ahora.

CAPÍTULO XXII.

De los medios con que puede conseguirse la felicidad de que es capaz el hombre sobre la tierra, esto es, de la virtud.

§. I.

SI los cetros y las coronas, las mas luminosas dignidades, la abundancia del oro, hacienda y rentas pingües no son bastantes para plantar, y mantener en el corazon del hombre la tranquilidad del ánimo: ¿quál será el medio para conseguir un bien tan grande y deseado? Las Escuelas de los Filósofos, y la christiana sobre todas ellas (no exceptuando al mismo Epicuro, que va concorde con todas en esto), alzan el grito, asegurando que la sola virtud del ánimo es la que puede tranquilizar el corazon humano en quanto alcanza la condi-

dición de su naturaleza. A fin de probar y experimentar esta calma, y quietud en nosotros mismos, es necesario en primer lugar tener por amigo á Dios, perteneciendo solamente á la virtud el procurar y conservar en el hombre un bien tan grande, que es el mas importante y esencial de la felicidad, y vida de quien habita sobre la tierra. En segundo lugar, se debe procurar tener por amigos, ó á lo ménos no por enemigos á los demas hombres, y para esto ayuda tambien conocidamente el ejercicio de las virtudes. En tercer lugar, es necesario regular, y refrenar sabia y constantemente no ménos nuestros apetitos, que nuestras pasiones, y este tambien es oficio de la virtud. Finalmente conviene desterrar de nosotros aquellas falsas opiniones, de que puede resultar en el corazon aun una leve, quanto mas una grave y tumultuaria conmocion; pero este remedio solamente debemos esperar de la sabiduría, virtud intelectual y moral al mismo tiempo, no ménos que de su hija la prudencia, que es la que gobierna y dirige las virtudes morales. A proporcion, pues, de la mayor, ó menor sabiduría, y virtud que tenga el hombre, podrá participar mas, ó ménos de aquella calma y tranquilidad en que habemos dicho que consiste la felicidad que compete al hombre, que en el viage de esta vida es aun viandante. Y porque el hombre en qualquier estado que se halle, sea pobre ó rico, noble ó plebeyo, de alto ó de baxo empleo ú oficio, dentro ó fuera del estrépito del mundo, superior ó súbdito; en todos estados, en fin, es capaz de adquirir y poseer la virtud; por tanto, ved aquí el medio que ha destinado nuestro buen Dios, para que toda suerte de personas puedan conseguir esta felicidad, que aunque sea imperfecta miéntras vivamos en este mundo; con todo, es la que busca con ansia el hombre sabio: siendo esto así, como lo es en la realidad, parece que ninguno debe tener fundamento justo para envidiar la suerte del otro, quando está en su mano el adquirir este

excelente y apetecible bien terreno, que consiste en la tranquilidad del ánimo. No obstante ser esta una verdad tan clara, parecerá esto á muchos una extraña Paradoxa. Si vemos continuamente que á los ricos y hacendados tienen envidia los pobres, á la nobleza la plebe, y casi todo súbdito á sus superiores, ¿cómo podíamos comprehender, ni pretender que no sea mas feliz, ó ménos infeliz el estado de aquellos primeros, que el de estos segundos?

§. II.

EN el Capítulo XXXV. tendré lugar de volver á tocar esta materia, en la que tiene mucha parte la opinion, que es forzoso desamparar, como diré allí. Entre tanto digo ser verdad, que el Príncipe, el poderoso, y otro qualquiera que ocupe puestos muy altos, teniendo abundancia de riquezas para mantenerlos, logran suficientes ventajas sobre el pobre labrador, sobre el artista, y sobre los demas pobres, que componen una familia muy numerosa. Las riquezas de aquellos no puede dudarse que son medios poderosos para libertarse de muchas incomodidades, trabajos y fatigas, á que está expuesta la pobre gente, que por esto se reputa por infeliz ordinariamente en comparación de los ricos y acomodados. Añádase, que por lo comun mayores gustos, y placeres disfruta el que tiene mayores riquezas, y de consiguiente se le acrecienta el capital de la felicidad en esta vida, cosa que no puede esperar el pobre, por lo ménos tan fácilmente. Por tanto, considerando estas verdades el comun de las gentes, no es maravilla que tanto suspiren por adquirir riquezas, tanto deseen el poseer grandes palacios, dilatarados cortijos, multitud de criados, y toda especie de comodidad, para la vida humana y civil. Y seguramente, que á excepcion de aquellos que caminan á la perfeccion, buscando un Reyno, y una felicidad que jamas tendrá fin, muy pocos se encontrarán acaso en el resto de los hombres, que no pre-
fie-

geran la suerte de los grandes y ricos á la de los pobres rústicos y artesanos; no obstante esto, debe observarse, que en el estado de los que tienen poco, y ganan el pan con el sudor de su rostro, se hallan singulares privilegios, aunque poco notados y considerados, siendo cosa cierta, que para esta clase de hombres estan reservados otros ventajosos placeres, que no prueban los ricos y grandes. S. Juan Chrisóstomo en la Homilia 55 sobre S. Mateo, y en otros muchos pasages de sus excelentes obras, forma una comparacion bellísima entre estos dos estados, y señala en ella las mútuas comodidades, é incomodidades con que la Divina Providencia va contrapesando la suerte de todos los hombres mientras viven sobre la tierra. Hablo ahora solamente de la gente plebeya y baxa, pero de aquella que no esté tan oprimida de miserias y trabajos, que ni le falte el sustento diario, ni tenga cerradas las puertas á todo consuelo, y de consiguiente á la quietud y tranquilidad de su alma y de su cuerpo. Pedia el Sabio á Dios que ni lo cargase de riquezas, ni lo reduxese á una pobreza extremada: *Divitias, & paupertatem ne dederis mihi*; y qué estado es el que pide á Dios el Sabio? Solamente lo necesario para vivir: *Sed tantum victui meo tribue necessaria*. Lo cierto es, que si ni en el corazon de los ricos, ni en el de los pobres se hallase la quietud y tranquilidad del ánimo, en la que, segun hemos probado hasta aquí, consiste la felicidad de los mortales, ningunos de estos llegarían á ser felices. Ni la mayor abundancia de conveniencias y placeres actuales de que gozan por lo comun los ricos, basta para hacerlos mas felices y dichosos; pues, como ya hemos visto, estos placeres y deleytes son como una añadidura á la felicidad verdadera; pero no son esencialmente la felicidad misma; ántes bien debemos tener por cierto que el corazon de un pobre, el qual puede, y sabe estar siempre en calma, debe preferirse al de un rico y grande del mundo, el qual continuamente se halle agitado de sus

apetitos y pasiones, y de otros vientos que causan en él inquietudes y desasosiegos. Puede preguntarse tambien si es mas feliz el pobre en quien se hallase esta virtud de la tranquilidad, que el rico que tiene igualmente esta virtud? Porque así como la virtud puede hallarse en el pobre no ménos que en el rico, así toda condicion de personas que elija, y se determine á seguir y abrazar la virtud, es capaz de la tranquilidad, y de aquel bienaventurado sosiego á que aspira el hombre sabio. Dexo por ahora indeciso, si aquel rico virtuoso, en cuya mano está el apartarse de muchos males, y gozar actual y efectivamente de muchos bienes y comodidades, debe ser, ó no preferido, absolutamente hablando, al pobre tambien virtuoso, como se hace ordinariamente. Puede tambien el pobre, con tal que sea profesor de la virtud, gozar de muchísimos inocentes actuales placeres, y no experimentar muchos afanes, que como rayos activos y destruidores van á herir, no las humildes chozas, sí bien las torres altas. Puede tambien adquirir la tranquilidad del corazon, que es el principal constitutivo de la felicidad, guardando la inocencia y la templanza en su modo de vida, contentándose con el estado en que Dios le ha puesto, siendo industrioso, y amante de la fatiga y trabajo, sin afanarse por las falsas brillanteces del mundo. Ciertamente que no habló al ayre el Príncipe de los Poetas latinos quando dixo:

Felices sua si bona norint Agricolae.

Y tambien Oracio tuvo su justo motivo para dexarnos aquella sentencia; *Beatus ille, qui procul negotiis, &c. Paterna rura bobus exercet suis, &c.*

§. III.

NO faltaria materia si quisiesemos tratar esta questão académicamente. Lo que podemos decir desde luego acerca de esto es, que la serenidad del ánimo, y de
con-

consiguiente la felicidad del pobre virtuoso , tal qual dexamos ya dicho , será por lo comun mas segura , y permanente que la del rico igualmente virtuoso. Toda grandeza y riqueza es para su dueño una tentacion continua , un fuelle que jamas se cansa de soplar y mover los apetitos y pasiones , una ocasion para perder la virtud y la amistad de Dios , que son las causas y fomentos esenciales de la tranquilidad , ó sea la felicidad posible , que viendo en la tierra puede lograr el hombre. Grande es la dificultad que experimenta el que manda muchos Pueblos , ó abunda en riquezas y hacienda , para refrenar la vanidad y soberbia , para defenderse de las ocultas baterías del interes y avaricia , y para superar y vencer las dulces lisonjas de la infame luxuria , todos los cuidados de la gula , de la ira , y de la venganza , y de otras muchas pestilentes dolencias de semejante naturaleza. El humo es ordinariamente el alimento de los grandes ; y la hacienda grita continuamente en el corazon de los ricos , persuadiéndolos , que ella está destinada para que logren sus placeres y gustos. Gran valor y fortaleza es necesaria para resistir á persuasivas tan eficaces como continuas. Al contrario , el que se halla en pobre estado , no tiene estos enemigos , ó si los tiene , fácilmente los derrota y deshace. Por tanto , los Santos por lo comun eligieron la pobreza , como guardiana mas segura , y fiel de la virtud , ó supieron vivir como pobres en medio de la abundancia , y puestos muy eminentes. Cierramente que los grandes y ricos tienen mas necesidad que los pobres de una buena provision de virtudes para no caer y sostenerse ; y por consiguiente el que es Santo en medio de las grandezas , y en la abundancia de las riquezas , regularmente hablando , puede llamarse mas Santo que los otros.

§. IV.

PAsemos ahora á explicar qué es lo que entendemos por este nombre de virtud , que es lo mas impor-
tan-

tante en punto de la Filosofía Moral: y no hemos de tratar de ella solamente para aprender á conocerla, sino tambien para poseerla y exercitarla; pues en la posesion y en la práctica de ella consiste toda la esperanza de tranquilizar nuestro ánimo en esta vida. Dexo aquí á los Escolásticos todas sus disputas en este punto: dexo y venero todas las definiciones, que de la virtud han dado otros, y permítaseme llamarla una determinada y constante voluntad de seguir siempre en las humanas acciones el orden que ha señalado Dios, y que nos está manifestado por la recta razon, ó por la revelacion del mismo Señor, y de seguirlo siempre, porque es cosa que agrada á la Magestad Suprema. Para que un hombre pueda llamarse virtuoso, ó esté dotado de las virtudes morales, que llaman los Latinos *virtutes del ánimo*, es necesario en primer lugar el conocer qual sea el orden y disposicion que la Ley de Dios pide y busca en el corazon, y acciones del hombre, consultando para esto la razon natural y la divina revelacion, la qual ofrece un admirable refuerzo á esta misma razon, para conocer mas claramente lo que el Supremo Autor, Señor y Gobernador del mundo requiere y pide á sus criaturas racionales: de esto volverémos á hablar despues. Lo segundo, luego que se haga reconocido este orden y disposicion de Dios, es necesario que la voluntad se aplique y determine á quererlo, aficionándose y abrazándose con él mismo; y de consiguiénte debe aborrecer todo desorden en las humanas acciones y en las costumbres, como cosas todas contrarias á las disposiciones y ordenanzas divinas. Lo tercero, no basta tener esta voluntad así como quiera, es necesario que sea una voluntad determinada y espontánea, que quiera y execute con gusto y placer todo aquello que sea conforme á la intencion del Supremo Legislador. El hacer limosna á un pobre, pero de mala gana: el perdonar al enemigo, pero solamente con la boca: el abstenerse de la deshonestidad, del hurto

y otras cosas malas, pero únicamente por temor de no caer en las manos de la humana justicia; no son actos de virtud, porque les falta aquella afición, aquella alegría y resolución que debe tener nuestra voluntad quando obra bien. Aun quando la voluntad quiera alguna vez con afecto y sinceridad aquello que la prescribe y señala la recta razón, no basta esto para que un hombre sea y se llame verdaderamente virtuoso. Se requiere y necesita mas; esto es, que la voluntad sea constante en el bien obrar, habituándose á las acciones de virtud, absteniéndose al mismo tiempo de los actos contrarios á ella. Por esto Aristóteles y sus sequaces llamaron doctamente á la virtud *un hábito operativo de bien obrar*, ó *de obrar el bien*. ¡O! es forzoso confesar que cuesta sudores el adquirir la virtud. Un solo acto de ella no constituye un virtuoso, ni basta para manifestar que haya echado raíces la afición á la virtud. Un hombre refrena y contiene hoy su cólera contra un criado de su casa: ved aquí un acto virtuoso de mortificación; pero acaso este mismo, agitado mañana de la misma cólera, le rompe al pobre criado la cabeza. Hoy ayuna algun otro, y es templado; y acaso mañana lo hallarás beodo. Es necesario, pues, que el hombre dé muchas pruebas para asegurarse que su voluntad está habituada en el bien, y en el amor la órden y disposición de Dios. Este hábito se conoce quando la voluntad, despues de repetidas experiencias, se halla diestra y pronta para practicar en todo tiempo, y en qualquier coyuntura, sin trabajo y espontáneamente, las acciones racionales y honestas, con aborrecimiento y horror á las contrarias. Ningun arte se exercita bien, quando el artista no está muy práctico en ella. ¿Qué será, pues, del arte de bien obrar, y vivir como sabio, que es la mas espinosa y difícil que hay en el mundo?

§. V.

A Demas de todo esto, es necesario que la voluntad quiera aquello mismo que dicta la razon, porque esto es lo que se llama *racional*, y es conforme al órden que ha señalado el mismo Dios, y lo que nos enseña la naturaleza y los discípulos de la Sabiduría. Honestísima cosa y acción muy laudable es el proteger y defender las viudas, los pupilos y los huérfanos; pero ninguna de estas será acción virtuosa, quando alguno la execute, no diré por secretas y perversas intenciones y abominables fines de lascivia, porque en este caso ya serán vicio; mas aun quando se hagan solamente por interes, lo qual no es virtud. No deberá llamarse humilde, el que únicamente por miedo de algun superior, ó por llegar á conseguir algun empleo, que desea con ansia, como sucede cada dia, se exercitase en actos de humildad. Máscaras de virtud con resabios de hipocresía son estas cosas, no virtudes morales, ni christianas; porque la recta intencion y el buen fin, son los constitutivos de la verdadera virtud. Quanto llevamos dicho en órden á la virtud, y á este propósito, otro tanto debe decirse del vicio, el qual puede llamarse *una voluntad determinada y constante de querer aquello que es contra el órden dado, y señalado por Dios, manifestado á nosotros, ó por la razon natural, ó por la divina revelacion*. La costumbre y facilidad de hacer actos viciosos, se requiere tambien para adquirir el hábito, y para que con propiedad se llame vicioso un sugeto: ni basta para esto el que caiga alguna vez en vicio ó pecado, sino es que la accion sea tan enorme y fea, y se acompañe de tales circunstancias que manifiesten su malicia completa, que proviene de un ánimo inficionado, y extrañamente corrompido del vicio; y en este caso mereceria riguroso castigo, como verdadero vicioso.

§. VI.

BAsta por ahora lo poco que hemos dicho sobre la virtud en general, siendo esta un árbol tan noble y poblado, que se derrama y esparce en muchas y varias virtudes particulares, á las cuales los Filósofos antiguos pusieron nombres con tanta extension y particularidad, que no solamente nos señalaron las principales ramas y gajos de este árbol hermoso; mas tambien los jimpollos mas pequeños, como dando á entender que qualquiera accion laudable, que pertenezca á las costumbres del hombre, pueda por sí llegar á ser una particular virtud. Observó despues Aristóteles, que en un medio consistian todas las virtudes; y quiso decir y enseñarnos que estaban en medio de dos extremos, que son el defecto y el exceso; de modo, que así como el que bayla sobre una maroma, debe observar el equilibrio que está en el medio, si quiere mantenerse lo que no conseguirá si se inclinase á una de las dos partes izquierda ó derecha, pues en este caso caerá infaliblemente; del mismo modo el virtuoso debe evitar uno y otro extremo, el exceso y el defecto, para no caer en el vicio; pues vicios se llaman los extremos entre los cuales estan puestas la virtudes. No puede dudarse ser muy ingeniosa esta regla, y esta observacion muy provechosa; pero no es adaptable á todos los casos; porque ademas de ser cosa muy difícil el determinar este medio, y estos extremos en todas las virtudes, crece la dificultad de buscar y señalar los extremos en alguna determinada virtud, y en muchas no distan del medio con igual proporcion. Dexando, pues, á parte estas cuestiones, apuntaré mas presto los nombres de aquellas virtudes, que hallamos en los libros de nuestros mayores. Quatro son entre todas las principales, que se nos presentan á la vista, que se llaman cardinales en atencion á su extension é importancia, que es de tal manera que muchos quieren que sean parte de estas, ó nazcan de

de ellas las virtudes todas. La prudencia, puesta entre la insensatez y la astucia ó picardía: la justicia, cuyo exceso no se descubre fácilmente; pero sí el defecto, que es la injusticia: la templanza, que se halla en medio de la destemplanza é insensibilidad, extremo, que ciertamente lo ha imaginado alguno por decir algo: la fortaleza colocada entre la vileza ó pusilanimidad, y el atrevimiento ó temeridad. Dividen despues la prudencia en privada ó particular, económica, política, militar y real: y debemos darles gracias porque se han contentado con tan poco; pues podian adelantar los términos de esta division, diciendo que hay prudencia mercantil, propia de los mercaderes: prudencia médica, propia y muy practicada de los Profesores de esta facultad: prudencia forense, necesaria á los Abogados y Procuradores: prudencia de Pilotos, de labradores y de los otros artistas; pues para cada una de estas facultades se necesita una particular prudencia. Tambien llamaron partes integrales de la prudencia á la memoria, la docilidad, la sagacidad, la razón, la providencia, la circunspeccion y la precaucion. Admitió tambien la justicia sus divisiones propias, y de ella quieren que nazcan la religion, la santidad, la piedad, la caridad, la obediencia, la veracidad, ó sea sinceridad, la gratitud, la liberalidad, la afabilidad y la amistad. De la templanza quisieron que fuesen hijas la abstinencia en el comer, y la sobriedad en el beber, la continencia ó castidad, y la pudicicia, la vergüenza, la clemencia, la humildad, la modestia, la dulzura, la misericordia, el amor del decoro, la amabilidad, la gentileza, la urbanidad, ó jocosidad en la conversacion. Finalmente, baxo la fortaleza pusieron la confianza, la magnanimidad, la paciencia, la longanimidad, la magnificencia, la constancia ó perseverancia.

§. VII.

NO es difícil el conocer que algunas de estas virtudes se diferencian en solo el nombre, y no en la substancia; además de que no todas estas virtudes aparecen propiamente subordinadas á las quatro cardinales, ya referidas. Ultimamente puede parecer á alguno que no está completo este catálogo mencionado; pues tenemos la generosidad, la beneficencia, la mansedumbre, la cortesía, la discrecion, la parsimonia, la benignidad, la gentileza, la intrepidez, y otros nombres que ocurren en los discursos familiares, y que no obstante significan en parte lo que expresan las virtudes precedentes; pero sobre todo se ha de añadir á aquel catálogo con un nombre particular la virtud de la mortificacion, como una de las principales y mas importantes virtudes de la vida moral, y parte de la templanza, que es virtud cardinal. Quien quisiese tratar particular y plenariamente de todas estas virtudes, y delinear sus empleos y actos propios, juntamente con sus extremos, entraria en una carrera muy larga y dificultosa. Yo me contentaré con presentar á mis lectores solamente aquellas que juzgare de mayor importancia, y necesarias en la práctica á todos los que desean ser verdaderos christianos y sabios. Digo necesarias á todos; porque toda criatura racional debe tener una cordial inclinacion y aficion á qualquiera virtud; pero no es necesario que en la práctica las exercite todas. ¿Como podrá el pobre mendigo ser magnífico ó liberal? ¿Cómo exercitará la mansedumbre y clemencia el que jamas ha recibido ofensa ó injuria? ¿Cómo tendrá el mérito de la fortaleza militar una persona consagrada á Dios, ó una muger? Al contrario, todos tenemos obligacion de mantenernos léjos de todo extremo vicioso, bastando un solo vicio para privar del glorioso título de virtuoso á qualquiera que por otra parte fuese recomendable por la posesion y práctica de varias virtudes. El que uno por exemplo ja-

mas

mas exercite la virtud de la liberalidad, acaso tendrá buenas razones para excusarse, pero le faltarán esas para ser pródigo, y para ser avariento; y lo mismo podrá decirse de otras virtudes y vicios.

§. VIII.

ENtre tanto conviene acordar aquí, que la verdadera reputacion y mérito de las criaturas racionales que habitan sobre la tierra, consiste principalmente en la posesion y exercicio de las mencionadas virtudes; porque en el amor y en el exercicio de ellas está colocado el buen uso de la razon, y el ser semejantes de algun modo al mismo Dios, cuyos atributos infinitos y excelentes deben servir de regla y norma á las virtudes del hombre. Por tanto, la mas bella figura que pueda hacer el hombre en el mundo, es la de ser y darse á conocer por virtuoso. Y quanto en mas alto puesto se halle colocado el hombre, y tenga campo mas anchuroso para exercitar las virtudes, tanto mas luminosa y digna de alabanza será su vida y persona siempre que no dexé esta carrera; fuera de que no hay cosa para los profesores de la virtud tan útil y provechosa como la virtud misma. Si del amor y la práctica de esta, y no de los cetros y coronas, ni de los empleos altos y honoríficos, depende verdaderamente el gozar la permanente y verdadera felicidad, de que son capaces los mortales en esta vida, no puede decirse mas para dar á entender la grande utilidad de la virtud. Ni solamente es ella ventajosa á quien la posee y exercita, mas también lo es á la sociedad humana y á las repúblicas, en las quales, quanto es mas abundante la cosecha de los virtuosos, tanto es mayor la felicidad y la gloria de las mismas repúblicas. Muy al contrario los vicios, que son los que introducen los trabajos, la miseria y la ignorancia en las personas privadas, y llegan á desconcertar la armonia y buen esta-

do de las repúblicas. Esta sola comparacion de la virtud y el vicio basta para conocer qual sea la belleza y mérito de aquella, y qual la fealdad abominable de este. Una comunidad, que solamente se compusiese de amantes y profesores de la virtud, podria llamarse un Reyno envidiable de paz, de delicias y de amor. Al contrario, una que se forme de viciosos solamente, seria un exemplar de confusiones y desórdenes; y no se encontraria reparo suficiente que pudiera librarla de su destruccion y ruina. Por tanto, al paso que la virtud es digna de toda alabanza y aprecio, otro tanto es despreciable y vituperable el vicio. Y quanto aquella debe elegirse y practicarse, otro tanto debe el vicio aborrecerse y huirse. No quiero disimular aquí una de las mas lastimosas desgracias que al presente afligen á la humana naturaleza: bellísima y utilísima es la virtud: deberia ella sola reynar, ó por lo ménos abundar en el mundo; y con todo vemos que con grande exceso reyna en él y abunda el vicio. No hay que maravillarse: para conquistar y lograr la virtud, cuyo camino es empinado, áspero y escabroso, es necesario ánimo y esfuerzo. No sucede así con el vicio, cuyos caminos van ácia abaxo, y para baxar no se necesita de tanto esfuerzo. Ademas de esto es muy fácil el pasage del estado de la virtud al de los vicios, siendo escabrosísimo y difícil el del vicio á la virtud. Poco se necesita para hacer una mortal herida; pero mucho para sanarla. Finalmente, si hemos visto arriba un rico y numeroso catálogo de las virtudes, debemos saber que aun seria mas dilatado el de los vicios, si se quisiese registrar el nombre de todos, y cada uno de ellos. Señalemos con todo algunos de los mas comunes. Tales son la soberbia con todos sus hijos; esto es el orgullo, la insolencia, la presuncion, el atrevimiento, la arrogancia, la vanidad ó vanagloria, la ambicion, &c. la impiedad, la injusticia, la luxuria, la gula, el interes ó avaricia, la pusilanimidad, la temeridad, la intemperancia,

cia, la ingratitud, la impaciencia, la imprudencia, la crueldad, la brutalidad, la inmodestia, la desesperacion, la obstinacion, la hipocresía, la simulacion, la adulacion, la mentira, la infidelidad, el falso zelo, la fraudulencia, la traicion, la incivilidad, la pedantería, la instabilidad, la implacabilidad, el escándalo, el hurto, la rapiña, la envidia, el perjurio, la maledicencia, la blasfemia, la desobediencia, la venganza, la prodigalidad, y otros muchos vicios, cuyos nombres oimos en el comun language, y se hacen ver aun en las costumbres y acciones de tantos hombres.

§. IX.

EL jóven sabio, ó el sabio entre los jóvenes, desde luego concibe una firme resolucion de aborrecer el vicio y seguir la virtud: no le faltan buenos exemplos que imitar: muchos viven aun en sus escritos, y muchos se presentan cada día á nuestros ojos; de manera, que la raza de jóvenes sabios, y de costumbres irreprehensibles, no faltará jamas entre los hombres. A estos procura imitar el mancebo juicioso y amante de la virtud, aun quando todos los otros sean iniquos y perversos (lo que jamas sucederá). El jóven virtuoso y sabio está firmemente resuelto á seguir el camino de la virtud y probidad, porque le sobran luces para conocer que la virtud sola es la que puede agradar á Dios, de quien nos viene todo el bien; y que ella es la que va de acuerdo con la recta razon, quando el vicio por el contrario la desprecia y maltrata, reduciendo al hombre á la condicion de una fiera bestia. Es verdad que la senda y camino de la virtud es á los principios empinado y aspero; pero siguiéndole con animoso esfuerzo, se descubre siempre mas ameno y delicioso, infundiendo siempre una verdadera alegría en el corazon de quien lo sigue con firme constancia. Al contrario, el camino de los vicios es al principio muy fácil, y parece llano, delicio-

so y ameno , se representa todo sembrado de hermosas flores , y convida con alegrías y placeres ; pero al cabo de la jornada , todo es inquietudes , arrepentimientos y dolores. Camine , pues , por este carril el que desease una buena cosecha de miserias é infelicidades , que tarde ó temprano experimentará en el alma y en el cuerpo. En esta carretera se deleyta y goza el que desprecia y hace poco caso de Dios , justo y severo Juez para castigar los malos , y liberalísimo remunerador de los buenos. Finalmente , la virtud es el único medio para estar bien aquí , y mucho mejor en el país de la eternidad , y merece el titulo de sabio el que sirve y ama á un Dios tan bueno ; siendo por el contrario un loco y necio el que se aparta de él , por seguir el vicio. Mas porque la mayor parte de las virtudes consiste en contener nuestros apetitos y refrenar nuestras pasiones , en seguir lo que es honesto y justo , y en ordenar el hombre sus acciones todas ; pasemos ahora á exâminar primeramente qué cosa sea lo que llamamos honesto : despues verémos en lo que consiste este orden ; y finalmente trataremos del freno , y modo de contener nuestros apetitos.

CAPÍTULO XXIII.

De lo honesto , de lo justo y de la virtud , si por su naturaleza , ó esencialmente sean cosas buenas , y del orden que quiere Dios en el hombre.

§. I.

DE mala gana entro á tratar questões metafísicas y sutiles , quando escribo la Filosofía Moral , ó de las costumbres ; porque deseando que estos razonamientos tales quales son puedan servir á los jóvenes , y á los de mediano ingenio , que suelen ser los
mas,

mas, no quisiera precisarlos á que masticasen conocimientos recónditos, y meramente especulativos, que fatigan y cansan por de contado, y suelen instruir y enseñar poco al que no está acostumbrado á rumiar y meditar atentamente, ó es poco aficionado á este género de estudio; y mas quando ya he dicho, y lo repito ahora, que esta Filosofía debe tener por término y fin el saber obrar, y no el saber disputar. Todavía no puedo dexar de decir aquí dos palabras sobre lo que llamamos *honesto*, importándonos mucho el conocer y saber que hay honesto, para que el hombre se enamore de una cosa tan bella, y procure enderezar á ello todas sus obras. En el Capítulo VII. hemos hablado y discurrido un poco sobre la razon; pero aquí conviene que extendamos el discurso y la pluma para buscar con mayor cuidado su origen y esencia. No faltó en las antiguas sectas de los Filósofos quien no quiso reconocer lo honesto, pretendiendo que la justicia y la virtud no fuesen otra cosa que unos nombres puramente tales, que el comun consentimiento de los sabios aplicó á todo aquello que es, ó aparece útil al hombre en particular, y á la república en comun. Aristipo, Epicuro, Carneades y otros Estoicos fuéron los autores de tan malignas máximas y perversas doctrinas, las quales han renovado en el siglo próximo pasado algunos ingenios fuera de Italia, no sé si por ambiciosa vanagloria, ó por pura malicia. Lo cierto es, que todo cede en descrédito de la virtud, que aunque estos Filósofos la pintan muy bella, pero en cierto modo hacen que dependa su hermosura mas de la opinion agena, que de su naturaleza propia. Por tanto digo, que es igualmente notoria y verdadera la division del bien en honesto, útil y deleytable, por lo que toca á las operaciones del hombre, de las que hablarémos despues. En quanto al bien honesto parece que no hay diferencia alguna entre él, lo justo, y el obrar como virtuoso; ántes bien parece que debe decirse, que lo honesto es el género, y lo justo y la virtud son sus

especies: conviniendo el mérito de la honestidad aun á las acciones indiferentes, como son el comer para sustentar la vida, el pasearse por motivo de la salud, &c. sin que á estas operaciones convenga propiamente el título de virtuosas y justas, aunque el llamarlas así no sería un solecismo insufrible.

§. II.

HE dicho ya que fué sentencia de algunos antiguos, renovada despues por un moderno, que la denominación que se da á ciertas acciones humanas, que nosotros llamamos honestas, justas ó virtuosas, no se funda en cosa distinta de la misma denominacion, y que estos nombres no son otra cosa que la utilidad, ó lo útil solamente, á cuya contemplacion, y no por otro motivo se introduxéron semejantes términos. Observáron los sabios, por exemplo, como una cosa ventajosa á la república, que aquel que se entraba en posesion de algun terreno no sujeto á otro hombre, y pasase á cultivarlo, adquiriese siempre derecho y dominio sobre el tal terreno, é hiciese suyos los frutos. Porque de este modo se animarian todos á cultivar la tierra, cosa tan necesaria á la república, llamáron justo á este dominio y justicia, y virtud el que se le mantuviese al justo poseedor. Al contrario, porque conociéron quan dañoso sería á la república que un hombre perturbase el dominio justo del otro, y le hurtase los frutos de sus campos; por tanto, llamáron injusticia, deshonestidad y vicio el robar la hacienda de otros: del mismo modo, considerando quanto sea provechoso al hombre el refrenar su cólera, contener su lengua y sus bestiales apetitos, diéron el nombre de virtud á semejantes acciones, y de vicio á las contrarias. De la misma manera, viendo el perjuicio y desconcierto que de los homicidios, de los engaños, de los adulterios, y otras acciones semejantes se sigue, tanto al público, quanto á los particulares, tomaron motivo para llamar

viciosas, deshonestas é injustas tales acciones. Por tanto, Horacio, sectario de Epicuro, dexó dicho:

Ipsa quæque utilitas, justî prope mater, & æqui.

§. III.

Pero aquí no se controvierte si los primeros autores de estos nombres, y de las leyes pensáron solamente á lo útil que de ellas podia seguir. La dificultad está en ver si solamente la utilidad ha sido en alguna ocasion, y si aun hoy tambien lo es, que la hace laudables y eligibles las acciones que llamamos honestas, justas y virtuosas. Es cierto, que todo aquello que contiene ó encierra en sí honestidad, justicia y virtud, es un bien útil, no ménos para el comun que para el particular; y quanto mas crezcan en una república las acciones buenas y honestas, tanto mayor seria la felicidad y utilidad de la misma república; pero por otra parte es evidente que lo honesto y lo justo de las humanas operaciones: de las quales lo útil no va separado ordinariamente; esto, digo, no puede nacer de la misma utilidad; por lo que hay tantas acciones, que son útiles ciertamente, pero no por eso son honestas, justas y virtuosas, y de consiguiente conviene buscar otro principio, que sea el verdadero constitutivo de lo honesto, prescindiendo de lo útil, que anda junto con él muchas veces; y es tanto mas necesario el buscar este principio al considerar que si se admitiese solamente la utilidad por principio suficiente sin hacer mencion de otra cosa para que el hombre obrase prudentemente, se abriria una gran puerta á un tropel de iniquidades contrarias á la buena armonía de los vivientes, y á la paz tan necesaria á las repúblicas; esto es, podria hacerse sin peligro alguno todo aquello que fuese útil, ó pensasen los hombres que lo era, quando no hubiese temor, ni peligro alguno de que lo pudiesen descubrir, y consiguientemente castigar las leyes humanas; ó por decirlo de una

una vez no habria inconveniente en hacer todas aquellas cosas que las leyes dexan al arbitrio de los ciudadanos sin determinar pena alguna, lo que verdaderamente es insoportable. El mismo Tulio en el libro primero de las leyes conoció las malas conseqüencias de esta doctrina, y dexó varios exemplos de ellas, como sería de quien confiase á un amigo una buena suma de dinero para que despues de su muerte la emplease en una cosa determinada. Ciertamente que sería una gran ventaja para este amigo el aplicarse aquel dinero despues de muerto el otro, sin que tuviese que temer el menor riesgo, ni pena de la justicia humana. Por tanto ha de haber un principio superior al de la utilidad, que pongan freno á la demasiada codicia, los fraudes, á la infidelidad, á la oculta deshonestidad, á los excesos de la gula, y á otras semejantes operaciones del hombre, ó escondidas ó no castigadas por las leyes civiles. Este principio es el que ahora vamos buscando.

§. IV.

Conviene todos los Filósofos ser cosa muy difícil el dar ó señalar una difinición intrínseca y adecuada de lo bueno y de lo hermoso; y por tanto se sirven mas presto de una descripción, que de una difinición. Experimentase lo mismo hablando del bien honesto. El excelente ingenio del Cardenal Sforcia Palavicino creyó haberlo difinido con decir, *que es aquello que la naturaleza quiere que nosotros hagamos*; pero desde luego apostaré que no á todos agrada esta difinición, sabiendo que la naturaleza no es una potencia inteligente, á quien pueda agradar ó no agradar lo que hagamos nosotros; y aun quando con este nombre quiera entenderse alguna otra cosa; con todo, la naturaleza humana en el estado en que al presente se halla, infestada de varias y peligrosas enfermedades, ¿cómo podrá tomarse por una directora y segura conductora infalible de

de nuestras acciones? Por tanto, siguiendo la doctrina, que en otra parte dexó establecida el mismo Cardenal Sforzia, y entendiendo por este nombre *naturaleza* al sabio Autor de ella misma, podrá con mas fundamento llamarse *bien honesto* todo aquello que el Autor de la naturaleza quiere que hagamos nosotros. Séame lícito, no obstante esto, el definir el bien honesto de otro modo, diciendo, *que el bien moral y honesto es aquel que va de acuerdo con las leyes del orden que Dios para mayor honra suya y para nuestro bien, y perfecta felicidad, quiere y desea que los hombres practiquemos y pongamos por obra* Explicaré lo que quiero decir en esta definición. Es propio del hombre sabio buscar en todas sus cosas quanto le sea posible, y hacer que en ellas se dexen ver el buen orden; porque sabe muy bien que donde este se halla, se halla tambien perfeccion y belleza; y donde hay desorden, allí hay imperfeccion y deformidad. Pero porque esto que llamamos orden, mas facilmente se pronuncia que se entiende, por ser una nocion, ó conocimiento metafísico y delicado, cuya esencia no la penetra tan fácilmente el que no tiene habilidad, y no quiere cansarse en una profunda meditacion; por tanto, procuraré explicarme, asegurando que se podrá acaso entender este orden diciendo, que no es otra cosa que una disposicion proporcionada de acciones ó cosas, que así en sus partes, como en el todo, se dirigen á un fin sabiamente escogido ó meditado. ¿Quereis saber si se halla orden en la fábrica de una casa, ó de un palacio? Observad el fin: no digo aquel que puede proponerse un hombre caprichoso ó loco; digo el fin ordinario y comun de quien tiene juicio. La intencion suele y debe ser la de formar un edificio el mas cómodo que se pueda para los habitadores, y proporcionado al sitio, tan bien dispuesto en sus partes, que cause deleyte, ó por lo ménos no ofenda los ojos del que lo mire: quando sea tal habrá orden allí; y esto podrá encontrarse tanto en las grandes fábricas, como en las pequeñas: será

pe-

pequeña una casa, pero con tal que esté bien repartida y dispuesta, se hallará en ella todo el orden conveniente y proporcionado al fin de quien la mandó fabricar, y podrá poner en ella aquella inscripción que Ludovico Ariosto hizo poner en la suya: *Parva, sed apta mihi*; ó la otra: *Morituro satis*, que se lee en otra. Al contrario, si en un gran palacio hallásemos las principales piezas muy baxas, las puertas y ventanas angostas, que no reciben bien la luz, penosas y mal formadas las escaleras, mal divididas las estancias, ó con semejantes defectos de arquitectura, cotejándose todo esto con el fin premeditado por el Príncipe, que es sin duda la mayor comodidad, juntamente con la magnificencia; no puede dudarse que conoceremos que aquí tiene parte el desorden, y no el orden deseado por el Príncipe. Así tambien cada uno sabe qual sea el fin inmediato de un excelente relojero en la fábrica de una muestra, ó de otro género de relojes. No es otro su fin, que el de formar una máquina, que mida el tiempo, y regularmente lo divida, haciendo conocer sucesivamente el camino y pasage de los minutos, de los quartos y de las horas. Toda aquella disposicion de muelles, de cadenas, de cubo ó tambor, de péndolas de ruedas y otros instrumentos, este es el orden de que se vale este artífice para llegar al fin que se propone: sin este orden manifestará aquella muestra, no ciertamente la buena division del tiempo, sino la insuficiencia, la ignorancia, y la poca atencion del artífice, que no conseguirá el fin que se propuso en la construccion de este reloj. Así tambien hallaremos el orden en un jardín, destinado para la honesta delectacion del hombre, quando encontremos en él la variedad de objetos, con buena proporcion distribuidos: asimismo en un ejército, si los esquadrones estuvieren ni muy numerosos, ni muy endeblés, tendrán una perfecta disposicion; de manera, que un hombre no oculte á otro hombre, ni una fila se confunda con la otra, y puedan ocurrir fácilmente á la defen-

fensa , y ofensa por todas sus fachadas. Del mismo modo en una pintura , en una tragedia , en una oracion , en los vestidos , y en otras mil cosas descubriremos orden ó desorden , quanto las partes de aquella cosa , y el todo que de ellas resulta , influyan mas ó menos para el fin que en ellas se propone el hombre sabio.

§. V.

O Curreme aquí que muchas veces me he encontrado con personas , que se maravillan , ó por mejor decir , se lamentan de que Dios haya criado en este mundo leones , tigres , osos , lobos , y otros semejantes animales feroces , y tantas serpientes é insectos , ó molestos , ó asquerosos , y nocivos al hombre. No se atreven á decirlo , pero quisieran significar , que estos mas parecen desórdenes que órdenes en la fábrica de este gran todo , que se llama obra de Dios , hecha para el hombre. ¡ O buen Dios , cómo no conocemos jamas nuestra ignorancia y temeridad , quando nos atrevemos á criticar las obras de un Artífice tan Soberano , que ha fabricado con tan admirable modo tantas cosas en este mundo , y sobre todo á nosotros mismos ! Todo hombre sabio dice en voz alta : Vos , Señor , lo habeis hecho todo con infinita sabiduría , así lo que yo entiendo , como lo que no percibo. *Omnia in sapientia fecisti.* Nosotros deliramos muchas veces , porque la corta vista de nuestros entendimientos no puede llegar á descubrir tantos y tan delicados fines , ó físicos ó morales ; pero con todo debemos creer que nuestro Sapientísimo Dios los ha tenido en producir cada uno de tantos objetos como vemos en el mundo. Estos fines particulares deben suponerse en la mente divina infinitamente sabia ; además de aquello que nos enseña la divina revelacion , sobre la caída de nuestro primer padre Adan , y de la mutacion de tantas criaturas , que se le rebelaron por esta causa. Considera

rad las víboras y los escorpiones, ¡ qué criaturas tan peligrosas y mortíferas! Observad las hormigas, ¡ qué insectos tan inútiles y nocivos! Pero si la Medicina puede y suele sacar remedios muy eficaces para muchos males de la carne de las víboras, aceyte de los escorpiones, y del espíritu de las hormigas; ved aquí una de las causas por qué Dios ha puesto y mantiene entre nosotros esta clase de criaturas tan mal vistas y desacreditadas. Vuélvase los ojos á una altísima, áspera é infecunda montaña, para considerar qué orden pueda encontrarse en aquellos pelados peñascos y riscos estériles; cierto que no encontrarán acaso orden alguno muchos de aquellos sabiondos, que han llegado á juzgar que ellos hubieran sabido disponer y ordenar una parte de este mundo con mayor primor y utilidad. De este modo juzga por lo comun el ignorante vulgo de las acciones y resoluciones políticas de los mas prudentes Monarcas. Pasa y se califica por error y desorden en su tribunal grosero todo aquello, cuyos motivos se le ocultan, ó ignoran sus verdaderas causas. De mas alto saber, y de discernimiento mas sublime que todos los gabinetes políticos de los Príncipes del mundo, es ciertamente el Consejo del Monarca Supremo. Y por lo que toca al soberbio conjunto de escarpados y pelados peñascos, que llamamos montañas, cuya vista al parecer horroriza, no es muy dificultoso el descubrir el fin y el orden, que para criarlo de esta manera tuvo la Divina Sabiduría.

§. VI.

PAra esto es necesario tener presente lo que ya dexamos dicho sobre la variedad á que atendió con particular cuidado el Supremo Arquitecto de esta visible máquina, la qual es una de las principales causas de su hermosura y belleza. En un todo y conjunto de tanta extension y diversidad tan exquisita, aun aquello que

que nos parece horrible , tiene su particular hermosura: aun en esto puso orden el Criador , y para esto tuvo su fin particular , sirviendo estas partes que nos parecen espantosas y feas , para dar mayor realce á la delicada hermosura y apacibilidad de las otras. Los mismos Príncipes y Monarcas de la tierra nos dan de esto una idea bien clara , quando vemos que en sus dilatados y grandiosos jardines y parques , mantienen fieras hacen grutas , y plantan bosques , y otros objetos ménos apacibles á nuestra vista , ó por mejor decir desagradables. Pero aun ademas del general motivo de la variedad , debemos creer que tuvo otros en su mente divina el Supremo Artífice quando crió y colocó en aquella parte aquel alto monte ; esto es , ó de criar allí bellos mármoles para fábricas , ó para ornamento de ellas , útiles y provechosas al hombre , ó para producir en las entrañas de aquel monte preciosos metales , y quando no preciosos , de un uso admirable para la necesidad y comodidad del hombre. Allí mismo , ademas de esto , ha querido dar vida á muchas , y muy particulares hierbas de singular virtud , aunque mal conocidas , las cuales no se encuentran fácilmente en las llanuras , y si se hallan no son de tanta virtud y fuerza : pero lo que es mas , y es comun á todas las montañas que de aquellos montuosos despreciados peñascos se sirve continuamente la Providencia Divina para formar , y mantenernos las fuentes de aguas corrientes y saludables ; porque las elevadas cumbres de estas montañas , por varias causas y modos , cuya averiguacion , por ahora , no nos importa , fácilmente condensan los vapores , y haciéndolos desatar en lluvias (que ésta es una de sus propiedades) , ó conservando por largo tiempo las nieves , especialmente en las sombrías concavidades , y deteniéndose las aguas que provienen de ellas en las grutas , é internos naturales algibes de las mismas montañas , y filtrándose despues poco á poco estas aguas por las venas de la tierra , y descargándose á las partes exteriores de ellas , vienen de esta ma-

nera á brotar las fuentes, de donde despues se forman los canales y los rios perenes; de manera, que si nos faltasen las montañas faltarian tambien las fuentes; y si éstas faltasen, no tendríamos rios, y si esto nos sucediese ¿dónde hallariamos aguas para regar los campos, y á las veces para dar de beber á los ganados, y aun á los hombres mismos? ¿Dónde habria canales para los molinos, martinetes, batanes, sierras para aserrar la madera, y para tantas otras invenciones tan útiles á los hombres? ¿Dónde se hallaria la navegacion tan apetecible en la tierra para conducirnos de una parte á otra, y tantas otras cosas desde los rios al mar, y del mar á los rios? Ved aquí ahora, que sin fuentes, y sin rios permanentes, vendria á ser muy penosa la habitacion de los mortales. Dexo por ahora otros fines que se propuso el Criador Supremo, como el mantener las montañas, el ayre fresco en varias estaciones del año, defendiendo las llanuras de calores excesivos, y templando el dañoso ardor de ciertos vientos: dexo á parte todo esto, porque en lo ya insinuado tenemos motivos suficientes para conocer, que aun estos corpulentos montes, que nos parecen inútiles y fuera de toda armonía, se halla un concierto nobilísimo con lo demas de la tierra, y se observa la juiciosa destreza del Soberano Artífice, y un orden exquisito, y particular para lograr el fin proyectado.

§. VII.

Vengamos ahora á la criatura, entre todas las de la tierra la mas noble y excelente, qual es el hombre, para cuyo sustento, servicio y deleyte se han hecho todas las criaturas sublunares. Si todas las cosas, así naturales, como artificiales piden el orden, y nosotros lo buscamos y amamos en todas ellas, ¿quánto mas deberá Dios desealarlo en el hombre mismo, y con quánto cuidado deberá el hombre procurarlo y conservarlo en sí propio? Entenderémos bien presto que orden sea este, quan-

quando hallasemos qual sea el fin para que Dios nos ha criado y echado á este mundo. Dexando á parte otras mas illustres perspectivas, que nos presenta la Teología Sagrada, digo que el fin primario que tuvo Dios en criarnos no puede haber sido otro que la gloria y el honor suyo, y el fin secundario es nuestra propia felicidad. Por tanto, todo aquello que nosotros hiciésemos y dirigiésemos al honor y mayor gloria de Dios, todo esto será orden, será bien honesto, y será virtud. Al contrario, será desorden, vicio y mal, todo lo que obrásemos contra la gloria de Dios. A poca reflexión se hará manifiesta y evidente esta verdad, porque en primer lugar debe necesariamente admitirse un primer Principio que haya criado al mundo y al hombre, siendo cierto que este mundo, hechura tan magnífica del Creador Supremo, con todas las demas cosas maravillosas que hay en él, y sobre todo el hombre, criatura tan excelente, no han nacido de sí mismas, ni por sí mismas, ni jamas podrá pretender alguno á no ser un loco desatinado (como lo fué uno de los antiguos Filósofos), que todas estas cosas sean hijas del acaso; ántes bien, es preciso confesar que son producciones de un Artífice infinitamente Sabio, é igualmente Poderoso. Este primer Principio no puede ser otro que el Dios Omnipotente y conocido. Infiérese asimismo, que Dios es infinitamente Superior á los hombres, del mismo modo que se conoce que todo el universo es mayor que un solo punto, y cien mil años mas que un solo momento. En segundo lugar conociendo nosotros que Dios es infinitamente Sabio, nos dice al punto la razon misma, que en criarnos y mantenernos sobre la tierra, ha tenido su Magestad algun laudable y sabio fin, y éste en primer lugar no puede ser otro que su honor mismo; porque ademas de habernos dicho la Divina Sabiduría en los Proverbios (c. 16. v. 4.): *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*, debemos nosotros conocer fácilmente, que así como los animales se hicieron para el hombre, así el hombre fué

criado para Dios, y de aquí entendamos sernos muy conveniente el amar, honrar y obedecer á Dios, imitándole en quanto nos sea posible, ántes que hacer lo contrario con nuestras acciones, despreciándole y desobedeciéndole; y aunque para nada tenga Dios necesidad de nosotros, con todo, parece imposible que no pida como nuestro Criador y Señor, aquella dependencia, sumision y gratitud, que por tantos títulos es debida á su Magestad. Pero la gloria que debemos dar á este benéfico Padre, á este Criador amantísimo, el agradecimiento con que debemos corresponder á tantos beneficios, consiste en el amor y la obediencia que le debemos en todo tiempo, y en el procurar quanto les es permitido á criaturas miserables el imitarle. Esto, ademas de dictárnoslo la luz natural, nos lo enseñó y dió á entender nuestro Divino Salvador, diciéndonos por S. Matheo al cap. 5. v. 45. *Estote perfecti, sicut & Pater vester Caelestis perfectus est.* Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre, que está en el Cielo. Lo mismo hallamos escrito en otros pasages del Texto Sagrado, intimándonos que imitemos á Dios; por consiguiente si nuestro Dios es puro, santo, justo, verdadero, benéfico, misericordioso, &c. es imposible, como cada uno debemos confesar, que este Señor pueda mirar con buenos ojos, ni aprobar en sus criaturas la impureza, la injusticia, la iniquidad, la mentira, el engaño, la crueldad, &c. siendo al contrario cosa evidente, que su Magestad no puede amar en nosotros sino aquellas obras y deseos con que procuramos imitar sus divinos atributos, siendo esta imitacion el orden primario que su Magestad exíge de nosotros, orden ciertamente, que para nuestro Criador es tambien glorioso. No podemos imitarle en su Omnipotencia, en su Comprehension y Sabiduría infinita, &c. pero podemos en la Justicia, en la Pureza, en la Veracidad y Misericordia, &c. Hasta el mismo Séneca Gentil conoció esta verdad, quando dixo: *Vis Deos propitiare? Bonus esto. Satis illos coluit, qui imitatus est.* ¿Quieres tener pro-
pi-

picios los Dioses? Sé bueno. Mucho los honra el que lo imita. Sócrates y Platon, tambien Gentiles, enseñaron que el ser nosotros semejantes á Dios, segun nuestra capacidad, consiste en el obrar virtuosamente, y hacer lo que Dios nos mande. Añádase S. Agustin, quando escribe: *Religionis summa est, imitari quem colis.* Toda la religion se reduce á imitar á aquel Gran Dios, que tú deseas honrar y adorar. Y para que podamos hacer esto, y mantener el orden ya dicho, nos ha explicado su voluntad por medio de la revelacion; esto es, claramente nos ha mostrado el camino seguro, que nos lleva al bien, y no dexa de darnos fuerzas y auxilios para que por nuestras acciones lleguemos á este dichoso término. De aquí puede conocer cada uno, que el quebrantar ó no cuidar de aquel orden que se propuso Dios en la formacion de las criaturas racionales, es un insolente y verdadero desprecio de la autoridad y voluntad de Dios, y por tanto un gravísimo desorden digno de pena y castigo. ¿Y quién se atreverá á decir, que Dios no puede ó no quiere hacernos experimentar este castigo siempre que no guardemos aquel orden que el mismo Señor y la razon natural nos ha señalado? Y ved aquí los principios y fundamentos seguros de lo honesto.

§. VIII.

HE dicho, que el otro fin secundario es nuestra felicidad, y esto es evidente tambien; porque siendo clarísimo y muy cierto que nuestro Padre Celestial es infinitamente bueno, y que las mas preciosas y bellas margaritas que adornan la corona de este Omnipotente Monarca son la beneficencia, la liberalidad, la caridad, y la justicia, y otros atributos que nacen de su infinita Misericordia; es consecuencia necesaria, que habiéndonos criado de la nada, no pudo hacer esto por otro motivo, que el de manifestarnos su benéfico genio; ni pudo querer que fuésemos criados y echados en este mundo,

do, sino por hacernos felices y bienaventurados. Horroriza, y al mismo tiempo priva del juicio y sentido la horrenda y exêcrable blasfemia, que pensó y pronunció alguno (si es que alguno se atrevió á tanto) de que Dios habia criado la mayor parte de los hombres, con intencion y voluntad de hacerlos eternamente infelices. No necesita de una impugnacion determinada tan sacrílega blasfemia, siendo tan contraria á los atributos de nuestro buen Dios, y rebatiéndola los infalibles dogmas de la Sagrada Escritura. Añádese á esto, que el mismo Señor estampó é infundió en la humana naturaleza un deseo tan vehemente de la felicidad, que entra igualmente con la racionalidad, á constituir al hombre. Por tanto, no debe causar maravilla, si el hombre, movido é impelido de su propio amor, busca incessantemente y desea su felicidad. Este es su fin, y las leyes de la naturaleza le obligan á caminar á él, y para poder conseguirlo, le ha dotado Dios de razon y entendimiento, y de la habilidad para discernir (quando quiera hacerlo) el mal del bien; esto es, distinguir lo que le puede hacer verdaderamente feliz ó infeliz. Esto supuesto, todo aquello que el hombre hiciere conducente á esta verdadera felicidad, ó sea del comun, ó sea suya particular, sin perjuicio de aquel fin primario que dexamos dicho, todo esto, repito, se debe llamar orden; y por el contrario, será desorden todo quanto á este fin se opusiese. Es cosa manifiesta que obrando el hombre contra este fin, obra mal, obra desordenadamente, contraviniendo á su propia inclinacion, y á lo que pide su estado y naturaleza racional; y puede decirse que hace una monstruosa figura en el teatro del mundo, pues se prevale y usa de su entendimiento y razon para ser infeliz quando este don precioso le fué liberalmente dado por el mismo Dios para distinguirlo de los brutos, y para que con él buscasse su mayor felicidad. Por esto, aun quando confesasemos que aquellos sabios y primitivos Legisladores hubiesen inventa-

tado y plantado sus leyes, y las máximas de lo honesto, de lo justo y las de la virtud, sobre la basa de la utilidad que puede resultar al público, y al particular de las acciones honestas, justas y virtuosas, sin atender á la intencion y voluntad de Dios; no obstante todo esto descubrimos que el mérito intrínseco de la virtud y de la honestidad, se funda sobre las leyes que puso Dios á la humana naturaleza; porque queriendo el mismo Señor, que el hombre naturalmente desee y busque su felicidad, y no abandone su utilidad, quiere al mismo tiempo los medios conducentes á la felicidad del hombre; esto es, quiere la virtud y el orden. He dicho del hombre ó del género humano, porque nuestro Dios mira á la felicidad de cada uno, y al bien de todos; y como es una cosa muy debida que en nuestro cuerpo un miembro no dañe al otro, así es la intencion del Criador que la sociedad de todos los hombres, que constituye un cuerpo, no sea turbada y descompuesta por los particulares, llegando á ser por esto dislocaciones de este gran cuerpo todas las iniquidades y perversas acciones que se hacen en el mundo. Ni son solos los Christianos los que, como adoctrinados en la verdadera Filosofía, reconocen esta verdad; la enseñaron tambien, y reconocieron los mas juiciosos y sabios entre los Filósofos antiguos, de los quales Ciceron, no ménos excelente Orador, que profundo Filósofo, escribió de esta manera en el Libro II de las Leyes: *Hanc diues sapientissimorum fuisse sententiam, legem, neque hominum ingenii excogitatum, neque scitum aliquod esse populorum, sed aeternum quiddam quod universum mundum reget in operandi prohibendique Sapientia.* Despreciaban estos, y abominaban la sentencia de los que decian, que las leyes se habian formado sobre lo útil solamente, testificándolo el mismo Autor Marco Tulio, con estas palabras del Libro I. de las Leyes, ya citado: *Rectè Socrates execrari eum solebat, qui primus utilitatem à natura sejunsisset.* Por naturaleza entiende aquí Tulio las Leyes

yes de lo honesto dadas por Dios á la naturaleza humana, y que se descubren con facilidad por nuestra razon; y por tanto escribió el mismo en otro lugar: *Lex est ratio summa insita in natura, quae jubet ea, quae facienda sunt, prohibetque contraria.* Ni yo quiero aquí dexar de agregar á estos Filósofos Paganos el Emperador Marco Aurelio Antonino, excelente Filósofo, el qual reduxo á estos mismos principios de que vamos hablando la honestidad, la justicia, y la injusticia de las acciones morales del hombre, de que trata en el principio del Libro IX. de su vida; por consiguiente, sea una accion secreta quanto se quiera, de modo que el hombre no tema el ser castigado por la justicia humana: quando ésta se halle ser contraria á la voluntad de Dios, á las Leyes de la naturaleza y al dictámen de la razon, y quando no sea concorde con la felicidad del género humano (que es lo que quiere el Autor Supremo), bien que sea útil y deleytable á algun particular, deberá sin duda llamarse iniqua, viciosa, é indigna de una criatura racional, y por tanto le faltará tambien el atributo de la honestidad; y qualquiera que juzgase ó hallase una accion desordenada, y por tanto reprehensible en otro sugeto, confesará tácitamente, que ésta misma será viciosa quando él la practique. Concluyamos, pues, este punto: dos son las señales que pueden hacernos conocer qual sea el bien, y quales las acciones honestas. Si descubrimos con la luz de la razon, que las acciones son tales, que convengan á los Atributos y á la voluntad de Dios, que son la justa medida de las operaciones de las criaturas, entónces se podrán llamar honestas y justas. Si ademas de eso observasemos, que estas mismas acciones se dirigen y acomodan á la felicidad y utilidad, no de qualquiera particular, no de una sola Ciudad ó Nación, si bien de la universal república y sociedad humana, esto tambien indicará su honestidad y justicia. Por tanto en vano se cansa el Loke, queriendo persuadirnos que las leyes de lo justo las fundaron los sabios únicamente sobre la

la consideracion de la utilidad, ó de lo útil que de ellas resultaba al público; porque la misma utilidad del género humano se uniforma con la idea que tenemos de Dios, y este útil universal, que es el que desea y quiere el mismo Señor, es tambien el que caracteriza y sella la honestidad y justicia de estas leyes y de las acciones humanas.

§. IX.

PResupuestas estas verdades, podemos y debemos deducir de ellas algunas máximas sumamente necesarias para bien regularnos y conducirnos sabiamente en la presente jornada de esta vida. La primera es ser obligacion importantísima de todo hombre el procurar hacerse feliz; y qualquiera á proporcion de su capacidad, debe aplicarse para cumplir esta obligacion, y al mismo tiempo evitar y huir la infelicidad. Parece superflua esta advertencia; porque cada uno se figura y cree que busca esta felicidad; y que es desgracia el no dar con ella. Pero una cosa es el desear ser feliz, y otra el procurar y estudiar en serlo: aquello es un deseo innato en el hombre, y por consiguiente cuesta poco á todos los mortales; pero esto comprehende y abraza los medios con que se puede llegar á conseguir la verdadera felicidad. Son infinitos los que faltan á esto seguído, no queriendo trabajar para descubrir y usar de estos medios. En lugar de esto se suelen elegir y pagar bien caro otros medios, que llevan á un fin contrario; esto es, á la miseria y al desprecio. Ciertos empeños de contiendas y enemistades; ciertos locos y desarreglados amores; el darse al juego, al vino, al luxo y otros semejantes vicios; que destruyen las casas, perturban é inquietan las familias con otras muchas ocupaciones y acciones perversas, cada uno ve los efectos que causan.

§. X.

DE este principio nace la segunda máxíma ; esto es, que el cuidado de la felicidad particular de cada uno debe ser tal que no perjudique indebidamente la felicidad de los otros , y mucho ménos la del público. La voluntad de un Dios infinitamente bueno , derrama sus benéficos influxos sobre todos , y desea la universal felicidad del género humano. Y aunque este mismo Señor, por amor á la variedad haya querido ó permitido una diversidad tan visible como admirable entre los hombres, unos ricos , otros pobres, unos súbditos, otros Príncipes, parte de ellos de un feliz ingenio y sanidad robusta , y parte de un entendimiento corto , y de un cuerpo endeble y enfermizo : con todo , entre estas diferentes clases de hombres, desea su Magestad aquel orden que pueda hacer feliz á cada uno á proporcion de su estado. Ni puede dexar de desaprobár al que indebidamente y por su capricho oprime á otro , privándolo de aquella felicidad que le compete segun su estado , y á quien por la razon sola de buscar su propia comodidad ó gusto , hace infeliz y miserable á otro. Es muy fácil el que veamos este orden entre las diversas condiciones de los hombres que hay en el mundo , siempre que lo quisiesemos ver y notar , como diremos despues. Y cierto que si la razon natural me enseña que tengo derecho de adquirir y conservar aquello que puede hacerme feliz ; de qualquier modo , cada uno puede y debe tener igual derecho á lo mismo. Y así como tendria yo por cosa desordenada é injusta el que otro intentase privarme sin razon del derecho que tengo á mi propia felicidad ó á su posesion; del mismo modo, si yo intentase hacer lo mismo con otro, deberé confesar que mi modo de obrar es desordenado é injusto. Siendo, pues , mayor el derecho de una república, respecto á su cuerpo político , que el de qualquier particular , en orden á su propia felicidad , porque el derecho de cada uno se agrega y une en el comun:

mun: de consiguiente obrará mal y desordenadamente aquel particular que por conseguir su propia utilidad, y lograr su determinada satisfacción, perturbase el buen orden, impidiere la felicidad y sosiego del comun. Y como el género humano está dividido en tantas repúblicas y Monarquías que ocupan la tierra; este orden mismo, esta misma razon natural, nos alumbra con su luz para que conozcamos que cada uno de estos cuerpos políticos, estas repúblicas, tienen derecho á su propia felicidad; y de consiguiente no podrá un pueblo privar al otro de este derecho, ni despojarlo indebidamente de su libertad y posesion de su dominio adquirido justamente, si el poseedor no se despoja de él mediante algun contrato, ú merezca ser despojado por algun grave delito.

§. XI.

LA tercera máxîma debe ser ésta: *En vano se li-
sonjea de poder ser feliz el que se opone á la vo-
luntad de Dios.* ¿Y qué es lo que pretende de nosotros nuestro buen Dios con los Mandamientos de su Santa Ley? No nos pide otra cosa sino que nos guardemos de hacernos mal á nosotros mismos, y que no obremos como criaturas sin juicio, ni entendimiento; esto es, quiere el Señor que hagamos aquello que nos interesa mas el hacerlo, que á su Magestad el mandarlo. Quiere la felicidad de cada uno de nosotros, y la de todo el género humano: á ésta se dirige derechamente el domar, y refrenar nuestras pasiones, el contener y reprimir nuestras malas inclinaciones, que tanto daño nos hacen; en una palabra, el abstenernos de las acciones desordenadas y viciosas, y conservar una buena armonía con los demas hombres, nuestros próximos y hermanos. Por tanto, el ser bueno es la mas cierta y segura prueba de tener juicio; porque el que lo tiene, no procura ni desea otra cosa que su propia felicidad, á la que no puede llegar de otro modo que siendo bueno, que es lo
mis-

mismo que decir que será feliz obedeciendo á los divinos preceptos , y haciendo la voluntad de Dios en todo y por todo. No sucede así , ni suerá á los malos ; y así como los inas perversos conocen la gran diferencia que hay entre el bien y el mal , y sin embargo no pueden alabar , ni amar en los otros lo que no tienen ellos : así obrando mal no pueden ménos de sentir dentro de sí mismos aquellos penosos remordimientos que les causan la voz de la razon , y de la misma naturaleza contra quienes se han rebelado : fuera de que los caminos de los malos por castigo divino , y aun tambien segun el curso de las cosas humanas , tarde ó temprano acaban en mal , y ciertamente que en la otra vida acabarán peor. Aquéllas mismas razones que prueban que Dios es necesariamente justo y bueno en sí mismo , y que las reglas de la justicia y bondad no son otra cosa que su inalterable voluntad , aun para las criaturas racionales , estas mismas razones prueban igualmente que el Señor no puede ménos de aprobar y agradecer á estas mismas criaturas , quando le obedecen , observando sus santos preceptos y reglas ; y no puede ménos de desaprobare al que obrase lo contrario. Nosotros , ciertamente , no tenemos otro camino mas seguro para honrar á Dios , que el obedecer sus Santas Leyes. Al contrario , le priva de este honor el que las resiste y desobedece. Teniendo , pues , derecho este Grande y Justo Legislador para pedirnos la obediencia á sus leyes santas , y viéndolas abandonadas y despreciadas , no puede ménos de volver por su propio honor , y dexar de castigar al que desprecia al Supremo y Santo Legislador.

§. XII.

Añádase á éstas otra muy importante máxîma : está es , que las virtudes son especialmente aquel orden que Dios pide á las criaturas racionales , como tan conveniente á su dignidad ; y por el contrario , los vicios

son

son el desorden que Dios aborrece en los hombres, y desdeña de la nobleza de su condicion. Hemos ya visto que nosotros en todas las cosas amamos y alabamos el orden. Mucho mas incomparablemente lo ama y lo desea nuestro buen Dios. Y no nos engañaremos jamas, si en todo buscamos la voluntad del mismo Señor, como nos lo enseñó el Apóstol en el cap. 12. vers. 2. de su Epístola á los Romanos: Para que aprobeis todo lo que es bueno, lo que agrada á Dios, y lo que es perfecto: *ut probetis quae sit voluntas Dei bona, beneplacens, & perfecta.* Seria una gran locura el pensar que Dios no amase, y no pidiese este orden en todas las criaturas racionales, habiéndolas dado para este fin la luz de la razon, para que aplicándose, conociendo lo que va bien regulado y les es conveniente, lo elijan y practiquen en todas sus acciones. Siendo, pues, suficiente la luz de la razon para manifestarnos los atributos de Dios; esto es, su Santidad, su bondad, su Justicia, su Veracidad, su Fidelidad, su Misericordia, &c. siendo claro, que este Señor no puede querer sino el que nosotros le imitemos en quanto nos es posible, pues que nos ha formado á su imágen y semejanza; consiguientemente debemos saber que el orden mas bello que podemos tener en nuestras operaciones es la práctica de las virtudes, á la que debemos aplicarnos incesantemente, no siendo éstas otra cosa en el hombre, que la voluntad de Dios y una imitacion de su Magestad: estas virtudes puntualmente son las que dan á conocer á la criatura racional, como dotada de razon y de otras bellas prerogativas, que le ha concedido Dios, y que pueden influir en su verdadera felicidad en esta vida, y principalmente en la otra. Por el contrario, no es necesario mucho para conocer que los vicios son en sí desórdenes; porque son perjudiciales al bien comun y al particular, porque los reprueba el mismo Dios, y porque son indignos y agenos de la noble criatura del hombre, á quien ha dado el mismo Señor todos los medios para poder con-

seguir la sabiduría y la felicidad. Todo abuso y mala aplicacion que se haga de tales medios , aplicándolos para vivir en la soberbia , en la luxuria y otros brutales deleytes , ó para dañar , oprimir , engañar é insultar á otros , no puede ménos de reconocerse como una cosa directamente contraria al dictámen de la naturaleza , y á la voluntad del Criador ; y de consiguiente por una cosa desarreglada y desordenada. Esta gran verdad nos insinuó con pocas y substanciosas palabras el ya mencionado Apóstol , quando en su Epístola primera á los de Corinto en el cap. 14. v. 33. dexó escrito : Que Dios no es un Dios de desórden , ni de disension , sino un Dios de concordia y de paz : *Non enim est dissensionis Deus, sed pacis.* Tócase con la mano la temeridad y locura del que peca , por oponerse con el pecado una frágil y miserable criatura á las leyes eternas , al juicio interno de la conciencia propia , al bien de sí mismo , y al de su próximo , y al mismo tiempo es levantar bandera contra la voluntad manifiesta del Supremo Bienhechor , Autor de todas las cosas , el qual ha dado á los hombres las facultades intelectuales para que se sirvan de ellas á mayor honra y gloria suya , y para su felicidad propia , y la de la república , y se apliquen todos á cultivar y perfeccionar estas facultades , y no las convierta en daño propio , y desprecio del que se las ha dado.

§. XIII.

EStas son verdades clarísimas para qualquiera que se detenga un poco á reflexionar seriamente la voluntad y mandamientos de Dios , los principios de nuestra Religion , y las luces de nuestra naturaleza ; y á considerar lo que nos conviene , y al mismo tiempo lo que nos es útil. Es igualmente claro , que la práctica de las virtudes se endereza al natural bien del mundo , así del comun , como del particular ; y sin esta práctica , ó con la práctica de los vicios , no puede ser en algun modo

dichoso y feliz el mundo. Hemos ya visto, que felicidad, que puede esperar el hombre sabio en este miserable destierro, consiste en la tranquilidad del ánimo, y en tener su corazón contento; pero esta felicidad solo debe esperarse del buen orden, á quien pertenece poner todas las partes de un todo en su propio lugar con armonía y concierto. Al contrario, el desorden no engendra otra cosa que dolor, afán y angustia. En nuestro cuerpo tenemos una evidente prueba, que da mayor fuerza á esta doctrina; y es quando este se halla sosegado, ágil, robusto, y que da contento al alma, porque se halla sano; esto es, quando los sólidos, y los fluidos se hallan de acuerdo en su sitio natural, armonía y movimiento, y sin que otros cuerpos se mezclen, ó interrumpan esta bella armonía y equilibrio. No puede dudarse que nuestra alma, aunque carece de partes, está sujeta al desorden: lo que sucede quando nuestro desreglado amor propio, las furiosas pasiones, los sensuales desenfadados apetitos la inquietan, la perturban, y la hacen precipitarse en los vicios y en acciones no conformes á la naturaleza racional, y opuestas igualmente á la intencion y voluntad del Soberano Señor en daño nuestro, ó de nuestros próximos. Agitada el alma de estas tempestades internas, no debe entónces esperar quietud y tranquilidad de corazón, sino inquietudes molestas, y afanosos desconciertos en su reyno interior. Por tanto, concluiré este Capítulo con aquella gran verdad, que cada dia nos hace tocar con la mano la experiencia; y desafío á qualquier vicioso á que no se atreve á negarla: esta es, que todo vicio, sin excepcion alguna, trae y ofrece al hombre alguna porcion de gusto y deleyte; pero es tanta, y de tal condicion la amargura que le acompaña: trae consigo tantas turbaciones, remordimientos, y afanosos trabajos, que tarde, ó temprano acometen y maltratan al vicioso, que nuestro mismo amor propio debe huirlo y aborrecerlo. Poned los ojos en el soberbio ambicioso: reparad en el codicio-

so avariento, en el cabalista vengativo, en el gloton y borracho, en el jugador, ladron y asesino, &c. Haced que los que se revuelcan en el asqueroso vicio de la luxuria os hagan una relacion exácta de los lances que han pasado por ellos en las caravanas y aventuras de tan peligroso como sucio comercio. Informaos bien, no ya de pocos lances, ni de pocos dias, semanas ó meses, sino es de todo el curso de la vida de estos viciosos, y de las conseqüencias y efectos de sus vicios. Quántas agitaciones, inquietudes, rabias, dolores, peligros, contrariedades, daños en la salud, desfalcos en la hacienda y caudal, &c. A un precio tan caro se compran los vicios, y se pagan los arrepentimientos. Por tanto, la virtud solamente es la que puede tranquilizar el corazon del hombre: ella es la que esparce el hermoso rocío de alegría y consolacion en el hombre interior, y puede tenerlo contento, aun en medio de la mayor adversidad. Por lo que vuelvo á decir, que no intento persuadir, ni defender que los virtuosos esten, por serlo, libres siempre de todos los males, ni por respeto á la virtud dexen de acometerlos, é insultarlos y oprimirlos alguna vez la calunnia, la pobreza, la miseria, el abandono y la supercheria: solamente defendiendo y sostengo, que la virtud, por un privilegio que le es natural y propio, es el medio mas proporcionado y eficaz para que llegue el hombre á ser feliz. Y siendo este medio el mejor de todos para este fin, le califican como tal la misma naturaleza, y la ley de Dios; y por tanto está su eleccion libre en la mano del hombre sabio y prudente, quando el vicio por el contrario solo sirve, y se dirige á hacer infeliz y desventurado al hombre. Pero demos el caso que las desgracias, las persecuciones, y otros malignos accidentes conspirasen todos á hacer á un virtuoso infeliz y desgraciado en este mundo; por lo ménos mantendrá en su corazon aquella alegría, aquel gozo y consuelo, que causa la bien fundada esperanza de los Christianos, de encontrar en otra mejor y mas durable vida el gozo, y
pre-

premio, que no encuentra en este mundo. Resta ahora, que nos acerquemos mas á reconocer este órden, que tenemos obligacion de guardar. Por tanto nos convendrá mirar al hombre con tres diversos respetos: primeramente como hechura y criatura de Dios: despues como á criatura sociable y destinada para vivir en la tierra con otros de su misma especie; y últimamente como persona particular, ó un compuesto de alma y cuerpo. Ved aqui, pues, tres objetos, con los quales debe el hombre observar y guardar indispensablemente aquella buena correspondencia y armonía, que la razon le dicta, y la ley de Dios aprueba, y le enseña: órden para con Dios su Criador, órden con los demas hombres, de cuyo comercio y trato ninguno puede, ó suele estar libre miéntras vive en este valle del mundo, y órden para consigo mismo.

CAPÍTULO XXIV.

Del órden que el hombre debe tener para con Dios, ó de la Religion.

§. I.

EN primer lugar, como cosa la mas importante, debemos tratar del órden que el hombre debe tener, y observar para con Dios, al que comunmente llamamos Religion, virtud de altísima esfera, y que precede todas las otras; y es muy justo, porque con una seria ojeada que demos á nosotros mismos, así en lo externo, como en lo interno, conocerémos claramente que somos mas de Dios, que de nosotros, y por tanto es debida la preeminencia á nuestro Amo y Dueño ántes que á otro objeto alguno. Ensalzemos, pues, quanto queramos la naturaleza de nuestro ser, lisonjeémonos á nuestro gusto, siempre será muy verdadero haber sido Dios el que por su bondad y misericordia nos hizo de la nada, el

que nos sostiene y mantiene en la tierra , el que nos hace habitar en un país, que no puede llamarse nuestro con propiedad , porque todo es de Dios, como obra, y produccion suya, y como hechura que por todos los instantes mantiene su benéfica voluntad, y la influencia de su amoroso poder; de manera , que solamente gozamos el usufruto por su clemencia y dignacion : ni Dios ha cedido jamas el derecho de dominio, y de propiedad que tiene sobre nosotros; ántes seria confundir la idea que tenemos de Dios, si imaginásemos que podia existir alguna cosa que no fu se suya , ó en alguna manera fuese independiente de su soberana omnipotencia. No hablo mas en este punto por no entrar sin necesidad en un océano que no tiene límites, ni fondo. Para discernir ahora qual deba ser el órden de las criaturas racionales para con este Señor y Amo nuestro, es necesario establecer algunos principios fundamentales, de los quales , por consecuencias justas y necesarias se inferan nuestras obligaciones para con Dios. Sea el primero, yo conozco que hay Dios; esto es, no conozco ciertamente su infinita esencia, pero sí su existencia; y esta proposicion me la enseña no solo suficientemente, mas tambien demostrativamente el conocer que por necesidad debe admitirse un supremo y primer principio, y una causa de todas las cosas; el qual principio de consiguiente no debe tener principio, y por tanto es eterno, existente por sí mismo, infinito é inmenso. Conozco tambien que este Ser Supremo, que llamamos Dios, no puede ménos de ser sabio, é infinitamente sabio, omnipotente, y dotado de una bondad y justicia infinita, y de todas las demas perfecciones, que solemos llamar intelectuales, metafísicas, morales, &c. A este conocimiento, ademas de las razones intrínsecas, que son incontrastables, nos conduce por necesidad la contemplacion de tan innumerables hechuras, que nosotros, usando de una lícita metáfora, llamamos obras de sus manos. Concuerdan en esta verdad los antiguos y modernos sabios, y casi todos

dos los pueblos, obligados tanto por la evidencia de las razones, quanto por la tradicion que ha nacido con el mismo mundo; y en estos últimos tiempos (no haciendo memoria de los Santos Padres de la Iglesia) hemos visto, probado y demostrado este noble argumento de una manera fuerte y clara para por el Padre Granada, por el Séñeri, y por otros varios excelentes Filósofos Católicos, así en nuestros países, como en otros donde habia mayor necesidad; de manera, que sería superfluo, por no decir impropio, el traer aquí las pruebas de semejante argumento. Es verdad, que en algunas Provincias, donde aun tienen pasaporte libre las mas enormes é impías quimeras, no falta algun nuevo Pirronista, que riéndose llega á poner en duda esta otra verdad evidente: *yo pienso; luego yo soy, yo existo. Egoistas* se llaman estos. Ni se avergüenzan al ver que con la misma fuerza se sigue del mismo modo la consecuencia clara del propio argumento, siendo lo mismo el decir: Yo pienso; luego yo soy ó existo, que el decir: Yo dudo si pienso; luego yo existo; porque la nada de nada duda, y solo puede dudar el que existe, y es alguna cosa. Por otra parte, si á estas bizarras cabezas no parece cierto este entimema: *Yo pienso; luego yo soy*: debería por lo ménos parecerles mas que cierto este otro: *Yo dudo si pienso, y por consecuencia si yo existo; luego me espera con los brazos abiertos el hospital de los locos*; pues sin duda allí se hallan encerrados otros de fantasía mas sana que ellos. Y si por fortuna les saliese al encuentro un nudoso y fuerte garrote de encina, que en manos de buen pulso les midiese las espaldas, tendría yo gran gusto en ver si todavía dudaban ser éste un garrote de singular virtud para sanar perfectamente al que siendo hombre, quiere ser mas insensato que las mismas bestias.

§. II.

SUpuesto este evidente é incontrastable primer principio, *conozco que hay Dios*, nace de aquí una cadena

na de proposiciones tan justas , como verdaderas , en las quales se halla expreso el órden que el hombre está obligado á conservar con este mismo Dios ; y estas proposiciones y conseqüencias nos las enseñan juntamente la razon y la revelacion ; quiero decir , que despues que estamos persuadidos á que hay este Ser Omnipotente y Eterno , infinitamente bueno y sabio , Criador de todas las cosas visibles é invisibles , y que consiguientemente debe ser reconocido por tal Criador y Soberano Conservador , sería un sueño demasíadamente impío , y ridículo el figurarse con Lucrecio y otros Filósofos Ethnicos , que las innumerables y maravillosas obras , que registramos en el Cielo y en la tierra , sean efectos del acaso y contingencia , quando cada una de ellas , aunque no tienen lengua , grita y vocea ser necesariamente efecto de una infinita é incomprehensible sabiduría , y principalmente el hombre , que es la criatura mas admirable de quantas hay en la tierra. Es necesario , vuelvo á decir , reducirse finalmente á reconocer un Padre comun de todo lo criado , una causa primaria de todas las causas , un Criador de nosotros mismos ; esto es , aquel Dios bienaventurado , el qual por un puro exceso de su natural bondad , ha producido no solamente á nosotros , mas tambien todos los otros cuerpos de que está compuesta y adornada esta máquina terrena ; pero los ha criado para nuestra conservacion , comodidad y placer. Ved aquí ahora las conseqüencias claras , que se infieren de este primer principio. Luego si yo conozco á este grande Dueño y Señor mio , le debo un amor sumo , y estoy obligado á glorificar , adorar , bendecir , alabar , y dar gracias á su infinita Magestad y grandeza. Este es el gustoso oficio , segun lo que la fe nos enseña , en que se emplean aquellos dichosos espíritus , que estan gozando de este Señor en su felicísimo Reyno. ¿ Y podrá acaso juzgarse , ó imaginarse , que dexen de hacerlo al ver ellos de mas cerca , y al considerar la inmensa Magestad , hermosura , y otros

esclarecidos atributos de aquel excelso Monarca , que es el Señor de todo ? Ciertamente que no nos es permitido esto á nosotros miéntras vivamos en este mundo ; porque no podemos registrar los rayos de este Divino Sol , ni entender aquellas incomprehensibles delicias , que ciertamente creemos haber hecho el mismo Señor en aquel Real Palacio del Paraiso. No obstante esto , es tan varia , tan hermosa y admirable la feria de criaturas que el mismo Señor ha criado sobre la tierra , que esto solo basta para que gastemos todo el tiempo de nuestra vida en descubrir cosas , la una mas bella y mas noble que la otra , y consiguientemente para obligarnos á darle alabanza , honor y gloria sin fin. El que jamas ha visto las magníficas delicias de algun gran Monarca , quando llega á verlas la primera vez , y se encuentra con una magestuosa fachada del Palacio , y observa toda la disposicion y arquitectura interna , los preciosísimos muebles que le adornan , los cortesanos , las guardias , los grandes jardines , fuentes y teatros , y lo demas de aquel gran todo ; tened por cierto que aquel hombre se halla lleno de alegría y gusto , y como extático por la maravilla y contento. Pregunto yo ; ve él al Rey ? Acaso no le ve. Pero si no le ve con los ojos del cuerpo , lo ve ciertamente y lo reconoce por necesidad con los del alma ; no pudiendo ménos de conocer quan grande sea el poder , y la riqueza de quien ha fabricado tantas y tan grandes delicias , y es Señor de todas ellas. Esto mismo , y aun mucho mas debe decirse respecto del universo , formado por Dios con tantas , tan maravillosas y diversas criaturas , cada una de las quales , principalmente las vegetables , sensitivas y racionales , es por sí un milagro para quien sabe ponderar su preciosidad interna. El estar nosotros acostumbrados y familiarizados con estos prodigios es la causa de que no nos parezcan tan grandes y estupendos como lo son en sí mismos ; y es ciertamente muy grande y muy reprehensible nuestra negligencia é ignorancia , quando por no considerar jamas

la hermosura y magestad de estas cosas , tampoco consideramos la Omnipotencia y Sabiduría de su Criador, y no damos á él mismo con todo nuestro corazón , y repetidas veces aquel honor y gloria , que todos conocen serle debida por tantos títulos á su magnificencia y grandeza.

§. III.

PAsemos adelante , y figurémonos , que despues de haber visto y registrando por nosotros mismos aquellas suntuosas y reales delicias , llamándonos el Rey , que es Señor de ellas , nos habla de este modo : este Palacio , nos dice , con todo lo que hay en él , quiero que lo goceis por ahora , concediéndoo el usufruto para lo sucesivo. Recibidlo de mi liberalidad , y gozadlo mientras vivís , reservándome yo el alto dominio de quanto hay en él : si esto sucediese así pregunto yo ¿ sería muy debido que á vista de tanta beneficencia de este graciosísimo Monarca , y sin mérito alguno de nuestra parte , le amasemos afectuosamente , y jamas dexásemos de ensalzar , predicar y venerar su incomparable bondad y gratuita liberalidad ? Es bien clara esta proposicion. Y aun quando este insigne Bienchechor no se nos diese á conocer , y nada nos dixese del beneficio que nos ha hecho ¿ no deberíamos nosotros reconocerlo por un gran beneficio , y alabar y ensalzar perpetuamente el poder y señorío del que nos le hace ? Volvamos ahora , y pasemos de lo fingido á lo verdadero. De ningun Monarca de la tierra debemos esperar un exceso de fineza y liberalidad tan extraordinaria ; pero del Monarca Sumo , y Señor de todo , hemos recibido ya mucho mas sin comparacion ; porque el palacio y jardin del mundo , en que por suma bondad y liberalidad suya nos ha puesto , y de cuya hermosura gozamos , es sin comparacion mas bello y delicioso que quantos tienen y pueden ofrecernos los Reyes y Soberanos del mundo. Y si estos nos causan admiracion , es porque los miramos rara vez.

vez. Aquel que nos ofrece Dios, aunque sea superior en grandeza y delicias, como lo es en la realidad, nos parece menos, porque continuamente le gozamos fuera de que no hay cosa grande, rica, ni hermosa en las fábricas de los hombres, que á reserva de algun primor del arte, no se deba todo á la naturaleza; esto es, al excelente Artífice que crió todas las cosas. Luego es urgentísima obligacion nuestra el reconocer y jamas olvidar los innumerables bienes y beneficios que nos ha dispensado y nos dispensa cada dia la liberalidad de nuestro Dios y Señor, los quales no intento referir aquí, porque sería infinita la relacion: y si esto no conocemos, nos convendrá el feo título de ciegos ó ingratos; y si despues llegamos á percibir la abundancia y grandeza de estos beneficios, se sigue necesariamente de este conocimiento la obligacion que tenemos de consagrar y dedicar todo nuestro amor y nuestros obsequios á un Padre tan amoroso, y á un Bienhechor tan liberal y benéfico. Nosotros, que ciertamente nos resentimos tanto al mirar que desprecia, ó se olvida de los beneficios el sugero á quien los hemos hecho, y no nos manifiesta gratitud alguna, deberiamos morir de pura vergüenza, considerando que nos portamos peor con Dios en este punto; porque llenos y empapados de sus dones y beneficios, jamas le damos las debidas gracias, ni nos mostramos inclinados á amarlo (ingratos y desconocidos), como deberiamos hacerlo, y como lo piden y mandan las leyes de la misma naturaleza, á los que se hallan beneficiados sin mérito alguno. Finalmente, podría acaso un Príncipe de la tierra colmarnos de bienes (dexo á parte el que estos mismos bienes serán siempre dones del mismo Dios); pero ninguno de ellos llegará jamas á darnos el ser de hombre, que tenemos, el ingenio, la memoria, ni otros maravillosos dones y operaciones de nuestra alma, ni sanidad, robustez, agilidad y otras prerogativas é instrumentos delicados de nuestros cuerpos. Solamente Dios, inmenso Bienhechor nuestro, es el que

que nos lo ha dado todo; porque nuestros padres solamente fuéron meros instrumentos de aquel Arquitecto infatigable y sapientísimo. Por tanto, todo quanto somos, y todo el bien que tenemos, lo debemos a aquel Señor, que nos ha criado; de manera, que justamente podrá llamarse desordenada aquella alma en quien no se halle el amor de Dios, ni un justo reconocimiento de su bondad suma é infinita, que tan claramente se manifiesta dentro y fuera de cada uno de nosotros, aun sin hablar de otros inmensos bienes, que reserva su Magestad para los buenos en la vida eterna. Añádese á esto, que el amar á Dios, de que es una especial señal el aborrecer todo quanto puede desagradarle, es el principal constitutivo de aquella tranquilidad del ánimo, que dexamos dicho ser la felicidad que podemos esperar en este mundo. Es cosa cierta, que qualquiera que ama verdaderamente, y sobre todas las cosas aquel objeto amabilísimo mas que todo, es tambien amado del mismo; y se le haria agravio notable en creer, y juzgar diversamente. Ahora, pues, no puede explicarse la sólida consolacion, y la noble paz de que goza una alma, quando piensa que se halla en gracia de aquel Señor, que es el dispensador de todo el bien, y que ama aquel gran Monarca, que no se desdeña de llamar amigos suyos á los buenos, y á sus siervos llamarlos hijos. Al contrario, el que sabe que está en desgracia suya; cómo puede descansar, y tener quieto y tranquilo su corazon? ¿ Por ventura no debe temer en todo y por todo la justicia vindicativa de este Señor?

§. IV.

Otra consecuencia nace de este primer principio, que es el conocimiento de Dios, como ya dexamos dicho. Esta es, que no pudiendo nosotros negar el ser criaturas suyas, y que siempre reserva el Señor aquel alto dominio que tiene sobre nosotros, no obstante que nos

tra-

trate como hijos, y no como esclavos, porque siempre nos dexa nuestro libre alvedrio; y no pudiendo negar nosotros la dependencia que de él tenemos, necesitando de su concurso continuamente para todas nuestras acciones, y para mantenernos en el ser de que gozamos, debe nuestra razon reconocer consiguientemente otra ley natural; esto es, que estamos obligados á profesar y practicar una perfecta sumision, reverencia y obediencia á nuestro conservador. Y por tanto, luego que sepamos que hay leyes establecidas por él mismo, debemos al punto inclinar la cabeza, y obedecerlas con prontitud. Estas leyes son de dos maneras: las primeras de la naturaleza misma; las otras de la religion, y revelacion solamente. Por lo que toca á estas últimas no es de mi instituto el hablar aquí de ellas, perteneciendo esto á los Teólogos, bastando á nosotros solamente el saber que á la observancia de estas leyes tiene prometido infaliblemente nuestro Dios un premio inmenso y eterno. En orden á las otras leyes de la naturaleza debemos considerar que el Autor y Criador de todo ha fabricado esta gran máquina del mundo, y tantas criaturas, y entre ellas á nosotros mismos en tan magestuoso teatro, sin tomar consejo de nosotros, sino solamente de su infinita sabiduría, queriendo por los altos fines de su providencia, que en este baxo mundo se encuentre aquella admirable variedad de movimientos y objetos, y aquella continua mutacion de escenas, de que arriba hemos hablado, mezclando los bienes con los males, lo hermoso con lo feo, y limitando al hombre un espacio de vida sobre la tierra, que jamas suele llegar á ciento y cincuenta años, y unas veces breve, otras largo, segun las complexiones, el método de vida, y otros accidentes. Las leyes estan hechas por quien, como absoluto Señor, tiene potestad para hacerlas, y como lleno de sabiduría y justicia, no sabe formarlas sino muy racionales y justas. Luego que entramos en este teatro del mundo se nos intimó una de estas leyes; esto es, el mis-

mismo Dios habló con cada uno de nosotros, y nos dijo : Yo podía muy bien dexar de darte el ser á tí, y dárselo á otro ; pero ya que he determinado anteponer-te á tí, advierte que durante la breve peregrinacion y mansion que debes hacer en la tierra, has de hacer en ella y en su teatro el papel que yo quiero, y no el que tú quieras : debes estar sujeto á las mutaciones, unas veces agradables, y otras desagradables, que sucederán en el concurso y combatimiento de tantos y tan diversos cuerpos y voluntades como componen al universo: en una palabra, debes baxar siempre la cabeza, obedeciendo las leyes con que formé, y aun ahora gobierno el mundo, que es lo mismo que decir, sujetar tu voluntad á todo aquello que conozcas ó puedas prudentemente conocer que es voluntad mia. ¿Quién, á no ser un temerario, podrá figurarse á sí propio que ésta no sea una intimacion justísima, ó podrá persuadirse que no está obligado á observarla con el pretexto de no haberla oido jamas, ni al tiempo de nacer, ni despues? Y así como todo hombre recibió la vida con un pacto tácito de morir, por ser ésta una ley de la naturaleza, que en buen language quiere decir ley hecha por Dios, como Autor de la Naturaleza : así la misma condicion y pacto se entiende en todas las otras leyes, que ha establecido el Señor en la creación del mundo, y de sus individuos. Para que nuestros cuerpos fuesen flexibles, y dispuestos para varios movimientos y sensaciones, para la generacion, para la produccion de los espíritus animales, y otras muchas funciones, el Sabio Divino Artífice los formó de partes fluidas, blandas y sólidas, y no de marmol ó de bronce. Ahora, si por demasiada ó dañosa comida, por el ayre inficionado, por falta de espíritus, por una caída, ó por otras causas se rompe un muelle, ó se descompone este artificio del cuerpo, ó si otros cuerpecillos extraños, mezclándose con la sangre, alteran la armonía de esta fábrica ; necesariamente, y segun las leyes del Divino Arquitecto, debe seguir-

guirse alguna enfermedad, causarse algun dolor, y á su tiempo la muerte tambien. Sucediendo esto, podrá impacientarse, é inquietarse por aquel mal un hombre de poca reflexion: podrá tambien un impío blasfemar contra quien fabricando nuestro cuerpo, formó en él una máquina, sujeta fácilmente á tantos males; pero al contrario, el hombre sabio y prudente, conociendo que todo esto sucede á tenor de las leyes tan sabiamente puestas por Dios en la fábrica de los cuerpos de los animales, adora al Sumo Artífice y Legislador, y sujeta humildemente su juicio y voluntad al sapientísimo del Criador. Lo mismo hace el hombre sabio y prudente, quando las guerras, las pestilencias, las carestías, los terremotos y nublados van desolando las campañas y los pueblos, y quando finalmente suceden otras desgracias, ó privadas, ó públicas, que no podemos impedir las. ¿Por ventura toca á nosotros el dar la ley á Dios, ó el recibirla de su Magestad? Y tanto mas el Christiano sabio sujeta su propia voluntad á la del Supremo Señor, quanto sabe por la fe, que el mundo se gobierna por una prudencia mas admirable y secreta, de la qual, aunque muchas veces no llegue á entender el por qué, ó el fin; con todo, debe reverenciar y adorar á su Autor, cuya sabiduría, muy superior á la nuestra, es bien digna de ser reverenciada, aun quando nosotros no la comprehendamos, ó la entendamos ménos.

§. V.

NO me contento con lo dicho hasta aquí; porque siendo el punto de grande importancia, conviene añadir alguna cosa, por ser este un camino real, seguro y cierto para conseguir aquella felicidad de que el hombre es capaz, y á que se dirige, ó debe dirigirse su intencion. Para tranquilizar, pues, nuestro corazon (ya que en esta tranquilidad hemos colocado la felicidad á que debemos aspirar en esta vida), para tranquilizar
nues-

nuestro corazon, repito, en medio de las tempestades de que abunda el mundo, basta que en nuestra alma se plante, y eche buenas raices la firme resolucion de querer solamente aquello que quiere Dios, como gobernador de todo. Podrán salirnos mal los negocios bien en-
tablados, atropellarse las desgracias, enfurecerse contra nosotros los demas hombres; no por esto se alterará aquel corazon, porque al punto se responde á sí mismo: si así lo quiere, ó permite Dios, ¿por qué razon no he de quererlo yo así tambien? ¡O bienaventurados los que así obran y discurren! No lo han hecho de otro modo, ni lo hacen los Santos; esto es, los hombres mas sabios que ha tenido el mundo. Ninguno mas bien que ellos ha penetrado aquel gran secreto que la misma razon natural nos enseña para tener y conservar quieto y sereno el ánimo. Aun en las mayores desgracias, como ellos no tengan la culpa, sienten y prueban estos una admirable calma, y aun quando llegue á asomarse, y á acercarse la muerte, la miran ellos con un rostro apacible; porque las perturbaciones, las angustias y afanes á que estamos sujetos, no nacen de otro principio que de la repugnancia y aborrecimiento, que tenemos á aquella cosa que no quisiéramos que sucediera, y con todo es necesario padecerla. Pero nada se opone á la voluntad de los Santos y sabios verdaderos, quando consideran y reflexionan, que es Dios quien lo quiere ó permite todo; pues nada otra cosa desean, que lo que agrada y quiere su amoroso y sabio Padre. Hablo aquí de aquellos afanes y trabajos que afligen nuestro ánimo, y nacen del mismo, quando se altera por la consideracion, ú opinion de algun triste suceso. Por lo que toca á los dolores que del cuerpo enfermo, y desconcertado pasan al alma, como lo probamos en tantas enfermedades, cierto es que no podemos ménos de sentir la gravedad, y dolores de estos males; pero tambien es cierto, que sobre estas desagradables sensaciones se derrama un bálsamo refrigerante, y podré llamarlo bálsamo de con-

solacion, donde, y quando encuentra el ánimo acos-
tumbrado á recibir con humilde voluntad todo aquello
que le viene por orden, y permission de Dios. Por tanto
debemos ahora entender por que nuestro Maestro Divi-
no, enseñándonos á orar, puso tanto cuidado en que en
la breve súplica, que cada dia debemos hacer á nues-
tro Padre, y su Padre Celestial, manifestasemos nuestro
vivo deseo de que *se haga su voluntad en la tierra, como
se hace en el Cielo*. Sabia muy bien nuestro Maestro Je-
sus quan importante es esta peticion. Una de las gran-
des obligaciones que tiene el hombre para con Dios; es-
to es, de los buenos siervos, para con su buen Señor y
amo, se incluye en este deseo; pero tambien se compre-
hende en él un singular y ventajoso bien para nosotros.
Ved aquí la manera, y modo mas fácil para vivir quie-
ta y tranquilamente en casos innumerables: descansar
en Dios, y no desear, ni querer otra cosa que la que
Dios quiera ó permita, no porque el hombre por este
motivo deba estar descuidado, y como solemos decir con
las manos en el cinto; ántes bien debe emplear todas
las fuerzas de su prudencia é industria para lograr sus
honestas ventajas, para manejar sus negocios, para exer-
citar bien sus cargos y oficios, para gobernar su casa,
y portarse en todas las otras ocasiones que convengan á
una persona, ó bien religiosa ó secular, privada ó
comun. Debe asimismo en quanto le sea posible inge-
niarse, para apartar de sí los males y las desgracias,
y conservar ó recuperar la salud, porque es mucha
razon, que no se descuide en procurar y practicar es-
tas cosas, miéntras que crea, que con estos deseos se
acuerde muy bien la voluntad de Dios; pero luego que
esta llegue á descubrirse, y que su Magestad no quiere
que suceda aquello, ántes bien permite lo contrario, vien-
do que le salen vanas todas sus diligencias, y que van
de mal en peor las cosas, entónces se aquieta el ánimo
del hombre determinado á querer aquello que quiera el
sabio y poderoso Señor, que lo rige y gobierna todo.

Parecerá á alguno , que es un poco larga esta leccion; pero á mí me parece haber dicho poco , atendida la utilidad de la materia , y oxalá que aprendiésemos bien esta leccion , y supiésemos practicarla en las ocasiones que ocurran! Sin duda , poniendo por obra todo esto , habrémos hecho ya un gran viage en este pais de la Filosofía , para llegar al término , y punto que por ella nos está señalado y propuesto.

§. VI.

RÉsta finalmente una ú otra conclusion tocante á la religion natural , y que depende de aquel principio y conocimiento nuestro de *que hay un Dios* : conclusion fundamental es esta tambien , y de grandísima importancia , porque de ella nacen otras muchas consequencias , todas útiles , y aun necesarias para regular bien nuestra vida , nuestras acciones , y nuestras costumbres; esto es , conozco que hay un Dios , y si yo lo adoro y glorifico , y vivo en este mundo con aquel orden que segun mi razon comprehendo , y conozco que quiere el mismo Dios , y sujeto mi voluntad á la suya , el mismo Dios , que por necesaria consequencia no puede concebirse sino es por un Señor el mas bueno , y el mas justo , no dexará de darme el debido premio. Puede muy bien hacerlo , porque es todo poderoso y debe hacerlo , porque es infinitamente justo , bueno y benéfico. Y si yo faltase al culto y obediencia que le es debida , y si viviese desordenadamente contra lo que me dicta mi razon , despreciando sus santas leyes; este mismo justísimo Dios no dexará de castigarme ; y me castigará en esta vida? Puede ser que sí; pero hallándose tantos hombres buenos infelices y miserables en este mundo , y al contrario , prósperos , y felices tantos malvados y perversos: es necesario recurrir y admitir otro pais , y otra vida despues de esta , en el qual reciba nuestra alma de aquel Dios , que es justo dispensador de castigos y premios,

lo que le es debido, y ha merecido ó desmerecido por sus acciones. El argumento es tomado de Platon, que fué Gentil y esforzado despues por la eloqüencia de San Juan Chrisóstomo, y reconocido por muy fuerte y decisivo entre los Filósofos mas juiciosos. Mientras que la idea que tenemos de Dios comprehenda tambien su justicia, como no puede negarse sin impiedad y arrogancia, siempre se seguirá que es, y deba ser remunerador, como el Apóstol nos enseñó á creerlo así por obligacion; y consiguientemente debemos creer que nuestra alma es inmortal. Dexo por ahora otros argumentos de que se vale la Filosofia para probar esta gran verdad, y solamente insisto en nuestro principio ya insinuado. Esto, que es conocer que hay un Dios, es conocer juntamente sus admirables atributos en quanto puede conocerlos el entendimiento humano, y conocer consiguientemente, que yo fuí criado para amarlo, obedecerlo y adorarlo: esto me hace conocer que hay un comercio muy estrecho entre mi espíritu y aquel espíritu infinito, que es el Criador y el alma de todo, y que yo me hallo muy ensalzado sobre la condicion y ser de los brutos, con una alma diversa de la que tienen ellos. Por mas que se considere y reflexione, no se hallará en los brutos señal alguna que indique conocimiento de aquella esencia Bienaventurada. Ni pueden tenerlo; porque la simple materia, bien que modificada y sutilizada, ni su alma material, para explicarme así, no son capaces de pensar y concebir las cosas espirituales, ni mucho ménos aquella suprema substancia inmaterial é invisible, que llamamos Dios; y si la concibiesen y conociesen, seria necesario formar otro sistema y opinion acerca del alma de los brutos. Solamente una alma hecha á la imagen y semejanza de aquel Señor, que la crió de la nada, y que tambien es substancia espiritual, es capaz de conocer á Dios; y siendo esto así, ¿quién se atreverá á negar, que Dios no haya podido ó no pueda criar un espíritu, y juntarlo

á un cuerpo material, haciendo que el espíritu subsista, aun despues que se apartó y desunió del mismo cuerpo? La simple materia puede jamas amar ni conocer qué cosa sea el amor? Si yo amo á mi Dios (así le amase, y le amase mucho, segun tengo obligacion de hacerlo); qué diferencia encuentro (en quanto á mí substancia y sus operaciones) entre mí y uno de aquellos espíritus que yo bien concibo que puede haberlos criado Dios sin mezcla de materia ó union al cuerpo, y que la fe me enseña que los hay en aquel feliz Reyno de la Gloria? Sea, pues, bendita esta fe, fundada en tantos motivos de credibilidad y verdad, la qual da fuerzas á mi razon, en un punto de tan gran consecuencia, como lo es el asegurarme que despues de esta vida se sigue otra eterna: ved aquí donde yo reposo y descanso, sin internarme mas en este argumento, por habérmelo enseñado así el mejor de todos los Maestros, ó el único verdadero Maestro Jesu-Christo, Hijo de Dios; y de aquí siento que nace en mi corazon aquella bienaventurada esperanza de que habla el Apóstol; esto es, que aquella parte mía, que conoce que hay un Dios, y puede amarlo, jamas morirá. ¡Ay de aquellos que por soltar la rienda al desfogo de sus apetitos, agitan continuamente sus pensamientos, y se alambican los sesos! Pues aunque finalmente no tengan evidencia alguna, juzgáron haber hallado el secreto admirable de aquietar todos los temores y tumultos de sus conciencias; aquellos, digo, serán siempre miserables, y no son dignos de conminacion, quando algun dia conocerán y verán que se han engañado en un punto de tan grande consecuencia. Por lo que toca á nosotros, á la razon y á la fe, si se exâminan sus principios con atencion y sinceridad, nos aseguran bastantemente que nosotros no somos puras máquinas andantes, sino espíritus unidos á la materia, distintos y elevados sobre ella, y proporcionados para conocer innumerables objetos espirituales, y especialmente para conocer que hay un Supremo Es-

píritu, Autor y Criador de todo, para con el qual debemos observar y conservar aquel orden que pide un Rey á sus súbditos y un padre á sus hijos. El amor y obediencia que le son debidos, son los que forman este orden principalmente, y contraviniendo á este orden debemos temer sus castigos, sino en esta vida, ciertamente en la otra. Ninguno puede mejor y mas juiciosamente amarse á sí mismo, que quien ama sobre todas las cosas aquel Dios, que solamente ha sido, es, y será Autor de todo nuestro bien. Ademas que observando fielmente este orden, lograremos aquí aquella tranquilidad de corazon, que infunde el saber que nos hallamos en gracia de tan buen Señor y Padre, y que despues del breve curso de esta vida, lograremos una felicidad inmensa é interminable, que él puede dar á sus buenos súbditos y á sus hijos en el Reyno de sus delicias.

CAPÍTULO XXV.

Del orden que debemos tener y conservar con los otros hombres, y primeramente de la Justicia.

§. I.

DEbemos estar bien con Dios, y amándole y obediéndole procurarnos la gran fortuna de que el mismo Señor nos ame y nos proteja en esta vida, y despues entremos en aquel inmenso gozo que nos tiene prometido en su Bienaventurado Reyno. Veamos ahora qual es el orden que debemos guardar con los otros hombres, con quienes nos toca vivir y practicar, y tener alguna conexión ó comercio. Este orden es de dos maneras: el primero nos viene señalado y mandado por la naturaleza, por la razon ó por las leyes de la república en que vivimos: el segundo por lo comun nos lo aconseja la Religion y la naturaleza para decoro y

utilidad nuestra. Tenemos obligacion á observar aquel primero, y será culpa que no quedará sin castigo en el Tribunal de Dios ó de los hombres, si no lo guardasemos y observasemos puntualmente. El otro es laudable y provechoso al hombre, siempre que con recia intencion lo practique. El cumplimiento y práctica, tanto del uno, como del otro de estos dos órdenes, constituye dos virtudes primarias y esenciales, que se derivan en varias especies, y tienen diversos nombres. Llámense justicia y caridad estas dos virtudes. Para conocer la importancia de la primera, bastará decir que ella es el vínculo y lazo de la sociedad humana, y sin ella no puede subsistir congregacion ni comunidad alguna. La naturaleza ha dispuesto que un hombre necesite de otro, y esta necesidad es la que ha introducido el que los hombres se junten en Villas, Territorios, Ciudades, Provincias y Reynos; pero esta sociedad no subsistiría si la razon misma no nos lo enseñase, y los sabios no hubiesen despues establecido leyes, cuya observancia mantuviese la paz y tranquilidad pública; ni solamente es necesario el uso y posesion de la justicia á los Reyes y al público, mas tambien á qualquier persona particular; y esto de tal manera, que de aquí depende principalmente el buen gobierno de los Reynos, y el ser un hombre honrado y buen ciudadano. Un hombre sin justicia es un monstruo, un enemigo del género humano, y podrá acaso librarse alguna vez del castigo; pero no podrá librarse de ser perseguido y odiado de qualquiera que lo conoce. No se discurre de esta como de las demas virtudes, cuya privacion es dañosa solamente al que no las tiene; pero el hombre injusto es dañoso á todo el público, aun quando sea uno solo el que recibe el daño. Dos aspectos ó fachadas diversas tiene esta virtud de la justicia: por la una se extiende á un pais muy dilatado, y por la otra es mas limitado y estrecho. En la Divina Escritura baxo del nombre de hombre justo se nos representa un hombre honrado, es-

to es, se comprehende con este nombre de justicia toda virtud; y segun este aspecto aquel es hombre justo, que tiene una voluntad constante de satisfacer, ó no faltár á sus obligaciones para con Dios, para con su patria y qualquiera otra privada persona, y últimamente para consigo mismo. A su tiempo diré quan difícil empresa sea el adquirir la prudencia; porque es una virtud que en gran parte depende del entendimiento; y á este le faltan algunas veces muchos ingredientes para obrar prudentemente. Mas por lo que toca á la justicia, tomada en su mayor extension, no es difícil el conseguirla con tal que se quiera, por ser una virtud que depende de la voluntad, y de hecho no se requiere otra cosa sino es que el hombre resuelva y determine en su corazon de no querer contravenir á lo que conoce ser segun la ley de Dios, segun las leyes de la naturaleza, de las gentes y de la patria, ó para decirlo con mayor claridad, se determine á no hacer cosa, que segun su dictámen pueda desagradar á Dios, dañar al público, ó hacer injuria á qualquiera persona; y al contrario, de hacer todo aquello que cree ser de su obligacion para con Dios, para con la patria y para con su próximo. Así el ignorante como el docto, puede formar en sí mismo esta nobilísima resolution. Se engañará alguna vez el ignorante, no lo niego, creyendo invenciblemente que alguna accion suya no esté prohibida por Dios, ó sea perniciosa y ofensiva á otros, quando de hecho podrá serlo; mas no por esto será injusto el que obra de este modo. Excusará su ignorancia al error del entendimiento; porque la voluntad, de quien depende el pecar ó no pecar, será buena, y él entónces no obrará injustamente, aun quando la cosa que hace sea injusta. He dicho mucho en pocas palabras con declarar solo el carácter de esta justicia general. Añado ahora, que el que llega á fixar en su corazon esta determinacion generosa é importantísima, ha tomado el viento mas eficaz y seguro para llegar al deseado puerto de la verdadera sabiduría y Filosofia mas cierta. Y si hechas las prue-

bas en diversos tiempos y ocasiones varias, encuentra firme y estable esta determinacion de su voluntad, y halla que ya se ha convertido en hábito, sintiendo en sí mismo como un horror y aborrecimiento á todo lo malo; y por el contrario, un dulce gusto é inclinacion á todo lo bueno, tiene un gran motivo de alabar á Dios, y alegrarse dentro de su corazon, porque ya posee lo mejor y mas nervioso de la ciencia de que ahora tratamos; y sobre todo son bienaventurados aquellos jóvenes que comienzan temprano á estampar en su corazon y en su alma esta ley santísima.

§. II.

DE esta justicia universal es parte la particular, baxo cuyo nombre entienden los Jurisconsultos una perpetua y constante voluntad de dar ó dexar á cada uno lo que le es debido. No trataré aquí de las divisiones de esta justicia en quanto mira la sociedad humana. Ni tampoco hablaré de su origen y de la variedad de las leyes, por no perderme en tan dilatado argumento. Basta saber por ahora que hay obligaciones universales y particulares, las quales debe un hombre observar para con otro hombre, las que nos ha señalado la naturaleza, ó el mismo Dios, ó que nos imponen las leyes civiles, que es lo mismo que decir que dimanen de la voluntad y prudencia de los Príncipes ó de otros Supremos Legisladores, los quales en muchísimos casos podrian haber mandado diversamente de como lo han hecho. Por lo que toca á las determinaciones de los hombres, en las que comprehendo tambien el derecho de las gentes, dexemos este estudio y cuidado á los Políticos y Jurisconsultos, y las decisiones á los Jueces de la tierra. La justicia que toca propiamente á la Filosofía de las costumbres, es aquella que está fundada en las leyes de la naturaleza; es aquella, que sin romper los bancos, y adelgazar las losas de las escuelas, puede cada uno aprenderla por sí mismo, por tenerla escrita en su corazon con el dedo de Dios, Autor de la naturaleza. Aquella gran

gran sentencia que nos enseñan las Escrituras sagradas; esto es, *no hacer á otro lo que no quisieras que se hiciera contigo*. Esta sentencia puede llamarse un grano de mostaza ó mijo, por ser pocas las palabras que la componen; con todo, este pequeño grano contiene en sí el grueso volumen de aquellas leyes que he dicho que las ha dictado la naturaleza. ¿Quién hay que no conozca y confiese la rectitud de este principio natural? Aun el ignorante, el hombre tosco del campo á poco que reflexione, toca con la mano la fuerza de esta ley. Si quiere quebrantarla, suele esconderse, y quisiera hacerlo sin ser visto; y luego que la ha quebrantado, siente al punto las voces de su propia conciencia, que á su modo y en su language le acusa, le condena y atormenta. No faltan doctos que no admiten ideas innatas; pero estos deben hacernos constar, que no es la naturaleza la que nos enseña y dicta aquella excelente máxîma, que es el origen de todas las virtudes con que está ligada la sociedad humana. Era necesario probar primero claramente, que todo quanto se halla de verdadero mediante nuestra consideracion y reflexion, deba atribuirse á esta misma consideracion, la qual ciertamente no hace que nazca ó exista lo que no habia ántes, sí bien por lo comun ó siempre, descubre aquello que ya existia. El que guiado de señales externas llega á descubrir una mina, no es ciertamente el autor de ella, sino la naturaleza que la ha producido en las entrañas de la tierra.

§. III.

DExemos con todo estas disputas, y volvamos á la experiencia, asegurando que cada uno, aun quando le falte un sabio consejero y maestro, lo tiene dentro de sí mismo; el qual es el conocimiento y certeza de aquella máxîma, con la que puede consultar para regularse en aquellas acciones que miran el orden que debe guardar con su próximo, y abstenerse de toda injusticia. Luego que sea entendido el facil axioma ó sentencia

ya dicha, no es necesario otra cosa que ponerse sinceramente en lugar de otra tercera persona, y mudando el caso, arguir de este modo: ¿me parecería á mí justo que hiciesen conmigo lo que yo pienso hacer con otro? Esta es la regla que nos enseña la naturaleza misma y la santa ley que profesamos, para regularnos, si no en todas, en casi innumerables ocasiones, para ver si son lícitas y honestas aquellas acciones nuestras que miran á nuestro prójimo. No te agradaría que otra persona obrase de este mismo modo contra tu cuerpo, contra tu reputacion ó tu hacienda, ó contra la de tus parientes y amigos, ¿tendrás, pues corazon para hacer contra otros, lo que tú de ningun modo quisieras que hiciesen en perjuicio tuyo? Tirana é indigna pretension de persona racional, seria sin duda, si creyese que le es permitido el dañar y oprimir á otro, solamente porque tiene mas fuerza y poder que él: quando la fuerza, y no la razon hayan de regular las acciones de los hombres, no será otra cosa el mundo, que una madriguera de ladrones, de asesinos y de calumniadores: será un reyno de confusion, y por tanto no podrá habitarse en él; y en este caso se acabó la humana sociedad, y si el dia de hoy consigues con tu fuerza el maltratar á otros, no se tardará mucho en que una mayor fuerza, y si no es otra, á lo ménos la del Príncipe, te pagará aun con ventajas en la misma moneda. Esta es la causa de que aquel que quiere ser tenido y reputado por hombre sabio, habla en muchas ocasiones con su corazon, y dice: lo que no quisiera que otro hiciese conmigo, no quiero, ni debo hacerlo con otro. De esta catadura será aquella injuria, aquel engaño, aquella venganza, aquel contrato ó ganancia, aquella murmuracion, aquella envidia, aquella obstinacion de no perdonar y otras muchas cosas semejantes á estas. Y si la voz de la conciencia propia no es clara, y hay algunas dudas en orden á la justicia ó injusticia de nuestras acciones, como sucede muchas veces, está obligado

do el que sabe ménos á recurrir por consejo á quien sabe mas, buscando honradamente, no á quien lisonjee y adule sus deseos, y tuerza la ley ácia su voluntad; pero sí á quien sinceramente pueda y quiera darle aquellas luces que son necesarias para obrar bien.

§. IV.

CON todo, miéntras yo hablo de esta manera, y procuro ensalzar la verdad, y promover el uso de la sentencia ya referida, se me pone al punto delante de los ojos una de las miserias humanas mas usuales y comunes. Deberia todo hombre, por lo ménos así en comun, ser un buen juez de lo justo é injusto; pero por desgracia se da á conocer muchas veces por un juez parcial, maligno é iniquo. Ordinariamente el consejero ménos fiel del hombre es el hombre mismo. No tenemos habilidad para juzgar de las cosas con rectitud, porque estamos poseidos de pasiones, y por tanto no suelen ser rectas nuestras decisiones, ni justas nuestras sentencias. Hállase poseido el corazon de alguno de un poco de envidia ú odio contra qualquiera persona, comunidad ó nacion; no se necesita otra cosa para que él censure y eche á mala parte qualquiera accion, razonamiento y sentimiento de aquella persona, comunidad ó nacion, y acaso sin que le arguya su conciencia. El piensa que es la razon la que le dicta estos juicios, siendo cierto que es la pasion de que está poseido su corazon, la que le hace hablar así. A los ojos de quien quiere mal, parece mal el mismo bien. ¿Y cuántos hay, que sin tener odio ni envidia particular, y solamente por una cierta malevolencia, y como aversion á todo el género humano, juzgan mal de todos, de todos hablan mal, y tienen gusto y placer de no dexar libre á persona alguna de la tixera de sus dientes y lengua? No suele ser mejor juez la pasion del amor propio, y mucho mas del amor ácia el otro sexô, y principalmente quando es impetuo-

so,

so y constante. No es necesario probar esto, porque aun los niños saben que el amor no sin razon se pinta ciego. Obsérvese mas presto á quien está demasiadamente poseido de aquel amor de honras y dignidades, que llamamos ambicion, ó del amor de la hacienda, llamado interes; con tal que juzgen conseguir lo uno y lo otro, no solamente no miran los medios con atención escrupulosa, ántes bien llegan á encontrar justos quantos se proponen para conseguir el fin. Todo se lo hace parecer bien ganado la picara y eloqüente pasion con quien consultan, y cuyo primer consejo es que no deben aconsejarse con otros para hacer esto. En suma pudieramos decir mucho de las malas burlas que nos hacen nuestras pasiones, no siendo la última, ni la menor la de hacernos jueces ineptos de nosotros mismos; y lo que es peor, muchas veces jueces injustos de las operaciones de los otros, ¿y cuánto mas de las nuestras propias? Aquel incesante y poderoso amor que nos tenemos, jamas llega á pensar bien, y distinguir nuestros vicios y defectos. Sabemos muy bien encontrar las pajitas en los ojos de los otros, sin llegar á descubrir las grandes vigas en los nuestros; y si alguna vez duda el hombre de que obra con poca rectitud ácia su próximo, aun la gente mas ruda, no digo ya la mas advertida, siente que en su corazon levanta una tropa subsidiaria de razones y excusas, que finalmente intentan mantener en el campo la justicia de semejantes acciones. En una palabra, son muy pocos aquellos que no usan dos pesos distintos, uno para sí, y otro para los demas; el primero siempre ventajoso para nosotros, el segundo por lo comun mas escaso é injusto para nuestros próximos.

§. V.

DE aquí se infiere que hay dos castas de injustos en el mundo: unos que abiertamente ofenden la justicia; esto es, que sabiendo que causan dolor ó daño,

ó que ultrajan indebidamente á otros, con todo quieren hacerlo. Son estos la peste del mundo, y por tanto aborrecidos de todos; porque el que hace injuria á uno solo, puede hacerla, ó amenaza que la hará á muchos. Por lo que desesperando de la curacion de estos, ó por lo ménos siendo muy dificultosa, no se enderezan á ellos estas advertencias. Toca el advertirlos y el corregirlos á quien maneja la espada de la justicia. La otra casta de injustos se compone de aquellos, que sintiendo aún los remordimientos de su conciencia en favor de la justicia, pecando contra esta virtud, no querrian pecar, y dan á entender que no pecan en fuerza de las razones aparentes que les subministra su pasión para juzgar sus mismas obras. A estos hablo yo ahora. Ni pienso enseñarlos el dificultoso oficio de juzgar con rectitud; solamente propondré lo que pueda servir para no caer tan facilmente en error. La justicia (todos saben esto) mira siempre dos personas ó litigantes ó contratantes entre sí; por tanto está obligada á pesar con atencion las razones, el precio, el mérito y otras qualidades y circunstancias de ambas partes, para conocer lo que se debe dar á la una y á la otra. Gran priesa tiene de engañarse el que se aloja en la primera hostería, y quiere juzgar una parte sin oír la otra, ó escuchar las razones y las relaciones de la una, sin escuchar las de la otra. A este engaño está sujeto ciertamente mas que á otro alguno el que juzga y obra con alguna pasión. Si el Mercader interesado quiere confesarlo abiertamente, dirá, quando le viene propuesta alguna gran ganancia, aunque ilícita, con la comodidad y continua tentacion de unirla y juntarla con la del otro; confesará, decia, que no tiene otra mira ni respeto, sino es aquella utilidad que él mira con ojos de enamorado; y que no le pasa otra cosa por su corazon y discurso, sino es aquellos argumentos bellos, que pueden persuadirle ser lícita aquella ganancia, y no dexar pasar tan buena coyuntura. Otro tanto proporcionalmente hace el que medita una venganza, ó desea

ve-

vehementemente un empleo, al qual no puede llegar sin derribar á otro; ó el que faltándole el mérito, ó faltando el dueño propio tiene á su disposicion dinero y muebles debidos á los legítimos herederos, ó se ha entrado en la posesion de los bienes de otro; no pudiendo explicarse bastantemente el maldito encanto que causa en el corazon del hombre la vista lisonjera de la hacienda agena, unida á la facilidad de poseerla, y ocultar el modo, y mucho mas la posesion de la misma hacienda, como quiera que sea adquirida: y de esta misma manera obran otros muchos, que no escuchan otro consejo interno sino es el apetito y la pasion, cuyo ruido impide y ahoga muchas veces la voz de la razon.

§. VI.

Repitamos ahora aquella sentencia santa, que ya dexamos arriba dicha; esto es, *de no hacer á otro lo que no quisieras que hiciesen contigo.* Veis aquí el medio eficaz para contener los desórdenes de la pasion, que es la causa mas ordinaria de todas las injusticias. Si verdaderamente tenemos intencion de dar á cada uno lo que es suyo, y no hacer injuria á nuestro próximo, es necesario poner nuestro entendimiento y voluntad quanto sea posible en una indiferencia de juicio para pesar desapasionadamente si sea justa ó no la accion que vamos á executar. El modo, pues, de manejar bien este peso, consiste en escuchar primero los motivos y razones ó buenas ó aparentes, que militan á favor nuestro para hacer aquella accion que queremos hacer. El hallarlas no cuesta trabajo, porque no las ofrece abundantes nuestro amor propio. Despues es necesario revestirnos de la persona de otro, buscando y meditando honradamente las razones que militan á favor de aquella persona á quien va dirigida la accion. Tambien estas se encuentran sin dificultad, siempre que pongamos el caso en persona de otro, ó fielmente hagamos cuenta que

que somos nosotros aquella persona, y finjamos que deba hacerse con nosotros aquello mismo que meditamos hacer con otro. ¿Qué pensaríamos ó qué diríamos si otra persona nos tratase de este modo? Esto puede, ó á lo ménos debería ser suficiente para dar una sabia sentencia, y obrar como recto juez. La medida que deseamos que usen los demas con nosotros, esta misma es la que debemos usar con ellos; y tomándola bien, no la erraremos casi jamas. Mereceria aquel Ministro ó aquel Juez (ya que no sabe ó no quiere conocerlo así) que Dios verdaderamente le cambiase la toga en los andrajos de aquel pobrecito, á quien él, ó no quiere escuchar, ó aparta de sí con desprecio, no haciendo caso de sus razones ni sus discursos, ó le detienen en la cárcel por mucho tiempo sin despacharle su proceso: entónces sí que conoceria quan injusta es la medida de que él usa para con la gente baxa, quando se muestra tan paciente y cortes para con la que trae vistosa peluca, y aun mucho mas para con las señoras de pomposos guardainfantes ó tontillos. Y aquel amo y ama, que tanto maltrata por una friolera sus criados y criadas, pagando á estos, ó á sus oficiales los salarios en la sola moneda de buenas palabras, sin cumplirles jamas las promesas, ¿por qué no podrán pensar y reflexionar un poco, que ha sido una misericordia de Dios que ellos manden y no sirvan á otros? Y si este Señor hubiese hecho que ellos naciesen con necesidad de ganarse el pan sirviendo á otros ó con el trabajo de sus manos, ¿qué medida desearian ellos recibir de quien por suerte fuese su amo y patron? Podíanse traer otros muchos exemplos acerca de esto mismo; pero yo dexaré que cada uno los busque en sí propio, considerando la variedad de personas con quienes ha de tratar ó contratar, comenzando desde su propia familia, y extendiéndose á las demas especies de personas colocadas en alto y baxo estado.

Sentada esta máxima general, conviene descender después á una consideracion mas particular sobre aquello que un hombre está obligado á hacer ó dexar de hacer con las particulares especies de personas. En este punto tenemos insignes y sabios maestros; que nos han dexado en sus escritos utilísimos documentos. Principalmente debemos á dos grandes ingenios; uno gentil, y otro christiano, que son Ciceron el uno, y S. Ambrosio el otro, el tratado de los officios ú obligaciones de los hombres, que es lo mismo que decir del orden que un hombre debe observar mas precisamente para con otro hombre. Tambien nos ha dicho algo de esto el Apóstol S. Pablo en varios pasages de sus Divinas Epístolas. El que quisiese manejar bien, y segun toda su extension y mérito este asunto, formaria sin duda un volumen muy grueso. Yo insinuaré solamente algunos pocos pasages, contentándome con una prueba sola en esta materia, que sin duda es de mucha importancia. Conviene, pues, primeramente considerar á los hombres en general, y después á cada uno en particular. En quanto á lo primero, siendo el hombre colocado en sociedad con otros muchos de su especie, al punto nos enseña la razon ser mas propio que todos los hombres trabajen para promover el bien universal y bien estar de todos, y que continuamente procuren destruir la infelicidad de los otros. Asimismo es cosa evidente ser mas propio el que los hombres traten y vivan con los otros hombres, segun las reglas ya conocidas de la razon, que no el que cada uno de ellos, porque lo juzga ventajoso para sí, quiera affligir, enganar y despojar con violencia á su próximo; porque si fuera lícito á un hombre hacer todo esto, segun su gusto y capricho, seria tambien lícito á los otros el hacer otro tanto; y de esta manera vendria el mundo á ser un abismo de confusion. Por tanto, aquellas cosas ó ac-

cio-

ciones son buenas por su naturaleza, y consiguientemente honestas, como ya lo tenemos observado arriba, las quales se enderezan al bien comun de los hombres, ó por lo ménos no lo destruyen, como son el mantener la fe, hacer justos pactos, el ser agradecido ó no ser ingrato á los propios padres y á otros bienhechores, ayudar al próximo en sus necesidades quando se puede. Al contrario, son malas por su naturaleza, y no deben practicarse otras acciones que se oponen á este bien universal de la naturaleza humana, como la falta de fe, el retirarse de la execucion de lo que justamente se ha pactado, el dañar en el cuerpo, en la hacienda ó en el honor de los otros; y así discurriendo de otras acciones semejantes. Son tan claras y evidentes por sí mismas estas cosas, que ninguno que no sea mentecato ó de malas costumbres, ó de un corazon perverso, puede dudar de su verdad, y qualquier hombre racional que dudase de ella, seria semejante al que teniendo buenos los ojos, y mirase con ellos el sol, negase habia en el mundo luz, ó á quien con porfiado teson quisiese defender, que tres y tres no son seis.

§. VIII.

Despues de este bien y felicidad universal, que todo hombre debe mirar, y por la que resultan en nosotros varias obligaciones para con todas las personas de qualquiera condicion ó nacion que ellas sean, porque todos son hermanos nuestros, se sigue la de la patria y república de cada uno, á la qual cada uno de nosotros está obligado con varias y particulares obligaciones ú oficios; esto es, llevamos con nosotros mismos la obligacion de amarla, defenderla y ayudarla en sus necesidades. En ella hemos recibido la vida, ella nos sustenta, y por tanto, ademas de la madre natural, debe llamarse madre nuestra tambien; y así como debemos anteponer el amor de Dios al del padre y la madre, así

así tambien puede darse alguna ocasion en que el ciudadano esté obligado á preferir el amor de la patria al de los propios padres é hijos, porque segun las leyes de la naturaleza, el bien universal, en caso necesario, debe preponderar al particular; y desde que uno es ciudadano, le obligan las leyes de la sociedad á defender á los otros conciudadanos, así como estos tienen obligacion de defenderle; y esto se hace mutuamente tomando la defensa de su comunidad ó Ciudad en caso necesario, aunque sea con daño propio; y de consiguiente deberá sacrificarse tal vez la hacienda y la vida por salvar la patria, y será éste un acto glorioso de virtud y de mérito para con Dios, siendo laudable el amor de la propia patria, y una obligacion indispensable de quien tiene honor y gratitud. La razon por que cada uno segun sus fuerzas y habilidad debe ayudarla, es notoria, y no pocos los modos de practicarla. Y aunque alguna vez nos parezca que su gobierno no es el mas recto y justificado, y que haya en ella abundancia de perversos é ingratos; con todo el bueno y magnánimo ciudadano debe esforzarse á hacerla todo el bien que puede; porque al fin, vuelvo á decirlo, es su madre, y ha recibido de ella un gran bien. Ni los defectos de algunos particulares deben impedir que el buen ciudadano dexé de amar y ayudar á los otros inocentes, que por lo comun son los mas. Lo mismo debe decirse á proporcion del Príncipe, como cabeza de la República. La reverencia á su altísimo grado, la obediencia á sus leyes, la fidelidad á su persona y gobierno, son dogmas establecidos, no ménos por el Derecho de las gentes, que por el Santo Evangelio. Ninguno tiene necesidad de exhortaciones, ni de estímulos para amar y querer á los Príncipes buenos. Sería mas que bárbaro ó un insensato el que no les pagase tan justo tributo. Pero si por desgracia no lo fuesen, esto no obstante, el hombre sabio, siguiendo las claras lecciones de la Divina Escritura, sufre y perdona, y nada desfalca de aquel res-
to

to que les es debido aun á los malos amos ; porque sabe que todo humano gobierno está expuesto á pasiones y engaños. Con una ojeada que se dé á otros tiempos y á otros gobiernos , facilmente se encontrarán motivos para excusar los males domésticos , y hacer callar con esta comparacion los propios disgustos. Quáles deban ser las obligaciones del Príncipe para con sus súbditos , creo yo que en buena economía no debo hablar palabra sobre este asunto. No leerán los Príncipes esta obrilla , y qualquiera otro que sea el que la leyere , acaso no tendrá necesidad de aprender un oficio , que verosimilmente jamas llegará á exercitar. Muchos libros que tratan del Príncipe y de su oficio , se encuentran en las Librerías bellamente encuadernados y dorados ; pero estan ociosos , y pueden decirse mercadería perdida. Por tanto , me bastará el decir , que no deseo otra cosa de quien rige los Pueblos , y profesa la Ley de Jesu-Christo (ley especialmente dirigida á propagar las insignies virtudes de la caridad y justicia) sino que en su gabinete secreto tuviesen escrita con letras mayúsculas , y puesta á la vista , para contemplarla y meditarla alguna vez , aquella definicion del Príncipe , que dexó escrita Aristóteles , y que han aprobado todos los hombres sabios ; esto es , *el Príncipe es aquel que antepone el bien de sus súbditos al suyo propio* , á diferencia del tirano , que lo hace al contrario. Me parece algo rígida la segunda parte de esta sentencia ; pero por lo ménos es ciertissima la primera. Por tanto , si los Príncipes reynantes entendiesen bien estas palabras , comprehenderian tambien que jamas puede ser intencion de Dios , que millares y centenares de millares de personas esten sujetas á un hombre solo para procurarle toda comodidad , gusto y satisfaccion , incomodidad y trabajo proprio ; pero sí que el Príncipe está puesto por Dios en el trono , á fin de procurar en quanto pueda la felicidad de aquellos millares y centenares de millares de personas : que él ha de ser Señor solo en el nombre ; pero en los hechos debe ser padre

de su Pueblo. En este caso sería feliz este Pueblo, y al mismo tiempo será el Príncipe felicísimo. No digo mas por temor de no acrecentar la mercancía de que he hablado poco hace.

§. IX.

Otras son las obligaciones que la naturaleza, y la religion señalan á los hijos para con sus padres. Les deben, despues de Dios, la vida y quanto tienen. Deben tambien saber, y no olvidar los cuidados y las incomodidades, que han padecido por ellos, y los gastos que les han ocasionado. ¿Cómo, pues, podrán jamas los hijos, no diré recompensar, pero ni aun descontar en parte tantos beneficios? ¿Dígannos, qué otra persona les ha hecho, ó puede hacerles tanto bien? Con que el amarlos, el estarles sujetos y obedientes, y si pueden ayudarlos, son todas obligaciones de justicia, que impone á los hijos la misma naturaleza, las leyes del Cielo y de la razon. Serán, pues monstruos aquellos hijos, que no tengan amor y reverencia á tan insignes bienhechores, y se apartarán de su disciplina quando tienen mas necesidad de ella, pues para el bien de los hijos se les ha dado autoridad y derecho á los padres, que los han engendrado. Por poco que considere un hijo el modo con que querria que le tratasen sus hijos, si los tuviese, le bastará para aprender sin maestro el modo con que debe tratar á sus propios padres. No puedo creer que el que honra poco á sus padres, pueda tener disposicion para honrar á Dios, Padre comun de todos. Y acaso deberíamos desear, que nosotros los Européos inventásemos algun modo sensible y decoroso de imprimir en los hijos aquel respeto y gratitud debida á los que fuéron autores é instrumentos de nuestra existencia y de otros bienes que gozamos. Han pensado en esto los Chinos; aun no hemos pensado nosotros.

§. X.

Otro secreto era necesario tambien para que cada uno amase su patria, y quisiese hacerla el bien que pueda. Otras obligaciones tienen á su cargo los padres para con sus propios hijos. Gran beneficio el haberlos puesto en el mundo, y alimentar sus cuerpos; pero el mas relevante consiste en educar bien sus ánimos; porque al fin el tener hijos no es lo que consuela y causa gozo, pero sí el tenerlos buenos. Ni para un hijo es felicidad venir al mundo, si en él ha de ser un mal viviente, ha de deshonorarse y perderse á sí mismo, y recompensar á sus padres los trabajos que sufrieron en criarle con otros mayores. Deben, pues, estos educar lo mejor que puedan á sus hijos, sin perdonar gastos y atencion, para que se crien bien estas tiernas plantas. Los niños hasta una cierta edad, son semejantes á las pequeñas bestias; y alguna vez aun tienen ménos juicio que ellas: estan expuestos á hacer mil males, aun con daño suyo propio, y quieren obrar segun su capricho. Crecidos ya, y sin experiencia del mundo malo, imitan al primero que se les pone delante, y siguen con mayor facilidad el camino del vicio que el de la virtud. Faltándoles quien los ayude con saludables consejos, y les tire la rienda á sus apetitos, inclinaciones y malos pasos; ved aquí unos mancebos descabezados, que solo sirven de peso y oprobrio á la República, y de arruinar sus propias casas. Por tanto, deben tener cuidado los padres de conducir bien estos orgullosos potros, rompiendo el torrente de sus pasiones desarregladas, instruyéndolos y haciéndoles entender las buenas máximas, y conocer las malas consecuencias que se siguen de obrar mal, y las utilidades del bien obrar. Todo esto deben hacerlo los padres, usando algunas veces de suavidad y dulzura, y otras de un rigor y aspereza moderada. Deben no acariciarlos demasiado, ni dexar que lleguen á entender el demasiado amor del padre y la madre; pero al mismo tiempo

no disgustarlos sin justo motivo: deben no manifestar mayor parcialidad por un hijo, que por otro: no injuriarlos ni amenazarlos continuamente, y principalmente no castigarlos sin gravísimos motivos. Quando pueda conseguirse (y esto conviene procurarlo) que un hijo conciba amor y respeto á sus superiores, no será difícil el conseguir todo lo demas. Para esto es útil el admitirlos á la confianza de los negocios domésticos. Pero sobre todo deben apartarlos de quien pueda enseñarles perniciosas máximas, ó darles exemplos de locuras y malas costumbres. Pertenece á un padre sabio, quando los niños no pueden dexar de ver y oír las cosas malas, que hacen los otros, el inspirarles horror á ellas. Un pobre hombre llevaba de propósito á un hijo único que tenia, para que en una taberna viese las bestialidades, las riñas y palabras ridículas de los borrachos, y le hacía ver y observar la deformidad de quanto allí se hacia. No se necesitó de otra instruccion para que aquel jóven mientras vivió en el mundo huyese de las hosterías y del abuso del vino. Lo mismo hacian los sabios Spartanos, haciendo observar á sus hijos este exceso en los esclavos borrachos. ¡O, y quanto importa el acostumar con tiempo á los jóvenes para que juzguen bien de las cosas, y lleguen á entender lo que es bueno y lo que es malo, lo verdadero y lo falso, lo aparente y lo sólido y aun lo ridículo, que se encuentra en las acciones humanas! Parece que no es capaz la tierna edad de un alimento tan substancioso; pero no sucede así con los mas de ellos, por no decir con todos. Tienen estos bastante fuerza para discurrir y raciocinar; y si no llegan á entender las delicadas y sutiles nociones metafísicas; con todo, muchos conferenciando entre ellos, y enseñados por el amor propio, saben distinguir el orden del desorden, lo feo de lo hermoso. Es cierto que muchos de los padres no saben, y otros no pueden educar bien sus hijos, especialmente los pobres en los pequeños Pueblos; pero en la campaña, donde
hay

hay ménos comodidad, y son ménos los malos exemplos, suele hallarse muchas veces mayor inocencia en las costumbres. Añádese á esto la diversidad de temperamento é índole, que se halla en los niños, de los que algunos naturalmente se inclinan al bien, y otros fieramente al mal, acaso por la diversidad del cerebro ó de los espíritus, que los agitan mas ó ménos. Pero los hombres acomodados pueden ayudar mucho á sus hijos, como quiera que sean, poniéndoles buenos gobernadores, ayos ó maestros, ó valiéndose de los Colegios, cuya institucion tiene gran fuerza para dirigir á un jóven á fin de que sea bueno para siempre, ó á lo ménos suele impedir los graves desórdenes á que está expuesta aquella edad fogosa.

§. XI.

QUanto á las obligaciones de los casados, cada uno sabe que el matrimonio es una compañía establecida entre hombre y muger, santificada por Dios, y fortificada con varios pactos, á que se obligan no ménos el hombre que la muger: deben ser como dos corazones unidos en una sola persona; y por tanto deben amarse y perdonarse juntamente, tratar con confianza sus intereses propios, respetarse mutuamente, y guardarse la fe, no creyendo ser delito leve partir el afecto con otra persona. Debe el hombre acordarse que ha tomado una compañera, y no una esclava. La muger jamas debe olvidarse, que su marido, bien que sea compañero, es al mismo tiempo cabeza y superior, á quien debe obedecer. Toca á la muger el gobierno de la casa y familia, y el buen cuidado de los hijos, así como al hombre el gobierno de los negocios mas importantes, ó el ganar el pan para sí y su familia. Quando uno de los casados, ó por demasiado amor á las diversiones, ó por otras causas viciosas faltase á esta obligacion, contravendrá sin duda á las leyes de su estado. Dichosos serán si van concordés en todo, desdichados é infelices si en su casa entrase la soberbia, la impaciencia ó
la

la discordia. Mas porque esta materia tan importante ha sido ya tratada por un maestro insigne Antonio Francisco Bellati, no creo necesario hablar mas sobre este punto. Dexaré tambien que traten otros de las obligaciones que miran á otros muchos papeles y oficios que puede hacer el hombre en el teatro del mundo, segun las varias relaciones y conexiones, que tiene un hombre con otro. Por lo que distintas obligaciones tienen los amos con los criados de las de los criados con los amos. Tambien tienen sus obligaciones particulares los Jueces, los Ministros de los Príncipes, los Maestros, los Discípulos, los Médicos, los Procuradores de las causas, los sagrados Pastores, los Predicadores, los Mercaderes y Contratantes, los Tutores, y así discurriendo de otros muchos empleos y oficios.

§. XII.

Ciertamente que no debe pasarse en silencio la obligación de la gratitud, como parte de aquella justicia de que tratamos ahora. Es de tanta importancia esto, y de tal mérito, que el exercitar esta obligación merece el nombre de virtud, así como la ingratitude merece el nombre de vicio sumamente detestable y feo. La voz de la naturaleza y de la razon gritan y persuaden que debemos ser agradecidos, y manifestar nuestro reconocimiento, ó con obras quando podamos, ó á lo ménos siempre con buena voluntad, y con palabras si no podemos mas, á qualquiera que nos hace, ó ha hecho algun beneficio. Fea culpa es aquella de quien falta en el agradecimiento debido á su bienhechor; pero mucho mas fea seria si alguno volviese mal por bien. No digo mas en asunto que por sí es muy dilatado, y del que trató Séneca tan digna y elegantemente; solo diré que el hombre debe desear el conocerse á sí mismo, siempre que le convenga el título de ingrato, porque entónces no podrá ménos de causarse horror á sí propio: tan visible y abominable es la fealdad de este vicio. *Omne dixeris ma-*

le-

Capítulo veinte y cinco.

375

ledictum, quum ingratum hominem dixeris. La advertencia es de Publio Mimo, el qual con mayor sutileza observó que un solo ingrato ocasiona y causa mal á todos los miserables, porque quita la voluntad de hacer beneficios. *Ingratus unus, omnibus miseris nocet.* Pero entre todos nuestros desvaríos y locuras se cuenta muchas veces la de tener una vista agudísima para mirar y discernir la ingratitud de los otros, y ser ciegos para la nuestra propia. Y acaso en este punto no es pequeño nuestro proceso por lo que mira á Dios, insigne bienhechor nuestro. Mas pasemos adelante para hablar de la caridad, que es el otro orden que el hombre debe observar y conservar para con los demas hombres.

FIN DEL PRIMER TOMO.

716.697

— 1.19
 — 1.068
 — 706
 — 31
 — 45
 — 500
 — 641
 — 84
 — 700
 — 1.5

07:222.507

— 1.001
 — 1.001
 — 1.001
 — 1.001
 — 38
 — 1.000
 — 9.00
 — 950
 — 501
 — 425
 — 989.17
 — 12
 — 271
 — 10
 — 1.000

666.280

— 6.589
 — 1.202
 — 1.007
 — 836



putae

A
5077